CANCELADO

Percival Everett

Traducción de
Marta Alcaraz Burgueño



DE CONATUS

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY? NOVELA**

Cancelado

Percival Everett

Traducción
Marta Alcaraz Burgueño

Colección ¿Qué nos
contamos hoy?
novela

Título:
Cancelado
De esta edición:

Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Título original: Erasure
Spanish translation rights arranged with Blackie Books, S.L.
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Primera edición: abril 2024
Diseño: Álvaro Reyero Pita
ISBN epub: 978-84-10182-06-6

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

Para mi mejor amiga, mi amante, mi vida, Chessie

Nunca sería capaz de contar una mentira
que alguien pusiera en duda
o una verdad que alguien pudiera creer.

Mark Twain, Viaje alrededor del mundo
siguiendo el Ecuador

1

Mi diario es un asunto privado, pero como ignoro el momento en el que me llegará la muerte y puesto que, por desgracia, no me siento inclinado a considerar seriamente mi autoextinción, me temo que estas páginas las verán otros. Y ya que, de todos modos, entonces estaré muerto, no debería importarme demasiado quién las vea o cuándo. Me llamo Thelonious Ellison. Soy escritor de narrativa, afirmación que me atormenta cuando pienso que alguien dará con mi relato y lo leerá, pues siempre me han disgustado profundamente los relatos con escritor de protagonista. Así que reclamaré para mí otro papel, uno que, si bien no sustituya al primero, sí lo complemente, y será el de hijo, hermano, pescador, aficionado al arte, carpintero. Y aunque no sea por otro motivo, me quedo con esta última ocupación, que tantos callos me ha provocado, por la vergüenza que le causaba a mi madre, quien, durante años, se refirió a mi furgoneta como «el familiar». Soy Thelonious Ellison. Llamadme Monk.



Tengo la piel oscura, el pelo rizado y la nariz ancha; algunos de mis antepasados fueron esclavos, y en New Hampshire, Arizona y Georgia he sido arrestado por policías de piel lechosa, y por eso la sociedad en la que vivo me dice que soy negro; mi raza es ésa. Aunque soy bastante atlético, no juego bien al baloncesto. Escucho a Mahler, a Aretha Franklin, a Charlie Parker y a Ry Cooder en discos de vinilo y CD. Me licencié summa cum laude en Harvard y odié todos y cada uno de los minutos de mi carrera. Se me dan bien las matemáticas. No sé bailar. No crecí en una ciudad del interior ni en el sur rural. Mi familia tenía un bungalow cerca de Annapolis. Mi abuelo era médico. Mi padre era médico. Mi hermano y mi hermana eran médicos.

Si en la universidad me afilié al Partido de los Panteras Negras, que entonces ya estaba en las últimas, fue, sobre todo, porque me sentía en la obligación de demostrar que era lo bastante negro. Algunas personas que viven en la sociedad en la que yo vivo y a las que se describe como negras me dicen que no soy lo bastante negro. Algunas personas a las que la sociedad califica de blancas me dicen lo mismo. Lo han dicho de mis novelas editores que las han rechazado y críticos a quienes, según parece, he dejado perplejos, y también lo oí en un par de ocasiones en una cancha de baloncesto cuando, al errar un tiro, mascullé: «¡Recórcholis!». De un crítico:

En la novela, hábilmente construida, encontramos personajes bien desarrollados, gran riqueza de lenguaje y un sutil juego argumental, pero a uno le resulta imposible comprender qué relación guarda esta reelaboración de Los persas de Esquilo con la experiencia afroamericana.

Una noche, en una fiesta en Nueva York, una de esas tediosas reuniones en las que gente que escribe se mezcla con gente que quiere escribir y con gente que puede contribuir a que los de una u otra categoría empiecen a escribir o sigan haciéndolo, un agente literario alto y bastante feo me dijo que yo podría vender muchos libros, bastaba con que me olvidara de escribir adaptaciones de Eurípides y parodias de postestructuralistas franceses y me dedicara a escribir las historias reales, crudas y auténticas, de la vida negra. Le dije que yo ya llevaba una vida negra, mucho más negra de lo que él podría llegar a llevar jamás, que ésa era la vida que había llevado y la que llevaría. El agente me dejó para ponerse a charlar con una novelista / performer emergente que no hacía demasiado había posado durante diecisiete horas seguidas delante de la residencia del gobernador disfrazada de esclavo negro y sosteniendo unas riendas, igual que una de esas figuritas de jardín; le dio un golpecito en una de las extensiones de trencitas que llevaba y, con el pulgar, señaló hacia atrás en mi dirección.

La dura y cruda realidad del asunto es que la raza era algo en lo que yo casi nunca pensaba, y las veces en que llegaba a pensar mucho en ello era porque me sentía culpable por no hacerlo. No creo en la raza. Creo que hay personas que me dispararán o me colgarán o me engañarán, o tratarán de detenerme, porque creen en la raza, por mi piel oscura, mi pelo rizado, mi nariz ancha o mis antepasados esclavos. Pero así es la vida.



Las sierras cortan la madera siguiendo la dirección de la fibra o a contrahílo. Si corta al hilo, la sierra de hender avanzará suavemente, pero si corta a contrapelo desgarrará la madera. Todo depende de la geometría de los dientes, de su forma, tamaño y disposición, de cómo se separan de la hoja. El dentado de los serruchos de través suele ser más pequeño que el de los de hender, cuyos dientes grandes cortan la madera rápidamente y están separados por huecos que al dejar pasar el serrín evitan que el serrucho se atasque. Los dientes de los serruchos de través abren una ranura más ancha, están inclinados

hacia atrás y biselados formando ángulos gracias a los cuales el serrucho hace cortes en la veta y la hiende limpiamente.



Llegué a Washington para presentar una ponencia que no me entusiasmaba en el congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. Si me había decidido a asistir al encuentro no había sido porque sintiera una afinidad extraordinaria por la organización, sus miembros o sus objetivos, sino porque mi madre y mi hermana seguían viviendo en Washington, D.C., y ya habían pasado tres años desde mi última visita.

Mi madre había querido ir a buscarme al aeropuerto, pero me negué a darle los datos de mi vuelo y tampoco le dije en qué hotel me alojaría. Mi hermana no se ofreció a ir a recogerme. Es probable que Lisa no me odiara, a mí, que soy su hermano pequeño, pero ya en nuestra más tierna infancia quedó claro, y todavía lo está, que no me tenía en gran consideración. Yo era demasiado frívolo para ella: vivía en un torbellino de conceptos abstractos, alejado del mundo real. Mientras ella se deslomaba en la Facultad de Medicina, yo pasaba por la universidad a cuerpo de rey, «sin abrir un libro». Una falsedad, sí, pero también una creencia a la que Lisa nunca dejó de aferrarse. Mientras ella arriesgaba su vida cada día cruzando piquetes para ofrecer a las mujeres pobres una atención médica que, si ellas lo deseaban, también incluía abortos, yo pescaba, aserraba madera o escribía novelas crípticas y densas, o daba clases de formalismo ruso a un puñado de mentes californianas en proceso de formación. Pero si conmigo se mostraba fría, con mi hermano, el cirujano plástico que vivía a todo tren en Scottsdale, Arizona, se mostraba helada. Bill tenía esposa y dos hijos, pero todos sabíamos que era gay. A Lisa no le caía mal por su condición sexual, sino porque la acumulación de riquezas era la única razón que lo había empujado al ejercicio de la medicina.

De vez en cuando yo fantaseaba con que mi hermana y mi hermano se sentían orgullosos de mí por mis libros, por mucho que les parecieran ilegibles y aburridos, meras curiosidades. Como mi hermano comentó en una ocasión mientras mis padres les cantaban mis alabanzas a unos amigos suyos, «aunque embadurnaras de mierda un lienzo dirían lo mismo». Eso yo ya lo sabía antes de que él me lo hubiera dicho, pero de todos modos la idea resultaba deprimente. Luego añadió: «No es que no estén en su derecho de sentirse orgullosos». Lo que nunca dijo, aunque se sobreentendía claramente, era que si bien estaban en su derecho de sentirse orgullosos de mí, no

tenían motivo alguno. Entonces eso debió de importarme, porque sus palabras me irritaron. Ahora, sin embargo, a pesar de que llevaba cuatro años sin verlo, entendía a Bill y entendía lo que había dicho.

La conferencia se celebraba en el hotel Mayflower, pero como este tipo de encuentros me desagradaba y la gente que participaba en ellos me interesaba muy poco, reservé una habitación en una casa de huéspedes de Dupont Circle que se llamaba Tabbard Inn. La característica que más me atrajo del lugar fue la ausencia de teléfono en la habitación. Me registré, deshice el equipaje y me di una ducha. Luego llamé a mi hermana a la clínica desde el teléfono de la recepción.

—Así que estás aquí —dijo Lisa.

No le hice ver cuánto mejor habría sonado un «así que por fin has llegado», sino que me limité a contestar «sí».

—¿Ya has llamado a mamá?

—No, supuse que a esta hora estaría haciendo la siesta.

Lisa emitió un gruñido con el que pareció asentir.

—Entonces ¿te recojo, nos acercamos a casa de mamá y sacamos a la vieja dama a cenar?

—Perfecto. Estoy en el Tabbard Inn.

—Lo conozco. Estaré ahí dentro de una hora.

Colgó antes de que pudiera responderle «adiós» o «estaré listo» o «no te molestes, vete al infierno». Pero eso a Lisa no se lo habría dicho. La admiraba demasiado y, en muchos aspectos, me habría gustado parecerme más a ella. Había dedicado su vida a ayudar a la gente, pero nunca estuve convencido de que la gente le gustara demasiado. La vocación de servicio la heredó de mi padre, quien, si bien se hizo rico gracias al ejercicio de la medicina, nunca quiso cobrar la visita a la mitad de sus pacientes.

El funeral de mi padre había sido un acontecimiento sencillo aunque muy concurrido, en Northwest Washington, un tanto simbólico. La calle de delante de la iglesia episcopaliana a la que mis padres nunca habían asistido estaba llena de gente; casi todos aseguraban, llorosos, que el gran doctor Ellison los había traído a este mundo, aunque la mayoría eran demasiado jóvenes para haber nacido cuando mi padre ejercía. Todavía no he sido capaz de entender ese espectáculo ni de asignarle algún significado.



Lisa llegó al cabo de una hora exacta. Nos abrazamos fríamente, como de costumbre, y salimos a la calle. Me subí a su coupé de lujo,

me hundí en el cuero y dije:

—Bonito coche.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Un coche cómodo. Lujoso, bien equipado, que no es una mierda de coche, que es más bonito que el mío.

¿Tú qué crees que significa?

Hizo girar la llave en el contacto.

—Espero que estés preparado.

La miré, la observé mientras activaba el cambio automático.

—Mamá está un poco rara últimamente —dijo.

—Por teléfono parece normal —respondí, sabedor de que había dicho una tontería.

Mi papel, sin embargo, era ése: facilitar la transición de la queja sin importancia al anuncio de un Apocalipsis inminente.

—¿Crees que serías capaz de detectar algo durante esas llamadas de cinco minutos que tú llamas conversaciones?

Así las había llamado, efectivamente, pero ya no volvería a hacerlo.

—Se olvida de las cosas, le dices algo y al cabo de cinco minutos ya no se acuerda de que se lo has dicho.

—Es mayor.

—Eso es justo lo que te estaba diciendo. —Lisa aplastó la muñeca contra el claxon y luego bajó la ventanilla. Le gritó al conductor de delante, cuya manera de detenerse no había sido de su agrado—. ¡Come mierda y muérete, pólipo de colon!

—Tendrías que ir con cuidado —dije—. El tipo podría estar chiflado.

—Que lo follen. Hace cuatro meses, mamá pagó todos los recibos dos veces. Todos. Adivina quién se encarga ahora de los cheques.

Volvió la cabeza para mirarme, esperando una respuesta.

—Tú.

—Has dado en el maldito clavo, quien los paga soy yo. Tú estás en California, y Guapito de Cara pegando tajos en su carnicería del pueblo ese de mala muerte. Yo soy la única que está con mamá.

—¿Y Lorraine?

—Lorraine sigue ahí. ¿Dónde iba a estar, si no? Todavía trata de ir pillando algo de aquí y allá. ¿Crees que se quejó cuando mamá le pagó el sueldo dos veces? Me tienen loca.

—Lo siento, Lisa. Esta situación no es justa.

No sabía qué decir; lo único que se me ocurría era ofrecerme a volver a Washington y mudarme con mi madre.

—Ni siquiera se acuerda de que estoy divorciada. Es capaz de recordar el menor detalle nauseabundo sobre Barry, pero de que se fugó con la secretaria no se acuerda. Ya verás. Lo primero que saldrá

de su boca será: «¿Y Barry y tú? ¿Todavía no estáis embarazados?». Dios.

—¿Quieres que me encargue de algo de la casa? —pregunté.

—Sí, claro. Vuelves a casa y arreglas el radiador, y luego ella se acuerda durante los próximos seis años.

«Monksie arregló la puerta que chirriaba. ¿Y por qué tú no haces nada? Con los estudios que te hemos dado ya podrías arreglar algo». Tú no toques nada de esa casa.

Lisa no alargó la mano para coger un paquete de cigarrillos ni hizo ademán de coger uno o encendérselo, pero eso era ni más ni menos lo que estaba haciendo. Mentalmente, acercaba un encendedor Bic a un Marlboro y exhalaba una nube de humo. Me miró otra vez.

—Dime, ¿cómo te va, hermanito?

—Bien, supongo.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Presento una ponencia en el congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. —Con su silencio parecía exigir más detalles—. Estoy trabajando en una novela, supongo que podríamos llamarla así, que aborda S/Z, un texto de Roland Barthes, exactamente del mismo modo en que este texto aborda Sarrasine, la novela de Balzac que, en teoría, toma como objeto.

Lisa masculló algo que sonó bastante agradable.

—Soy incapaz de leer esas cosas que escribes, ya lo sabes.

—Lo siento.

—Es culpa mía, seguro.

—¿Cómo va la consulta?

Lisa meneó la cabeza.

—Odio este país. Esos antiabortistas asquerosos se pasan el día plantados delante de la clínica con sus pancartas y esas cabezotas de patata. Dan miedo. Supongo que te habrás enterado del follón de Maryland.

Había leído la noticia del francotirador que había disparado a la enfermera por la ventana de la clínica. Asentí en silencio.

Lisa estaba aporreando el volante con los índices. Como siempre, mi hermana y sus problemas me parecían mucho más importantes que los míos y yo. Yo ni siquiera podía ofrecerle algo a guisa de solución, consejo o conmiseración. Incluso dentro del coche, y a pesar de lo menuda que era y de la dulzura de sus rasgos, Lisa descollaba por encima de mí.

—Ya sabes por qué me caes bien, Monk —dijo tras una larga pausa —. Me caes bien porque eres listo. Entiendes cosas que yo no captaría nunca, y tú ni siquiera te paras a pensarlas. Eres de esa clase de gente, ¿sabes?

—En el cumplido había una pizca de rencor—. A ver, Bill es un

gilipollas; con el bisturí es bueno, sí, pero no deja de ser un carnicero. Lo único que le importa es ser un buen carnicero y ganar dinero con su carnicería. Pero tú… Aunque no tienes que ocuparte en esa mierda, tú lo haces. —Apagó su cigarrillo imaginario—. Lo que me gustaría es que escribieras algo que yo pudiera leer.

—Veré lo que puedo hacer.



Siempre he pescado en agua dulce, arroyos, riachuelos y ríos pequeños. Soy incapaz de regresar al coche antes de que oscurezca. Por muy temprano que salga, cuando vuelvo ya es de noche. Primero pesco en este pozo, luego en ese rabión, más tarde en la orilla cóncava de ahí, y en la curva exterior del meandro, y cada lugar parece más agradable y más prometedor que el anterior, hasta que termino a kilómetros de donde salí. Cuando ya es evidente que se ha hecho tarde, voy pescando de vuelta al punto de salida, y cada uno de los escondrijos de las truchas se me antoja más emocionante que antes, y visto desde un ángulo nuevo parece distinto, y me azuza la idea de que la penumbra habrá despertado el hambre a los peces.



Cuando llegamos a su casa, en Underwood, mamá acababa de despertarse de su cabezadita, y, como siempre, iba vestida como si fuera a salir. El colorete resaltaba en sus mejillas claras; iba pintada a la antigua, pero a sus años podía permitírselo. Me pareció más baja que nunca. Me dio un abrazo algo menos frío que el de mi hermana y dijo:

—Mi pequeño Monksie está en casa.

La levanté del suelo durante un instante, eso siempre le había gustado, y le di un beso en la mejilla. Observé la expresión expectante en la cara de mi hermana cuando la anciana se volvió a mirarla.

—Dime, Lisa, ¿y Barry y tú? ¿Todavía no estáis embarazados?

—Barry sí que lo está —respondió Lisa. Luego anunció ante el rostro perplejo de nuestra madre—: Barry y yo estamos divorciados, mamá. El muy idiota se fugó con otra.

—Lo siento mucho, cariño. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Lisa—. Así es la vida, amor. No te preocupes, lo superarás. «De un modo o de otro», como decía tu padre.

—Gracias, mamá.

—Vamos a llevarla a cenar fuera, señora —le dije—. ¿Qué le parece?

—Me parece maravilloso, maravilloso. Dejad que me arregle y coja el bolso.

Lisa y yo deambulamos por el salón hasta que volvió. Me acerqué a la repisa de la chimenea y miré las fotografías que habían permanecido inmutables durante años: mi padre, posando galante con su uniforme de la guerra de Corea; mi madre, más parecida a Dorothy Dandridge que a sí misma, y los niños, más limpios y encantadores de lo que jamás llegamos a vernos. Me fijé en la chimenea.

—Lisa, hay cenizas en la chimenea.

—¿Qué?

—Mira. Cenizas. Señalé con el dedo.

La chimenea de casa nunca se había usado. Nuestra madre le tenía tanto miedo al fuego que se empeñaba en calentar toda la casa con estufas eléctricas y zócalos calefactores. Mamá volvió con su bolso y con la cara empolvada.

—¿Cómo han llegado ahí esas cenizas? —preguntó Lisa, abordando el tema a su manera.

—Cuando se queman cosas quedan cenizas —respondió mamá—. Eso tendrías que saberlo, con lo que has estudiado.

—¿Qué se ha quemado?

—Le prometí a tu padre que quemaría algunos de sus papeles cuando muriera. Y ha muerto.

—Papá murió hace siete años —dijo Lisa.

—Eso ya lo sé, cariño. Por fin he encontrado un momento. Ya sabes cuánto odio el fuego.

Su argumento era razonable.

—¿Qué clase de papeles? —preguntó Lisa.

—Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué crees que papá me pidió que los quemara? Ahora salgamos a cenar.

En la puerta, a mamá le costó meter la llave en la cerradura y se quejó de que últimamente el mecanismo andaba algo atascado. Me ofrecí a ayudarla.

—Mira —le dije—, si mueves la llave hacia este lado y luego hacia el otro, gira fácilmente.

—Monksie ha arreglado la cerradura —dijo. Lisa refunfuñó y se adelantó para llegar al coche. Mamá me habló en voz baja:

—Creo que Lisa y Barry tienen problemas.

—Sí, mamá.

—¿Todavía no te has casado? —preguntó.

La cogí del brazo para bajar las escaleras del porche.

—Todavía no.

—Tendrías que ir espabilando, no es bueno llegar a los cincuenta

con los hijos todavía pequeños. Terminas molido.



Mi padre era bastante mayor que mi madre. Cuando en junio terminaban las clases, íbamos todos en coche a la casa de Highland Beach, en Maryland, y la abríamos para el verano. Abríamos todas las ventanas, barríamos, limpiábamos telarañas y ahuyentábamos a los gatos callejeros. Entonces pasábamos todo el verano en la playa y papá se reunía con nosotros los fines de semana. Recuerdo lo mucho que le cansaba esa primera limpieza; cuando llegaba el momento de hacer un alto antes de la cena para jugar al softball o al croquet, se conformaba con sentarse en el porche a mirar. Cuando mamá cogía el bate, la animaba dándole indicaciones y luego volvía a sentarse como si pensar en el juego lo hubiera agotado. Tenía más energía por las mañanas y, vete a saber por qué, él y yo siempre salíamos a pasear juntos bien temprano. Caminábamos hasta la playa, llegábamos al muelle y luego regresábamos pasando por delante de la casa de Frederick Douglass y cruzando el riachuelo que formaba la marea, donde nos sentábamos a contemplar los cangrejos correteando por la corriente. A veces nos llevábamos un cubo y una red, y él me guiaba mientras yo atrapaba una docena de cangrejos para el almuerzo.

Una vez se cayó de culo en la arena y dijo:

—Eres un buen chico, Thelonious.

Me volví a mirarlo desde el agua, que me llegaba a los tobillos.

—No te pareces a tu hermano ni a tu hermana. Ellos tampoco se parecen, por supuesto, pero son más parecidos de lo que les gustaría admitir. De todos modos, tú eres distinto.

—¿Eso es bueno, papá?

—Sí —dijo como si hubiera decidido su respuesta justo en ese instante. Señaló el agua—. Ahí hay uno bien gordo. Acércate a él desde más lejos.

Seguí sus instrucciones y levanté el cangrejo.

—Buen chico. Tienes una mente especial. Es por cómo dices las cosas. Si tuviera paciencia para desentrañar algunas de las cosas que dices, me harías un hombre más sabio, lo sé.

No entendía lo que me estaba diciendo, pero advertí el halago en su tono y lo agradecí.

—Y eres tan relajado… No pierdas esta cualidad, hijo. Puede servirte más que ninguna otra cosa en esta vida.

—Sí, papá.

—Y también te vendrá bien para hacer enfadar a tus hermanos.

Entonces se echó hacia atrás y procedió a sufrir un ataque al corazón.

Corrí hacia papá. Él me cogió del brazo y dijo:

—Ahora tú sigue relajado y ve a buscar ayuda.

Aquél resultó ser el primero de los cuatro infartos que sufriría antes de pegarse un tiro una tarde de febrero inusitadamente cálida mientras mamá estaba fuera, reunida con las del club de bridge. Según parece, el suicidio de papá no sorprendió a mi madre, pues nos llamó a los tres, por orden de edad, y a todos nos dijo lo mismo: «Debes volver a casa para el funeral de tu padre».



La cena fue típica, ni más ni menos. Mi madre dijo cosas que hicieron que mi hermana pusiera los ojos en blanco mientras se fumaba un paquete entero de cigarrillos imaginarios. Mamá me contó que les había hablado de mis libros a todas sus amigas del club de bridge y me preguntó, como hacía siempre, si no habría una palabra mejor que «follar» para decir «follar». Luego mi hermana me dejó en el hotel y, mecánicamente, se comprometió a almorzar conmigo al día siguiente.



Como mi ponencia estaba programada a las nueve de la mañana siguiente, tenía la intención de acostarme temprano y dormir de un tirón, si podía. Sin embargo, cuando entré en mi habitación encontré una nota que alguien había deslizado por debajo de la puerta y que me informaba de que Linda Mallory había dejado recado de que la llamara al Mayflower. Fui al teléfono de la recepción.

—Confiaba en que vendrías al congreso —dijo Linda—. La secretaria de tu departamento me ha dicho dónde te alojabas.

—¿Cómo estás, Linda?

—He estado mejor. Lars y yo hemos roto.

—No sabía que estabais juntos. Supongo que, a estas alturas, preguntar quién es Lars no tiene ningún sentido.

—¿Estás cansado? Es temprano, llevamos hora de California, ¿no?

—¿Así habláis en San Francisco? ¿«Llevamos hora de California»? —Me miré el reloj: las ocho y veinte—. Tengo la ponencia a las nueve de la mañana.

—Pero solo son las ocho —contestó—. Para nosotros, las cinco. No

esperarás que me crea que vas a acostarte a las cinco. Puedo estar ahí dentro de quince minutos.

—No, voy yo —dije; temía que, por mucho que rechazara de plano su propuesta, ella se presentara de todos modos—. Nos vemos en el bar.

—Mi habitación tiene un minibar de ésos.

—En el bar a las ocho cuarenta y cinco.

Colgué.

Linda Mallory y yo habíamos dormido juntos tres veces, dos de las cuales nos habíamos enrollado. Habíamos dormido juntos dos veces en Berkeley, donde yo había ido a presentar una novela mía y a leer algunos fragmentos, y una vez en Los Ángeles, donde ella había ido a hacer otro tanto. Era una mujer alta y patizamba, delgada y, sin embargo, amorfa, de mentón pequeño y, siempre que del asunto quedasen excluidos los hombres y el sexo, una inteligencia agudísima. Cual rottweiler absorto en una chuleta de cerdo, así dirigía todos sus esfuerzos a conseguir la atención de los hombres. Para ella no existía otra cosa. En realidad, cuando no tenía las orejas levantadas y alerta en busca de atención masculina, hasta podía decirse que era atractiva; ojos oscuros, cabellera poblada, esbelta, sonrisa agradable. Le gustaba follar, decía, pero yo estaba convencido de que, más que hacerlo, lo que le gustaba era decir que le gustaba hacerlo. Podía llegar a ser agresiva. Y carecía totalmente de talento literario, lo que resultaba a la vez molesto y extrañamente reconfortante. Linda había publicado un volumen de narrativas breves (como a ella le gustaba llamarlas) predeciblemente extrañas y estereotípicamente innovadoras. Había quedado atrapada en un círculo de escritores innovadores que habían logrado sobrevivir a la década de los sesenta publicándose relatos los unos a los otros en sus respectivas revistas académicas y editando monografías colectivas, práctica que les había permitido acumular publicaciones, hacerse con una plaza de profesor titular en sus universidades y alcanzar cierta apariencia de respetabilidad en lo que se conocía como mundo real. Desgraciadamente, buena parte de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman estaba integrada por esa gente. Y todos me odiaban. Por un par de razones: una, porque hacía dos años que había publicado una novela realista con la que había cosechado cierto éxito; y dos, porque en las entrevistas que me hacían en prensa o radio no me callaba la opinión que su obra me merecía. Y por último me odiaban porque, al parecer,

aquellos franceses a los que tanto adoraban tenían mi obra en muy alta estima, lo que para mí no suponía más que una extraña nota a pie de página en mi oscura y discreta carrera literaria. Para ellos, sin embargo, tal vez supusiera una bofetada en toda la cara.



Cuando llegué, Linda ya estaba en el bar. Me envolvió con un abrazo y me vino a la memoria lo mucho que, en la cama, me había recordado a una bicicleta.

—Bueno —dijo de ese modo en el que suele emplearse la palabra para empezar a andarse por las ramas—. Vivimos en el mismo estado, y para vernos hemos tenido que recorrer casi cinco mil kilómetros.

—Curioso, cómo van las cosas.

Nos sentamos y pedí un whisky. Lisa pidió otro Gibson. Jugueteó con la cebollita de su copa, atravesándola con la espada de plástico rojo.

—¿Estás en el programa? —le pregunté.

No había visto su nombre, pero tampoco es que hubiese mirado.

—Participo en un debate con Davis Gimbel, Willis Lloyd y Lewis Rosenthal.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—El lugar de Burroughs en la narrativa americana.

Lancé un gruñido.

—No suena nada mal.

—Vi el título de tu ponencia. No lo capto. —Cuando nos trajeron las copas, cogió la espada y se comió la cebollita—. ¿De qué va?

—Ya la oirás. Me tiene harto, la muy condenada. No me ayudará a hacer amigos, te lo aseguro. —Recorrí el bar con la vista sin encontrar ningún rostro conocido—. Esto me pone los pelos de punta.

—¿Por qué has venido, entonces?

—Porque así tenía el viaje pagado. —Tragué un poco de whisky y lamenté no haber pedido agua—. Prefiero admitirlo a decir que he venido porque el congreso de la Sociedad me interesa.

—Tienes razón. — Linda se comió su segunda cebollita—. ¿Te apetece subir a mi habitación?

—Con calma —respondí—. ¿Y si no nos acostamos pero decimos que sí que nos hemos acostado? —Tras un instante de silencio incómodo, dije—: ¿Qué tal Berkeley?

—Bien. Este año voy a por la plaza de titular.

—Y ¿cómo pinta el asunto? —le pregunté, aunque sabía de sobra que no podía pintar demasiado bien.

—Tu familia está aquí —dijo.

—Mi madre y mi hermana.

Me terminé el whisky y entonces fui dolorosamente consciente de que no tenía nada que decirle a Linda. No sabía lo bastante sobre su vida personal para hacerle preguntas, y tampoco quería sacar el tema

de su reciente ruptura, así que me quedé mirando el vaso.

El camarero se acercó y me preguntó si quería otra copa. Le dije que no y le di dinero, suficiente para los dos Gibsons y mi whisky. Linda me miraba las manos.

—Tendría que descansar un poco —dije—. Nos vemos mañana.

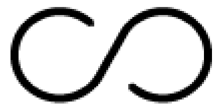
—Probablemente.

El centro del árbol es el duramen. Aunque no contribuye gran cosa a su alimentación, es su soporte estructural. La albura, la que lo nutre todo, es débil y propensa a sufrir el ataque de hongos e insectos. Las dos partes se parecen, pero para trabajar lo que conviene es el duramen. El duramen, siempre.



Desayuné solo en el acogedor comedor del hotel y luego fui andando por Connecticut Avenue hasta el Mayflower. La mañana, gélida y gris, me había oscurecido el ánimo, pero también es cierto que me sentía perdido, incapaz de comprender por qué había hecho ese viaje. El congreso me daba igual, por supuesto, y a mi familia ya la había visto bastante. En mi sesión había más gente de la que esperaba, y de repente me puse un poco nervioso. Con la lectura de la ponencia que había escrito no me jugaba nada, o al menos eso era lo que yo quería creer. Sin embargo, me la tomaba en serio y sabía que incomodaría a más de uno, aunque también estaba seguro de que para llegar a ofender a esa gente tendría que armarla muy gorda.

La primera ponencia resultó aburrida e intrascendente, aunque asombrosamente fácil de seguir. Trataba sobre Beckett y sobre lo que habría escrito si hubiera vivido más y si la recepción de su obra hubiera sido distinta. Luego llegó mi turno. Fui recibido con carraspeos y comentarios bastante audibles que me demostraron que mi reputación me había precedido o, por lo menos, había llegado al mismo tiempo que yo. Leí mi ponencia:



F/V: fragmento de una novela

(1) S/Z* El título quizá responda a toda pregunta antes de que ésta se formule, erigiéndose, en cierto modo, en un antitítulo que, al no abandonar su condición original, insinúa una negación. ¿Es el título el nombre de una obra? ¿O de lo que no es más que la sombra de una obra? Estableciendo su propio sujeto (evidente), Sarrasine de Balzac, el título plantea una cuestión: ¿es ese texto su sujeto? Evidentemente, y como el mismo S/Z nos dice, no: su sujeto es el esquivo modelo de aquello de lo que Sarrasine podría considerarse una representación.

Como Barthes, llamemos código hermenéutico (her) «al conjunto de unidades que tienen la función de articular, de diversas maneras, una pregunta, su respuesta, y los variados incidentes que pueden preparar la pregunta o retrasar la respuesta, o también formular un enigma y llevar a su desciframiento».** El conjunto S/Z se refiere, sin duda, al par de consonantes sorda y sonora, pero la incógnita palidece ante la barra oblicua que separa las consonantes. La «/» concierta la S y la Z en el título y, a la vez, las separa; con todo, no las separa en términos de igualdad aunque así lo parezca, pues la S precede a la Z. La «/» es también esa línea que hemos acabado aceptando como signo ortográfico resbaladizo y cambiante que, aunque adimensional, se interpone entre el significante y el significado. El conjunto separado por la barra oblicua connota el texto hendido, el texto herido o, tal vez, sin más, el texto fragmentado (que no es sino falacia de lo escribible o necesidad de lo legible). Las letras separadas se mantienen unidas como signo de la contención de los opuestos y de lo necesario de su unión en el contexto dado, e ilustran la imposibilidad del estudio individual de los límites definitorios de ambas letras: la barra oblicua, la «/», es tanto un aglutinador como una cuña. La «/» misma se convierte en significante: en todas las referencias al título actuará como un elemento móvil y contradictorio cuyo comportamiento se asemeje a la función que desempeña entre la S y la Z (esto es, su comportamiento será aquel que desee o deje de desear). Denominaremos este elemento de la «/» como significante, sema o cualquier referencia a dicho concepto, implícita o explícita, con las letras SEM, señalando todas las ocasiones en las que un concepto (palabra) contenga una «/» implícita, por ejemplo, enfermo (sem. sano) o enfermo (sem. loco).

(2) Se dice que a fuerza de ascesis algunos budistas alcanzan a ver un paisaje completo en un haba.* «Algunos» budistas, incluso dos, bastarían; no debemos interpretar aquí que se trata de la mayoría de los budistas o de budistas comunes y corrientes. ¿Se tratará de un «algunos» peyorativo, como el de la frase «En esta sala algunos no son bienvenidos»? ¿O tal vez este «algunos», en cuanto oposición tanto a «ninguno» como a «todos», elimine cualquier posibilidad de generalización y, por tanto, de comunión de la vivencia, de transmisión de la experiencia, de comunicación, incluso? Antes de adentrarnos de lleno en la primera frase, caemos en nuestro primer acertijo (her. certidumbre). «Algunos» es una palabra de cuya relevancia connotativa no podemos estar seguros, a menos que, atendiendo a su multiplicidad de significados, solo tengamos en cuenta algunos.

Detengámonos y demos marcha atrás. Antes de la primera frase

nos encontramos con lo siguiente: I. La evaluación. ¿Corresponde esta «I» al numeral romano o a la primera persona del singular del pronombre personal en inglés, I? Una «I» seguida de un punto (her. punto), ¿connota una oración de extrema brevedad o se tratará de una marca de terminación que connota el fin de la identidad misma (sem. individualidad) y rechaza, de ese modo, toda responsabilidad a propósito del texto que sigue? Y la evaluación, ¿debemos vincularla a la I que la precede o al texto que le sigue? Si nos decantamos por la primera posibilidad, ¿se reitera así el gesto mediante el cual se rechaza la culpabilidad?

«A fuerza de ascesis» resulta una construcción curiosa, pues parece personificar la fuerza y darle crédito, como si ésta pudiera autoejercerse, existir sin el concurso de los practicantes. Son los budistas, y no los musulmanes o los cristianos, quienes, debido a esa fuerza (sem. reiteración), precisamente, alcanzan su objetivo (aunque la locución preposicional resulte algo vaga, no resulta descabellado suponer que se trata de «mucha» fuerza [sem. exceso]). ¿Qué debemos leer, entonces? ¿Que, mediante «/», fuerza y ascesis componen un conjunto indisoluble… de modo que algunos budistas alcanzan a ver un paisaje completo en un haba?».* Ver un paisaje completo, donde fuere, debe de ser, en efecto, algo digno de verse (sem. algo), pues nuestra visión tiene que detenerse, por fuerza, en algún lado, a derecha e izquierda, periféricamente, y a lo lejos, en el horizonte. Así, ¿no es siempre el paisaje completo un fragmento de otro paisaje todavía más grande? ¿O debemos entender que todos los paisajes no son sino fragmentos y que esos fragmentos son, en sí mismos, completos? Un paisaje completo solo puede verse «en un haba» y, por lo tanto, el truco que la fuerza de la ascesis permite realizar no es nada del otro mundo. ¿Y por qué «en un haba» y no en una canica o en una huella o en el primer plano de una cara? El haba está presente y, por tanto, significa algo (aunque no signifique nada [sem. Zen]). Nos referiremos a toda unidad del campo simbólico con las letras sim. El haba sugiere la semilla, por supuesto, una semilla que conforma el haba y que, a la vez, la contiene: es lo que es y es de lo que viene. El haba constituye, en acto, su propia génesis, íntegra y completa, originaria del suelo y la tierra; como imagen, como paisaje, por tanto, está completa. Nacer del ser, siendo, a la vez, el ser mismo: ésa es la acción suprema. Señalaremos estas acciones mediante las letras acc y numeraremos los términos que las constituyen según aparezcan (acc. en un haba: (1) lo que se ve; (2) la semilla de la propia haba; (3) la idea de la propia haba…). Por último, no son los budistas los que deberían despertar nuestro interés, sino el haba.*

(3) Precisamente lo que habrían deseado los primeros analistas del relato.* «Precisamente» resulta muy impreciso, pues los «primeros

analistas» no intentaban ver el paisaje completo en un haba, sino definir las condiciones necesarias y suficientes para llamarle «relato» al relato. De modo que «precisamente» es irónico, y reclama silenciosamente que el textosujeto está por encima del esfuerzo pedestre de los «primeros analistas» (sem. precisión). Esos gordinflones que se quedaban absortos ante un haba no necesitaban establecer un modelo de narrativa, pues dicho modelo ya es inherente al haba. Precisamente, los budistas no examinan el haba en busca de un paisaje representativo, sino que persiguen el paisaje que el haba misma contiene. Como a ellos no les corresponde extraer la cualidad esencial que hace que las cosas sean lo que son, sino que deben verlas en su totalidad, la atención a rasgos particulares podría echar por tierra esos logros suyos que, según hemos leído, deberíamos admirar. Así, ¿será Aristóteles, con su inquietud por la praxis y la proairesis, nuestro primer analista? ¿O deberíamos volver los ojos hacia los prehistóricos, quienes debían sopesar las

descripciones relatadas de dos acontecimientos y decidir cuál era real y cuál era una invención, partiendo del supuesto de que para decir la verdad solo se requiere memoria, mientras que para proponer una invención se requiere una imagen que nos desvele elementos de la apariencia del relato auténtico? Aunque quizá debamos decantarnos por los formalistas rusos y dejar las cosas como están (sim. analistas). El deseo de los analistas (acc. intentar) de poner al descubierto este modelo solo nos permite deducir que han fracasado. De quien ya ha dado con un filón de oro en una mina no se dice jamás que «desea encontrar oro» (sem. intento)… ver todos los relatos del mundo.* Partimos, así, de la conclusión de que este relato universal existe (ref. relato). Nombrarlo obra el daño o el prodigio, no hay marcha atrás. La cosa se crea en el acto de nombrarla; ir en busca de aquello que le confiere el ser es pasar por alto que, en primer lugar, la existencia de la cosa debe verificarse. Haber recibido un nombre no es lo mismo que existir de verdad (ref. unicornio).

(4)… (tantos como hay y ha habido): vamos a extraer de cada cuento un modelo, pensaban, y luego con todos esos modelos haremos una gran estructura narrativa que revertiremos (para su verificación) en cualquier relato…* Como si hubiese algún relato del que alguien hubiera dicho «¿Y esto es un relato?» sin segundas intenciones, sin querer dar a entender lo pésimo que era. En el mejor de los casos, el ejercicio parece una reacción a la imagen mercantil del editor que le pregunta al escritor: «¿Y a esto lo llamas tú relato?». Pero tal digresión tiene en cuenta la noción en su totalidad (aunque solo un fragmento del texto) y se aleja del espíritu del análisis. tantos (her. tantos, sem. tantos)** se antoja irónico, provocador, incluso: aunque da la

impresión de que se alaba la productividad de aquellos que han escrito los relatos, el comentario se ofrece entre paréntesis, compartimentando, así, a los escritores de los relatos sin llegar a mencionarlos nunca. pensaban (sem. pensamiento, her. ellos, ref. ellos)*** proclamación evidente de la incapacidad de llevar a cabo su misión. Aunque el resto de la frase nos informa de lo que esperan de esas habas que tan absortos contemplan, el «pensaban» convierte las habas en espacios en blanco. Y, así, terminamos desmontando nuestro ejercicio como ejercicio del texto de referencia, Sarrasine, que, aun no habiendo sido tomado como modelo, ha sido reconocido como tal y analizado, a su vez, de un modo que se convierte en modelo para el análisis de otros textos, como por ejemplo, éste. Nunca está de más recordarle lo evidente al ignorante.



Cuando terminé hubo un conato de aplauso, y luego se hizo un silencio analgésico mientras los presentes trataban de averiguar si estaban ofendidos y por qué. Mientras caminaba de vuelta a mi silla, un manojo de llaves me pasó volando al lado de la cabeza y se estrelló contra el papel aterciopelado de la pared. Miré hacia el público y descubrí a Davis Gimbel, el director de una revista llamada Frigid Noir. Agitando el puño en alto, Gimbel gritó:

—¡Cabrón!

Advertí de inmediato que no había entendido una sola palabra de lo que yo había leído; su reacción me pareció impropia y exagerada, pero él estaba ansioso, quería dar la impresión de que lo había captado de inmediato. Linda Mallory estaba entre el público, y nuestras miradas se encontraron. Asintió en silencio para indicarme que la ponencia le había parecido bien y me dedicó un aplauso suave y continuo, el único de la sala. Cogí las llaves de Gimbel y se las tiré para devolvérselas.

—Te harán falta, seguro —dije, palabras que fueron recibidas como un insulto.

Gimbel, un hombre que se tomaba por una especie de Hemingway, avanzó hacia mí como si quisiera pelear. No tardaron en contenerle los integrantes de su séquito, una cuadra de jóvenes aspirantes a escritores que terminarían evaporándose y siendo reemplazados por los de la siguiente hornada.

—No quería herir tus sentimientos, Gimbel —añadí. Ya se veía que la sesión sería la comidilla del congreso, que adquiriría vida propia y se convertiría en una de esas cosas que les da alas a esos capullos

inútiles—. ¿Qué parte es la que más te ha molestado?

—¡Eres un chapucero mimético! —me espetó Gimbel.

—Un chapucero mimético —repetí—. Muy bien.

Eché una mirada a la puerta y vi que ya había gente saliendo en desbandada; afuera ofrecerían sus versiones de la pelea y dirían: «Estaba sentado justo al lado de Gimbel cuando todo empezó», o: «Ellison le lanzó las llaves, no podía creerlo». De todos modos, salí de la sala y la gente fue abriéndome paso; si lo hicieron por miedo o por reverencia, eso no sabría decirlo.

* Al igual que en nuestro texto-sujeto, nos detenemos aquí para aclarar lo que ya hemos planteado, esto es, los cinco códigos más relevantes bajo los cuales pueden clasificarse todos los significantes textuales. Los presentamos en orden de aparición, no de importancia. El código hermenéutico comprende términos que implican, sugieren, encarnan, contienen, prolongan, revelan y/o resuelven enigmas. Los semas existen sin que deban vincularse al personaje, el lugar o el sujeto, y si los anotamos es en aras de una apariencia de unidad. Debemos concederles su «inestabilidad, su dispersión, lo que hace de ellos partículas de polvo, reverberaciones del sentido». (En otras palabras, las paparruchas a las que suele dar lugar la asociación libre no son un mal modo de instalar o estimular el significado o, lo que es más importante, el interés). No debemos estructurar el campo simbólico, sino, generosos, permitir que sea un espacio para la multivalencia y la reversibilidad. El significado del texto bien podría estar en su contrario, pues todo positivo conlleva la comprensión de su negación. Los comportamientos (términos del código proairético) se enumeran sin más, pues la secuencia de los términos «no es sino el efecto de un artificio de lectura», lectura que acumula una secuencia de nombres genéricos para las acciones (sentarse, morir, explotar, quedarse dormido), y son esos nombres los que materializan las secuencias, que existen en el momento en que pueden ser designadas, y puesto que se revelan en y por el proceso de designación, el nombre no es el producto de la deducción o la inducción lógicas, y solo será empírico en el sentido de que el nombre se establece por alguna razón (lógica aparte). Finalmente, los códigos culturales son citas de un sistema o a un tipo de conocimientos (médicos, literarios, históricos…) que indican el cuerpo del conocimiento sin expresión de la cultura que articulan (ref. cultura).

3

Cuando llegué al hotel encontré una amenaza de muerte garabateada en el dorso de un punto de libro. Rezaba: te mataré, palurdo mimético, firmado: el fantasma de wyndham lewis. No me preocupaba que los payasos que me habían escogido como enemigo pudieran pasar de las amenazas a los hechos: las probabilidades de que llegaran a hacer algo eran tan remotas como las de que llegaran a escribir algo.



Idea para un relato. Una mujer da a luz un huevo. Se preveía un parto normal y lo que sale es un huevo, un huevo de dos kilos ochocientos. Como los médicos no saben qué hacer, le plantifican unos pañales y lo meten en una incubadora. No pasa nada. Luego le dicen a la madre que se siente encima del huevo. Nada. Se lo dan para que lo tenga en brazos. Ella se enamora del huevo, lo llama su bebé. El huevo no tiene extremidades que mover ni voz con la que llorar. Es un huevo y nada más que un huevo. La mujer se lleva el huevo a casa, le da un nombre, lo baña, se preocupa por él. No cambia, no crece, pero es su «bebé», dice. Su marido se va de casa. Sus amigos ya no van a visitarla. Ella le habla al huevo, le dice cuánto lo quiere. El huevo se resquebraja…



Fui a la clínica de mi hermana, en el sureste de la ciudad. Washington esconde su pobreza mejor que ninguna otra ciudad del mundo. A pocas manzanas del National Mall y de Capitol Hill, por donde desfilan miles de turistas a diario, hay gente que cubre las ventanas con toallas para que no entre la lluvia y que por la noche, para atrancar la puerta, la asegura clavándole tablones de madera atravesados. Aunque mi hermana vivía por encima de Adams Morgan, tenía la consulta en el sureste, «donde vivía la gente». Era más dura de lo que yo podría llegar a ser jamás.

Entré por la puerta de la calle y los rostros de diez mujeres se volvieron hacia mí a la vez: querían saber qué hacía yo ahí. Fui hasta el mostrador de recepción.

—Soy Thelonious Ellison, el hermano de la doctora Ellison —dije.

—Estás de broma.

Aunque no podría decirse que la recepcionista fuera gorda, no le

faltaba de nada. Se levantó, pasó al otro lado del mostrador y me dio un achuchón. Me hundí en ella mientras pensaba que así es como tendrían que ser todos los abrazos.

—El hermano escritor —dijo dando un paso atrás para mirarme—. Y no está mal. —Gritó hacia el pasillo—: Eleanor, Eleanor.

—¿Qué? —preguntó Eleanor.

—Aquí tenemos a un escritor de verdad.

—¿Qué?

—El hermano de la doctora E.

Eleanor llegó y me abrazó. Llevaba el estetoscopio, pero cuando me estrujó se perdió entre sus generosos senos.

—Ahora mismo la doctora E. está con un paciente.

—Sí, cariño —dijo la recepcionista con una sonrisa que no le cabía en la cara—. Siéntate y le diré que estás aquí. Si necesitas algo me llamas, soy Yvonne. ¿Vale?

Me senté en una silla pobremente tapizada de naranja al lado de una joven con las uñas largas, curvadas y pintadas de azul. Sentado en la falda tenía a un niño que moqueaba.

—Un niño muy guapo —dije—. ¿Cuántos años tiene?

—Dos —contestó.

Asentí con la cabeza. La silla era más cómoda de lo que esperaba, tratándose de la silla de una sala de estar; sentí que las tensiones del día iban desvaneciéndose, desvaneciéndose hasta convertirse en un susurro en medio de la realidad estruendosa.

—¿Y a qué has venido a Washington? —me preguntó Yvonne desde el mostrador.

—A una reunión —dije.

—Debes de ser importante si vienes a Washington para reuniones así como así.

Meneé la cabeza y me eché a reír.

—Qué va, solo es un congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. No es lo que se dice importante. Esta mañana he presentado una ponencia y ya he terminado.

Yvonne me miró como si mis palabras se perdieran en el espacio que nos separaba. Asintió con un movimiento de cabeza, sin mirarme directamente, y retomó su trabajo en el mostrador. Me sentí torpe, fuera de lugar, igual que en tantas otras ocasiones de mi vida, como si estuviera de más.

—¿Escribes libros? —me preguntó la mujer del niño.

—Sí.

—¿Qué clase de libros escribes?

—Escribo novelas —dije—. Relatos.

Ya me sentía fuera de lugar y ahora no sabía qué hacer para parecer relajado.

—Mi prima me ha regalado Sus ojos miraban a Dios. Lo estudió en clase. Va a la universidad, a la UDC. Ese libro me gustó.

—Es una novela muy buena —respondí.

—También me ha regalado un libro de historias de Jean Toomer —añadió la joven colocándose bien al niño en el regazo—. Es mi favorito.

—Un gran libro.

—Pero novela no es, ¿verdad? —preguntó—. No es solo una historia, quiero decir, tiene poesías. Pero parecía todo la misma historia, ¿me entiendes?

—Te entiendo perfectamente.

—Con el cuento del palco lo que siempre me pasa es que tengo la sensación de estar en un teatro todo el rato, viendo cómo se pelean los enanos.

Meneó la cabeza como si quisiera despabilarse y le limpió los mocos al niño.

—¿Has ido a la universidad? —le pregunté. La chica se echó a reír.

—No te rías —le dije—. Me pareces muy lista. Deberías intentarlo, al menos.

—Ni siquiera terminé el instituto.

No sabía qué contestarle. Me rasqué la cabeza y me puse a mirar las otras caras de la sala. Me sentía como un gusano: había imaginado que la chica de las uñas azules sería de una manera determinada, corta y estúpida, pero resultó que no era ni lo uno ni lo otro. El estúpido era yo.

—Gracias —le dije.

Ella no me respondió. Afortunadamente, en ese preciso momento la llamaron para que pasara a una consulta.

Lisa apareció con su bata blanca y el estetoscopio colgado al cuello. Nunca la había visto en su elemento. Parecía tranquila, cómoda, con la situación bajo control. Me sentía orgulloso de ella, intimidado. Me levanté, y aunque me dio un medio abrazo algo frío, el mío, que no lo era, consiguió suavizar la cosa. La había pillado por sorpresa; se sonrojó un poco y todo.

—Tengo que visitar a dos pacientes más, luego podemos irnos —dijo—. Estás de suerte: hoy no hay piquetes, se habrán quedado en la iglesia o en un aquelarre. ¿Todo bien aquí?

—Sí, Yvonne se encarga de mí —contesté, pero la recepcionista ya no estaba tan entusiasmada conmigo. Me dirigió una sonrisa mecánica y movió la goma del lápiz en el aire—. Te espero.



Cuando tenía quince años, mi amigo Doug Glass, que se llamaba así de verdad, me preguntó si quería ir a una fiesta con él. Eso fue un verano en Annapolis. Era un año mayor que yo y ya tenía coche. Ir a la fiesta me parecía muy emocionante. Cuando llegamos oí una música altísima que no me resultaba familiar; los bajos retumbaban. El aire estaba lleno de voces masculinas tratando de bajar una octava y de risitas femeninas. Al principio nos quedamos en el jardín de la entrada, y yo no me despegué de un vaso de plástico hasta que la cerveza que contenía se calentó. A decir verdad, todavía no me había acostumbrado al sabor y tenía miedo de que me hiciera vomitar. Estábamos en una zona de Annapolis a la que no había ido nunca, pero como se veía la aguja del Capitolio, sabía por dónde quedaba.

—Eh, hermano, ¿cómo te llamas? —me preguntó un chico alto echándome el humo de su cigarrillo casi a la cara—. Yo soy Clevon.

—Monk.

—¿Monk? —Se puso a reír—. ¿Qué mierda de nombre es Monk?

Justo en ese momento vi que no quería decirle que mi verdadero nombre era Thelonious.

Llegó otro chico.

—Eh, Reggie, no te lo pierdas: este de aquí se llama Monk.

—Un poco mongo sí que parece, ¿no? —dijo Reggie.

—¿Cómo te llamas de verdad? —me preguntó Clevon.

—Ellison.

—¿Nombre o apellido?

—Apellido.

—¿Y tu nombre?

—Theo —mentí.

Clevon y Reggie se miraron y se encogieron de hombros como si quisieran dar a entender que Theo era un nombre normal del que no valía la pena burlarse.

—¿Por qué te llaman Monk, hermanito? —preguntó Reggie.

No me gustaba cómo había sonado ese «hermanito».

—Solo es un apodo —respondí. Doug se acercó y me dijo:

—Vamos, Monksie, vamos adentro.

—Monksie —repitieron Clevon y Reggie entre risas; se habían llevado las manos a la boca para formar un altavoz.

—Volvamos a la playa —le dije a Doug mientras lo seguía a la casa —. Esto está aburrido.

—Primero entremos. ¿No quieres ver chicas?

Lo cierto es que eso era lo que quería, ver chicas, más que ninguna otra cosa, pero qué haría cuando las viera, eso ya no lo sabía. Esperaba que ninguna me llamara «hermanito» o me preguntara mi nombre.

Dentro había poca luz, y el centro de la pista, en lo que supuse que sería el salón, estaba atiborrado de bailarines desenfrenados. Nos dirigimos al otro extremo de la sala mientras Doug bailoteaba y señalaba a la gente con el dedo. No es que conociera a Doug muy bien, pero aun así me sorprendía la cantidad de gente a la que saludaba. Se detuvo al lado de un par de chicas.

Para que con esa música se las oyera, casi tenían que chillar.

—¡Vaya fiesta! —gritó Doug.

—Sí —respondió la chica.

—¿Tu hermana? —preguntó Doug.

—Sí.

Estuvieron un rato mirando la pista de baile. Ahora Doug era mi héroe, el modo en que había hablado con la chica me parecía increíble. Entonces, cuando empezó a sonar una lenta, se volvió hacia ella.

—¿Bailas?

—Sí.

Yo me quedé con la hermana. Era guapa, llevaba un vestidito ligero que le dejaba los hombros al aire. Había un foco que giraba, no sé dónde, y a breves intervalos podía verle el cuello y los muslos. Tenía una piel preciosa. Me pescó mirando y yo me disculpé.

—Me llamo Tina —me dijo.

—Ellison.

—¿Bailas?

—Vale.

En toda mi vida no me habían preocupado tantas cosas como las que me preocuparon en los tres minutos siguientes: ¿Me había puesto desodorante? ¿Me había lavado los dientes? ¿Tenía las manos demasiado secas? ¿Tenía las manos demasiado húmedas? ¿Me movía demasiado deprisa? Bailando, ¿la llevaba yo, o me llevaba ella a mí? La cabeza, ¿la tenía en el lado bueno respecto de la suya? Yo no me había arrimado mucho, pero ella tiró de mí y se me pegó. La nitidez con la que percibía sus pechos era alarmante. Sus muslos rozaban los míos y, como era verano y yo llevaba shorts, sentía su piel, y aquello ya fue demasiado para mi equilibrio hormonal. Durante el tiempo que duró la canción, mi pene fue agrandándose progresivamente hasta que me di cuenta de que asomaba por el dobladillo de la pernera izquierda. Tina lo advirtió y dijo algo que no entendí, pero que incluía las palabras «cariño» y «tranquilo». Luego alguien encendió las luces y oí las voces de Clevon y Reggie, que decían «mirad, la minga de Mongo». Corriendo, salí de la casa y seguí calle abajo en dirección al Capitolio.

Fui hacia los muelles, donde encontré a mi hermano mayor con unos amigos en el bote de la familia. Me preguntó si estaba bien, le

dije que sí y le pregunté si podía quedarme con él. Miró a los otros chicos y asintió a regañadientes. Se sentían incómodos conmigo; no decían gran cosa, y, uno a uno, fueron desfilando hasta dejarnos solos.

—Sube y desata la cuerda —dijo Bill—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Arrancó el motor y nos pusimos en marcha.

—En coche, con Doug. Me ha llevado a una fiesta. Nos hemos separado.

—Oh.

—¿Te he fastidiado la fiesta? —le pregunté.

—No, no te preocupes.

Con esa vibración del Evinrude que tan familiar me resultaba empecé a relajarme. El agua de la bahía me parecía muy tranquila. Miré al cielo.



Lisa y yo fuimos en coche hasta el Capitol Grill y encontramos mesa; de la pared a la que estaba pegada colgaba la cabeza de un alce.

—¿Por qué te gusta comer aquí? —le pregunté.

—No sé. Tendrá que ver con todos esos tipos que toman decisiones. —Iba dándole sorbitos al té—. Escucha, a ver si lo adivinas. Vas en barca. El motor se para. Estás en aguas poco profundas, llevas unos pantalones de doscientos dólares y el autobús del aeropuerto que espera en la playa está a punto de salir. ¿Por qué se trata de un asunto legal?

Meneé la cabeza.

—Porque hay que elegir entre remar y vadear. —Sonrió con una sonrisa que llevaba años sin ver—. Malo, ¿eh?**

—¿Te lo has inventado tú?

—Me acuesto muy tarde, qué quieres. —Lisa paseó la vista por la sala y luego volvió a mirarme—. Me alegro de verte, hermanito.

—Gracias. Yo también me alegro de verte. Estoy muy orgulloso de ti, ya lo sabes. Y papá también lo estaría. Tu clínica…

—No es muy glamurosa.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Advertí que en la barra había un hombre que nos miraba fijamente—. ¿Lo conoces?

Lisa volvió la cabeza y el hombre desvió la mirada.

—No, ¿por qué?

—Por alguna razón, parecía interesado en ti.

—Eso no estaría nada mal.

—Siento lo que pasó con Barry. Siempre me pareció un payaso.

—Eso mismo dijiste entonces. —Lisa se echó a reír—. ¿Te acuerdas de lo furiosa que me puse contigo?

Vino el camarero y pedimos. Guardó el bloc sonriéndole a Lisa.

—¿Qué tal, doctora?

—Muy bien, Chick, ¿y tú? Mi hermano Monk, Chick. Ha venido de visita desde California.

Le di la mano.

—Chick. —Lo observé mientras se alejaba y sonreí a mi hermana—. Le gustas.

—Es posible, pero creo que ha salido con Bill.

—Oh.

Nos quedamos callados un rato pensando en Bill hasta que me pareció que ya habíamos pensado lo suficiente en él.

—He tenido una conversación bastante agradable con una de tus pacientes. No entendí su nombre. Iba con un niño y tenía las uñas azules.

—Ya sé a quién te refieres. A Tamika Jones. En realidad, Tamika Jones tiene dos hijos. El niño de hoy se llama Mistery.

—¿Mistery?

—Eso mismo. Y su hija se llama Fantasy.

—Mistery y Fantasy.

—Se los puso por los padres. Uno era un misterio, y el otro, una fantasía.

—Estás de broma.

—Qué más quisiera yo.

—Me gano la vida inventando cosas, pero algo así no se me habría ocurrido nunca. —El hombre de la barra volvía a mirarnos, pero cuando lo pillé se levantó, se alejó de la barra y se dirigió a la puerta—. A veces me siento muy lejos de todo, como si ni siquiera fuera capaz de hablar con la gente.

—Es que no lo eres. Nunca lo has sido. No es malo. Eres diferente, eso es todo.

—¿Diferente de quién?

—No te pongas a la defensiva. No es nada malo. En realidad, es bueno. Siempre he querido ser como tú.



Hubo un tiempo en que me dedicaba a buscar el significado más profundo de las cosas, convencido de ser una especie de sabueso hermenéutico que vagaba por el mundo, pero cuando cumplí los doce

dejé de hacerlo. Aunque entonces no habría sido capaz de expresarlo correctamente, pasados los años he terminado reconociendo que abandoné toda búsqueda de una explicación de lo que podrían llamarse esquemas de significado subjetivos o temáticos para reemplazarla por un simple bosquejo de descripciones de casos específicos de los que podía, al menos, sacar conclusiones, aunque inconscientes, que me permitirían entender el mundo y el modo en que éste me afectaba. Dicho de otra forma: aprendí a aceptar el mundo tal como era. Dicho aún de otra forma: me daba igual.

Cuando yo tenía trece años y mi hermana dieciséis, me pilló masturbándome con una revista en el sótano delantero. Cuando me preguntó qué hacía, yo le dije: «Masturbarme».

Mi respuesta fue tan relajada que la dejó pensativa.

Mientras me abrochaba el cinturón, me dijo:

—Eres un pervertido.

—Puede —respondí—. No sé lo que es un pervertido.

—Pues más te vale que papá y mamá no te pesquen haciendo esto. Es todo lo que tengo que decirte.

—No era mi plan. Y si me pescan, ¿qué? ¿Me quitarán la revista?

Cuando hube expuesto la situación, volví a dirigir mi atención al desplegable de la revista.

—¿De dónde la has sacado? —me preguntó.

Se puso a mirar escaleras arriba, hacia la puerta cerrada del sótano.

—La he comprado. —Luego, para que se relajara, dije—: Papá está en su despacho, y mamá no bajará, le dan miedo las arañas.

—Es normal —aseguró Lisa, como si de repente le preocupara que me quedaran secuelas psicológicas.

—¿Qué es normal?

—La masturbación.

—¿Tú lo haces?

—No —contestó, y se puso colorada; inclinó el cuerpo para empezar a subir las escaleras.

—Gracias —le dije.

—¿Gracias por qué?

—Por decirme que es normal.

—Vale.

—Y también es normal no hacerlo.



Le eché una buena mirada a la hamburguesa con queso de Lisa

mientras ella apartaba la cebolla con el tenedor y la dejaba a un lado del plato.

—¿Sigues sin comer carne? —preguntó.

—La como de vez en cuando.

—Por una hamburguesa no te morirás.

Eché aceite y vinagre en la ensalada y asentí en silencio.

—Soy consciente de que tú tienes que encargarte de todo con mamá —le dije—. Y sé que no es justo.

—Así son las cosas.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, puedes instalarte aquí. —Me miró a los ojos y luego sonrió—. Si te necesito, te llamaré. Hay una cosa… A mamá se le está acabando el dinero.

—Pero yo pensaba que…

—Yo también, pero aun así se le acaba.

—Yo no tengo mucho. No gano gran cosa con mis libros.

—No te agobies. Solo quería que lo supieras.

En ese momento me sentí fatal, un fracasado; les estaba fallando a mi madre y a mi hermana. Viviendo en mi burbuja, nunca me había parado a pensar en esas cosas. Tenía la sensación de estar hundiéndome.

Después de comer mi hermana me preguntó si querría acompañarla a una librería, tenía que comprar algo para una empleada que acababa de tener un hijo, me dijo. Le pregunté si querría regalarle uno de mis libros, y contestó que prefería regalarle algo que pudiera leer. Luego empezó a reírse y yo debí de reírme con ella, supongo.

Mientras Lisa se alejaba hacia la sección de Jardinería, yo me quedé en el centro de Borders pensando en lo mucho que odiaba esa cadena de librerías y otras cadenas parecidas. Yo había hablado con libreros de verdad, dueños de librerías pequeñas a las que ese WalMart de los libros estaba condenando al desahucio. Decidí averiguar si tenían alguno de mis libros, con la firme convicción de que, por mucho que los tuvieran, no iba a cambiar de opinión sobre Borders. Fui a la sección de Literatura y no me vi. Fui a Narrativa Contemporánea y no me encontré, pero retrocediendo un par de escalones di con una sección llamada Estudios Afroamericanos, y allí, en orden alfabético, perfectamente dispuestos (esto es, sin que nadie los hubiera tocado siquiera), estaban cuatro de mis libros, entre ellos Los persas, cuyo único elemento ostensiblemente afroamericano era mi fotografía de solapa. Me enfurecí al instante; el pulso se me aceleró, se me frunció el ceño. A quien le interesaran los estudios afroamericanos no le dirían gran cosa mis libros, y su presencia en esa sección lo confundiría. Quien anduviera buscando una críptica

reinterpretación de una tragedia griega tendría tanto interés en esa sección como en la de Jardinería. En ambos casos, el resultado era el mismo: no habría venta. Esa puta librería estaba quitándome la comida del plato. Decirle algo al payaso del gerente no iba a solucionar nada, así que me resigné a quedarme callado. Luego vi un póster que anunciaba la visita de Juanita Mae Jenkins, quien haría una lectura de su gran superventas Aquí los del gueto. Cogí un ejemplar del libro y leí el primer párrafo.

El viejo se abrió cuando yo nací y ahora somos yo y mi madre y mi hermano el pequeño, el Juneboy. Por las mañanas el Juneboy pasa de lavarse los piños y yo tengo que estar ahí para que se acuerde. Por eso la vieja dice que yo soy la responsable y que tengo que echar un ojo mientras curra limpiándoles la casa a unos blancos.

Cerré el libro y pensé que iba a vomitar. Mi hermana se me acercó por la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije mientras devolvía el libro al montón.

—¿Qué te parece este libro? —me preguntó—. Van a hacer la película, lo he leído. A la autora le han pagado algo así como tres millones de dólares.

—Vaya.



La realidad de la cultura popular no era nada nuevo para mí. La verdad del mundo asaltándome cada día, a cada hora, no era nada inesperado, pero este libro era una auténtica bofetada. Como ir paseando tan a gusto por un mercadillo de antigüedades y, al doblar la esquina, encontrar un escaparate con figuritas de negritos comiendo sandía y tocando el banjo y una pirámide de tarros de galletas de cerámica, mamis bien gordas y bien negras con su delantal. Tres millones de dólares.



Mi hermana se ofreció a prestarme el coche durante la tarde si luego iba a recogerla al trabajo. La dejé delante de la consulta. Los del piquete habían vuelto. En cuanto vieron a Lisa, empezaron a gritar: «¡Asesina! ¡Asesina!». Me bajé del coche para sortear el piquete con

ella y acompañarla hasta la puerta de entrada, y entonces me di cuenta de que ella recorría ese trecho sola cada día, de que yo no estaba ahí para hacer de hermano protector, de que ella no me necesitaba. Aun así, aceptó gentilmente mi escolta y me dijo que nos veríamos luego. Regresé al coche escudriñando esas caras feroces, desquiciadas y enfurecidas. Un hombre sujetaba una pancarta enorme con la foto de un feto mutilado. Agitó el puño en mi dirección. Por un instante me pareció ver la cara del hombre que, desde la barra, había estado observándonos en el restaurante, pero entonces desapareció.

** El chiste solo tiene sentido en inglés: Roe (que en inglés suena igual que row, 'remar') versus Wade ('vadear') fue el caso judicial por el que la Corte Suprema de Estados Unidos reconoció en 1973 el derecho al aborto. (N. de la T.).

Idea para un relato: un hombre se casa con una mujer que se llama igual que su primera esposa. Una noche, mientras hacen el amor, él pronuncia su nombre y ella lo acusa de estar pronunciando el nombre de su primera mujer. Lo cierto es que era el nombre de su primera mujer, por supuesto, pero también es el de la actual. Él le dice que no estaba pensando en su primera mujer, pero ella replica que sabe perfectamente lo que ha oído.



Di vueltas en coche por la ciudad durante un rato, y mientras conducía me di cuenta de que era posible sentirse cómodo en un coche. Mi hermana se había tomado mi cumplido sobre su coche como un insulto, y, en cierto modo, quizá mi intención había sido ésa. Yo nunca había entendido que alguien se gastara tanto dinero en cuatro ruedas. Sin embargo, el coche era cómodo y silencioso, debía admitirlo, y era muy comprensible que mi hermana quisiera poder quitar los seguros y encender los faros desde la otra punta del aparcamiento. Con todo, detrás del volante de la cosa esa me sentía fuera de lugar. Para variar. Atravesé Georgetown, subí por Wisconsin y volví a Dupont Circle por Massachusetts. Fui a casa de mi madre, quería llegar justo antes de que se echara su cabezadita: así, como ella estaría a punto de recogerse y yo tendría que ir a buscar a Lisa, podría marcharme enseguida.

—Mi Monksie está en casa —repitió mi madre. Nos sentamos en la cocina y preparó un té.

—Estás estupenda, mamá.

—Anda ya. Soy una anciana. No sé cómo estará este té, cariño. Me lo trajo una mujer que fue paciente de tu padre.

—Un detalle —dije.

—Es una mujer muy agradable, pero, válgame Dios, es más vieja que yo. No hay manera de que entienda que tu padre ha fallecido.

Dejó las tazas y los platitos en la mesa.

—¿Dónde está Lorraine?

—Ha salido a hacer la compra.

Miré el calendario de la pared. Era del año pasado, pero estaba en el mes correcto.

—Este calendario no es de este año, mamá.

—Lisa siempre me lo dice, pero nunca me acuerdo de cambiarlo.

—Te diré lo que haremos: te compraré uno nuevo.

Mientras hablaba, me pregunté qué perjuicio estaría causándole a Lisa con la compra de un calendario para mamá. ¿Y si a la anciana le daba por explayarse sobre su procedencia? Ya lo imaginaba: las hojas de los meses irían cambiando, y Lisa, aguantando: «Mira la foto del Gran Cañón. Monksie me regaló este calendario. Se dio cuenta de que el antiguo era del año pasado».

—Aquí está. —Mamá dejó la tetera entre nuestras tazas y luego se sentó—. Dime, ¿cómo ha ido el congreso?

—Bien. La ponencia fue bien, ya he terminado.

—Me alegro —dijo.

Se levantó para apagar el fogón por segunda vez y volvió a sentarse.

—Tendrías que ir con cuidado si quemas cosas en la chimenea —le dije—. No la hemos encendido nunca. Es probable que el tiro esté atascado.

—Había un poco de humo en el salón, sí.

—No deberías usarla jamás.

—De todos modos, ya he terminado de quemar las cosas.

Sirvió el té.

—¿Qué quemabas? —le pregunté.

—Unos papeles, solamente. Tu padre me dio instrucciones cuando estaba en el hospital. Dijo: «Agnes, quema los papeles de la caja gris de mi despacho, te lo ruego. ¿Me harás el favor?». Le dije que sí y luego me suplicó que no los leyera.

—¿Y los has leído?

Mamá meneó la cabeza.

—Tu padre me pidió que no lo hiciera.

Miré hacia la encimera y vi una caja azul.

—¿No irás a quemar las cosas de esa caja, verdad?

—Eso es lo que he quemado. El salón se ha llenado de humo. Nunca me ocupé del tiro. Por eso nunca encendimos la chimenea en esta casa. Porque le tengo miedo al fuego.

—Ya lo sabía, mamá.

—No te he ofrecido leche. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. —Soplé mi té y bebí—. ¿Te reúnes con las compañeras del club últimamente?

—No mucho. Todas se están muriendo. A las jóvenes ya no les interesa el bridge.

—De todos modos, y según lo que pude entender, me parece que tampoco jugabais al bridge…

—¿Eso te parece? —Rio suavemente—. Supongo que tienes razón.

La miré a los ojos y advertí su cansancio.

—Tal vez deberías echarte un ratito.

—Estoy un poco cansada. Esta noche Lorraine hará la cena.

Cenaremos a las siete, pero puedes llegar a las seis para los cócteles.

—Muy bien, mamá.



Cualquiera que hable con alguien de su familia sabrá que compartir un idioma no implica compartir las reglas que rigen su uso. Digamos lo que digamos, lo que en realidad queremos decir es otra cosa, y yo sabía que, a pesar de las incoherencias y los desvaríos de mi madre, mientras tomábamos el té mamá había estado tratando de decirme algo. El hecho de mencionar el humo en dos ocasiones; de referirse a la caja gris como «caja azul»; lo rápido y dócilmente que había admitido mis alusiones acerca de las actividades de su club. Y como yo no conocía sus reglas, que no dejaban de cambiar, sabía que trataba de decirme algo, pero no sabía el qué.



Para mi padre, el camino debía ser cuesta arriba tanto de ida como de vuelta; debía ser tan arduo como fuera posible. Por desgracia, ése fue el sentimiento que me inculcó cuando me propuse entregarme a la tarea de escribir novelas. No lo vi impresionado ni complacido hasta que le presenté un relato deliberadamente confuso y críptico. Sonriendo, me dijo: «Me has hecho trabajar, hijo». En una ocasión, cuando en un museo me quejé porque la firma de un cuadro era ilegible, me dijo: «Un cuadro no se firma para que la gente sepa quién lo ha pintado, sino porque su autor lo ama». Estaba equivocado, por supuesto, pero su opinión era tan maravillosa que ahora me gustaría suscribirla. Lo que debió de querer decir, imagino, aunque nunca había llegado a expresarlo así, era que el arte halla su forma y que nunca es una simple manifestación de la vida.



Lorraine llevaba de asistenta desde antes de que yo naciera. De niño me tenía aprecio, y de joven también. Pero cuando abrió un libro mío y descubrió la palabra «follar» dejó de tenerme aprecio. A partir de aquel momento se mostró cortés pero seca; aunque nunca demostró que mi presencia le desagradara, tampoco pareció apenarse jamás por

mi marcha. Que yo supiera, Lorraine nunca había tenido otra vida al margen de la que llevaba con mi familia. Tenía sus días libres, pero yo no sabía adónde iba, en caso de que fuera a alguna parte. Incluso pasaba los veranos en la playa con nosotros. Sin embargo, no era nuestra niñera: si teníamos un problema, acudíamos a mamá. Si necesitábamos que nos acompañaran en coche a algún lado, acudíamos a mamá. Si necesitábamos comida o ropa limpia, acudíamos a Lorraine.

—Buenas tardes, señor Monk —me dijo cuando entré en casa con mi hermana.

—¿Cómo estás, Lorraine? —le pregunté.

—Más vieja cada día.

—No lo parece —contesté.

—Gracias.

Lisa me cogió la chaqueta y la colgó en el armario como si yo fuera una visita. Volví a mirar la casa. De pequeño me encantaba: era una casa grande de dos pisos con muchas habitaciones y muchos rincones y, en el sótano, un apartamento en el que vivía Lorraine. Ahora, sin embargo, parecía fría, a pesar de lo alta que estaba la calefacción. Las cortinas que cubrían las ventanas eran pesadas; la madera del pasamanos de la escalera y las jambas de las puertas, oscura y lúgubre.

—La señora E. ya está a la mesa —nos dijo Lorraine, y nos acompañó al comedor como si no conociéramos el camino.

Cuando entramos, mamá se quedó sentada en la silla. Tenía los ojos rojos y fatigados. Nos agachamos a darle un beso y nos dio una palmadita en las mejillas.

—¿Te encuentras bien, mamá? —preguntó Lisa.

—Hoy se saltó la siesta, doctora Lisa —dijo Lorraine.

Nos sentamos cada uno a un lado de nuestra madre.

Serví el vino y mamá lo rechazó con un ademán.

—¿Te has tomado tus medicinas? —preguntó Lisa.

—Sí. Las tres mil pastillas. —Mamá cambió de tema—: ¿Cómo ha ido el congreso? —me preguntó; había olvidado la conversación anterior.

—Ya ha terminado, que es lo que importa.

—¿Has presentado una ponencia?

—Sí, mamá.

—¿Sobre?

—Una cosa de novelas y crítica literaria. Una cosa árida, aburrida y sin sentido. En realidad, si he venido es solamente para verte a ti.

—Qué rico, mi Monksie. Pero ¿por qué no te has quedado a dormir en casa conmigo?

—Como participante en el congreso, tengo que estar cerca de

donde se leen las ponencias. —Miré a mi hermana—. Antes pasé por la clínica de Lisa. Está haciendo un trabajo excelente.

—Es igual que su padre. —Por cómo lo dijo, no quedó claro si se trataba de una cualidad. Luego mamá me preguntó—: ¿Sigues conduciendo el familiar?

—Sí, mamá.

Lorraine llegó con la cena. El rosbif era muy magro. El brócoli y la coliflor estaban demasiado cocidos, y los granos de arroz, tan separados y sueltos que cogerlos con el tenedor resultaba casi imposible. Lorraine entró un par de veces por si necesitábamos algo.

Lisa dejó el tenedor en el plato y cogió la copa de vino, que mantuvo sobre el plato sin llevársela a la boca.

—Mamá, he estado repasando las cuentas y creo que tendrás que vender la consulta de papá. Los gastos de mantenimiento son tan altos que con el alquiler no hacemos prácticamente nada.

—Era la consulta de tu padre.

—Sí, mamá. Tienes otras propiedades —dijo Lisa.

—Tu padre empezó en esa consulta en 1950. Todavía no habías nacido. Bill tenía un año.

—Bueno, pues voy a poner la consulta a la venta. Es algo que tenemos que hacer.

Lisa estaba tirando de las puntas de la servilleta, un tic de la infancia que todavía conservaba.

—Era la consulta de tu padre, cariño.

—Ya lo sé, mamá.

Lisa me miró.

—Mamá —hice que me prestara atención—, ¿cuándo fue la última vez que fuiste a la consulta de papá? —No hubo respuesta—. Ni siquiera solías ir cuando papá ejercía. Ahora está completamente cambiada. Incluso parece distinta desde la calle. —Alargué el brazo y le cogí la mano—. Lisa sabe qué es lo que más te conviene.

—Oh, Monksie. —Mamá aspiró profundamente para reprimir unas lágrimas—. Eres un niño tan dulce… Siempre lo has sido. Y tan listo. Eso te viene de tu padre, ¿lo sabías? —Le eché una mirada a Lisa y vi que había empezado a comer—. Venderemos la consulta, por supuesto.

—Qué fácil —dijo Lisa—. Monk abre la boca, y la idea te entusiasma. Dios.

Lorraine entró en el comedor justo a tiempo de oír que el nombre de Dios estaba siendo usado en vano. Nos recogió los platos y, al salir, emitió unos «mmm, mmm, mmm…» reprobatorios.

Mamá se quejó de dolor de cabeza y comimos el postre sin decir gran cosa. Luego llegó Lorraine y nos informó de que ya era hora de que mamá se acostara. Gracias a Dios. Le dimos un beso de buenas

noches a la anciana y nos quedamos mirando cómo Lorraine la acompañaba escaleras arriba.



Delante del hotel, sentado en el coche de mi hermana, me disculpé por haber metido baza en el asunto de la venta de la consulta cuando estábamos a la mesa.

—No, me has ayudado —dijo—. Gracias.

—Siento que siempre reaccione así a lo que digo.

—Tú eres especial, Monk. No me refiero solamente al modo en que mamá, y también papá cuando estaba vivo, te trata. Siempre me lo has parecido. Quería que lo supieras, eso es todo.

Miré por la ventana, hacia la calle.

—Tú también me pareces especial, ya lo sabes.

—Ya, ya lo sé.

Sonrió. Esa sonrisa suya transmitía tanta seguridad que la envidiaba. Su sonrisa siempre me relajaba.



Le di a mi hermana un beso de despedida, le dije que la llamaría pronto y entré en el hotel, donde encontré a Linda Mallory esperando en el vestíbulo.

—Hola, Linda.

—He estado pensando en tu ponencia.

—Lo siento.

—¿Te gustaría subir y follarme?

—No, Linda.

—Estoy atravesando una crisis seria —dijo ella—. Necesito sexo, de verdad. Lo necesito, es una cuestión de autovalidación.

—Lo siento, Linda.

Pasó por mi lado hecha una furia, cruzó la puerta y salió a la calle. Luego oí que fuera alguien gritaba mi nombre. Cuando me volví, vi avergonzado que los empleados del hotel y un par de huéspedes estaban observándome. Salí y, en el estrecho caminito que atravesaba el patio, vi a Davis Gimbel.

—«Llega un grito a través del cielo. Ya ha ocurrido otras veces, pero ahora no hay nada con qué compararlo» —dijo.

Esas palabras no surtieron en mí un gran efecto; solo sirvieron para anunciar cuán trastornado, agitado y demente era el estado

posmoderno en el que Gimbel se hallaba. Detrás del académico bajito de la chaqueta de aviador estaban Linda Mallory, hirviendo de frustración sexual contenida, y otros tres académicos intelectualmente desamparados que ardían en deseos de presenciar una pelea.

—¿De qué va todo esto, Gimbel? —le pregunté.

—Ahora no hay nada con qué compararlo.

—Vale. —Bajé las escaleras para alejar el ruido de la entrada—. Escucha, siento que no te haya gustado mi ponencia, pero creo que has malinterpretado algo. Nunca pienso en vosotros, chicos; mucho menos voy a escribir sobre vosotros.

Eso lo enfureció. Aunque lo reducido del espacio no le facilitaba las cosas, se puso a dar vueltas a mi alrededor. Se golpeó el pecho con el puño un par de veces y todo.

—La narrativa posmoderna no te merece mucho respeto, ¿verdad? —dijo—. Como todos los movimientos de vanguardia, nunca tenemos tiempo de terminar lo que nos proponemos.

Lo miré a la cara, iluminada por la luz de la luna y la de las farolas, y a pesar de que su rostro se había convertido en una mueca, no me pareció más feo que antes. Ni menos.

—¿Qué te proponías?

—Lo sabes perfectamente. Nos habéis interrumpido, tú y los tuyos.

—¿Los míos? ¿Os hemos interrumpido? ¿Por no haberos prestado atención?

—El mundo de la cultura, todo. Tú no eres más que un borrego.

—¿De qué diablos estás hablando, tío? ¿Estás borracho?

Siguió dando vueltas a mi alrededor. Un par de personas que pasaban por delante de la puerta del jardín se pararon a mirar.

—Si un movimiento de vanguardia alcanza sus objetivos, entonces deja de ser de vanguardia, por supuesto. El mero hecho de oponerse a las formas establecidas de creación o de rechazarlas lo aboca a permanecer inacabado. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Somos practicantes difuntos de un arte difunto.

—¿Sabes cuál es tu problema, Gimbel? —dije apartándome de él —. Estás convencido de que lo que dices tiene sentido. Y ahora, si me disculpas.

Fue entonces cuando aquel Hemingway en miniatura trató de darme un puñetazo. Esquivé el swing y vi cómo caía rodando sobre una azalea. Linda y los otros artistas caducos corrieron en su ayuda. Me encogí de hombros, gesto que dediqué a los perplejos transeúntes, y me alejé hacia la puerta.

Gimbel estaba de rodillas y gritaba.

—La narrativa posmoderna vino y se fue, como el viento, y tú te la perdiste. Por eso estás tan amargado, Ellison.

Me detuve; no podía creer que lo que había empujado a ese

hombre a buscar pelea fuera una ponencia que yo apenas si me tomaba en serio. Desde las escaleras, descollando sobre el grupo, dije:

—No es mi intención despreciar o infravalorar lo que haces, Gimbel. La verdad es que no sé qué haces.

Gimbel recuperó el control de las piernas y se levantó sacando pecho.

—He inquietado a mis lectores. Los he incomodado. He logrado que cuestionen sus certezas históricas, culturales y psicológicas alterando las plácidas relaciones que habían establecido entre las palabras y las cosas. He llevado la batalla entre el lenguaje y la realidad a su punto crítico. Pero al tiempo que mi arte muere, yo lo creo sin proponérmelo.

Su grupito aplaudió.

—Necesitas un polvo, tío —dije. Meneé la cabeza y crucé la puerta.



Estamos en 1933 y Ernst Barlach chasquea los nudillos mientras la taza de té que tiene delante, sobre la mesa, se enfría.

—Últimamente la mano me duele mucho —dice.

Paul Klee asiente en silencio y toma unos sorbos de té. Está triste. Acaban de expulsarlo de la Academia de Arte de Düsseldorf.

—Me llaman judío siberiano.

—¿Quiénes? ¿El Schwarze Korps?

—¿Quiénes si no? Y están quemando todos los libros en los que salen fotografías de nuestra obra. Me llaman lunático eslavo.

—No se equivocan en ninguna de las dos cosas.

Ernst se echa a reír.



Eckart: ¿Sabes que he escrito una novela, Adolf?

Hitler: Cuéntame, Dietrich.

Eckart: La he titulado La mañana. En lo fundamental, el protagonista se inspira en mí. Es un genio literario incomprendido, un drogadicto que administra con pericia los dulces dones de la morfina.

Hitler: Confío en que sea tan impactante como tu volumen de poesía. Esos versos ofrecen angustia y belleza pura al lector.

Eckart: Me irrita sobremanera que solo se me conozca por la traducción de ese maldito noruego. Lo cierto es que odio Peer Gynt.

Hitler: Oh, pero cómo lo transformaste… Ahora le habla al alma alemana. Por eso se ha vuelto tan popular entre el pueblo. Y piensa en lo

que esa obra te ha empujado a hacer, en tus textos patrióticos y en cómo has puesto a los judíos al descubierto. Me enfrentaré a los trols contigo.

Eckart: Si se lo permitimos, destruirán la cultura alemana.

Hitler: Entonces no se lo permitiremos.



Eckart: Soy ein Judenfresser.

Hitler: Yo también.

Eckart: No puedo creer que hayamos perdido la guerra. De todos modos, con esos panfletos míos la gente entenderá por qué perdimos, y que el enemigo que más debemos temer no estaba en las trincheras.

Hitler: ¿Éste cómo se llama?

Eckart: Lo he titulado Judaísmo infiltrado, judaísmo al descubierto.

Hitler: A mí me gustó Austria bajo la estrella de Judá.

Eckart: Ése le gustaba a todo el mundo. Le envié Aquí, el judío a un profesor de universidad y me lo devolvió con una nota en la que decía que estaba lleno de odio. Así que le contesté. Escribí: «Dicen que el maestro de escuela alemán ganó la guerra de 1866. El profesor de 1914 perdió la Guerra Mundial».

Hitler: Bien dicho.

Eckart: Tengo una idea para un periódico, un semanario al que daré el nombre de Auf Gut Deutsch. Y he estado pensando; creo que deberías ingresar en la sociedad Thule.

Hitler: Ya pertenezco a ella.

Eckart: ¿Recitamos su lema juntos?

Hitler y Eckart: «Recuerda que eres alemán. Mantén la sangre pura».



Estas notas para una novela se me ocurrieron, no sé cómo, en el vuelo de vuelta a Los Ángeles. Las caras de los pirados que estaban delante de la clínica de mi hermana me sirvieron de inspiración, pero debo confesar que la relación de Hitler con el arte ejercía en mí una profunda fascinación y me recordaba a muchos puristas del arte que había conocido. Sin embargo, esas caras bañadas en odio y miedo que ardían en deseos de controlar a los demás, con esos ojos de patata tan vacíos, y la boca a punto de echar espumarajos… Todavía los oía, llamando asesina a mi hermana. Eran voces chirriantes, desgastadas, como de rosca metálica.



En el avión leí, en el Atlantic Monthly o en el Harper’s, una crítica de Aquí los del gueto, el superventas de Juanita Mae Jenkins:

Juanita Mae Jenkins ha escrito una obra maestra de la literatura afroamericana. Con ella llegamos a oír las voces de su gente en la travesía de lo que es, de lo que solo podría ser, la América negra.

El relato empieza con Sharonda F’rinda Johnson, protagonista de una típica vida negra en un gueto anónimo. Sharonda tiene quince años y está embarazada de su tercer hijo, obra de un tercer padre. Vive con su madre drogadicta y con su hermano Juneboy, deficiente mental y fanático del baloncesto. Juneboy muere en un tiroteo con una banda rival, fulminado por una bala que, desde un coche, atraviesa su adorado balón firmado por Michael Jordan antes de alcanzarlo. Es entonces cuando Sharonda, testigo de los aullidos de dolor de su madre, decide hacer oír su voz en el mundo de la cultura.

Sharonda empieza a hacer la calle para poder pagarse las clases de baile en el centro cívico del barrio. Un día, en clase de claqué, el productor de un espectáculo de Broadway advierte su atlética destreza: así llega el descubrimiento de Sharonda, que alcanzará la cima del éxito y le comprará una casa a su madre, pero cuyas limitaciones le pasarán factura y la harán regresar al arroyo. Aunque la intrincada trama de la novela resulta cautivadora, la auténtica fuerza de esta obra radica en su hipnotizante verosimilitud. El gueto se nos aparece con todo su exótico misterio. Los depredadores merodean por el escenario; los inocentes terminan devorados. El final de la novela, sin embargo, rehúye los tintes oscuros: nos despediremos de Sharonda mientras ella trata de reunir dinero para recuperar la tutela de sus hijos. En Sharonda hallamos, finalmente, el paradigma matriarcal de la fuerza, un paradigma negro.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó la mujer que se sentaba a mi lado.

5

Cuando llegué a Los Ángeles llovía. Era una lluvia del sur de California de las de verdad, que se llevó por delante laderas y casas, que inundó zonas de Newport y Long Beach y que provocó caravanas en todas las autopistas. De camino a casa descubrí que me encontraba inquieto. Mi estado no se debía al mar de luces traseras que tenía ante mí ni a las dos semanas de clase que todavía me quedaban ese semestre: algo me atormentaba. No sabía qué era. Había visto, o quizás oído, algo que me había parecido mal, pero me había olvidado del asunto, ¿qué iba a hacer, si no? Por fin llegué a Santa Mónica y a mi casa; me lavé los dientes sin cepillar demasiado enérgicamente —seguía las instrucciones que, a través del higienista, me transmitía mi dentista, todo un personaje a quien todavía no había logrado ver—, con la presión justa para interrumpir la formación de placa que me iba comiendo por dentro, y me acosté. Con la cabeza en la almohada, tuve un sueño. Primero soñé que mi padre me contaba la historia de cuando Paul Robeson se puso a cantar en el Salón de Té de Miss Madsen, en la playa, y de cuando Paul Laurence Dunbar paseaba por el muelle recitando poesías. Luego yo estaba solo en ese mismo muelle; era joven, pero no tanto para tener miedo de estar ahí tan de noche. Había una luna llena y reluciente, con un halo alrededor. A lo lejos, bajo el resplandor de la luna en el agua, imaginé que veía un banco de pejerreyes rizando la superficie. Después estaba con mi hermana, que trataba de decirme algo pero, y eso era muy raro en ella, se andaba por las ramas. «¿Me estás pidiendo ayuda?», le preguntaba, pero ella seguía hablando, diciendo cosas que yo no entendía aunque había algo en ellas que no dejaba dudas respecto de lo nerviosa que estaba. «¿Le pasa algo a mamá?», le preguntaba, pero a esto también me respondía con un parloteo que yo olvidaba al instante. Y entonces me decía: «¿Lo has visto?». «¿Quién es la persona a la que debería haber visto?», interrumpía yo, y ella se echaba a reír por lo rebuscado de mi respuesta, y luego esquivaba el tema. Entonces me desperté.



Todas las proposiciones tienen el mismo valor.



A la mañana siguiente, después de caminar un rato por la inmensa habitación trasera que me servía de taller, conseguí sentarme a revisar el correo. Como esperaba, tenía carta de mi agente. Llevaba ya un tiempo pensando en prescindir de él: parecía dolorosamente resignado (al menos a mí su resignación me resultaba dolorosa) a la idea de que mi obra no era lo bastante comercial para hacerme rico. Aunque la idea era indudablemente cierta, uno de los cometidos de su profesión era el de alentar en mí ilusiones vanas pero optimistas. O al menos eso creía yo. Con todo, aun viendo que de ahí no iba a sacar nada, mi agente estaba dispuesto a llevar mi obra. Su carta era corta, se limitaba a presentar otra, una que había recibido él: una carta de rechazo a mi última novela.

Estimado Yul:

Gracias por dejar que le echara un vistazo al último intento de T. Ellison. Seamos serios… ¿Por qué te has molestado en enviarme la novela? Deja entrever un intelecto brillante, sin duda. Es punzante. Está escrita y construida con gran maestría. Pero ¿quién va a querer leer este rollo? Es demasiado compleja para el mercado. Y otra cosa: ¿para quién escribe este tipo? ¿Vive en una caverna perdida o qué? ¿Una novela en la que Aristófanes y Eurípides asesinan a un dramaturgo más joven y talentoso y luego contemplan la muerte de la metafísica? Venga ya.

Gracias de nuevo. Saludos,

Hockney Hoover



A veces, cuando pesco me siento un auténtico detective. Estudio el agua y la disposición del terreno; rastrillo el lecho del arroyo para buscar larvas de insectos acuáticos. Observo en busca de puntos de desove y de actividad terrestre. Escojo la mosca, que he preparado en la orilla arrancándome un par de hebras del jersey para mezclarlas con las fibras y conseguir el color justo. Oculto tras una roca o entre la maleza, presento la mosca y espero pacientemente. En algunas ocasiones, en cambio, rebusco en los bolsillos y ato al anzuelo la pelusilla y las porquerías que encuentro para lanzarlo al agua desde un peñasco. Ambos métodos funcionan unas veces sí y otras no. Todo depende de la trucha.



Como a todo en la vida, a las clases también les llegó su final, un final puntual y acompañado de la noticia de que mi ascenso a profesor titular estaba aprobado. Sin embargo, esa noticia no contribuyó a borrar la depresión en la que me había sumido el rechazo de mi novela, que a esas alturas ya era el decimoséptimo rechazo.

—Lo que siempre dicen es que no eres lo bastante negro —me dijo mi agente.

—¿Qué significa eso, Yul? ¿Cómo saben siquiera que soy negro? ¿Eso qué más da?

—Esto ya lo hemos hablado. Lo saben por la fotografía de tu primer libro. Lo saben porque te han visto. Lo saben porque eres negro, por el amor de Dios.

—Y entonces, ¿qué? ¿Hago que mis personajes lleven un peinado a lo afro y se digan negro esto, negro lo otro para complacer a esa gente?

—Daño no te haría.

Me quedé atónito, sin palabras.

—Mira el libro de Juanita Mae Jenkins. Las ventas son una locura. Le dieron quinientos mil por los derechos de la edición de bolsillo.

«Me alegro por ella», pensé muy generoso, pero no era verdad. Juanita era una incapaz.

—Es una incapaz —dije—. Ni siquiera llega a incapaz. Un incapaz sabría leer y escribir un poco.

—Sí. Es una mierda, ya lo sé, pero vende. Y esto es un negocio, Thelonious.

No dije una sola palabra más. Colgué el auricular y me quedé mirando el teléfono.



Seguía mirándolo cuando el teléfono volvió a sonar. Era Lorraine, y estaba muy alterada.

—¿Es mi madre? —pregunté—. Lorraine.

—No, es la doctora Lisa.

—¿Qué le pasa a Lisa?

—Le han disparado.

—¿Qué?

—La doctora Lisa está muerta.

Colgué el teléfono porque no sabía qué hacer. Notaba el estómago frío. Notaba los latidos de mi corazón. Me esforcé por recordar el teléfono de mi hermano y lo marqué.

—Bill, acaba de llamarme Lorraine.
—Sí, a mí también.
—Nos vemos en casa de mamá.



A menudo me limitaba a serrar madera. Ese olor, ese tacto, el sonido de las sierras manuales o eléctricas cortando la madera a contrapelo. Practicaba con el cortaingletes y la guimbarda, el montón de patas torneadas iba creciendo. Quería poner en marcha la sierra de mesa para cortar una plancha, pero tenía que coger el coche para ir al aeropuerto. Tenía que comprobar a qué se refería Lorraine con lo de que mi hermana estaba muerta. Tenía que encontrarme con Bill en casa de mamá y entender por qué Lisa no había venido. Me subiría al avión sin saber prácticamente nada. Si el pasajero del asiento contiguo me preguntaba acerca del propósito de mi viaje, tendría que decirle que no sabía cuál era. Tal vez le diría: «Lorraine ha dicho que han disparado a mi hermana», y entonces la persona del asiento contiguo sabría tanto como yo.



Resulta increíble que una frase llegue a entenderse. Sonidos, nada más, que algún agente ha encadenado con la intención de que signifiquen algo; el significado, sin embargo, ni puede ni debe circunscribirse a esa intención. Y aunque esos sonidos encadenados en un orden característico y determinado nunca cambian, en realidad no hacen sino cambiar. Aunque las concesiones gramaticales sean pedestres, seguirá habiendo significado. Aunque las palabras resulten absolutamente confusas, seguirá habiendo significado. Aun con relaciones semánticas únicamente generales o categóricas; aunque el lenguaje humano sea algo desconocido. El significado es interno, externo y orbital, pero lo que no puede existir es un contenido proposicional. El lenguaje nunca termina de borrar su presencia del todo; en los casos en los que el significado supone una prioridad, la desaparición del lenguaje no es más que una ilusión.

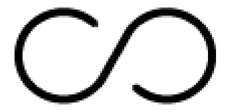


Las metáforas no pueden parafrasearse.



No costaba demasiado llegar a la conclusión, correcta o no, de que Bill era homosexual. El modo en el que disfrutaba de la compañía de los hombres no tenía nada que ver con el modo en que lo hacían los hombres heterosexuales. Las maneras afeminadas, descubrí de joven, no dan la medida de la orientación sexual. Mi profesor de gimnasia, al que yo imaginaba desayunando clavos cada mañana, era gay, y si yo lo sabía no era por cómo colocaba la mano ni porque se me hubiera insinuado; lo sabía porque una noche lo vi andar cogido de la mano de otro hombre. Me escandalicé muchísimo, pero luego me contuve: lo que de verdad sentía era envidia. Él parecía tan feliz disfrutando de la noche con su amigo, los dos de la mano. Yo también quería coger una mano; la que yo quería era de chica, sí, pero seguía siendo una mano.

Bill había salido con chicas, pero durante esas temporadas siempre estaba de mal humor. No sé si papá y mamá llegaron a sospechar algo. Si lo hicieron, estoy convencido de que la situación no debió de resultar agradable. Mis padres no hablaban demasiado bien de los mariquitas que se exhibían en la calle, cerca de la consulta de mi padre. Plantearse la preferencia sexual, que tal cosa pudiera llegar a existir, les parecía impensable. Mi padre tenía una expresión para referirse a los hombres homosexuales. La oí en una ocasión: «Ojo». Nunca descubrí de dónde la habría sacado.



Iba conduciendo por la autopista 395 rumbo al ramal meridional del río Kern para ir a pescar. Paré un rato en el cruce de la 178 con la 395. Estábamos en verano, empezaba a anochecer; era tarde, el ambiente estaba cargado: la hora perfecta para que los tipos raros empezaran a salir a la calle. Me senté a una mesa y la camarera, de mediana edad, me llamó «guapo» mientras un par de tíos hablaban en francés en la mesa de atrás. Cuando viajas, lo mejor es comer sin preocuparte por la salud, o al final terminas no comiendo. Estaba cortando una cosa llamada «pechuga de pollo frita» y me resultaba imposible reconocer el pollo o la pechuga, pero lo que estaba claro es que estaba frita, y cómo. En ese momento, un par de tipos flaquísimos, basura blanca con cara de subnormal y gorra de béisbol, entraron en el restaurante haciendo mucho ruido. Aunque su finísimo oído no les

permitió identificar como francés esa molesta cadencia, sí detectó que se trataba de un idioma «estranjero». Se sentaron a la barra y se pusieron a echarles miradas a los francófonos hasta que ya no pudieron contenerse y se les acercaron.

—¿Sois raritos o qué? —les dijo el más flaco y larguirucho.

—¿Raritos? —preguntó uno de los franceses.

—Maricas —respondió el paleto número dos, una placa de petri andante con las uñas larguísimas.

—Ah, maricas —dijo el francés—. Oui.

—Uy —repitió el paleto número uno, que miró a su colega; los dos se echaron a reír—. Salid afuera, que os vamos a reventar.

—No entiendo —dijo el otro francés.

Paleto número dos debió de acercarse a ellos. Advertí la expresión preocupada de la camarera, que, a gritos, dijo que no quería problemas.

—Afuera, maricones. No sois gallinas, ¿no? Somos dos contra dos. Es justo.

—En realidad, sois dos contra tres —dije.

Me metí en la boca el trozo de pollo que tenía en el tenedor.

El paleto número uno se acercó a mirarme.

—Me parece que el negrito se ha enfadado —le dijo a su amigo riendo.

Mastiqué la comida tratando de recordar todas las poses exageradas que había tenido que aprender cuando era un adolescente menos desarrollado que la media.

—¿Tú también eres maricón? —preguntó.

Con una señal, le hice ver que estaba masticando, acción que lo dejó ligeramente confuso. Durante un instante fugaz alcancé a detectar su miedo.

—Es posible —respondí.

—También quieres pelea, entonces.

Yo no quería pelea, pero lo cierto es que ya estaba peleando. Les dije lo siguiente, de lo que todavía me enorgullezco:

—Muy bien, si hay que pelear, peleemos. Pero recordad que ésta es una de las decisiones más importantes que tomaréis jamás.

Me había pasado de la raya. Su miedo fue creciendo hasta convertirse en rabia, y el paleto se apartó de un salto y me pidió a gritos que me levantara. Me entró miedo de tener que hacer algo que no se me daba demasiado bien: pegar puñetazos. Me puse en pie y, aunque no soy un fideo, tampoco abultaba muchísimo más que ellos. El paleto número dos empezó a gritarles a los gays que se levantaran.

Se levantaron, y entonces deseé haber llevado conmigo una cámara de fotos para capturar la expresión de ese par de pueblerinos babosos. Los franceses eran enormes, medirían dos metros por lo menos, y

tenían un aspecto muy saludable. En su retirada, los paletos tropezaron y salieron del restaurante a gatas.

Los dos hombres me preguntaron si quería sentarme con ellos, pero yo reía; no me reía del espectáculo ofrecido por el par de palurdos que habían salido corriendo, sino de mi propia frescura, de mi atrevimiento. De haber pensado que aquel par iba a necesitar mi ayuda.

C'est plus qu'un crime, c'est une faute.



Me imaginé a mi hermana visitando a una paciente, una niña cuyo nombre a mi hermana le horrorizaba; me la imaginé examinándole las orejas, bromeando, preguntándole si el morado era su color favorito, porque tenía la garganta de ese color. La niña se reía y mi hermana reñía a la madre y le recetaba antibióticos. Acompañaba a la madre y a la niña por el pasillo hasta la entrada, donde una adolescente asustada se revolvía en la silla, nerviosa, al ver a mi hermana. La recepcionista le decía algo a mi hermana y le pasaba unos gráficos. Mi hermana se sacaba un bolígrafo del bolsillo superior de la chaqueta, marcaba un par de puntos y escribía un par de iniciales en otros dos. Luego la niñita le tiraba de la falda a mi hermana y todo quedaba en silencio mientras mi hermana la miraba con las cejas muy arqueadas. Sonido de nuevo. Cristales rotos, gritos, el estrépito de sillas cayendo al suelo. La boca de mi hermana formaba palabras que ni siquiera mi imaginación es capaz de distinguir, y poco después estaba muerta.



La policía llamó al timbre de la casa de mi madre. Ella pensó que venían a leer el contador del gas. Le contaron lo de mi hermana. El agente, una mujer, dijo:

—El fallecimiento se certificó en el lugar de los hechos.

Mi madre se aflojó la correa del reloj y volvió a cerrarla, y a continuación dijo:

—Gracias por venir a contármelo. ¿Me haría el favor de decírselo usted a Lorraine?

Llamó a Lorraine para que fuera a la sala.

En cuanto Lorraine vio a la policía, el pánico se apoderó de ella. Las manos le empezaron a temblar.

—Lorraine —dijo mamá—, estos agentes tan agradables tienen

algo que decirte. Yo estaré arriba, es la hora de la siesta.



Cogí un taxi del aeropuerto a casa de mi madre, y cuando el coche atravesaba el puente de la calle Catorce miré hacia abajo, hacia el río. Tenía unos recuerdos vagos e inquietantes de todo lo que, de niño, había salido mal, de las veces en que le hice daño a mi hermana sin querer, de las veces en que le hice daño queriendo, de los chicos que le rompieron el corazón, de las notas que no fueron tan buenas como ella esperaba; de cuando Bill la ignoraba y yo la ignoraba y mamá me hacía más caso a mí. Yo la admiraba, pero apenas la conocía, y todo era culpa mía, tenía que serlo, porque ella ya no estaba viva para echarle la culpa. Pero estas ideas eran una farsa y las abandoné rápidamente para estudiar con detenimiento mis obligaciones familiares.

En casa de mi madre, fue mi hermano quien abrió la puerta. Aunque nuestra pena era muy real, nuestro abrazo solo sirvió para aumentar la distancia que nos separaba.

Nos apartamos un poco y nos miramos.

—¿Cómo está mamá? —pregunté.

—Está durmiendo. Le he dado algo. Hace un par de horas que he llegado. La que está que se sube por las paredes es Lorraine. También le he dado algo.

—Quizá después podrías darme algo a mí —le dije—. ¿Ya has averiguado qué pasó?

—Alguien entró en la clínica y disparó a Lisa. He hablado con la policía hace media hora. Fue con un rifle.

Entré en el salón y me senté en el sofá.

—¿Han cogido al que lo hizo? —pregunté. La pregunta me pareció tonta, una preocupación sin sentido. En realidad, daba igual. Lisa estaba muerta y nada iba a cambiar eso—. ¿Saben por qué?

—Cosa de un fanático, creen. Uno de esos idiotas antiabortistas.

—Cuando estuve por aquí, Lisa me habló del asesinato de Maryland —dije—. Dios, no me lo creo. Al llegar a casa, todavía confiaba a medias en que Lisa me abriría la puerta.

—Yo también.

—Debería subir a ver a mamá.

—Sí, supongo. Está bastante ida. Y después tendríamos que ir a casa de Lisa para repasar sus papeles, por si dejó instrucciones.



Mamá, como me había dicho Bill, estaba bastante ida. Me miró, aturdida, y se preguntó en voz alta si yo era mi padre.

—¿Eres tú, Ben? —dijo—. Se nos han llevado a la niña.

—No, mamá, soy yo, Monk. Tú descansa, ¿vale? —La ayudé a echarse para que se acomodara sobre la almohada—. Duerme un poco.

—Mi niña ha muerto —dijo—. Mi pequeña Lisa nos ha dejado.



Klee: ¿En qué piensas?

Kollwitz: ¿Por qué los hombres sanguinarios son siempre tan mojigatos? ¿Por qué se muestran tan hostiles a la sexualidad y a las imágenes del cuerpo?

Klee: Te refieres al del bigote.

Kollwitz: Tú sí que tuviste suerte de irte cuando te fuiste. Yo no fui capaz de decidirme a abandonar mi hogar. Pero volvamos al tema. A ese monstruo y a los que son como él, las ridículas ninfas de Mueller les parecen tan amenazantes como la obra de Kirchner.

Klee: Ferkel Kunst.

Kollwitz: ¿Disculpa?

Klee: Nuestra obra. Así es como la llama él.

Kollwitz: Perdí a mi hijo en la primera guerra y temo perder a mi nieto en ésta. Y todo por un hombre que tiene miedo de su pililа.

Klee: Y de las pililas de los demás.

Kollwitz: Han creado un nuevo departamento, el Comité de Tasación de Arte Degenerado. Les venden nuestras obras a extranjeros. Las han regalado, prácticamente, y han quemado el resto. Quiero que las cenizas de la hoguera se mezclen con mis pinturas.

Klee: Maravillosa idea.

Kollwitz: Imagina cómo deben de oler esas cenizas.

Klee: Ya.



El apartamento de mi hermana estaba lleno de vida. Nunca llegué a conocer sus gustos de adulta. Le gustaban los colores pastel. Escuchaba R&B. Le gustaban las fotografías en color de caballos y

pájaros. Tenía la cama pulcramente hecha. Tenía la cocina limpia. El olor de su baño era dulce. Al lado del lavabo vi la caja para los anillos que le hice cuatro años atrás.

La tapa era de marquetería. Entonces me acordé de cuando hice la caja y de que mientras la hacía deseé que le gustara tanto como yo había disfrutado construyéndola. Levanté la tapa y observé detenidamente la incrustación de madera de arce. El tiempo la había oscurecido, pero seguía siendo bastante más clara que la caja de ébano. En la caja había un anillo, y supuse que sería el de su boda.



Lisa quería que la incineraran y eso fue lo que hicimos. Quemamos el cuerpo y guardamos las cenizas en una urna que llevamos a casa y colocamos en la repisa encima de la chimenea que nunca se usaba. Mamá lloró. Lorraine lloró. Los pacientes de Lisa, sus colegas, su ex marido sin la nueva mujer, todos asistieron al funeral en la iglesia episcopaliana a la que mi familia nunca iba, y todos lloraron también. De joven yo despreciaba la religión. Luego pasó a resultarme indiferente; observar sus trampas me causa cierta diversión, y los practicantes casi siempre me parecen un poco torpes y lerdos. Todos le dirigieron sus palabras a su dios y Lorraine pudo descansar un poco más tranquilamente. Luego volvimos a casa y nos sentamos a la mesa de la cocina. Bill y yo nos sentamos a la mesa después de darles a mamá y a Lorraine algo que las hiciera dormir.



Bill me preguntó si seguía construyendo sillas.

Yo le dije que sí. Luego le pregunté dónde estaban Sandy y los niños.

Él me dijo que en Arizona.

Bill me preguntó si iba a salir algún libro mío pronto. Yo le dije que estaba tratando de vender uno.

Él no me preguntó de qué iba.

Yo le pregunté dónde estaban su mujer y sus hijos.

Bill me contó que le había confesado a Sandy que era gay y que ella lo había llevado a juicio y se había quedado con los niños, la casa y el dinero. Con todo. Me contó que la consulta iba mal porque todos sabían que era gay.

Yo le pregunté cómo podían pasar cosas así. Él me dijo que vivía

en Arizona.

—En realidad, Sandy se lo merece todo. He estado mintiéndole durante quince años. He puesto su vida en peligro, o eso cree. Y, de todos modos, el juez le creyó a ella. He confundido a mis hijos, y les llevará un buen tiempo entender qué ha pasado. Si es que llegan a entenderlo. Me merezco lo que me ha tocado en suerte, que a fin de cuentas viene a ser nada de nada. No puedo mirar a mis hijos a la cara. Debo más dinero del que gano. Y vivo en Arizona.



Lo sentía mucho por mi hermano; estaba realmente impresionado por lo comprensivo que se había mostrado con el enfado de su mujer y la confusión de sus hijos, pero lo triste era que, de su confesión de culpa y fracaso, el dato que más me había interesado era el de que debía más dinero del que ganaba. Mamá necesitaba que la cuidaran, y yo no creía que Bill fuera capaz de hacerlo. Lorraine era casi tan mayor como mamá y quizá necesitara los mismos cuidados que ella; que yo supiera, no tenía familia. Todas las luces me iluminaban a mí. Contemplaba, muerto de miedo, con dolor de cabeza y picor en el cuello, cómo la vida que había llevado hasta entonces cambiaba ante mis propios ojos. Seguía sentado a la mesa de la cocina con Bill, pero ya estaba desmontando mi apartamento de Santa Mónica.

¡Pobre de mí! Un hombre sin religión, sin una triste mentira que pudiera decir que fuera mía. Entregando una vida a cambio de otra, amando como sabía que debía, y, quizá lo más importante, tratando de estar a la altura de mi hermana. El tiempo me parecía algo ajeno por completo, ¡como si alguien estuviera cronometrándome mientras dormía, andaba y comía! Mentalmente le decía a mamá que regresaría pronto, pedía una excedencia y dejaba las clases, metía mis cosas en un trastero, hacía las maletas, volaba rumbo al este en un L-1011, sentado al lado de una mujer de la edad de mi madre —ochenta y dos — que iba a una convención de criadores de rosas en Georgia, y me instalaba con mamá y Lorraine.

Me senté en el salón; no corría el aire y hacía demasiado calor. Me había preparado un té y estaba tratando de mantener la ansiedad y la imaginación bajo control. Me puse a escuchar los sonidos de la vieja casa, la casa de mi infancia, la casa en la que había conocido a mi hermana. Bill estaba durmiendo. Mamá y Lorraine llevaban rato dormidas. Los crujidos de la casa se hicieron rítmicos, y me puse a contar la cadencia de los gruñidos, las quejas, los calambres. Consideré la posibilidad de que ese intento de convencerme a mí

mismo del traslado a Washington, a casa de mi madre, fuera algo prematuro, pero no conseguí desechar la idea. Tras la revelación de la penosa situación personal de mi hermano, el absentismo de jure se transformaba en culpabilidad de facto; en la práctica, era como si ya me hubiese mudado.

Entre los párrafos de los textos, entre las líneas del texto o entre las palabras del texto puede haber espacios. Es indiscutible que estos espacios poseen relevancia o carga narrativa, aunque el peso de dicha relevancia puede ser, y en ocasiones es, infinitesimal. Lo más interesante es que, como la narrativa siempre avanza en la misma dirección,

los espacios, los espacios negativos o en blanco, viajan del mismo modo. Nunca caemos en un espacio para regresar a la posición narrativa precedente, y nunca caemos en la nada.



La excedencia parecía el plan más lógico. Después de hablar con mi madre y comprobar que, aunque no tenía demasiada idea de lo que sucedía, cierta idea sí tenía, vi que no podía internarla. Estaba acostumbrada a su casa; conocía esa casa y conocía a Lorraine, y adónde demonios iba a ir Lorraine. Lo más triste del asunto fue mi insensibilidad: «Solo tendré que estar un año fuera —pensé— porque es muy probable que mamá se muera».



A Juanita Mae Jenkins le dio la bienvenida Kenya Dunston, la presentadora de un magacín que había incluido el libro de la señora Jenkins en la lista de su club de lectura. Las dos se dieron un abrazo y el público observó sonriente cómo la señora Jenkins se sentaba al lado de Kenya.

—Vaya libro, criatura —dijo Kenya.

—Gracias —respondió la señora Jenkins.

—Trescientos mil ejemplares vendidos —dijo Kenya meneando la cabeza y chasqueando la lengua.

El público aplaudió.

—Lo sé. Y no me lo creo —contestó la señora Jenkins.

—Te vas a forrar, criatura. Ya sabes que a mí el libro me encanta, pero cuéntame, ¿cómo has aprendido a escribir así?

—Será un don, supongo.

—Vaya que sí. —Kenya le dirigió una mueca al público, que echó a reír—. Antes de hablar del libro, queremos que nos cuentes algo de ti.

No eres del sur, ¿verdad?

—No, yo soy de Ohio. De Akron. A los doce años pasé un par de días en Harlem visitando a unos parientes, y de ahí viene el libro.

—El lenguaje es tan real y los personajes, tan auténticos… ¡Chica! Me costaba creer que éste fuera tu primer libro. ¿En qué universidad has estudiado?

—Estudié en Oberlin durante un par de años, y luego me fui a vivir a Nueva York.

—¿Por un hombre?

—¿Hay otra razón?

El público rio.

—Bueno, la cosa no funcionó —dijo la señora Jenkins.

—Nunca funciona.

—Nunca. Entonces encontré trabajo en una editorial. Veía cómo entraban manuscritos y salían libros, y pensé: ¿dónde están los libros sobre nuestra gente? ¿Dónde están nuestras historias? Y escribí Aquí los del gueto.

El público se puso a aplaudir mientras la cámara hacía un barrido por esas sonrisas y esas caras encantadas.

—Y diste en el blanco —dijo Kenya.

—Supongo que sí.

—¿Has vendido los derechos para el cine?

Kenya volvió a hacerle una mueca al público. La señora Jenkins asintió en silencio.

—¿Millones?

La señora Jenkins, tímida, evitó la pregunta.

—Pero ¿a que es un buen montón de dinero?

Kenya le dio a su invitada una palmadita en la rodilla.

—¿Y por qué no íbamos a llevarnos nosotras una buena tajada, nena? —respondió la señora Jenkins.

El público estalló en vítores y aplausos.

—Deja que lea un fragmento breve que está a la mitad del libro —dijo Kenya.

—Eh, Sharonda, ¿adónde vas con tanta prisa? —me pregunta D'onna cuando me ve salir de casa.

—Y eso a ti qué, pero si te interesa, pues voy a la farmacia.

Me vuelvo y miro hacia la puerta para ver si la mama sale.

—¿A la farmacia? ¿Y para qué? —pregunta.

—Ya sabes —digo.

—No —dice—. Eso sí que no, mierda. ¿Vuelves a estar preñada, niña?

—Puede.

El público exhaló un suspiro colectivo.

—Vaya, esto es literatura y de la buena —dijo Kenya.

—Gracias.

—No quiero desvelar la historia, pero mi parte favorita es la de Sharonda bailando claqué por primera vez en un espectáculo. Me pareció tan emocionante, tanto… —Kenya le dirigió una sonrisa a la señora Jenkins, cogió el libro y lo levantó—. El libro se titula Aquí los del gueto, y su autora es Juanita Mae Jenkins. Gracias por acompañarnos.

—Gracias a ti.



Los médicos jóvenes tienen muchas deudas. Ése era un hecho del que no tenía noticia y del que me acababa de enterar. La facultad, la consulta recién montada, el instrumental… Y con una consulta como la de mi hermana, todavía más. Aunque contaba con algún subsidio, para mantenerla tenía que trabajar a media jornada en un hospital. Mi hermana había contratado un seguro de vida, pero casi toda la indemnización se fue en pagar facturas. Aunque tenía unos ahorros, mi madre no era rica. La casa estaba pagada, por lo menos. La antigua consulta de mi padre no daba más que gastos. Y hasta que pudiera venderlo, un tercio de la clínica de mi hermana me pertenecía. A las otras dos doctoras, tan jóvenes como Linda, la idea de convertirse en el siguiente objetivo las tenía aterrorizadas; querían desvincularse de la empresa y no tenían ninguna intención de comprar mi parte.



doctora 1: El proyecto nunca ha estado demasiado claro. Estoy casi decidida a echar el cierre y retirarme.

doctora 2: Aquí hemos hecho un buen trabajo.

doctora 1: ¿Y eso qué demonios significa? Repartimos píldoras anticonceptivas y condones a chicas que no los usan. La gente a la que visitamos nos trata como si le debiéramos algo. ¿Qué estamos haciendo? ¿Servirles a estos críos de modelo? Pero si se ríen de nosotras.

doctora 2: No montamos esto para caer bien a la gente.

doctora 1: Pero caemos bien. Caemos igual de bien que el tío borracho, que se duerme con los billetes asomándole por el bolsillo.

doctora 2: Estás resentida. Parece que estuviera hablando una republicana.

doctora 1: Y tendría que sentirme culpable por eso. La corrección

política ha cambiado. Cuando voy a alguna fiesta, me da miedo confesar cómo me gano la vida. «Visito en una clínica para mujeres», digo. «Oh, practicas abortos», dicen, y me miran como a la mala de la película.

doctora 2: Es verdad.

doctora 1: Vaya si lo es. No pasa nada por decir que estás a favor de la libertad de elección mientras no digas que tu elección es la de abortar. (Pausa). Estoy aterrada.

doctora 2: ¿Y tus pacientes?

doctora 1: Se repartirán entre las otras clínicas.

doctora 2: ¿Y qué diría Lisa?

doctora 1: Lisa está muerta.



Estaba mal de dinero. Fui a buscar trabajo al Departamento de Inglés de la Universidad Americana. Entregué mi currículum vítae.

Currículum vítae

Thelonious Ellison

Nacionalidad: estadounidense

N.° Seguridad Social: 271-66-6961

Dirección: 1329 Underwood St. Washington, DC 20009

Estudios

Universidad de California, Irvine, Master en Escritura Creativa, 1980

Universidad de Harvard, Licenciatura en Inglés, 1977

Publicaciones

(libros)

Conocimiento personal, novela, Tower Press, Nueva York, NY, 1993.

Los persas, novela, Lawrence Press, Nueva York, NY, 1991.

Segundo fracaso, novela, Endangered Species Press, Chicago, IL, 1988.

Mudar la piel, cuentos, Lawrence Press, Nueva York, NY, 1984.

Los oráculos caldeos, novela, Fat Chance Press, Lawrence Press, 1983.

(publicaciones en revistas)

«La coartada de Eurípides», cuento, Experimental Fiction, Santa Cruz, CA, v. 5, n.° 3, 1995.
«La degeneración de la memoria de Mark Twain», narrativa, Theoretical Ropes, primavera, Universidad de Texas, 1995.

«Casa de humo», cuento, Lanyard Review, v. 7, n.° 1, Nueva Orleans, LA, 1994.

«El último celo de Misery», cuento, Alabama, otoño, Dallas, TX, 1994.

«Descendiendo», cuento, Frigid Noir Review, n.° 45, Santa Fe, NM, primavera 1993.

«Depósitos nocturnos», cuento, Frigid Noir Review, n.° 44, Santa Fe, NM, invierno 1992.

«Façon de parler», cuento, Out of Synch, Universidad de Colorado, invierno 1992.

«La decisión de Clem», cuento, Last Stand Review, Universidad de Virginia, v. 20, n.° 2, 1991.

«La mujer de otro hombre», cuento, Esquire, Nueva York, NY, septiembre 1990.

Docencia
Profesor de Literatura Inglesa, Universidad de California, Los Ángeles, 1994-1995.
Profesor titular, UCLA, 1988-1994.

Profesor visitante de Literatura Inglesa, Universidad de Minnesota, otoño 1993.

Docente, Taller de Escritura, Bennington College, 1992, 1993.

Distinciones

Premio Timson a la Excelencia Literaria, Los persas, 1991.

3 Premios Pushcart: 1990, 1992, 1994.

National Endowment for the Arts, Beca de Narrativa, 1989.

Beca de Literatura D. H. Lawrence, Universidad de Nuevo México, 1987.

Lecturas y conferencias destacadas
1995 – Universidad Rutgers
1993 – Universidad de Michigan
– Bennington College
1992 – Vassar College
– Pen-American Center, Nueva York, NY
1989 – Universidad de Virginia
1988 – Universidad Rutgers

Afiliaciones
Sociedad de Estudios del Nouveau Roman
Asociación de Lenguas Modernas
Asociación de Programas de Escritura Creativa



El catedrático del departamento era un hombre corpulento con una cabeza enorme que me tenía hipnotizado. Debió de advertir la fascinación que yo sentía por su cráneo, sin duda, pero lo que me dijo era lo que yo esperaba oír.

—Como mucho, podría buscarte algo de profesor visitante, pero el departamento entero está de vacaciones. —Miró por la ventana y se rascó el melón—. En otoño necesitaremos un profesor para un curso de introducción a la literatura estadounidense.

—¿Con qué sueldo?

—Unos cuatro mil, tres mil y tantos. No es gran cosa.

Siguió repasando mis referencias.

—¿Por todo el semestre? —pregunté. El cabezón asintió en silencio.

—Gracias.



En primavera la trucha fario emerge de los desovaderos en los fondos de grava y no tarda en establecer sus territorios de caza. Las fario jóvenes prefieren aguas más mansas que las truchas arco iris, y su crecimiento suele ser más lento que el de estas últimas. Algunas no se mueven nunca de la cabecera de los ríos, pero la mayoría migra río abajo en busca de un mejor hábitat y de mejor alimento en ríos y lagos. Algunos ejemplares de trucha fario llegan a vivir veinte años. La fario es la más astuta y precavida de las truchas.



Lorraine estaba en la cocina, vigilando un cazo con arroz en el fuego. Llevaba un delantal amarillo, tal vez el único que tenía, pensé: durante toda mi vida la había visto con un vestido oscuro y un delantal amarillo. De niño imaginaba que tenía cajones llenos de delantales amarillos, con su delantal amarillo favorito, el delantal amarillo para las bodas y el delantal amarillo de los funerales. Me senté a la mesa.

—¿Cómo te encuentras hoy, Lorraine? —pregunté.

—Muy bien, señor Monk. —Cubrió el cazo con su tapa y se desplazó hacia la encimera para picar un poco de apio—. Está muy bien lo que ha hecho, venir a casa a cuidar de su madre.

No dije nada, me limité a observar el movimiento de la hoja del cuchillo entre la verdura.

—Siento mucho que mis libros te hayan ofendido, Lorraine.

Mi franqueza la cogió desprevenida, pero ella siguió cortando. Ahora estaba con el pimiento.

—Que mis personajes digan ciertas palabras no tiene nada que ver conmigo. Es arte.

—Sí, ya lo sé.

—¿Has usado alguna vez la palabra «follar»? —le pregunté.

Dejó de picar. Parecía a punto de echarse a reír.

—Sí, sí que la he usado, señor Monk. Es una palabra que a veces viene bien.

—Sí, señora. —Volvió a remover el arroz; me quedé mirándola—. ¿Tienes familia en Washington?

—No. Tenía una tía, pero se murió hace años. Era la única familia que he tenido.

—Lo siento —dije.

—No, no —respondió—. No echo de menos a mi familia. No la conocí.

—Lo que siento es que aterrizaras en esta familia de locos.

—Ustedes no están locos —dijo ella—. Son diferentes, eso sí. Pero locos, no.

—Gracias. Oye, Lorraine, ¿dónde irías si no pudieras vivir aquí?

Puso la tapadera en el cazo y se quedó mirándola.

—No lo sé.

—¿Tienes amigos?

Negó con la cabeza, pero respondió.

—Un par.

—¿Tienes ahorros? —Sabía cuánto ganaba Lorraine porque ahora era yo quien le extendía los cheques. No estaba mal, teniendo en cuenta que no tenía que pagar ni comida ni alquiler—. ¿Algo?

Carraspeó.

—Tengo un poco de dinero guardado. Ahorrar nunca se me ha dado bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Mamá está ya muy mayor, Lorraine. ¿Qué pasará cuando muera?

—Me quedaré aquí a cuidarle a usted, señor Monk.

Miré a la anciana, que era casi tan vieja como mi madre, y me quedé sin saber qué decir. Me levanté, y cuando me disponía a salir, me detuve en la puerta que daba al comedor, me volví y dije:

—Muy bien, Lorraine.



Ernst Kirchner: Me alegro, no, me siento orgulloso de que esos camisas pardas quemen mis cuadros.

Max Klinger: ¿Qué quieres decir?

Kirchner: Imagina cómo me sentiría si esos monstruos aceptasen mi obra.



—¿Te encuentras bien, Monksie? —me preguntó mi madre. Se sentó en el sofá, a mi lado.

—Sí, muy bien —dije—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu cabezadita?

—Como todas las cabezaditas.

—¿Quieres que prepare un té?

—No, cariño, quédate donde estás. Relájate. No tienes que ir con la lengua fuera por culpa de una vieja. —Se quedó mirando la chimenea —. Gracias.

—¿Perdón?

—Por venir a vivir aquí —dijo mamá.

—Te quiero, mamá —respondí como si estuviera dando a entender que por supuesto que me quedaría allí.

—Echo de menos a Lisa.

—Yo también.

Mamá se atusó la falda en el regazo.

—Tengo suerte de poder ir y venir. Puedo subir esas escaleras y todo, y sin que me falte el resuello.

—Fantástico.

—¿Lisa vendrá por aquí más tarde?

—No, mamá.

—Es que la echo de menos. ¿Le habrá dolido algo de lo que he dicho? Ya sé que ha roto con Barry.

—No lo creo, mamá.



Llamé a mi agente para ver cómo iba mi novela. Las noticias que tenía para mí no eran buenas: otros tres editores la habían rechazado. «Demasiado densa», había dicho uno. «No es para nosotros», fue le escueta respuesta de otro. El tercero: «El mercado no respalda este tipo de cosas».

—Y ahora, ¿qué? —pregunté.

—No sé qué decirte —respondió Yul—. Si pudieras volver a escribir algo como Segundo fracaso.

En su vaso tintineó el hielo.

—¿Qué me estás diciendo? —le pregunté.

—No te estoy diciendo nada.



Segundo fracaso: mi novela «realista». Fue bastante bien recibida y tuvo unas ventas relativamente buenas. Trata de un joven negro que no entiende por qué la comunidad negra le hace el vacío a su madre, que parece blanca. Al final ella se suicida y él se da cuenta de que debe atacar la cultura; se hace terrorista y se pone a matar cuanto blanco y negro con comportamientos racistas encuentra.

Odié escribir esa novela. Odié leer esa novela. Odiaba pensar en esa novela.



Fui a lo que había sido el despacho de mi padre, y tal vez todavía lo fuera, pero ahora era mi lugar de trabajo. Me senté y me quedé mirando fijamente a Juanita Mae Jenkins en la portada de Time. Sentí un dolor que me nacía en los pies y me subía por las piernas y la espina dorsal hasta llegarme al cerebro, y entonces recordé varios fragmentos de Hijo nativo y El color púrpura, y del programa de Amos y Andy. Las manos empezaron a temblarme y el mundo se abrió a mi alrededor, y fuera las raíces de los árboles temblaban en el suelo, y en la calle la gente gritaba «hermano», «choca esos cinco», «enróllate». Y en mi interior me echaba a gritar, lamentándome de no hablar como esa gente, de que mi madre no hubiera hablado como esa gente, de que mi padre no hubiera hablado como esa gente. Y me imaginé sentado en el banco de un parque contando las navajas de mi colección de automáticas, y que un hombre se me acercaba y me preguntaba qué estaba haciendo, y cuando se me abría la boca no podía evitar que de ella saliera un «¿y eso, hermano?».

Cargué una hoja de papel en la vieja máquina de escribir de mi padre. Y escribí esta novela, un libro que, sabía, nunca podría firmar con mi nombre.



Huno

La mama nos mira a mí y a la Tardreece y nos llama «desechos

humanos». Así empieza todo.

«Desechos humanos», dice. «Desechos humanos, eso es lo que sois, malparidos». La miro y pienso que qué querrá decir «desecho» y no me gusta cómo me mira, y me levanto de la silla en la que estoy sentado, voy hasta la otra punta de la cocina y cojo un cuchillo así de grande de la incimera. «¿Y qué vas a hacer tú con eso, desecho humano?». Y rajo a la mama. Le clavo el cuchillo en el estómago y lo saco todo rojo y ella me mira como diciendo «¿por qué me rajas?». Y vuelvo a rajarla, y el suelo está todo rojo, y la mesa todo roja, todas las piernas chorreando sangre y mi hermanita se pone a chillar y yo le digo «¿Y ahora por qué chillas, Niña?», y me mira y me dice que porque he rajado a la mama. Me miro las manos y las veo todas rojas y no sé qué está pasando. Y rajo a la mama otra vez. La rajo porque tengo miedo. La rajo porque la quiero. La rajo porque la odio. Porque la quiero. Porque la odio. Porque no tengo padre. Luego salgo de la cocina me quedo fuera, en la calle, con la mama a cuatro patas por el suelo para sujetarse las tripas. Me quedo en la cera chorreando sangre como un hijoputa. Miro al cielo para intentar ver a Jesús, pero no puedo. Luego pienso que a cuál de mis cuatro niños voy a ir a ver.

Me levanto empapado, sudado como un cerdo. Aparto las sábanas de un tirón y me pongo unos vaqueros. Me abrocho el cinturón y luego tiro de los pantalones para que me queden abajo, colgando del culo. La camiseta que llevo canta que te cagas, pero paso. El mundo está hecho una mierda, ¿vale?, pues yo también. Lo que yo te diga, ¿vale?, pues yo también. Es mi lema: pues yo también. Son las once y media de la mañana. Salgo y miro el suelo de la cocina por si hay sangre. Vaya sueño poderoso, poderoso a lo bien, hermano. Salgo a la calle y pienso que a cuál de mis cuatro niños voy a ir a ver.

La madre de la Haspirina se ha juntado con el Perro Rabioso, así lo llaman al negro, por ahí ni me acerco, no quiero terminar con una bala en el culo. No señor. La madre de la Frenadola está como una puta cabra, la zorra, se ha pillado una de nueve milímetros y si me ve el careto me pega un tiro, hace tres meses que no le paso pasta y no para de pedírmela. La madre de la Dexatrina, la mayor, sigue enamorada de mí. Podría pasar por ahí para tirármela, pero luego abrirse cuesta más que sacar Coca-Cola de la leche. Decidido, voy a ver al niño, el Rexall. Tiene el síncope de Down, pero ya ves. En este mundo de mierda tampoco tendrá que darle mucho al celebro. Ya ves. Mejor ya ni tener celebro. Tiene tres años y se pasa el día tumbando cosas. Una vez le pegué un revés y su madre me dijo que no lo pegue, que él es así y que qué le vamos a hacer. Yo le dije que anda y que te follen, el negro cabezón me manchó de zumo los pantalones buenos. Sí, voy a pegarle. Voy a ver al Rexall porque soy su papa. Yo cuido de mis niños.

Me llamo Van Go Jenkins y tengo diecinueve años y no me importa una mierda nadie, ni vosotros, ni mi madre ni mi viejo. Si a nadie le importa una mierda nadie, ¿por qué iba a importarme a mí? Paso de ir al almacén de ese judío hijoputa en Central, voy a ir al istituto a esperar a la madre del Rexall. Se llama Cleona. Se pasa el día soñando, pensando en graduarse en el istituto y hacer formación profesional y hacerse enfermera y todo el rollo. Que sueñe, me la suda. Espero que un día se saque una buena pasta. Pero últimamente está rara, como si yo no estuviera a su altura. Que le den porculo. Lo que sé es que puedo pasarme por donde la Cleona cuando su vieja no está y echar un polvo, que para eso sí que estoy a su altura, hermano.

Estoy en la calle, delante del istituto, mirando al primer piso, y veo al hijoputa que hizo que me echaran. Yo estaba sentado al fondo del todo, a mi bola, y el caraculo se acerca con su blablablá.

—¿Pasa algo, señor Jenkins? —me pregunta.

Yo, relajado, a lo mío, hablando con el Amarillo. Miro al Amarillo en plan a este tío qué le pasa, de qué va, en qué idioma está hablando, hermano, y nos echamos a reír. Entonces el caraculo suelta una carcajada, se me ríe en la cara.

—¿De qué te ríes, blanquito? —le digo.

—De ti, amigo —me dice—. Me río de ti. Quieres ir de duro, muy bien, perfecto, pero no arrastres a estos chicos contigo. Ahora estás bien, te sientes fuerte, eufórico, pero cuando salgas ahí afuera, al mundo, verás que a ese mundo le importas tanto como una mota de polvo. Cuando tengas veintiocho años, pongamos, y no seas capaz de leer una oferta de empleo y sea otro el que consiga trabajo, entonces no estarás tan eufórico. Te sentirás como uno de tantos perdedores con el pito demasiado pequeño.

El tío va soltando su rollo hasta que llega a la parte de que tengo la polla pequeña, y oigo un par de carcajadas y entonces se me va. Que mi polla es el doble de grande que la suya. Me levanto y le doy un rodillazo en los huevos. Se cae al suelo y yo quiero que me la chupe delante de todos, pero lo que hago es volver a darle, ahora le pego un puñetazo en esa cara blanca y lechosa. Me hago un corte en los nudillos con un diente, y entonces ya se me va del todo. Llega la pasma y nos separan. Llega la ambulancia y se lo llevan, hijo de puta desgraciado, venirme con esas mierdas, ahí, a joder, con el rollo de la polla. Por su culpa no me gradué. Podría haber pillado un buen curro al salir del istituto, sacarme unos buenos billetes en un despacho y tal y cual, bróder, y en cambio cargo muebles para el tío ese del almacén.

Faltan un par de minutos para que suene el timbre de la hora de comer. Por la calle se acerca ese puto negro, Willy el Gili. Va cantando la canción esa que no es ni una canción pero que ralla a lo bien. Se tambalea como un yonqui, que es lo que es. Va pasadísimo, está a

punto de caerse, y me echo a reír de pensar que cuando más te pones, más te descompones, te pones, te descompones, pones, descompones. Canta, va haciendo eses, predicándole al cielo, a la cera y al autobús que pasa.

—Señor Jesús —dice—, haz que esos negros de la calle hoy me dejen tranquilo. Por favor, Buen Dios. No dejes que me alcance la bala de ningún negro hijo de puta al que le dé por sacar la pipa por la ventanilla del coche. No dejes que ningún yonqui me liquide para quedarse con mi dosis. No dejes que ningún blanco me meta en su calabozo. No dejes que tu hijo, que murió por mis cochinos pecados, regrese todavía, que espere a que haya puesto lo mío un poco en orden.

Entonces Willy me ve.

—Eh, yo a ti te conozco, negro.

—No quiero ver tu careto de yonqui cerca —le digo.

—¿Yonqui? ¿A quién le estás llamando yonqui? Mamón desgraciado. A que te reviento.

—Tú vete con mucho cuidado, negro hijoputa —le digo, y le miro a esos ojos rojos y amarillos que tiene.

—Yo te conozco —dice—. Yo a ti te conozco. Eres el niño de la Clareece Jenkins. Sabía que te conocía. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho? ¿Veinte? —Se echa a reír y me señala—. Lo que le hice en los setenta… Podría ser tu padre y todo, negrito.

Siento un escalofrío. Me tiembla el labio.

—Si no te callas, te doy.

—Que te den porculo —dice.

—Que te den porculo —digo.

—Que te den porculo —dice.

—Que te den porculo —digo.

—¿Tu vieja sigue estando gorda? —Sonrisa bien grande—. Entonces estaba gorda. Sin pasarse, no muy gorda, pero gorda, sí, lo bastante para que nos lo pasáramos bien.

Y se agencia una mujer invisible y se pone a follar en el aire. Clarice, Clarice, canta.

Estaba a punto de pegarle un puñetazo en todo el careto, y va y suena la campana. Me aparto. Tú vete con cuidado, viejo.

Pero el yonqui no me deja en paz.

—Te pareces un poco a mí, ¿sabías?

—Cierra el pico.

—Por los ojos, y la boca también.

—Te voy a reventar, lo juro por el puto Dios.

Entonces se aparta.

—Vale. Calmado. Calmado. —Me mira como con complicidad—. Calmado.

Al final, la Cleona sale por la puerta, va hablando con un negrito muy guapito. Me acerco.

—Hola, nena.

Me mira y se echa a reír y luego mira al guapito.

—Te llamo luego, Tyrell —le dice.

—Sí, te llama luego, Ty-rell —digo yo.

El negrito me sonríe y echa a andar y se mete en un Jeep muy rojo. Negrito rico hijoputa.

—Vaya preciosidad —digo.

—A qué viene lo de «hola, nena», que yo no soy nada tuyo —dice la Cleona.

—Eres la mama de mi hijo.

—¿Y?

—Relájate, nena. Vamos a tu casa, así veo al Rexall.

—¿Ahora dónde estoy, imbécil?

—En el istituto —digo.

—¿Y dónde está mi madre?

—Trabajando.

—¿Y tú qué te crees, que voy a dejar a un niño retrasado solo?

—Pues vamos a tu casa y ya está.

—Allí ni te acerques —dice meneando la cabeza.

—Venga, que quiero darte dinero para el mongolo.

—No digas eso —suelta.

—Vale, vale. Quiero darte un poco de pasta y que hablemos de él.

Se ríe, echa la cabeza para atrás, sobre su cuello gordo, y luego me mira.

—Me hablas como si aquí la mongola fuera yo.

—Es que a quien le salió mongolo el bebé fue a ti.

—No me vengas con ese rollo, negro. Dame la maldita pasta aquí mismo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—Tengo que estar en el istituto dentro de una hora.

—Y vas a estar. No te agobies, que llegas a tiempo, te lo digo yo —le digo—. Te doy la pasta y tú me cuentas qué tal está el Rexall y si necesita algo y ya está.

Voy controlando la calle. Veo que una chica me mira y le sonrío.

—¿Tú qué sonríes? —pregunta la Cleona.

—Si me acabas de decir que no eres nada mío.

—Venga, vamos.

—¿Tu vieja no vendrá a casa?

—Ya sabes que no llega a casa hasta tarde —dice.

Quiero a la Cleona y odio a la Cleona. En mi cabeza viven dos

negritos. El Negrito A y el Negrito B. El Negrito A dice: «Con calma, hermano, que tú no tienes pasta, ya lo sabes, deja que la chica vuelva al istituto, a su clase de árgebra y su clase de sociología y su clase de ordenadores para que pueda salir del abujero y ser alguien en la vida. Dale una oportunidad, una oportunidad para que pueda ser esa enfermera que tanto dice». Pero el Negrito B se ríe: «Mierda —dice—, llévate a la zorra a su casa y tíratela una vez, y otra vez. Hablando con el negrito del Jeep delante tuya, qué morro. A tomar porculo. Si te insulta, que le den porculo. Luego sales a buscar al hijoputa del Jeep y le das porculo. Pero ahora te llevas el chochito a casa y lo pruebas. Acuérdate de lo bueno que estaba, de cómo gemía, como si llorara, como si le doliera. El negrito castigando ese chochito. A tomar porculo el istituto. No será enfermera. No será nada».

Cuando vamos a su casa veo a unos tíos que juegan al basket. Hace mucho que no juego al basket, pienso. Yo era muy bueno. Encestaba desde medio campo y todo. Y vaya saltos que pegaba. Pero cómo vas a llegar a la universidad y a sacarte pasta de la buena cuando, para empezar, no eres una puta mierda y encima esos cabrones te echan del istituto. Y no iba a chuparle la polla al entrenador para que me dejara jugar. Tendría que haberlo intentado cuando era bueno, una prueba para los Lakers. Me pillaban fijo. En la tele. Magic y yo. Es que no habría tenido ni que entrenar, de lo bueno que era.

La Cleona abre la puerta y entramos y da media vuelta y me mira.

—Dame la pasta, ahora.

—Con calma, nena —le digo poniendo voz así, guay—. ¿Por qué no me enseñas dónde duerme el crío?

—Ya sabes dónde duerme el crío. El crío duerme en mi habitación, y ahí no vamos a entrar. La pasta, ahora.

—¿Me das un poco de agua con hielo?

Suelta un suspiro profundo y tira para la cocina con unas pisadas que todo retumba.

Me siento en el sofá y veo que es nuevo. Paso la mano por el cojín que tengo al lado y pienso: «Mierda, de dónde habrá sacado la mierda esta. Nuevecito».

La Cleona entra en la habitación con el vaso de agua en la mano y me lo da y se queda ahí plantada.

—Tienes sofá nuevo —digo.

—¿Y?

—¿De dónde habéis sacado la pasta, tú y tu vieja?

—No es asunto tuyo.

—Pues yo creo que sí. Si la madre de mi hijo sale a vender el culo para comparse muebles, es asunto mío. Porque puede que no necesites dinero.

—Se supone que tienes que pasarme dinero para el Rexall cada

mes.

—«Se supone que» no es lo mismo que «tienes que» —le digo. Repaso la habitación—. Tenéis cantidad de cosas guapas. —Pego un sorbo, el agua está caliente—. Que te he dicho que con hielo, zorra.

Se me queda mirando.

—Lo siento, nena —le digo—. Se me ha escapado. Ven y siéntate a mi lado.

Sigue mirándome.

—Siéntate.

Plantifica su culo gordo a mi lado y yo le paso el brazo y se pone toda tensa.

—Venga, Cleona, relájate un poquito. No hay nadie en casa. —Le toco una de esas tetazas con el dedo y digo—: Ahí ha cenado mi hijo.

La Cleona no quiere reírse, pero se le escapa la risa.

Le toco las tetas un poco más.

—Vaya teta —le digo—. Quiero probar lo que bebe mi niño. ¿Quieres que pruebe lo que mi niño también prueba?

Parpadea y creo que ha dicho que sí y le levanto la camisa y miro el pedazo de sujetador que lleva. Quiero desabrochárselo, trasteo por la espalda pero el hijoputa no se suelta.

—Ayúdame, maldita sea —le digo.

La Cleona se pasa una mano por encima de la cabeza y la mete por el cuello de la camisa, y pasa la otra por la espalda y se desabrocha el sujetador. Y entonces se le desparraman esas tetazas que son como almohadas enormes, como bolsas de arena. Se las agarro y se las chupo, ahí, bien fuerte, hasta que se pone a gemir y susurra algo, no sé qué coño estará diciendo, pero se las aprieto y chupo y aprieto más y chupo más. Es la una en el reloj de la otra punta de la habitación y me acuerdo de que tengo que verme con el Amarillo y el Tito en los billares. Tendré que echarlo muy deprisa. La empujo para atrás y le desabrocho los pantalones mientras le chupo las tetas y ella gime. Me cuesta bajarle los pantalones con ese pedazo de culo, pero se los bajo y luego se la meto, toda. ¡Zaca! Así, y ella pega un grito y yo me siento el puto amo, tío. Se la clavo, tío, se la clavo y ella se pone a llorar, abre los ojos y llora y me dice que me quite. Pero yo estoy ahí, dándole, y le sonrío.

—Que te quites te digo —me dice—. Quítate, negro desgraciado.

Ahí me ha puesto todo loco, me quito y lo echo todo en el sofá nuevo ese de mierda. No sabe qué hacer. Abre la boca como una tonta. Luego corre a la otra punta de la habitación y se me queda mirando.

—La mama me matará —dice.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes de ponerte a follar en su sofá nuevo —le digo.

—¡Te odio! —grita—. ¡Te odio! ¡Fuera de mi casa, que te largues!

Me subo los pantalones y me abrocho el cinturón, ahí, con calma. Le miro el cuerpo desnudo.

—Gorda —le digo.

—¡Fuera!

—Tú no puedes decirme a mí lo que tengo que hacer —le digo, y me pongo los zapatos.

—Me has violado, negro de mierda.

Me río en su cara.

—Y una mierda que te he violado. ¿Cómo voy a violar a la madre de mi hijo? Siempre serás mi mujer.

—¡Yo no soy tu mujer!

—Eres la madre de mi hijo —le digo.

—El Rexall no es hijo tuyo —me dice. La miro sin abrir la boca.

—Ya me has oído —dice—. El Rexall no es tuyo.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? Si el surnormal no es mío, ¿quién es el padre?

—Eso no importa —dice.

—Sí que importa, que te he estado pasando pasta para el mongo cabezón.

—¡Tú nunca me has pasado ninguna pasta! —grita—. Solo dices que me la vas a pasar, y ya está.

—Iba a pasártela, pero ahora no voy a darte una mierda.

—¡Lárgate!

Me echo a reír y camino hacia la puerta muy despacio.

—Zorra gorda —le digo.

—El Rexall no es tu hijo, pero se parece a ti.

—Vaya que si es mío —le digo. Ya había llegado a la puerta—. Yo apunto y doy en el blanco. Yo, es meterla y preñar. Así de fácil.

—¡Me has violado! —grita. Me río y me abro.

Dos

De casa de la Cleona voy a los billares, donde tengo que encontrarme con el Amarillo y el Tito. Al Amarillo lo llamamos Amarillo porque tiene la piel clara y el pelo medio pelirrojo, así. Las chicas siempre le montan numeritos por el pelo, pero el Amarillo es legal. Es mi colega, el Amarillo, y el Tito también. Al Tito lo llamamos Tito porque siempre quiere cantar pero no puede. Igual que el de los Jackson Five, el del afro gigante. Veo al Tito en la calle fumándose un pitillo.

—Eh —le digo.

—¿Qué pasa? —dice el Tito.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—El Gordo ha dicho que tenemos que fumar fuera. Nada de humo dentro —dice.

—Los billares son suyos. Es un tío legal, el Gordo —digo.

El Tito tira el Kool al suelo y lo pisa. Luego entramos. La sala se ve tan oscura como siempre, y el Gordo está sentado en su taburete, detrás de la barra. Me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el saludo.

—Aquí —grita el Amarillo desde la mesa más apartada. Está jugando con un negro alto, todo elegante, él, con sombrero. Hay otro negro de pie, mirando y limándose las uñas.

—¿Qué pasa? —le digo al Amarillo.

—Aquí, dándole una paliza a éste, es lo que pasa —dice el Amarillo.

—Todavía no hemos terminado, pollo —dice el negro, todo suave él, tranquilo.

—Pues a mí me parece que sí. El Amarillo se parte de risa.

—¿Apostamos? —pregunta el Señor Suave.

El Amarillo duda. No lleva pasta, lo noto. El Señor Suave está sacando billetes.

—¿Veinte? ¿Qué te parece?

—Paso de apostar, tío.

—Tú estabas seguro de que ibas a ganar, ¿no? ¿O es que eres un cagado?

El Señor Suave mira al hijoputa de la lima.

Se echan a reír.

—El negro te ha llamado cagado —le susurra el Tito al Amarillo.

—No llevo pasta —le susurra el Amarillo al Tito.

—Pero ¿no ibas a darle una paliza fijo? —pregunta el Tito.

El Amarillo asiente en silencio. Bueno, más o menos.

—Llevo diez —dice el Tito, y luego me mira.

—Mierda —digo—. Joder, Amarillo, más te vale darle una paliza.

Le doy mis diez dólares y miro la mesa.

—Vale —le dice el Amarillo al Señor Suave.

—Muy bien.

El Amarillo tira y falla.

—Tranquilos, éste no llega a la seis ni de peligro —nos dice.

Miro a la mesa y veo la nuebe encajada entre la seis y la blanca, y me parece que tiene razón.

—Tú, sí, el que lleva un palo en el culo, no lo conseguirás —le digo al Señor Suave.

—Para ser tan jovencito dices muchas gilipolleces —me dice.

—El negro te ha llamado jovencito —dice el Tito.

—Está cabreado porque me he tirado a su madre —digo.

—Yo a tu madre ni la miro, con lo gorda y fea que es —dice.

—Que te den porculo —digo.

Entonces el negro todo elegante se echa a reír y, de un golpe, levanta la bola blanca. Y la blanca pasa por encima de la nueve y choca contra la seis, que termina en la tronera. Luego rodea la mesa hasta alcanzar el dinero. Miro al Tito y me acuerdo de mis diez dólares y me puteo.

—Tú eres un estafador —le digo.

—Y tú eres el estafado.

Se ríe, y el de la lima también se ríe.

—No vas a llevarte el dinero, mandinga —le digo.

—Que se lo quede —dice el Amarillo.

—No, hermano —digo.

—Escucha a tu amigo —dice el Señor Suave.

—Yo no escucho una mierda —digo yo.

—Entonces escucha esto —dice el Señor Suave, y se saca uno del 38 del bolsillo y me apunta a la puta cara—. ¿Quieres que te dé un poco?

Doy un paso atrás.

—Puedes coger el dinero, hermano —dice el Tito.

—Eso es algo que nunca he puesto en duda, jovencito

—dice el Señor Suave, y él y su colega salen a la calle tan tranquilos.

El Gordo nos llama con su voz ronca.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, todo bien —responde el Tito a gritos. Y suspira.

—Mierda, tío. —Le pega un puñetazo en el hombro al Amarillo—. Me has costado diez pavos.

Miro hacia la puerta y luego al Tito y al Amarillo.

—Tengo que pillar una pipa.

—¿Y qué vas a hacer tú con una pipa? —pregunta el Tito.

—Lo primero que haré será robar al coreano hijoputa del centro comercial.

—¿Y a ti qué te ha hecho? —dice el Tito.

—No me gusta cómo me mira cuando entro, el cabrón. Como si fuera a robarle.

—Es que vas a robarle —dice el Amarillo. El Tito se echa a reír.

—¿Y? —digo yo—. Eso no le da derecho a mirarme así.

—Tú estás loco, negro —dice el Amarillo.

—Para sobrevivir hay que estar loco —digo.

—¿Tú te crees que estás en una puta película, hermano? —dice el Tito.

Se saca un Snickers del bolsillo y se pone a rasgar el papel.

—Dame un poco —dice el Amarillo.

—¿Veis? —digo—. Os portáis como críos de diez años, o de once.

Hablando de chucherías y todo el rollo. Podríamos pillar dinero de verdad.

—Y que nos peguen un tiro —dice el Amarillo.

—Cagado —le digo.

—Sí, claro, y tu madre está tan gorda que tiene un código postal para ella sola —dice el Amarillo.

—Pues tu madre trabaja matando cucarachas, y no necesita ni espray ni nada, con el aliento le basta.

—Tu madre se parece a Edgar J. Hoover —dice el Amarillo.

—¿Y cómo es Edgar J. Hoover? —pregunto.

—Como tu madre —dice el Amarillo.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Tú no vales una mierda —digo yo.

—Pues tú lo que eres es un mierda —dice el Amarillo.

—El negro te ha llamado mierda.

El Tito se ríe.

—Cagado —le digo.

Estoy a punto de pegarle.

—¿De dónde vas a sacar una pipa? —pregunta el Tito—. Quieres una pipa para conseguir pasta. Necesitas pasta para la pipa. El negrito está en un círculo vicioso muy malo.

Me olvido del Amarillo y miro al Tito.

—Voy a pillar pasta para pillarme una pipa, ¿vale?

—digo. Cojo un taco y golpeo la mesa. Puede que con esto ponga nervioso al Amarillo—. ¿Tienes algún problema, negro?

—Yo no tengo ningún problema —dice—. El que tiene un problema eres tú.

Me acerco a él.

—Pensaba que éramos colegas —le digo—. ¿Y ahora, qué, por qué

estás todo cagado?

—Somos colegas —dice.

Me pongo chulo, lo miro con la cabeza ladeada y noto que suda y que mira al Tito pidiendo ayuda.

—¿A ése por qué lo miras? —digo.

—Venga, Go —dice—. Cálmate, ¿vale?

Sonrío y doy un paso atrás.

—Sí, nos calmamos todos —digo—. Nos calmamos y tú me acompañas a mi recado.

—¿Qué?

—Tú —le digo—. Tú te vienes conmigo a pegarle el palo al coreano hijoputa. La pipa la pillo yo. Me saco la pipa y todo el rollo, ¿sabes?, como ese negro todo suave de los billares. —Meneo la cabeza y luego miro al Amarillo—. Creía que habías dicho que ibas a darle una paliza al negro. —Luego sonrío y el Amarillo se relaja—. No pasa nada, Amarillo. Tranquilo.

Más tarde, yo y el Tito nos fumamos un canuto apoyados en el muro del callejón.

—¿De dónde has sacado esta mierda? —le pregunto.

—La ha pillado mi hermano —dice el Tito—. Mierda de la buena. —Me mira y me pasa el petardo—. Deja que te haga una pregunta. ¿Por qué te has pasado tanto con el Amarillo?

—Si no ha sido nada, joder.

—Le has pegado un buen meneo —dice el Tito.

—Entonces es que tenían que pegárselo —digo—. A veces tiene cosas de marica. ¿Crees que es marica?

—No, tío, no es marica.

Le pega una calada bien grande al canuto y me lo devuelve. Un par de tíos pasan por el callejón y yo los miro.

—¿Cuánto crees que me costará la pipa? —pregunto.

—Joder, no sé. ¿Tú qué quieres?

—Una del nueve —digo.

—No sé, unos cien pavos, puede. No sé —dice.

—¿Tu hermano me pasaría una pipa? —le pregunto.

El Tito se encoge de hombros.

—Pregúntaselo.

—Se lo preguntaré —dice.

—Quiero saber cuánto cuesta.

—Se lo preguntaré —dice otra vez.

De camino a casa paro y me quedo mirando un Mustang descapotable rojo guapísimo. Está en el parking de la tienda de Ralph. Es de puta madre, y luego veo a una hermana guapísima que sale de la tienda y le da al bipbip para desconectar la alarma y pienso: «Maldita sea, qué buena está la zorra». Enreda con las llaves para entrar y yo

doy un rodeo para verle la cara con todo el maquillaje. Entonces me ve y el brazo se le dispara como si fuera una serpiente y de repente en la mano lleva un espray antiviolación y me apunta con él. Doy un salto atrás.

—Relájate, muñeca —le digo.

—No soy tu muñeca —me dice.

—No hace falta que te pongas chula solo porque un negro quiere echarte una mirada.

—Ya has visto suficiente. Ahora haz el favor de circular —dice.

Miro a la zorra.

—¿Haz el favor de circular? ¿De dónde sales tú, tía? ¿De la universidad o qué? No eres mejor que yo.

—Muy bien —dice, y abre la puerta del coche—. Aparta.

Me echo para atrás.

—Vale —digo.

Miro cómo se larga en ese coche tan guapo y pienso: Que te den porculo, zorra.

Estoy tan puteado que me pondría a gritar.

El mundo grita. Pues yo también.

Dos

De casa de la Cleona voy a los billares, donde tengo que encontrarme con el Amarillo y el Tito. Al Amarillo lo llamamos Amarillo porque tiene la piel clara y el pelo medio pelirrojo, así. Las chicas siempre le montan numeritos por el pelo, pero el Amarillo es legal. Es mi colega, el Amarillo, y el Tito también. Al Tito lo llamamos Tito porque siempre quiere cantar pero no puede. Igual que el de los Jackson Five, el del afro gigante. Veo al Tito en la calle fumándose un pitillo.

—Eh —le digo.

—¿Qué pasa? —dice el Tito.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—El Gordo ha dicho que tenemos que fumar fuera. Nada de humo dentro —dice.

—Los billares son suyos. Es un tío legal, el Gordo —digo.

El Tito tira el Kool al suelo y lo pisa. Luego entramos. La sala se ve tan oscura como siempre, y el Gordo está sentado en su taburete, detrás de la barra. Me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el saludo.

—Aquí —grita el Amarillo desde la mesa más apartada. Está jugando con un negro alto, todo elegante, él, con sombrero. Hay otro negro de pie, mirando y limándose las uñas.

—¿Qué pasa? —le digo al Amarillo.

—Aquí, dándole una paliza a éste, es lo que pasa —dice el Amarillo.

—Todavía no hemos terminado, pollo —dice el negro, todo suave él, tranquilo.

—Pues a mí me parece que sí. El Amarillo se parte de risa.

—¿Apostamos? —pregunta el Señor Suave.

El Amarillo duda. No lleva pasta, lo noto. El Señor Suave está sacando billetes.

—¿Veinte? ¿Qué te parece?

—Paso de apostar, tío.

—Tú estabas seguro de que ibas a ganar, ¿no? ¿O es que eres un cagado?

El Señor Suave mira al hijoputa de la lima.

Se echan a reír.

—El negro te ha llamado cagado —le susurra el Tito al Amarillo.

—No llevo pasta —le susurra el Amarillo al Tito.

—Pero ¿no ibas a darle una paliza fijo? —pregunta el Tito.

El Amarillo asiente en silencio. Bueno, más o menos.

—Llevo diez —dice el Tito, y luego me mira.

—Mierda —digo—. Joder, Amarillo, más te vale darle una paliza.

Le doy mis diez dólares y miro la mesa.

—Vale —le dice el Amarillo al Señor Suave.

—Muy bien.

El Amarillo tira y falla.

—Tranquilos, éste no llega a la seis ni de peligro —nos dice.

Miro a la mesa y veo la nuebe encajada entre la seis y la blanca, y me parece que tiene razón.

—Tú, sí, el que lleva un palo en el culo, no lo conseguirás —le digo al Señor Suave.

—Para ser tan jovencito dices muchas gilipolleces —me dice.

—El negro te ha llamado jovencito —dice el Tito.

—Está cabreado porque me he tirado a su madre —digo.

—Yo a tu madre ni la miro, con lo gorda y fea que es —dice.

—Que te den porculo —digo.

Entonces el negro todo elegante se echa a reír y, de un golpe, levanta la bola blanca. Y la blanca pasa por encima de la nueve y choca contra la seis, que termina en la tronera. Luego rodea la mesa hasta alcanzar el dinero. Miro al Tito y me acuerdo de mis diez dólares y me puteo.

—Tú eres un estafador —le digo.

—Y tú eres el estafado.

Se ríe, y el de la lima también se ríe.

—No vas a llevarte el dinero, mandinga —le digo.

—Que se lo quede —dice el Amarillo.

—No, hermano —digo.

—Escucha a tu amigo —dice el Señor Suave.

—Yo no escucho una mierda —digo yo.

—Entonces escucha esto —dice el Señor Suave, y se saca uno del 38 del bolsillo y me apunta a la puta cara—. ¿Quieres que te dé un poco?

Doy un paso atrás.

—Puedes coger el dinero, hermano —dice el Tito.

—Eso es algo que nunca he puesto en duda, jovencito

—dice el Señor Suave, y él y su colega salen a la calle tan tranquilos.

El Gordo nos llama con su voz ronca.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, todo bien —responde el Tito a gritos. Y suspira.

—Mierda, tío. —Le pega un puñetazo en el hombro al Amarillo—. Me has costado diez pavos.

Miro hacia la puerta y luego al Tito y al Amarillo.

—Tengo que pillar una pipa.

—¿Y qué vas a hacer tú con una pipa? —pregunta el Tito.

—Lo primero que haré será robar al coreano hijoputa del centro comercial.

—¿Y a ti qué te ha hecho? —dice el Tito.

—No me gusta cómo me mira cuando entro, el cabrón. Como si fuera a robarle.

—Es que vas a robarle —dice el Amarillo. El Tito se echa a reír.

—¿Y? —digo yo—. Eso no le da derecho a mirarme así.

—Tú estás loco, negro —dice el Amarillo.

—Para sobrevivir hay que estar loco —digo.

—¿Tú te crees que estás en una puta película, hermano? —dice el Tito.

Se saca un Snickers del bolsillo y se pone a rasgar el papel.

—Dame un poco —dice el Amarillo.

—¿Veis? —digo—. Os portáis como críos de diez años, o de once. Hablando de chucherías y todo el rollo. Podríamos pillar dinero de verdad.

—Y que nos peguen un tiro —dice el Amarillo.

—Cagado —le digo.

—Sí, claro, y tu madre está tan gorda que tiene un código postal para ella sola —dice el Amarillo.

—Pues tu madre trabaja matando cucarachas, y no necesita ni espray ni nada, con el aliento le basta.

—Tu madre se parece a Edgar J. Hoover —dice el Amarillo.

—¿Y cómo es Edgar J. Hoover? —pregunto.

—Como tu madre —dice el Amarillo.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Que te den porculo —digo yo.

—Que te den porculo —dice él.

—Tú no vales una mierda —digo yo.

—Pues tú lo que eres es un mierda —dice el Amarillo.

—El negro te ha llamado mierda.

El Tito se ríe.

—Cagado —le digo.

Estoy a punto de pegarle.

—¿De dónde vas a sacar una pipa? —pregunta el Tito—. Quieres una pipa para conseguir pasta. Necesitas pasta para la pipa. El negrito está en un círculo vicioso muy malo.

Me olvido del Amarillo y miro al Tito.

—Voy a pillar pasta para pillarme una pipa, ¿vale?

—digo. Cojo un taco y golpeo la mesa. Puede que con esto ponga nervioso al Amarillo—. ¿Tienes algún problema, negro?

—Yo no tengo ningún problema —dice—. El que tiene un problema eres tú.

Me acerco a él.

—Pensaba que éramos colegas —le digo—. ¿Y ahora, qué, por qué estás todo cagado?

—Somos colegas —dice.

Me pongo chulo, lo miro con la cabeza ladeada y noto que suda y que mira al Tito pidiendo ayuda.

—¿A ése por qué lo miras? —digo.

—Venga, Go —dice—. Cálmate, ¿vale?

Sonrío y doy un paso atrás.

—Sí, nos calmamos todos —digo—. Nos calmamos y tú me acompañas a mi recado.

—¿Qué?

—Tú —le digo—. Tú te vienes conmigo a pegarle el palo al coreano hijoputa. La pipa la pillo yo. Me saco la pipa y todo el rollo, ¿sabes?, como ese negro todo suave de los billares. —Meneo la cabeza y luego miro al Amarillo—. Creía que habías dicho que ibas a darle una paliza al negro. —Luego sonrío y el Amarillo se relaja—. No pasa nada, Amarillo. Tranquilo.

Más tarde, yo y el Tito nos fumamos un canuto apoyados en el muro del callejón.

—¿De dónde has sacado esta mierda? —le pregunto.

—La ha pillado mi hermano —dice el Tito—. Mierda de la buena. —Me mira y me pasa el petardo—. Deja que te haga una pregunta. ¿Por qué te has pasado tanto con el Amarillo?

—Si no ha sido nada, joder.

—Le has pegado un buen meneo —dice el Tito.

—Entonces es que tenían que pegárselo —digo—. A veces tiene cosas de marica. ¿Crees que es marica?

—No, tío, no es marica.

Le pega una calada bien grande al canuto y me lo devuelve. Un par de tíos pasan por el callejón y yo los miro.

—¿Cuánto crees que me costará la pipa? —pregunto.

—Joder, no sé. ¿Tú qué quieres?

—Una del nueve —digo.

—No sé, unos cien pavos, puede. No sé —dice.

—¿Tu hermano me pasaría una pipa? —le pregunto.

El Tito se encoge de hombros.

—Pregúntaselo.

—Se lo preguntaré —dice.

—Quiero saber cuánto cuesta.

—Se lo preguntaré —dice otra vez.

De camino a casa paro y me quedo mirando un Mustang descapotable rojo guapísimo. Está en el parking de la tienda de Ralph. Es de puta madre, y luego veo a una hermana guapísima que sale de la tienda y le da al bipbip para desconectar la alarma y pienso: «Maldita sea, qué buena está la zorra». Enreda con las llaves para entrar y yo doy un rodeo para verle la cara con todo el maquillaje. Entonces me ve y el brazo se le dispara como si fuera una serpiente y de repente en la mano lleva un espray antiviolación y me apunta con él. Doy un salto atrás.

—Relájate, muñeca —le digo.

—No soy tu muñeca —me dice.

—No hace falta que te pongas chula solo porque un negro quiere echarte una mirada.

—Ya has visto suficiente. Ahora haz el favor de circular —dice.

Miro a la zorra.

—¿Haz el favor de circular? ¿De dónde sales tú, tía? ¿De la universidad o qué? No eres mejor que yo.

—Muy bien —dice, y abre la puerta del coche—. Aparta.

Me echo para atrás.

—Vale —digo.

Miro cómo se larga en ese coche tan guapo y pienso: Que te den porculo, zorra.

Estoy tan puteado que me pondría a gritar.

El mundo grita. Pues yo también.

Tres

Cuando entro en casa veo que la vieja acaba de llegar. Había salido a comprar comida con la Niña. Miro la bolsa que está en la mesa y me dice que me largue.

—Tengo hambre —digo.

—Ahora no estoy para tonterías, niño. Tengo que haceros la cena y luego tengo que ir a casa de mi hermana.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque el inútil de su marido ha vuelto a pegarle —dice.

—Tendría que pegarle un tiro en el culo —digo.

—No quiero que uses ese lenguaje en casa, niño —me dice.

Me echo a reír.

—No estoy de broma, Van. Y tampoco quiero que te juntes con ese Tito. Ese chico es un mala pieza.

Menea la cabeza de ese modo que me pone de los putos nervios.

—El Tito es guay —digo.

—El Tito es un asqueroso —dice la Niña.

—Cierra la puta boca —le digo.

La mama cierra de un golpe la puerta del armario que tiene delante y me mira con fuego en los ojos.

—¿Qué has dicho? —pregunta—. Sé que no te he oído bien. No me obligues a darte unos azotes.

—Sí, vale. Tú también puedes cerrar la puta boca —le digo, y la miro a los ojos fijamente. Porque odio a mi mama y quiero a mi mama. La miro a los ojos fijamente, y ahora lo que ella ve es un hombre.

—Ya me has oído, vieja —le digo—. Ya has oído lo que te he dicho. Y no te creas que puedes ir mandándome.

—Apiádate de mí, Señor —dice.

Está que muerde, lo que quiere es agarrar una sartén y darme en todo el coco, lo noto. Pero se queda meneando la cabeza un rato y ya está.

—Es que no me lo creo —dice.

—Pues créetelo, zorra.

Quiero a mi mama. Odio a mi mama.

—Van —protesta la Niña.

—Me voy a la otra habitación —digo—. Cuando esté listo el papeo, avisa.

Y entro en el salón. Desde ahí oigo a la mama llorando y a la Niña consolándola.

Enciendo la tele y me echo en el sofá y pienso en lo incómodo que

es el hijoputa. Quiero un sofá como el de la Cleona y su vieja. Que le den porculo a la Cleona, puta desgraciada. Con los aires que se da, ahí, con ese negrito rico. Pero bien que la pillé y se la metí y le llené de leche el puto sofá.

Miro los dibujos animados y luego voy cambiando de canal hasta que llego a los Power Rangers y miro la mierda esa un rato. Luego me sale el show de Snookie Cane, a mil por hora habla la gorda cabrona. La veo ahí, con esa pandilla de perdedores, y pienso: Mierda, yo también podría salir en la tele. La mierda esta la graban en Burbank, y a los hijoputas les pagan por salir. Y los del público, qué, que siempre tienen algo que decir, siempre dando consejos.

La mama me llama a la cocina y yo voy y me siento a la mesa. Miro el plato.

—¿Y esta mierda qué es? —digo.

—Espaguetis de sobre —dice la Niña—. Lo he abierto yo, he ayudado.

—Pues vuelve a ayudar, coge esta mierda y tírala al váter.

—¡Ya no más! Míralo, el listillo, el que se huele los meados, el negrito —dice la mama, y pilla un pedazo cuchillo.

La Niña corre hacia la mama gritando.

—¡Por favor! ¡Por favor! No rajes al Van, mama. ¡Por favor, no lo rajes!

—Que me raje, tú déjala —digo—. Que le pondré el culo morado.

—¡Aparta, Tardreece! —dice la mama.

—¡No, mama! ¡No, mama! —grita la Niña.

—Me abro —digo, y tumbo una silla—. Comeros esta mierda, que vais a terminar metiendo más bulto que la puta casa. Total, a mí me la suda.

Salgo dando un portazo.

Me quedo en la calle. Es de noche. Pasa un helicótero de la policía y con las luces enfoca un patio y yo pienso: Va, enfócame a mí, venga, hijoputa. Enfócame para que pueda ver dónde coño estoy. Luego pienso en mi mama. La odio. La quiero. Y mi papi, ¿qué?, que no sé ni dónde está. Estará en el trullo o cuidando a su rebaño de putitas. Y yo qué sé, mierda. No sé dónde coño estará, pero donde esté, lo odio. Camino por la calle y me pongo a hacer de Forrest Gump, el desgraciado. No he visto la peli, pero he visto los anuncios y es como si habría visto la peli, cómo corre, ahí, chocándose con todo el mundo para el touchdown, y cómo se sienta en el banco hablando de los bombones.

—¡Estoy aquí, América! —le grito al helicótero que se larga—. ¡Ábreme! ¡Nunca sabes lo que te va a tocar!

Odio a mi papi.

Cruzo la calle para ir a la cancha y veo al negrito del Jeep parado

delante del semáforo. Me acerco y me planto delante de los faros. El negrito me mira a lo y aquí qué coño pasa y luego me reconoce y sonríe. Yo le sonrío y no me muevo. Le da al acelerador un par de veces.

—¿Y tú qué buscas, mamarrabos? —me pregunta.

—Te busco a ti, negrito —digo.

—¿Qué te pasa, que quieres mamarme el palo, marica?

Mira al negro que tiene sentado al lado y los dos se parten de risa.

—Eso, sácatelo para que te lo pueda ver —le digo.

—Aparta, mamarrabos —dice.

—Bájate del coche.

—No tengo tiempo para andar por ahí jodiendo. —Y vuelve a pisar el acelerador.

No me aparto.

—Te voy a comer con patatas.

Trata de rodearme con el coche y yo sigo plantado delante suya.

—¡Que te apartes, negro!

—Apártame tú, hijoputa.

Llega un coche por detrás del Jeep y pita. El negrito del Jeep pita. El coche de atrás pasa por al lado y tira. El del Jeep se baja y el amigo también se baja.

—¿Qué problema tienes, negrito? —pregunta el del Jeep.

Camino hasta donde está.

—Tú eres mi puto problema —le suelto en toda la cara.

Mira a su amigo, que viene por detrás suya. Los tíos que estaban jugando en la cancha se acercan a la reja y se ponen a mirar. Entonces le doy en el estómago, rápido, y se encoge. El amigo viene corriendo y le pego una patada en todos los huevos y se cae de rodillas y lo dejo ahí tirado porque a mí qué, me la suda. Vuelvo al del Jeep y le pego un puñetazo en toda la cara y él también se cae de rodillas. ¡Bam!

¡Bam! Lo pego dos puñetazos más y la nariz le estalla, tiene toda la cara roja. Ahora le miro los ojos y bam, bam, se los dejo bien guapos. Los negros de la cancha gritan algo que yo no oigo. Rodeo al negrito. Está echado en el suelo, poniendo la calle toda roja perdida.

—¿Qué, te gusta, cabrón? —digo—. Ya no volverás a meter las narices en mis cosas, ¿verdad? ¿Dejarás a la Cleona en paz?

No dice nada.

Y le pego una patada en las costillas y se pone a escupir sangre.

—Te he hecho una pregunta, negrito. ¿Vas a dejar a la zorra esa en paz?

Dice algo, pero con la boca toda llena de sangre no lo entiendo. Luego oigo las palas del helicótero de la policía y corro.

Voy a casa y me meto en la cama sin desnudarme y los nudillos me duelen que te cagas. Miro el techo con la pintura todo desconchada, y

pienso en mis niños. Odio a mis niños. Quiero a mis niños. Odio a mis niños. Quiero a mis niños. Odio…

Duermo y sueño con una isla de esas que hay en los mares donde están las islas. Todo lleno de tías buenas, las zorras, qué culo, y no llevan nada, solo unas tiritas a media teta. Pienso en lo buenas que están, las guarras, y en que me las voy a tirar a todas y me pongo a contar los niños que les haré y a pensar nombres para esos niños. Se llamarán Avarisha, Baniqua, Clitoria,

Dashone, Equisha, Fantasy, Galinica, Warrona, Yomemi, Jamika, Klauss, Latishanique, Mystery, Negrina, Oprah, Pastisha, Quinquisha, R'nee'nee, Chupona, Melona, Uniqua, Vaselino, Vaginela, Yolandinique y Zookie. Voy a follármelas a todas, pienso. Estoy sentado en una silla de playa de ésas, mirándolas. Vaya pedazo de culo tienen. Pero en mi sueño miro para abajo y veo que no tengo polla, que ahí solo hay un bulto. Mierda, que tengo la polla hecha un bultito, grito. ¿Y qué voy a hacer con un bultito y sin polla? Entonces las zorras esas lo ven y empiezan a señalar el bulto y yo, ahí, que intento taparme. El negrito tiene una polla enana, mirad, como la de un bebé, dice una de las zorras. Y ella y las demás zorras se ríen de mí, me señalan y se ríen, y echo a correr hacia el agua, y con las manos me tapo el bulto, ahí donde tenía la polla. Y en el agua fría una putita se acerca nadando y me mete la mano entre las piernas y me aparta la mía y dice: Me da igual que no tengas polla. Le miro la cara, que se le empieza a derritir, va poniéndose fea a lo bien, hermano, y se convierte en mi madre y la rajo. La rajo y la rajo y la rajo y la rajo hasta que el océano queda todo lleno de sangre.

Entonces me despierto todo sudado.

Desayunando a la mañana siguiente la mama ya se ha olvidado de la pelea y canta una de esas putas canciones de la iglesia. La Niña tararea y luego dice:

—¿Cuál es esa canción que cantas, mama?

—Es la de «Qué buen amigo es Jesús» —dice. Luego me mira—. Me han hablado de un trabajo que podría ser para ti. —Me echa beicon en el plato—. En West Hollywood.

—¿Y haciendo qué? —le pregunto.

—Un poco de esto, un poco de lo otro…, no sé —me dice—. Llevar a un hombre en coche, creo.

Pienso en conducir un coche y la idea de conducirlo me gusta.

—Chófer de un blanco.

—Es trabajo —dice.

—Pero si yo tengo trabajo —digo.

—Pero si nunca vas —dice. Me como el beicon.

—¿Y la dirección? —pregunto.

Se acerca a la incimera y rebusca.

—La apunté. Aquí está.

Vuelve a la mesa y me la da.

Me meto el papel en el bolsillo.

—¿Vas a ir o no? —pregunta.

—Aún no lo sé —digo—. Y no me ralles.

—Que no te rallo —dice.

—Que sí —le digo.

—Que no —me dice.

—Que sí —le digo.

—Que no, holgazán, que eres un bueno para nada —me dice.

—Ése soy yo —le digo, y me echo a reír—. Igual que mi papi.

—Cállate, niño.

—¿Quién es mi papi, mama? —pregunto.

Me da la espalda y va y se pone a fregar unos platos en el puto fregadero.

—¿Cómo se llama, mama? ¿Lo sabes? Yo sé cómo se llama el papa de la Niña. Yo lo he visto. Ahora está en la cárcel, ¿no?

—Calla, negro —dice la mama.

—¿Mi papi está en la cárcel? —le pregunto—. ¿Tú sabes cómo se llama?

—Van —la Niña protesta.

—Me abro —digo, y me abro.

Cuatro

Voy al almacén y el viejo Freddie está sentado en el muelle fumando, y cuando me ve llegar empieza a menear la cabeza. Se da la vuelta, mira el almacén y luego me mira a mí otra vez.

—¿Qué? —le digo.

—Ni te molestes —me dice.

—¿Que ni me moleste en qué? —le digo.

—Que ni te molestes en asomar la jeta —me dice—. «¿Dónde está ese inútil de Jenkins?», me ha dicho Reynolds hará una hora, y luego me ha dicho: «Si lo ves, dile que ya puede ir desfilando calle abajo», eso me ha dicho.

—¿Qué? ¿Me ha despedido?

—Eres mucho más despierto de lo que dicen por ahí

—suelta.

—Ese blanco de mierda no me puede despedir —digo.

—Pues ese blanco de mierda te ha despedido, hermano —dice Freddy.

—Voy a hablar con él —digo, y entro al almacén.

—Allá tú —me dice.

—Y todo porque llego tarde —digo. Freddie se ríe.

—Tres días tarde, negrito.

Entro en el almacén y en la puta radio ya está esa mierda de country dando porculo. Reynolds está encima de una carretilla hablando con ese negro gigante que siempre le chupa el culo. Reynolds se pasa el día «Big Jim, esto»; «Big Jim, lo otro»; «Big Jim, chúpame la polla». Reynolds levanta los ojos y me ve que me acerco.

—Freddie dice que me has despedido —digo.

—Freddie te ha dicho la verdad —dice.

—¿Y eso?

—Porque llevo tres malditos días sin verte —me dice.

—Estaba ocupado —digo.

—Pues ya no lo estás —dice—. Aquí ya no, al menos.

Lo miro y me entran ganas de pegarle, pero el puto Tío Tom ese se baja de la carretilla, todo grande, y se queda a su lado. Miro a Big Jim.

—¿Y tú aquí qué pintas, esclavo? —le digo.

Big Jim hace como que quiere pegarme, pero Reynolds lo para.

—No le hagas daño al chico, Big Jim. —Y luego me dice a mí—: Ahora mueve el culo antes de que deje que Big Jim se encargue de ti a su manera.

Miro las manos gigantes de Big Jim, dos bolas formando dos puños así de grandes, y ya no digo nada más. Doy media vuelta y echo a

andar para alejarme de esos pobres malparidos.

Tiro para la dirección que mi mama me ha dado, a la casa de ese hombre, el del curro. Supongo que puedo currar un par de días y sacarme pasta para la pipa y luego dar un buen palo. Y viajar a México, quién sabe, y pillar chochito chimichanga del bueno.

La casa está en una colina y tiene una de esas entradas con rotonda y todo. Que es una casa grande, vamos, y tiene un par de coches bien guapos. Uno es un BMW descapotable muy guapo, rojo con el techo blanco. No tiene ni una mota de polvo, el cabrón. En la matrícula pone COOL. Voy hacia la puerta de entrada, pero antes de que encuentre el timbre para llamar, la puerta se abre y veo a un hermano con camisa rosa y pantalones caqui.

—¿Puedo ayudarle? —dice.

—Sí, estoy buscando al señor Dalton —digo.

—Yo soy el señor Dalton —dice.

Me quedo un poco así. Esperaba que el cabrón fuera blanco y es más negro que yo. No sé qué decir.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo? —me pregunta.

—He venido por lo del trabajo —digo. Entonces aparece una gorda detrás suya. También es negra, pero va vestida como las criadas de las películas.

—¿Eres el chico de Sadie Jenkins? —pregunta.

—Sí —digo.

—Señor Dalton, éste es el hijo de mi amiga Sadie. Ya le he hablado de él. Usted dijo que podía llamar a alguien para que limpiara la piscina y cortara el césped cuando Felipe no viene.

—Lo recuerdo, Lois —dice él. Me mira y me tiende la mano. Me da un apretón y luego dice—: Lois se encargará de ti. Yo tengo que irme. Volveré tarde, Lois, no me esperes para la cena.

—Sí señor, señor Dalton —dice la Lois.

La Lois y yo nos quedamos mirando cómo el Dalton se aleja en ese Mercedes tan guapo. Entonces la Lois se vuelve hacia mí con la cara toda cambiada, ahora se la ve enfadada.

—Sadie me ha hablado de ti —me dice—. Aquí tienes una oportunidad, chico. El señor Dalton puede ayudarte. Tu mama es amiga mía, si tienes esta oportunidad es por eso, ¿entiendes?

Continuo alucinando con la casa y con lo de que Dalton sea negro.

—¿Me oyes, chico? Te llamas Van, ¿verdad?

—Me llaman Go —digo.

—Entra en la casa, Van. —Me lleva dentro y cierra la puerta—. A la que la fastidies, te pongo en la calle, chico —me dice.

—¿Por qué tenemos que empezar así? —le pregunto.

Para y menea la cabeza.

—Vale. Tu mama es amiga mía. ¿Quieres el trabajo?

—No sé de qué va —digo.

—De barrer, recortar los setos y el césped y lavar coches —me dice —. ¿Sabes hacerlo?

Miro por la casa, esos muebles tan de puta madre y los cuadros y los jarrones, y pienso en la pipa que me pillaré con la pasta que gane. Entonces volveré y me llevaré toda esta mierda.

—Sí que sé —digo.

—No me vengas con que vas a trabajar si luego no vas a trabajar —me dice—. Que no estoy para líos, chico. Al primer lío, a la calle. Que te quede esto bien claro.

—Tú tranquila, reina —le digo muy simpático para ir trabajándomela.

—¿Qué te crees? Que siendo tonta una no llega a mi edad —me dice—. O me respetas o ya puedes ir desfilando colina abajo.

—Vale —le digo.

—Ahora ve a bañarte antes de empezar a trabajar —me dice apartando la cara.

—Si trabajando voy a terminar sudando y cantando que no veas —le digo.

—Tienes que presentarte aquí limpio, ¿entendido?

Muevo la cabeza. Sí.

—¿Quieres que vaya a casa y me lave?

—No te hagas el gracioso —me dice—. Ahora acompáñame a la parte de atrás, que te enseñaré lo que puedes ir haciendo.

Andamos por esa casa tan guapa y yo no me lo puedo creer. Atravesamos una habitación que es como para ir de fiesta, con una barra, y pienso que volveré a pasarme por ahí. Luego, por una puerta con cristales de ésas, salimos fuera. La picina es gigante, tío. Y tiene el fondo con un dibujo pintado, y el agua se ve toda limpia y azul. Hay bancos y sillas por todas partes, es como un parque guapísimo.

La Lois me da una escoba.

—Barre todo lo que no sea suelo de tierra —me dice—. Y con el recogedor lo echas a la bolsa de plástico. Las bolsas están en el cobertizo ese.

—¿Quieres que meta el polvo del jardín en una bolsa? —le pregunto.

No dice nada, solo me mira.

—Qué tontería. ¿No puedo barrerla y echarla en la tierra y ya está?

—Tú haz lo que te digo, chico —me dice.

—Vale.

Lo barro todo. Luego paso el rastrillo por el patio. Luego la muy zorra me dice que fregue el suelo de la caseta de la picina. Si antes no cantaba, ahora canto pero fijo, hermano. La Lois le echa un vistazo a lo que he hecho y con la cabeza dice que sí, pero no sonríe. Solo me

dice que nos veremos mañana y luego vuelve a entrar en la casa con su culo gordo.

Me voy a los billares, decido, a ver en qué andan el Tito y el Amarillo, qué estarán haciendo, que el Tito me invite a un taco. Cuando llego allí, el Amarillo y el Tito ya están a mitad de partida.

—¿Dónde has estado, mandinga? —pregunta el Tito.

—Trabajando, hermano.

—Nah, no estabas trabajando —dice el Tito. El Amarillo se echa a reír.

El Tito tira y levanta la cabeza.

—Sé que no has estado trabajando porque he ido a buscarte al almacén y me han dicho que te habían echado a la calle.

—Sí, pero he estado trabajando igual —digo.

—¿Dónde? —me pregunta el Amarillo.

—En West Holly —digo.

Cojo un taco de la taquera y rodeo la mesa.

Tiro.

—Eh, que estaba a mitad de partida —dice el Amarillo.

—Ibas a perder igual —le digo.

—¿Y qué coño vas a hacer tú por ahí? —me pregunta el Tito.

—Mejor no preguntes —le digo.

—El negro se avergüenza de lo que hace.

El Amarillo se parte de risa.

—Trabajo en la casa de un rico —digo.

—¿Haciendo qué? —pregunta el Tito.

—Barriendo —digo. Susurro, casi.

—¿Que qué? —dice el Tito.

—Barriendo —digo, y los dos se descojonan—. Que os den porculo a los dos.

—¿Barriendo el qué? —pregunta el Amarillo.

—La picina y todo —le digo—. ¿Ya estás contento?

—¿Qué pasa? ¿Que ahora eres el criado de un blanquito? —pregunta el Tito. Se mete un pitillo entre los labios.

El Gordo nos grita:

—¡Aquí no se puede fumar!

—¿Está encendido el hijoputa o qué? —contesta el Tito a gritos.

—Tú asegúrate de que no se encienda —dice el Gordo. Luego, más hablando solo que otra cosa—: Me importa un huevo lo que hagáis fuera, pero y una mierda que os voy a dejar fumar en mi local.

—Cállate la boca, viejo —dice el Tito.

—No soy ningún criado —digo—. Y el tío no es ningún blanquito. —Meneo la cabeza—. Me echan a la puta calle, ¿vale?, y voy a ver qué tal el curro que me ha dicho la vieja. Solo quiero sacarme unos dólares para pillar una pipa. Bueno, que llego ahí y el tío es más negro

que yo. Y la casa, tío, vaya casa, hermano, de puta madre. Cuadros en las paredes, un benz, un bemeuve. Yo no me lo creía, hermano.

—¿Y a qué se dedica el negro? —pregunta el Tito.

Lo miro.

—Que cómo se ha hecho rico.

—No lo sé, pero el cabronazo está forrado. La picina es más grande que tu puta casa —digo.

—Traficante —dice el Amarillo.

—No lo creo —digo—. No tenía pinta de traficante.

—Entonces, abogado, fijo —dice el Amarillo.

—Achántala ya, Amarillo —corta el Tito—. Quiero que me hagas una lista —me dice—. Quiero saber qué tiene en esa casa.

—No voy a hacerte ninguna puta lista —le digo.

—Pensaba que éramos colegas —me dice.

—Es que eso no tiene nada que ver con nada —digo—. Voy a sacarme mi pasta y pillarme mi pipa y luego me largo de aquí.

—Mira, negro, tú vas allí —dice el Tito—. Te sacas tu pasta y te pillas la pipa y luego tú y yo volvemos con la lista que me harás, le robamos al hijoputa y nos abrimos.

Me río.

—¿Y cómo vas a salir corriendo con un cuadro grande que te cagas debajo del brazo? —pregunto—. Voy a robar al coreano hijoputa y luego robo un banco. Con la pasta puedo correr, me la puedo gastar, la pasta. Pero el cuadro, ¿cómo voy a gastármelo?

—El cuadro lo vendemos, Kunta Kinte —dice el Tito. Al Amarillo se le escapa una carcajada y el Tito lo mira mal—. Lo colocamos fijo.

—¿Y a quién le vas a endingar un cuadro en el puto gueto, mandinga? —le pregunto.

—El negro tiene razón —dice el Amarillo.

—Cállate, Amarillo —dice el Tito—. ¿Qué daño te va a hacer pasarme la lista? —me pregunta.

—Vale, mierda —digo—. Me pensaré lo de la puta lista.

—¿Ves? Te dije que éramos colegas —dice el Tito.

Vuelvo a tirar.

—Como somos tan colegas, invítame a comer algo ahí enfrente —le digo.

—Vale —me dice.

El Tito me invita a un burrito de los de la furgoneta de Sammy. Sammy es ciego, pero sabe distinguir los de uno de los de cinco. Nadie sabe cómo lo hace, pero acierta siempre. Nos quedamos ahí, comiendo, cuando se acerca una zorrita. Lleva unos shorts cortos y la carne del culo se le sale un poco.

—¡Vaya grupa tiene la nena! —me dice el Amarillo bajito.

No le presto atención. Yo miro a la zorrita y la zorrita me mira a

mí y echo a andar para alcanzarla en la esquina.
—Eh, nena —le digo.
—Eh, nena, tú —me responde.
—No te he visto nunca por aquí —le digo.
—No he estado nunca por aquí —me dice.
—Barrio peligroso —le digo.
Me mira de arriba abajo y me dice:
—Ya.
—Si te pones así… —le digo.
—No me pongo de niguna manera —me dice.
Me doy cuenta de lo que canto y le digo:
—Acabo de salir del curro. No voy por ahí apestando así.
Se echa a reír y yo me río con ella.
—¿Cómo te llamas, nena? —le digo.
—Me llamo Kesrah —me dice.
Meneo la cabeza, pienso en su nombre.
—Yo soy Go —le digo—. ¿Adónde vas, Kesrah?
—A casa —me dice.
—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.
—¿Y a ti qué? —me dice.
—¿Está tu mama en casa?
Mueve la cabeza.
—Te decía que el barrio es muy malo. Será mejor que te acompañe a casa. ¿Te vale?
—Me vale.
El Tito, a gritos:
—¡Mucho ojo, chocolatina! ¡Que ésta tiene unos catorce a lo más!
Yo y Kesrah ya estamos cruzando la calle.
—¿Tienes catorce, nena?
—Puede —me dice—. ¿Y a ti qué?
—A mí, nada —le digo.
Mientras vamos andando a su casa miro a Kesrah. Es menuda, pero tiene unas buenas tetas.
Es baja, un poco como gordita, pero en su casa la pillaré por detrás y haremos el perrito, voy a hacer que la muy zorra ladre como una perra. Eso es lo que haré. Y voy a hacer el bebé número cinco.
—¿Tienes niños? —le pregunto.
—No —dice.
—¿Ya has estado con algún hombre? —le pregunto.
—Claro que sí.
—Entonces es que no lo habéis hecho bien. ¿Tú quieres un bebé?
—Sí. Como que lo quiere todo el mundo, un bebé.
—Pues yo te voy a dar uno —le digo.

Finco

Voy a la casa de la chica y su tío gordo está dormiendo en el sofá, apesta a licor de malta. Cuando pasamos por al lado suyo sin hacer ruido para ir a la parte de atrás de la casa a ella se le escapa una risita. Le digo que se calle. Tiene un pedazo de tío, no quiero verle el careto si se despierta.

—No te preocupes —dice—, no va a hacerte nada, ni que se despierte.

Y entonces estamos en su cuarto y ella me mete la lengua hasta la garganta. Le cojo el jersey y se lo quito y va y casi no tiene tetas.

Me echo a reír.

—Mierda, nena, estás como una tabla.

Se cabrea.

—Pero soy una mujer.

La beso.

—Sí, pero eres una mujer.

Nos quitamos la ropa y yo me pongo encima y me la follo un buen rato y ella se echa a llorar y a decir que duele y todo el rollo, pero le gusta. Sé que le gusta por sus gemidos. Me la follo a lo bien. Luego me levanto y me pongo los pantalones.

—¿Volverás mañana? —pregunta.

—Nah, nena. No puedo pasarme por aquí a verte.

—Pero… —dice.

Meneo la cabeza.

—Demasiado pequeña, nena. No puedo ir por ahí y que nos vean juntos.

No sabe qué decir. Luego se acerca a la ventana.

—Te me quitas de encima —me dice.

Me encojo de hombros.

—Negro —dice.

—No es que seas una mujer de verdad —le digo—. ¿Y a lo que has hecho lo llamas follar?

Se echa a llorar. Luego empieza a llamar a gritos al gigante de su tío. El hijoputa estará todo lo borracho que quieras, pero levanta el culo del sofá y se pone a soltar mierda.

—¿Tú quién coño eres? —dice.

—Tu padre —le digo, y trato de cruzar la habitación para salir por la puerta de entrada.

El gigante hijoputa se planta delante mía y veo que lleva uno de esos pijamas con dibujitos de payasos, el cabrón.

—Pero mírate, negro.

—¿Qué dices? —me pregunta.

—La mierda esta que llevas. Pareces un payaso de circo.

Entonces la zorrita corre a la puerta con cara toda triste y llorando y eso, tapada con una manta.

—¿Qué pasa? —dice el negro gigante.

—Me ha violado.

—¿Que qué? —Y el gigante se me quiere echar encima y dice que me matará, pero salto por encima del sofá y llego a la puerta. El hijoputa se cae al suelo y tumba la botella—. Te pillaré —me dice.

—Tú no vas a pillar nada —le digo. Entonces miro a la chica, y sigo—. Como mucho, un sobrino, porque nunca fallo.

—Te odio —grita la nena.

Corro hasta que llego a la calle y me echo a reír. Cruzo corriendo un par de patios traseros por si el tío tiene una pipa o algo y salgo a la calle siguiente.

Voy de camino a los billares, donde les contaré al Tito y al Amarillo lo del chochito y el tío gordo hijoputa. Se van a reír, lo sé. Doblo la esquina del istituto justo cuando empieza a oscurecer y veo un par de faros que bajan por la calle muy despacio. «¿Quién coño será?», pienso. Y entonces veo que es un Jeep y un huevo de negros se bajan y empiezan a perseguirme. Y corro, hermano. Pero los negros también son rápidos. Quiero saltar por la valla y las canchas de basket. Uno me agarra la pierna y yo me suelto de una patada y paso al otro lado. Corro entre las sombras y me escurro por un abujero del muro y tiro por un callejón. Entonces me meto en un edificio abandonado y me escondo, todo callado. No los oigo. Y me doy cuenta de que ahí dentro conmigo hay alguien.

—¿Quién hay ahí? —digo.

—¿Quién hay ahí? —pregunta.

Y se echa a reír. Con una cerilla, enciende una vela. Es el hijoputa del borracho de Willy.

—Apaga la vela, negro —le digo.

—Se han largado, chico —me dice—. ¿Por qué te buscan?

—Un tío rico. Le metí una paliza y ahora vuelve con su pandilla. Hijoputa. Más le vale esconder ese careto cuando vaya solo.

—Tú eres malo, ¿eh?

Detrás de la vela se le ven los ojos rojos y los miro.

—Sí, soy malo.

—Yo también era malo.

—Pues ahora no eres malo. No, tío, ahora eres peor.

Me río de mi chiste.

—Eres un negrito chistoso, ¿no? ¿Cómo está tu mama?

—A mi mama no la metas —le digo.

—¿Todavía tiene ese lunar debajo de la teta?

Me levanto, estoy a punto de reventarlo.
—Siéntate, chico —me dice con una voz dura que es como si no pudiera salir de esa cabeza suya.
Me siento.
—Escucha, chico. Voy a decirte algo. Yo me he jodido la vida.
—Y que lo digas.
—Calla y escucha —me dice—. No quiero que la jodas como yo la jodí.
—¿Y tú qué eres mío? —le digo—. Yo a ti no te conozco de nada.
—Eso no tiene nada que ver —dice—. No quiero que la cagues y le hagas daño a tu mama, que ya ha aguantado bastante.
—¿Y tú de qué coño hablas? —le pregunto—.
Yo me abro.
Voy hacia la puerta.
—Tu mama es una buena mujer —me dice.
—Sí, y tú eres un borracho —le digo—. Resumiendo, ¿que qué?
—Que no la jodas —me dice.
—Vale, lo mismo te digo. Y feliz Navidad y felices Pascuas.
En los billares está el Tito, en la parte de atrás, se la está chupando una gorda que a veces se pasa por ahí. Eso es lo que dice el Amarillo. Me gustaría ir a ver, me gustaría a medias, pero no voy. La zorra esa podría buscarme y no quiero mierdas de ésas. El Tito deja que se la chupe cualquiera. El Amarillo me mira.
—¿Qué miras? —le digo.
—¿Por qué estás todo sudado? —me dice.
Iba a contarle lo del hijoputa del Jeep, pero no me gusta cómo suena lo de correr.
—Estaba echando unos tiros —digo.
—¿Echando unas canastas?
Se ríe.
—¿Qué te hace tanta gracia? —le digo.
—Tú echando unas canastas. ¿Qué ha pasado de verdad?
—Eso es lo que ha pasado de verdad. Y ahora cállate la boca.
El Tito está por atrás y nos oye.
—¿Qué pasa? —dice.
—Nada —digo—. El negro, aquí, poniéndome de los putos nervios.
—Oye, que no soy el único que te pone de los putos nervios —dice el Amarillo.
—Con cuidado, tú, vigila bien adónde pisas, culogordo apestoso —le digo.
Le echo una mirada penetrante a lo bien.
—Que te den porculo —me dice.
—Que te den porculo —le digo.
—Que te den porculo —me dice.

—Que te den porculo —le digo.
—Que te den porculo —me dice.
—Que te den porculo —le digo.
—Que te den porculo —me dice.
—¿Y por qué no vais afuera, así podéis daros bien porculo, negritos? —dice el Tito.
La zorra gorda que estaba en la parte de atrás pasa por el lado. Saluda al Tito con la mano.
Meneo la cabeza.
—¿Cómo dejas que la puta esta tan fea te ponga la boca en el rabo? —le pregunto.
—Es más guapa que las mamis de tus bebés —dice él—. Por lo menos sabe lo que hace.
—Tú no hables de las mamis de mis bebés —le digo.
—Como si te importara una mierda —me dice. Coge un pitillo y enciende una cerilla.
—¡Sin fumar! —le grita el Gordo.
—Afuera hace demasiado frío, Gordo. Deja que, aquí, el negro, se eche unas caladas.
El Gordo estará cansado, porque no dice nada.
El Amarillo le da tiza al taco y me sonríe.
—¿Qué tal con la niña esa, cochino, cerdo pediastra?
—Me la tiré a lo bien —le digo.
—¿Qué va a hacerle una niña así a un hombre? —dice el Tito.
Lo miro sin decir nada.
—Por tirarte a crías y hacer hijos no serás más hombre —me dice.
—¿Qué problema tienes? —le pregunto—. ¿Por qué te metes conmigo?
—Vamos a jugar al billar —dice.
Ahora estoy puteado. Hacemos un billar sin abrir la boca. El Tito ya va por el cuarto pitillo, los apaga en el suelo. El Gordo viene y mira al Tito.
—¿Ves? Otra razón por la que no quiero a negros fumando aquí. Mira esta mierda.
—Cállate, Gordo —dice el Tito—. Vas a tener que barrer la mierda esta igual.
—Sí —dice el Amarillo.
El Gordo refunfuña y vuelve a su taburete, detrás de la barra.
—Tíos, ¿habéis visto alguna vez al desgraciado ese del Willy el Gili? —les pregunto.
El Tito mete la cinco y me mira.
—¿El borracho que siempre está por la cancha? —me pregunta.
—Sí.
—Sí que lo he visto —dice el Tito—. ¿Por? ¿Es que es algo tuyo?

—No es nada mío.

—¿Y por qué preguntas por él, entonces? —dice el Amarillo.

—Cállate la boca —digo.

—Chúpame la polla —me dice.

—Sácatela, a ver, comemierda —le digo.

—Me la sacaría, pero no quiero verte llorando —me dice.

—¿Os estáis oyendo, negros? —dice el Tito—. Como críos de diez años, soltando chorradas.

—Que os den porculo a los dos —digo, y me abro.

Seix

Al día siguiente me levanto y me lavo los sobacos que apestan de tanto currar y de tanto darle al chochito ese. Me pongo gayumbos limpios, me siento en la cama y miro el reloj de Mickey Mouse que pillé cuando lo de las movidas con los saqueos. Los negros se morían de risa señalando el reloj. Ahí había teles, loros, pero qué coño, me moló el reloj. Me recordó a Disneylandia. Solo fui una vez, y nada más recuerdo la calle principal y yo que pienso: Esto es lo que hay. Que les den por el culo a ellos con sus risitas burlándose de mi reloj. La mierda esta funciona. El tiempo se mueve, las manecillas se mueven y eso me hace pensar en currar. Dos semanas más de curro y me piro con mi pipa. Y luego, a ver. Va, va, va, va Van Go y se va.

Voy a la mesa y la Niña aún está ahí dándole a los crispis.

—Te gusta esa mierda, ¿no, Niña? —digo.

La mama se da la vuelta.

—Que no hables así cuando tienes a la niña delante, niño.

No le hago ni caso. Me siento y me como los huevos con beicon que me ha echado.

—¿No hay nada de carne? —digo.

—No, es lo que hay —me dice.

Me abro, pienso. ¿Que no hay carne? Mierda.

Pero tengo hambre y como.

—¿Te gusta tu trabajo? —pregunta la mama.

—Es un trabajo.

—La Lois dice que esa casa es como una mansión —dice la mama.

—Es que es una mansión, mama —digo—. Está forrado, el puto negro.

—No hables así del señor Dalton —me suelta.

—¿Qué pasa? ¿Que como está forrado no es un negro? ¿Y como yo estoy pelado sí que lo soy?

—Calla, negro —dice.

Ella me mira y yo la miro y nos reímos. Me gusta volver a reírme con la mama. Nos reímos un rato y luego le digo que tengo que ir a currar.

—Ok, negro —dice.

Nos reímos otra vez.

Pillo el bus y empieza mi viaje por las colinas. Aún me río con lo que dijo la mama. Me dio tres pavos antes de irme. Me siento y sube una blanca y se pone en frente mío. Parece que va al curro.

—¿Vas al curro? —pregunto.

Dice que sí con la cabeza y mira a otro lado.

—¿Dónde curras? —digo.

—En una tienda —dice sin mirarme.

—¿Cuál?

No dice nada.

—¿Cuál?

Nada.

Me echo para adelante apoyando los codos en las rodillas.

—¿Tienes miedo de que pase un día a saludarte?

Mueve la cabeza.

—Me paso por allí, te digo hola y tu jefe te coge y te dice: ¿Quién es el negro este? ¿Es eso lo que te da miedo?

Se levanta y se va a la parte de atrás del bus.

Una negra vieja que había puesto la antena me mira fijamente.

—¿Y tú qué miras? —le digo.

Mira a otro lado.

Me bajo del bus y camino seix manzanas. Supongo que a los ricachones no les mola que los buses lleguen cerca de sus casas. Puede que lo que no les mole sea el humo. O puede que sea la gente como yo. Mierda, no sé. Subo por la colina, paso delante de esas verjas tan grandes y los jardineros me miran. La mayoría son orientales y me miran mal que te cagas, los putos chinos, y yo pienso en la pipa que voy a pillar y en el palo que le voy a dar al coreano hijoputa.

Subo por el camino de entrada y el Dalton, que sale, me pita desde el coche. Levanto la mano y me siento imbécil por hacerlo. Me meto las manos en los bolsillos. Cuando llego a la puerta, la Lois está ahí mirando su reloj.

—Bueno, no llegas muy tarde —dice.

—No tengo reloj —digo.

—No es mi problema —dice—. Ganas algo de dinero, te compras uno.

—Paso de relojes, no los necesito —le digo—. El tiempo es de los blancos. El tiempo no es mío.

—Tú estás mal del coco, negro —dice.

Yo me río, porque me acuerdo de la mama llamándome negro en casa por la mañana. Yo me río y la Lois se ríe también, pero ella no sabe por qué me río.

—Pasa y ponte a trabajar —dice—. Lo primero, lavas los coches.

Me lleva a la habitación al lado de la cocina.

—Todas las llaves están en este armario. Hay cuatro coches en el garaje grande: los sacas uno a uno y los limpias.

—¿Y cómo se supone que voy a sacarlos? —pregunto.

—Te lo he dicho, coges las llaves de este armario —me dice.

—¿Conduciendo? ¿Es eso? —digo.

—Eres más tonto de lo que pareces —me suelta.

Pienso que voy a cabrearme porque me ha llamado tonto, pero estoy emocionado, voy a conducir los coches, aunque solo sea para sacarlos del garaje. Pillo todas las llaves y salgo afuera. Las puertas están abiertas y ahí están los carros. No sé para qué los quieren lavar. Brillan tanto que podrían dejarme el careto todo ciego. Está el pequeñín este, rojito y a ras de suelo, creo que es un Ferrari todo a lo bien. Me monto, es un puto guante, si el Tito y el Amarillo me vieran el careto ahora…, todo guapo con cuero y todo. Meto la llave y del ruido que mete casi me cago en los pantalones. El motor suena como un puto ejército marchando, pero suave, hermano. Un día tendré uno como éste. Solo que lo quiero negro. Negro sobre negro con una raya roja en medio del puto carro. Meto primera, el tema rueda que da gusto y el corazón me va como el demonio. Babum, babum, babum, el corazón me late. Apago el motor y salgo del carro. Cierro la puerta, me alejo y lo miro, imaginando qué careto tenía cuando estaba sentado al volante.

—Mejor te pones a currar y dejas de soñar, negro —dice la Lois desde la puerta de cristal.

Cojo el cubo y la manguera del cobertizo y enjuago el puto chisme y entonces de la casa sale una zorrita que está rebuena, con su bikini, y quiero morirme. La zorra deja la toalla en una tumbona y se mete en el agua. La miro, pero no desde donde estoy, con el coche no veo una mierda. Camino hasta el seto para mirarla. Me ve que la miro y se da la vuelta. Estoy lejos del coche y me siento imbécil. Mejor vuelvo y me pongo a lavar el coche, pienso. Empiezo a darle jabón al puto carro y oigo a alguien que me llama. Me giro y veo a la zorra en bikini, parada en el seto.

—Eh, tú —dice—. Ven aquí.

Voy allá y estoy un poco cagado y un poco enfadado porque me jode estar cagado.

—¿Cómo te llamas? —Le brillan los ojos.

—Van Go Jenkins, pero mis colegas me llaman Go.

—Go —dice—. Me gusta. Yo soy Penelope, Penelope Dalton. ¿Cuándo te contrató mi padre?

—El otro día —digo.

Y veo que no puedo mirarla a los ojos.

—Bueno, espero que te pague bien —dice—. A veces papá es un poco agarrado.

—Paga bien —digo.

—¿Cuántos años tienes? —dice.

—¿Para qué lo quieres saber? —digo.

—Solo pregunto —dice.

—Vente —digo.

—Yo veintidós —dice—. Acabo de terminar la uni.

Standford. ¿Y tú?
—No —digo.
—¿Has terminado el instituto? —dice.
—Mira, tengo que ir a lavar el coche —digo.
Me encuentro mal.
—No pretendía ofenderte —dice—. Y hablamos en otro momento.
—Fijo —le digo.
—Eh, ¿sabes conducir? —me dice.
—Claro que sé conducir —digo.
—Guay —dice—. Ahora vuelvo.
Voy terminando de limpiar el carro y voy pensando que qué coño estará pensando la zorra esta. Me pongo muy nervioso, esperando y dándole al coco. Aclaro el jabón del carro y me siento en el parachoques.
La Lois grita desde la casa:
—¿Qué estás haciendo? ¿Te pagamos para que te sientes?
—La hija del señor Dalton me ha dicho que la espere aquí —digo.
—¿Y por qué te lo ha dicho?
—No sé —digo.
—Ten cuidado, chico —me dice.
—¿Por qué dices eso, abuela? —le digo—. Yo a ti no te controlo.
—Ya puedes empezar a controlarte tú —me dice.
Penelope sale afuera. Lleva unos pantalones cortos apretados que parecen más unas bragas que otra cosa.
—¿Adónde crees que vas? —le suelta la Lois con malas pulgas.
Penelope sonríe fría como un puto cubito.
—Voy a… —Se para y me mira—. ¿Cómo te llamas?
—Van Go.
—Eso —dice—. Voy a llevarte de chófer para ir de compras.
—Señor, apiádate de nosotros —dice la Lois.
—Seguro que se apiada —dice Penelope. La Lois me mira muy, muy mal y me dice:
—Tú vete con ojo.
Y pienso: «Mierda, no soy un perro». Yo también la miro mal y me subo al coche. Penelope me da una sorpresa, se sienta delante conmigo. Estoy sudando a lo bien, hermano.
—Conduce —dice.
—Así de fácil —digo.
—Así de fácil —dice—. Vamos, Van.
Nadie me llama Van. Todos me llaman Go todo el rato. Pero yo no digo nada. Casi hasta me gusta que me llame Van.
—¿Adónde quieres que te lleve?
—Llévame a Rose’s. Está en Santa Mónica. Conduce. Ya te diré cuándo tienes que girar y hacia dónde.

Esto lo dice despacio y me pone nervioso pensar qué querrá decir, porque sé que es importante.

Llegamos a un restaurante todo fino que está que revienta. Zorras rubias con gafas de sol y blanquitos con camisetas marcando tableta. Pero Penelope no quiere entrar, solo quiere recoger a un negrito cagón que esperaba afuera. Se baja del coche y abraza al chico y se sientan atrás.

—Vamos, Van, vamos —dice.

—¿Adónde? —digo.

—Vamos a tu barrio.

La miro por el retrovisor. Luego miro al negrito, con su camisa de seda y sus gafitas colgadas al cuello.

—Queremos ver dónde vives —dice ella.

—Sí, hermano —dice él.

—Van, Roger. Roger, Van. Trabaja para mi padre.

—Cojonudo, hermano —dice Roger—. Llévanos al barrio, echamos unos tiros, pillamos algo de hierba y comemos pollo.

Se mueren de risa.

—Vamos, Van —dice Penelope.

—No sé. Éste es el carro de tu padre —le digo.

—Éste es mi coche, Van —me dice—. En marcha.

Penelope se echa para atrás y me mira a los ojos por el retrovisor.

—¿Te cae bien mi padre? —pregunta.

—Supongo —le digo—. Me ha contratado.

—Mete mucho dinero en el barrio —me dice.

—No lo pillo.

—Que hace préstamos y echa algún cable en temas de asistencia legal —dice.

Roger se muere de risa.

—Que es un ursurero y un buitre, vamos.

Venga a reír los dos, y Penelope dice:

—Ten cuidado con lo que dices. Van se puede chivar.

Estoy que echo humo. ¿Se están riendo de mí?

¿Estos putos mierdas riéndose de mí? Me gustaría parar el coche y reventarlos a lo bien. Ese Roger hijoputa, que va de guay y guapetón. No tiene ni puta idea. Es un comemierda, nada más, tendría que pegarle un buen tajo.

—¿Vives por aquí, Van? —pregunta Roger—. ¿Qué es esto, Compton?

No digo nada. Solo miro por el retrovisor. Miran por la ventanilla como si estuviéramos en el zoo. Como si estuvieran en la puta Disneylandia, en un puto submarino. Los negros de la calle me miran, yo llevo el carro y pienso de puta madre, pero luego pienso que voy solo en la parte de alante y dos mamahuevos en la parte de atrás y

parezco un puto chófer pringado.

Penelope se acerca y me pone la mano en el hombro.

—Llévanos a algún sitio pintoresco para comer —dice.

Con su mano en el hombro me tranquilizo un poco.

—¿Qué quieres comer? —le pregunto.

—Algo guay. Costillas o algo así.

—Eh, Van —dice Roger—, ¿has terminado el instituto?

No digo nada.

—No pasa nada por no terminar. De todos modos, no hay trabajo.

Roger mira por la ventanilla.

—Pensaba que aquí las casas no tenían patio.

—¿Qué te esperabas? —le digo.

—No sé, pocilgas y eso.

—Son personas, igual que tú y que yo —dice Penelope mirándome por el retrovisor—. Estoy segura de que papi te ayudaría a conseguir una beca para la universidad —me dice.

—¿Beca de qué clase? —digo.

—No sé, eres una persona desfavorecida, eso juega a tu favor.

Roger se ríe.

—¿Eres rápido corriendo? —pregunta—. Si eres rápido, puedes hacer atletismo. ¿Juegas al baloncesto?

—Sí, la sobo bien —digo.

—Ya está: una beca de baloncesto.

Roger pone cara de listillo. Lo miro por el retrovisor, pero él no mira.

Empiezo a preocuparme, que el Amarillo y el Tito no me vean. Decido llevarles a un sitio de costillas a dos manzanas de aquí. Sé que el Tito y el Amarillo no estarán ahí, porque al Tito le echaron por meterle mano a la camarera. Pero cuando aparcamos enfrente ya no tengo ganas de entrar. No quiero que nadie me vea por ahí con estos desgraciados.

Penelope y Roger se bajan, y yo me quedo dentro.

—¿No tienes hambre? —pregunta Penelope.

—No, paso de comer —digo.

—Invitamos nosotros —dice el surnormal de Roger.

—Alguien tiene que vigilar el coche —digo.

—Vamos —dice Penelope—. No te preocupes por el coche. Está asegurado. Es solo un coche. Vamos.

Me han pillado. Me siento como si fuera un animalito al que habrían recogido en alguna puta carretera a tomar porculo. Estoy muy rallado, pero tienen pasta, y ahora entiendo lo importante que es la pasta. El señor Dalton tiene toda la pasta del mundo. Y yo no tengo una mierda. No quiero entrar, pero entro. Me pregunto por qué están tan interesados en mí y por qué son así de amables. El sol brilla y

estoy como atrapado en una red de luz. Les sigo y entro en este sitio que se llama Ernie's Kitchen.

Un tío que conozco me saluda desde el otro lado del local, pero se queda mirando a Penelope y a Roger. Luego veo a la Cleona que me mira fijamente desde la otra punta. Sigue enfadada conmigo, pero tiene curiosidad. Saluda.

—¿La conoces? —me pregunta Penelope mientras nos sentamos a la mesa.

—Pues claro que la conoce —dice Roger—. Probablemente aquí conocerá a todo el mundo, ¿no, Van?

No digo nada.

—Dile que venga con nosotros —dice Penelope.

—Está en la otra punta —digo.

La camarera nos trae pollo y cerveza y empezamos a comer.

—Esta mierda está legal a lo bien, hermano —dice Roger. Me mira —. ¿Lo he dicho bien? —pregunta.

—Sí, lo decimos así —le digo.

Ellos siguen comiendo, pero yo no puedo.

—Come —me dice Penelope.

—No tengo hambre —le digo.

—¿Quieres más cerveza? —dice Roger.

—Sí —digo, y veo que vuelve a llenarme el vaso.

—¿A qué se dedica tu padre? —me pregunta Penelope.

—No tengo padre —digo.

—¿Murió? —dice ella.

—Nació muerto —digo.

—¿Y tu madre? —pregunta Roger—. ¿Está viva?

—Sí, está viva —les digo—. Es una esclava.

Penelope y Roger se miran y venga a reír. Todo el mundo se gira para mirarlos.

—Eres la bomba —me dice Penelope—. Una esclava

—repite—. Qué grande.

—Dime, Van —empieza Roger—, ¿tienes novia?

Le miro y me río.

—Coño, tío, tengo cuatro niños.

Penelope mira a Roger y él la mira a ella y se mean de risa.

—Me estás tomando el pelo —dice Penelope—. ¿Cuatro niños? ¿Estás casado?

—¿Tú de qué vas? —digo.

—¿No estás casado y una mujer tiene cuatro hijos tuyos? —pregunta Roger.

—No —digo—. Son de mujeres distintas.

Se miran y Roger hace que silba pero sin silbar. Luego me miran a mí.

—¿Qué coño miráis? —digo.
—Oh, nada —dice Penelope—. Cuatro hijos. ¿Y vas a verlos?
—Pues claro que voy a ver a mis niños —digo, y empiezo a comer pollo.
Muerdo un muslo como si fuera el último cacho de carne en la tierra. La grasa se me queda en todo el morro. Bebo cerveza. Me limpio la cara con la manga.
—Ha estado muy bien, Van —dice Penelope—. Gracias por traernos aquí.
Se sientan en los asientos de atrás y yo conduzco como un surnormal. Los saco del barrio pero ni se enteran porque están atrás bebiendo de una petaca. Roger me ofrece y digo que no, él pega un buen trago y se ríe de mí.
Quiero parar el coche, sacar al mingafría este y meterle una paliza, pero no lo hago y me doy cuenta de que su dinero me asusta y entonces me entran ganas de gomitar.
Me dicen que los lleve al centro y Roger dice que conoce una esquina donde puede pillar algo de hierba y Penelope dice cojonudo. Y yo conduzco. Estamos en Union. Me apoyo en el coche mientras el Tío Gilito y Veronica compran su bolsita cuando veo llegar un Jeep. Mierda, como que es el del Jeep y trae un coleguita. Aparcan alante y salen todo deprisa y pienso: «Mierda puta», y ahí vamos.
—Mira, mira —dice el del Jeep.
—Que te den porculo —digo.
Y como sé por qué ha parado, voy y le meto un puño. ¡Bam! Le sale sangre del ojo, disparada, como si fuera un bicho. Qué bien me deja ese puñetazo. De puta madre. Tan bien que cuando el coleguita del del Jeep me atiza en el pecho casi ni me entero. Me levanto y le meto con la rodilla en los huevos y él se dobla. Pero no le quiero a él. Quiero al del Jeep. Le meto otro puño en la jeta y noto cómo se ablanda bajo mis nudillos, igual que el pan, o yo qué sé. ¡Bam! Tengo sangre en el puño y él se abre. Uno que ya no dará porculo durante un buen rato. Ella se gira y Roger la abraza.
—Querían reventarme entre los dos —digo.
—Vamos —dice Roger.
Nos metemos en el coche y arranco. Tengo el puño ensangrentado y el corazón me late rápido y me siento de puta madre. A lo bien.
—Entonces, ¿habéis pillado para fumar? —pregunto.
—Sí —dice Roger.
—Venga, enciéndelo, negro —digo.
Miro a Roger en el espejo y en la cara le veo que nunca le habían llamado negro antes.
—No quería decir nada. Yo también soy un negro —digo.
Se lía un peta mientras Penelope se cepilla la petaca. Está borracha

como una cuba. Fumamos y yo conduzco.

—¿Te has pegado alguna vez en una pelea? —le digo.

—En una de verdad, no —dice.

—¿Cómo que en una de verdad no? —digo.

—Soy cinturón negro de kung-fu, pero nunca me he pegado en una pelea.

Levanto el puño y le enseño la sangre seca de los nudillos.

—Éste es mi cinturón negro.

Penelope deja escapar una carcajada de borracha.

—¿Os colocáis así cada día? —pregunto.

Pero no me contestan. Penelope está fuera de combate y Roger le está sobando las tetas.

—Eh, Roger —digo.

—¿Qué?

—Tengo que volver. Te dejo aquí —digo.

Paro y le miro a los ojos. Está demasiado hecho mierda para protestar. Mira a Penelope.

—La llevaré a casa —digo.

—Vale —dice.

Se baja y deja caer a Penelope sobre el asiento. Se queda mirando mientras arranco.

Es casi de noche cuando llego a casa de Penelope para dejarla allí. Hay algunas luces encendidas pero se está de tranqui. Penelope está y no está, diciendo chorradas sin parar y no tengo ni puta idea de lo que suelta. La saco del carro, pero no se tiene en pie. La cojo y la llevo hasta la puerta principal con el corazón que me va a mil. Pum pum pum pum pum, así me va en el pecho, que parece que revienta. Pum pum pum pum pum. Luego la zorra empieza a cantar y le digo que cierre la puta boca. Me mira como diciendo quién cojones eres para decir que me calle.

—Baila, baila, siente la música, canta…

—Por favor, Penelope, no metas bulla. No quieres movidas, ¿verdad?

Me mira y se lleva el dedo a los labios y hace chsss. Mira hacia la casa.

—No me lleves dentro. Vamos por la parte de atrás, a la casita de la piscina.

—Vale —le digo.

Hago lo que me pide y casi tengo que arrastrarla dando una vuelta alrededor de la casa hacia la piscina. Las luces de dentro de la casa se reflejan en el agua. Un surtidor o algo parecido hace un ruido asqueroso. Abro la puerta de la casa del convertizo y pongo a Penelope en una de las tungonas. Miro cómo su cuerpo se hunde en el cojín. La miro y noto que lo siento todo como enmarañado. Quiero ser

como ella. La odio. Odio su dinero. Odio a su padre. Odio la forma en que me mira, como si no tuviera ni puta idea de nada. Pero está buena, mierda. Hay algo en ella que es blanco y la odio. Está buena, buenísima, mierda. La camisa se le abre un poco y casi le veo la teta. Tiene buena pinta, sí, señor. Meto la mano por dentro y toco esa tetita. Como puta seda. Aprieto el pezoncito y gime y no creo que sepa que soy yo. Oigo un ruido chof, chof. Miro y veo que viene alguien.

—¿Penelope? —Se oye la voz de una mujer—. ¿Penelope? ¿Eres tú?

Al lado de la picina hay una mujer. Mierda, pienso. Estoy aquí metido con esta zorra colocada. Éstos me meten en el trullo, fijo. Penelope hace un ruido. La mujer lo oye y viene hacia la puerta de la casita.

—¿Penelope? —dice.

Pero meto el morro en toda la boca de Penelope, así no dirá nada. Escondido con Penelope, veo a la mujer esta con un bastón blanco. Mierda, es ciega. Casi se me escapa la risa. Pero todavía tengo la boca pegada a la de Penelope, que ahora me besa. No tiene ni puta idea de quién soy. La puta ciega se gira y camina hacia la casa. Y yo también. Penelope me llama Roger y pienso que me la suda quién coño crea que soy, voy a repasármela. A lo bien. Y me la repaso. Ese culo huesudo suyo no vale para nada, pero me da igual. La abro de piernas y se la meto. Y se la vuelvo a meter. Quiero despertarla y decirle que su chochito no vale para nada, pero está dormida. Dormiendo como en el cuento. Pero con un puto beso no se despierta.

Siete

Al día siguiente, la Niña viene corriendo a mi habitación. Que me levante y coja el teléfono, me grita. Le digo que estoy intentando dormir, pero ella insiste.

—¿Qué coño pasa? —digo.

—Están al teléfono —dice.

—¿Quiénes están al teléfono?

Me levanto y la cabeza me estalla. ¿La policía? ¿Los Dalton? Quién será. Estoy despierto.

—De la tele —dice la Niña.

—¿Qué? —digo.

—Snookie Cane —dice—. Del pograma de Snookie Cane.

—Vete a tomar porculo —digo—. No hace gracia.

—Es de verdad —dice.

Me levanto en gayumbos y cojo el teléfono. Hay una zorra al otro lado y quiere saber si yo soy yo.

—Pues claro que sí, soy yo —le digo—. ¿Qué quieres?

Oigo que se ríe intentando tapar el teléfono y luego va y dice:

—Queremos que seas el invitado en el programa de Snookie Cane.

Pienso que es una broma.

—Ah, vale —digo—. ¿Y para qué me queréis en el pograma?

—Bueno, la verdad es que tenemos un invitado que quiere darte una sorpresa. Alguien que está enamorado de ti. —Coge aire y luego sigue—: Grabamos el programa hoy a la una. Estamos en los estudios Optic White, en Burbank. Plató F.

—¿Lo dices en serio? —digo.

—Sí, sí —dice—. ¿Podrás venir?

—¿Alguien está enamorado de mí? —pregunto.

—Sí.

—¿El pograma de Snookie Cane?

—Sí —dice.

—¿Snookie Cane va a estar allí? —digo.

—Sí.

—¿Voy a ir a la tele? —digo.

—Sí.

—Vale, allí estaré —digo.

—Estate aquí a las doce y media —dice.

—Ok —digo.

Cuelga. Cuelgo. Miro hacia abajo y veo a la Niña y digo:

—Voy a ir al pograma de Snookie Cane. La Niña empieza a gritar.

—¡Mama! ¡Mama! ¡Go va a ir al pograma de Snookie Cane!

Y se va corriendo a la cocina.

La sigo. Vuelve a decírselo a la mama. La mama me mira.

—¿Qué has hecho, hijo?

—Yo no he hecho nada. Alguien está enamorado de mí —digo.

La mama se me queda mirando.

—Eso es lo que me han dicho por teléfono.

Dicen que harán el show hoy.

—Mama, ¿vamos a ver a Go en la tele? —pregunta la Niña toda alucinada.

La mama parece preocupada. Le sonríe a la Niña.

—Eso parece —dice.

—Niño, ¿eso es lo que vas a ponerte para ir a la tele? —dice la mama.

—Sí, y no me toques los huevos —digo.

—No me hables así —dice—. Y no hables así en la tele.

—No me van a decir cómo tengo que hablar —digo—. Venga, vamos.

Nuestra vecina, Quanita-Mack, nos lleva en su coche. Nos sentamos con la Niña en la parte de atrás y las focas van adelante. Hablan y hablan, de mí, puede, pero no presto atención porque pienso en lo que le hice ayer a Penelope. Me siento de puta madre. Luego pienso en quién coño estará enamorada de mí. Me siento de putísima madre, hermano.

Cuando llegamos al estudio un negro de uniforme nos dice que tenemos que aparcar al otro lado de la calle. Me asomo por la ventanilla del coche de Quanita y le grito al gilipollas.

—Que voy a ir a la tele, negro —digo.

—Por mí como si vas a la luna —dice—. Tienes que dejar el coche en el aparcamiento C.

—Te crees muy hombre porque llevas uniforme —le digo.

—Siéntate —dice la mama.

Quanita-Mack aparca, tiramos hacia el estudio y vemos que hay una cola para el plató F. Voy al principio de la cola y le digo al tipo de la puerta que voy al pograma.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Van Go Jenkins —digo.

—De acuerdo —dice—. Entra por la puerta tres. Allí te dirán lo que hacer.

—¿Y qué pasa con mi madre y mi hermana? —digo.

—Y Quanita-Mack —dice la mama.

—Sí —digo—. Tienen que entrar también.

—De acuerdo, está bien —dice—. Trataré de dejarlas pasar.

Entro y veo la forma en que mira la gente de la cola. Saben que voy a salir en la tele. Veo la puerta tres. Llamo y entro. Hay una

blanca guapa, pero no me mira muy bien.

—Me llamo Van Go Jenkins —digo.

—Bien, pasa aquí —dice mientras me coge por el brazo—. Gloria.

Una blanquita toda flaca viene corriendo.

—¿Sí, Pam?

—Lleva al caballero a maquillaje y sácale un poco de brillo —dice Pam. Mira la carpeta—. Luego lo llevas a la cabina uno y le pones los cascos.

—Hecho —dice Gloria. Luego me mira—. Vamos.

—Entonces ¿de qué va el pograma de hoy? —digo.

—No puedo decir nada —dice Gloria.

La sigo por un largo pasillo.

—Alguien está enamorado de mí —le digo.

—Mira qué bien.

Llegamos a una habitación y ahí veo un negro todo gordo con pantalones violeta y una camisa rosa atada por encima del ombligo.

—Vamos, cielo, siéntate. Esta monada te va a dejar hecho un pincel.

—Y una mierda —digo, y miro a Gloria—. Este marica no me toca un pelo.

—No te voy a tocar todavía —dice el maricón. Gloria me pone la mano en el hombro.

—Quieres salir en la tele, ¿verdad?

—Sí —digo.

—Quieres que toda la gente de ahí fuera te vea, ¿verdad?

—Sí —digo.

—Pues deja que la monada te saque un poco de brillo
—dice—. Te prometo que no te dolerá.

—Venga, anda, siéntate en esa silla —me dice el maricón—. ¿Me tienes miedo?

—Ni de coña. No te tengo miedo ni a ti ni a nadie —digo.

—Pues siéntate —dice.

Me siento y el negro va y me pone vaselina en la cara.

—¿Para qué es esta mierda? —digo.

—Esto te hará brillar como un buen negro en televisión.

Luego se echa a reír y puedo verle la boca hasta el fondo. Lleva las fundas de oro.

—Así que alguien está enamorado de ti, ¿no, cielo?

—Eso he oído —digo.

—Ya veo —dice—. ¿Y sabes quién es? —pregunta.

—No tengo ni idea —digo—. Podría ser mucha gente.

—Ohh —chilla—. Me gusta eso. Confianza. ¿Podría ser un hombre?

—Vaya que no —digo—. No quiero tener que reventar a nadie en

una rentransmisión a nivel nacional.

—Bien, bien —dice—. Listo.

—¿Ya está? —digo.

—Sí —dice. Luego grita—: ¡Gloria, Gloria!

Gloria viene y me mira.

—Te han sacado brillo —dice.

—Ya te puedes llevar al supermacho —dice la reinona.

—¿Quieres que te reviente el culo o qué? —digo.

—Promesas, promesas, nada más —dice—. Mi culo es mucho culo para ti.

—Vamos —dice Gloria, y me saca de la habitación al pasillo—. Estamos a punto de entrar en directo. Tengo que llevarte a la cabina y ponerte los cascos. ¿Qué tipo de música te gusta?

—Me gusta el rap —digo.

—Tenemos mucho rap —dice—. Ahora ponte ahí y ponte los cascos. ¿Ves esa cámara?

—Sí.

—Vale, cuando la luz roja está encendida es que estás en el aire —dice.

—No me digas —digo.

—Pues no te digo, pero tú tienes que quedarte callado. Dentro de un rato pararé la música y te diré que salgas. Solo tienes que seguir la línea roja del suelo hasta el plató. ¿Entendido?

Hago que sí con la cabeza.

—De acuerdo —dice ella—. Te llamo dentro de un rato.

—Ok.

Sale de la habitación y en los uriculares se oye a un pringado que se cree que la mierda esa que hace es rap. Como me dijo, pasan diez minutos y la luz encima de la cámara se enciende. Sonrío y casi hasta bailo con la música. La luz vuelve a encenderse un par de veces más. Luego, como me dijo, la música se para y Gloria me dice que salga al plató.

Camino todo tranquilo y chulo siguiendo la línea roja, cruzo la puerta, bajo las escaleras, llego al plató y ahí estamos. Mis cuatro niños están ahí sentados con sus cuatro madres. La Haspirina en las rodillas de la Sharinda. La Tylenola, en las de la Reynisha. La Dexatrina, en las de la Robertarina, y el Rexall en las de la Cleona. La silla vacía es la de al lado de la Cleona, y la surnormal me agarra de la camiseta cuando me siento. El público me aguchea y yo levanto los ojos y les miro esos caretos de imbécil, pero la luz me ciega y levanto el dedo. ¿Me aguchean? Los voy a reventar.

La foca de Snookie Cane está entre el público.

—Qué público tan duro. Bienvenido al programa, Van Go. Mirad la cara que tiene —dice—. Le dijimos a Van Go que iba a recibir una

sorpresa de una persona que estaba enamorada de él. Sorprendido, ¿eh, Van Go?

Miro a la cámara.

—Sí, sorprendido —digo.

—El programa de hoy se titula «Me hiciste un hijo, pero ¿dónde está la pasta?» —dice—. Así que, ¿dónde está la pasta, Van Go? Estas cuatro señoritas dicen que nunca han visto un centavo.

—Yo me ocupo de mis hijos —digo.

—Pues no es eso lo que nos han contado —va y suelta.

—No sé qué te habrán contado por ahí, pero yo me ocupo de mis niños.

—Eres un maldito mentiroso —grita la Reynisha—. No me has dado un maldito centavo, perro.

El público se ríe.

—Siéntate y cállate la puta boca —digo.

—En televisión no empleamos este lenguaje —dice Snookie Cane —. Y no puedo creer que hables así delante de tus hijos.

—Pero es que la puta esta miente —digo.

—¿A quién le estás llamando puta? —dice la Reynisha.

—A ti, zorra.

El público aguchea. Snookie Cane se acerca.

—Cuida tu lenguaje, Van Go.

—Éste no hace nada —dice la Cleona.

Como la tengo al lado le echo una mirada que te cagas.

—¿Le has pasado dinero a Cleona, Van Go? —me pregunta Snookie Cane.

—¿Que qué?

El público se ríe.

—Sí o no. ¿Le has pasado a Cleona dinero para Rexall? —pregunta.

—Es que, verás, no tenía trabajo —digo.

—Ahora tienes trabajo, ¿verdad? —dice Snookie Cane.

—Sí, pero todavía no me han pagado.

—Entonces, cuando te paguen, ¿les pasarás dinero a estas señoritas? —me pregunta.

—¡Y una mierda! —dice la Sharinda—. A éste no le importa nadie, solo piensa en él.

—Sí, les pasaré dinero —digo. La Robertarina se echa a reír.

—Esa trola de mierda me la creeré cuando la vea.

—Tu lenguaje, Robertarina —dice Snookie Cane.

—Perdón —dice la Robertarina.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —me dice Snookie Cane. Y mira a la cámara —: Cuando estemos de nuevo con vosotros trataremos de llegar al fondo del asunto y veremos qué es lo que el público tiene que decir.

La lucecita de las cámaras se apaga y se ve un montón de gente

alrededor, ahí, maquillándole la cara a Snookie Cane, que pasa de mí. La Cleona me mira.

—¿Qué problema tienes? —le pregunto.

—Cállate —me dice.

—¿A quién le estás diciendo que cierre la puta boca? —le digo.

Un hijoputa con un no-sé-qué de cascos en la cabeza se me acerca arrastrando un cable.

—Vigila tu lenguaje —me dice.

—Y tú, más te vale que me saques la puta cara de delante —le digo.

—Otro «puta» más y te vas del programa —me dice. Me planta el dedo en el pecho y me mira con malas pulgas—. ¿Entendido?

—Entendido —digo.

La Reynisha me mira y se ríe.

—Tú sigue riendo, zorra —le digo.

—¿Y qué me vas a hacer? —me dice—. En casa hay algo para ti, tú ven a buscarlo. —Lo dice por la pipa del nueve que tiene—. Tú ven.

La cámara vuelve a encenderse.

—Ya estamos otra vez aquí, bienvenidos —dice Snookie Cane—. El programa de hoy es: «Me hiciste un hijo, pero ¿dónde está la pasta?». En el plató tenemos a Van Go Jenkins, padre de cuatro hijos de cuatro madres distintas. Así que admites que no has aportado dinero para el cuidado de tus hijos, Van Go.

—Yo no admito nada —digo.

—Éste no hace nada. —Ahora lo dice la Cleona.

—Cállate, zorra —le digo. El público aguchea.

Snookie Cane le aguanta el micrófono a una gorda con la cabeza toda llena de trencitas.

—Aquí el problema es que no se respeta a él mismo —dice la gorda—. ¿Cómo va a respetar a nadie más?

—Yo me respeto a mí mismo —digo.

—Pues no se nota, chico —dice la gorda.

—¿A quién le llamas tú chico? —le digo—. Siéntate, culogordo.

Un tío alto y delgado se levanta.

—Creo que el señor Jenkins tiene un problema de autoestima, de virilidad, ya saben.

—Si quieres me la saco, pero tú guárdate la tuya bien guardada —le digo.

El público se ríe y me siento así como bien.

—Tienes respuestas para todos, ¿no? —dice Snookie Cane.

—Vaya que sí —le digo—. Si alguien quiere una respuesta, aquí estoy.

—Sharinda nos ha contado que en la cama no se te da tan bien —dice Snookie Cane.

El público se ríe.

—La Sharinda miente —digo—. La Sharinda bien que gritaba.

El público aguchea.

—Si gritaba era para no reírme —va y suelta la Sharinda.

El público se ríe.

Noto que la sangre se me sube a la cara y que me tiemblan las piernas y que la boca se mueve pero no me salen las palabras.

—Te pilló, Van Go —dice Snookie Cane.

—La que da pena eres tú —digo.

La Sharinda se echa para atrás y chasquea los dedos.

—Yo lo que sé es que ahora tengo a un hombre de verdad que me hace gritar de verdad.

—Conozcamos a ese hombre —dice Snookie Cane—. ¿Qué dice el público?

El público dice que sí, que sí.

—¡Entra, Perro Rabioso! —dice Snookie Cane. El público se ríe del nombre y yo también me río y el negrito canijo sale todo chulo. Se me escapa una carcajada. ¿Ése es Perro Rabioso? Ahora sí que estoy fuera de control.

—Un hombre de verdad —le digo al público. Perro Rabioso me mira y pasa de lo que digo.

Durante un segundo me siento como un tonto. Pero le echo una mirada. Lo voy a joder.

—Perro Rabioso —dice Snookie Cane—, ¿qué sabes tú de esta historia?

Perro Rabioso se apoya en el respaldo, igual que Sharinda.

—No sé mucho, pero lo que sé es que este negro no vale una mierda —suelta.

El público grita.

—Cuida tu lenguaje, Perro Rabioso —dice Snookie Cane.

—Lo siento, qué vergüenza —dice Perro Rabioso.

—Tú sí que das vergüenza —digo yo. Perro Rabioso se parte de risa.

—Oye, tío, yo cuido de tu cría cada día como si fuera mía. ¿Y dónde está el dinero? —dice Perro Rabioso. El público berrea—. Está en donde tienes que meter tú las narices. En ningún lado.

Me levanto, pero el enano hijoputa no se mueve, solo me mira como si yo fuera una mierda. El tío de los cascos en la cabeza viene y me dice que me siente.

—Más vale que pegues el culo a la silla —dice Perro Rabioso, más chulo que nadie.

Perro Rabioso habla con Snookie Cane y con el público.

—Te digo yo cuál es su problema. Quiere jugar a los médicos con Sharinda, pero no tiene ni jeringa.

El público vuelve a berrear.

—Haspirina es una niña muy mona —dice Perro Rabioso—. Quiero a Haspirina como si fuera mía.

El público suelta un Oooooooooooooh.

—Qué bonito, Perro Rabioso —dice Snookie Cane.

Perro Rabioso le sonríe a la Sharinda y le toca la cara a Haspirina.

Miro a la primera fila del público y veo a la mama y tiene cara de estar a punto de ponerse a llorar. Odio a mi mama. Quiero a mi mama. Odio a mi mama. Quiero a mi mama.

Snookie Cane le aguanta el micrófono a un tío blanco y él se pone la mano en la cadera y va y suelta:

—Creo que ezte cazanova tiene que alejarze de laz chicaz.

—Cállate, marica —digo yo.

—Dizpárame zi te atrevez —dice el marica—. Pero zeguro que no llevaz la piztola cargada.

El público se ríe.

—La mujer del top rojo —dice el marica.

—Cleona —dice Snooky Cane.

—Cleona —dice el marica—. Cleona, debez cortar todoz loz vínculoz con él y buzcarte un hombre.

—¿Y tú qué sabes de los hombres? —le digo.

—Cariño, de loz hombrez yo lo zé todo —me dice.

El público ríe.

—Mierda —susurro.

Miro a la mama y ahora sí que está llorando. Snookie Cane ve a mi mama llorando, se le acerca y le mete el micrófono en toda la cara.

—¿Quién es usted, señora? —le pregunta.

—Soy su madre —dice la mama.

—¿Y por qué llora, señora Jenkins? —pregunta Snookie Cane.

—Porque yo no eduqué a mi hijo para que se portara así —dice la mama.

—Has hecho llorar a tu madre —dice Snookie Cane.

—Siempre llora —digo—. Vaya novedad.

El público me grita.

Snookie Cane le aguanta el micrófono a un blanco gordo.

—No es capaz de respetar a estas mujeres porque ni siquiera respeta a su madre.

—Buena observación —dice Snookie Cane—. Pero esperad —le suelta Snookie Cane al público. Y luego me habla a mí—: Van Go Jenkins, tenemos otra sorpresa para ti.

—Vale. ¿Cuál?

—¿Dónde trabajas ahora? —me pregunta Snookie Cane.

—Ahora mismo no estoy en nada —digo.

—¿No trabajas para una familia, los Dalton? —me pregunta.

No digo nada.

—¿Conoces a los Dalton? —pregunta.

—Sí, los conozco.

—¿Y a Penelope Dalton? —pregunta Snookie Cane.

Miro a la puerta del plató y luego miro hacia atrás. ¿Para qué iba a venir Penelope al pograma?

—¿Está aquí? —pregunto.

—No, Van Go, no está aquí, los que están aquí son estos caballeros —dice Snookie Cane.

Y salen dos policías por la puerta que me queda a la derecha.

—Según parece, ayer te pasaste de la raya, Van Go —dice Snookie Cane, que se acerca al público y se queda al lado de mi mama—. Lo siento, señora Jenkins —dice.

Los polis vienen hacia mí.

—Al parecer, anoche nuestro invitado violó a una mujer. De eso lo acusan, al menos —dice Snookie Cane.

Me levanto de la silla de un salto y corro hacia la puerta. Ahí también hay dos polis.

¡Mierda! Corro hacia el fondo del plató y veo el careto de Perro Rabioso, más tranquilo que nadie. Ni siquiera se levanta.

—Por mí no vienen —dice.

Corro entre el público. El marica trata de pararme, pero me le echo encima, le doy un rodillazo y abajo, lo tumbo. La gente quiere agarrarme. Me empujan hacia delante. Estoy al lado de mi mama. Mi mama llora. Estoy al lado de Snookie Cane. Parece de mentira. Los polis están a punto de pillarme. Me pongo a cuatro patas y echo a gatear entre un montón de piernas. Voy tumbando a la gente. Llego a la puerta del fondo y le pego un puñetazo a un vigilante. Corro. Salgo del edificio y corro, afuera, cruzo el aparcamiento y un terraplén todo alto y la autopista y las vías del tren. El corazón me late, me late, me late.

Hocho

Me libro de la poli y me quedo rondando un rato por unos callejones. Llevo un par de pavos que mi mama me dio antes del pograma de la tele, pero no quiero gastarlos todavía. Pero me muero de hambre. Volver al gueto no es buena idea, pero ahí es donde tengo que ir, me conozco todas las calles y los escondrijos. Voy al istituto y me escurro entre las sombras, por la puerta, y miro las canchas de basket. Oigo pisadas que vienen hacia mí, pero no puedo escapar, no hay sitio. Y me hundo en la oscuridad.

—Go, negro, ¿estás ahí? —dice la voz. Es la voz de la Reynisha, la reconozco.

—Reynisha, ¿eres tú? —pregunto.

—Sí, soy yo. Sal que te vea.

—¿Estás sola? —pregunto.

—Sí —dice—. Pensaba que no ibas a poder abrirte. La poli sigue buscando por el estudio.

—Hacen falta más de veinte polis para pillarme —le digo—. ¿Vienes por mí?

—Sí. Baja.

Salgo al descubierto, bajo las escaleras y me quedo parado delante de ella.

—¿Qué quieres? —Miro a la calle y a la manzana—. ¿Tienes pasta? ¿Comida?

—No, negro. Lo que traigo para ti es esto —dice, y saca el revólver ese del nueve y me apunta a mí.

—Mierda, Reynisha. ¿La mierda esta está cargada?

—Cargada a lo bien, hijoputa desgraciado —me dice—. Voy a pegarte un tiro que te dejará bien seco, así saldrás de la vida de mi hija para siempre.

—Cálmate, muñeca —le digo. Se echa a reír.

—¿Muñeca? —dice, y menea la cabeza—. Vaya cara que tienes.

—Pero ¿tú qué dices, nena? —le digo—. Sabes que no quieres pegarme un tiro, ¿a que sí?

—Quiero pegarte un tiro. Eso ni se discute —me dice—. Quiero pegarte un tiro y dejar que sea otro el que limpie la sangre.

—Dame la pipa, Reynisha —le digo, y doy un paso hacia donde está.

—Otro paso y será el último —me dice.

—¿Qué quieres?

—Quiero pegarte un tiro, imbécil —dice.

—¿Quieres dinero? —pregunto.

—Tú no tienes dinero, ya lo sabes —dice.

—¿Quién hay ahí? —digo mirando hacia la calle.

Cuando ella mira, le quito la pipa.

—¡Uau! Cuánto me alegro de ser un hijoputa bien listo. ¿Qué? ¿Ibas a pegarme un tiro en el culo?

—En pleno culo —dice.

Yo tengo la pipa y ella sigue como loca.

—Tienes suerte de ser la mama de mi hija —le digo—. Si no, te metía una bala ahí, justo en medio —le digo, y le planto la boca de la pipa en toda la frente.

—No tienes huevos —me dice.

—Que te den porculo.

—Te crees muy hombre, ¿verdad? —me dice. Siento el peso de la pipa en la mano.

—Ahora, sí —le digo—. Ahora, sí.

—Voy a decirles que tienes una pistola —dice.

—Díselo. —Estoy mirándola, cómo se me ve en la mano, sintiendo su peso—. Tú ve y díselo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—Y eso a ti, ¿qué? —le digo—. Ya te he sacado lo que quería, ahora ya puedes ir tirando, desfilando.

—Espero que te frían —me dice.

—Sí. Yo también lo espero. Matan a todo el mundo. Pues a mí también.

Ahora camino hacia el centro. Por si a la Reynisha le da por ir corriendo a la poli para contar que me ha visto por el barrio. Siento la del nueve en el bolsillo y la cabeza se me va. Y veo el coche patrulla que se me acerca por la calle. Me cuelo en una tienda. La tienda está llena de loros y teles y pienso en lo bien que estaría yo teniendo uno de estos loros. Quiero usar la pipa para pillar uno. Pero el loro pesa, y la poli está ahí afuera. No soy imbécil. Y en las pantallas, una pantalla y otra pantalla y otra pantalla, en toda la fila, estoy yo, yo en el pograma de Snookie Cane. Yo delante de todos. Yo en la tele. Se me ve bien guapo, y entonces entra la poli. Y rebobinan y otra vez. Y otra y otra vez. En una pantalla y en la otra y en la otra. Y una zorra gorda delante de una pantalla me mira y yo miro para el otro lado. Salgo afuera, adonde estaba el coche patrulla, pero cuando salgo la poli ya no está. Bajo por un callejón y por el otro, por una calle y por la otra, y ya estoy de vuelta en el barrio.

Me siento debajo de un árbol del parque de enfrente de la licorería y miro la pipa. Es toda negra y brillante. Como un diamante negro. Como dinero que todavía no es dinero.

Cruzo el parque y bajo por la calle. Voy a la tienda del coreano hijoputa. Me debe una. Me debe todo lo que tiene por haberme

mandado salir de su puta tienda y por haber llamado a la poli. Solo porque no iba a comprar nada. Coreano hijoputa. Tendrá la caja llena de pasta. Fijo.

Me quedo parado en la acera mirando a la gente que entra y sale de la tienda. Al final en la tienda solo queda el coreano. Cruzo a la acera de enfrente, vuelvo a mirar por la calle, arriba y abajo. Para adentro.

El coreano me reconoce en cuanto entro. Lo noto por cómo me mira, pero no dice nada. Miro el estante de las papas fritas y él va atrás del mostrador todo lento. Se pasa la mano por el pelo como nervioso, echándome miradas con esos ojos bizcos. Y desde atrás del mostrador me mira y veo que alarga la mano.

Saco la pipa y la apunto a su careto amarillo.

—Las manos en el mostrador —le digo.

Las pone en el mostrador, planas. Me mira a los ojos.

—¿Tú qué quiele? —pregunta—. Coge tú quiele y sale.

—Dame la pasta de la caja —le digo. Lo vigilo mientras la saca. Tiene pinta de haber como unos cien—. Vale. ¿Dónde está la caja fuerte?

—No caja fuelte —dice.

—Que te den porculo, tío —digo—. ¿Dónde está la caja fuerte?

Le acerco la pipa a la cara.

—Caja fuelte atlá —dice—. No dispala.

—Sal de ahí atrás, muy despacio —le digo.

Pero no sale de ahí atrás muy despacio. Se agacha detrás del mostrador para sacar una pipa. Le pego un tiro. La pipa me salta en la mano y casi se me cae al suelo. Le doy en la cabeza, en un lado de la cabeza. El abujero se ve limpio, al principio no saca mucha sangre. Le pego otros tres tiros hasta que termina en un lago de sangre. Hijoputa. Mierda, el coreano hijoputa ha hecho que lo mate. Yo no fui el que le dijo que cogiera la pipa. Pillo la pasta del mostrador y echo a correr.

Tengo el coco que bum bum bum. No sé qué pensar ni adónde ir. Corro, corro, corro, pero no llego a ningún sitio. Me muero de hambre y me meto en donde Popeye. Como pollo y me bebo una Sprite sentado a la última mesa cerca del baño. Espero no ver a nadie que conozco. Pero la comida está buena.

Paso al lado del istituto y me meto en un callejón y alguien me llama. Saco la pipa todo deprisa y doy la vuelta para ver y ahí esta, el Willy el Gili, el borracho.

—Uf… —dice—, no disbares, gombañero. —Está borracho perdido, dando tumbos a la luz de una ventana de arriba—. ¿Eres tú, Van Go?

—Sí, soy yo, puto borracho —le digo.

—¿Adónde corres y por qué llevas una pistola?

—Déjame en paz —le digo.

—¿Cómo está tu mama? —me dice.

—¿Qué?

—Te digo que cómo está tu mama —dice—. Tú piensa, Van Go. Mírame la cara. Mírame la piel, negra como el carbón, y luego mírate la tuya. Mírame los ojos negros y luego mírate los tuyos. Mírame los labios negros y mírate los tuyos. Soy tu padre, te guste o no.

—Cállate —le digo.

—Es verdad —me dice.

—Y mientras tanto, ¿tú qué hacías? —le pregunto.

—Yo hacía lo que hago, sobrevivir —dice—. Tú no vales una mierda. Tu mama no vale una mierda. Y aquí estoy.

Siento una rabia dentro que se hincha. Odio al tío este. Odio a mi mama. Me odio. Veo mi cara en la cara de él. Veo a ese mono que les mete miedo a las nenas tontas. Veo unos brazos largos que cuelgan. Veo unos ojos a los que les da igual lo que pasará mañana. Me veo a mí mismo, balanceándome sobre los talones, esperando, esperando, esperando algo que cuando llega no lo reconozco. Mi única cura será la muerte, esto llevo toda la vida oyéndolo. Y lo oigo ahora. Veo a la mama que sangra en mi pesadilla. Veo a mis niños. Veo al Rexall sin cerebro que crece y me pregunta:

—¿Y por qué yo no?

Veo a mi padre. Me veo a mí. Le pego un tiro al hijoputa. Pum. En la tripa.

Willy se encoge, se dobla y me mira como preguntando: ¿Por qué?

Le grito. Me quedo a su lado gritándole:

—¡Porque no vales una mierda! —le digo—. ¡Porque tú me hiciste, hijoputa! ¡Porque yo no valgo una mierda!

Estoy llorando y creo que en la calle se oye algo. Salgo corriendo otra vez.

Me quedo frito en el sótano de un bloque vacío.

Sueño. En el sueño, un blanco muy alto me hace una prueba para un equipo de basket. Me hace dar vueltas alrededor de la cancha. Una vuelta y otra vuelta y otra vuelta. Y cada vez que paso por su lado se ríe más, y al final me paro y lo miro.

—¿Tú de qué te ríes?

—Estás corriendo al revés, negro —me suelta.

—¿Y por qué no decías algo? —le suelto yo.

Entonces me doy media vuelta y echo a correr para el otro lado. Y cada vez que paso por su lado vuelve a reír, cada vez más fuerte. Me paro y me quedo mirándolo.

—¿Y ahora dónde está la puta gracia? —pregunto.

—Has empezado a correr con el pie izquierdo —me dice.

—¿Tú qué hablas? —le pregunto. No lo pillo—. ¿Tengo que empezar con el derecho?

—No, pero el derecho siempre tiene que ser el primero que apoyas —me dice—. Da igual con el que empieces.

—No lo pillo —le digo.

—Vale, olvídalo —me dice—. Prueba a correr de espaldas.

Doy veinte vueltas de espaldas y me duelen las piernas y me doy cuenta de que no llevo zapatos y de que me sangran los pies. Y entonces el Willy corre de espaldas a mi lado, a mi paso. Cada vez que paso por al lado del entrenador, él me saluda con la cabeza. Miro al Willy, que sonríe.

—¿Ves? No está tan mal —me dice.

—¿Tú qué haces aquí? —le digo.

—Vengo a decirte que te equivocabas —me dice.

—¿Me equivocaba en qué? —le pregunto.

—Dices que no vales una mierda —dice—. Dices que yo no valgo una mierda. Pues yo soy una mierda, y tú también.

Suelta una carcajada y para de correr. Paso por al lado del entrenador y él también se ríe.

Nuebe

Me despierto a la mañana siguiente sudando como un puto cerdo, canto que te cagas. Salgo a rastras del abujero y con la luz me duelen los ojos. Me escondo por los callejones hasta que llego al patio de atrás de los billares. Subo por la escalera de encendio y me cuelo por la ventana del váter. Me echo agua en la cara y luego me siento ahí un rato, descansando, pensando que en dónde voy a ir. Me quedo frito otra vez en un cubículo.

Cuando me despierto oigo unas bolas que entrechocan en las mesas de afuera. Abro la puerta y echo un vistazo y veo al Amarillo y al Tito echando una partida. Me acerco sin salir de entre las sombras. El Amarillo me ve.

—¿Tú qué haces aquí, negro? —dice sin levantar la voz.

El Tito se acerca.

—Estás más quemado que una colilla, hermano.

—Llevas todo el día saliendo en la tele —dice el Amarillo—. Te sentarán en la silla y quedarás bien frito.

—Mierda —digo—. No te sientan en la silla por violación y fuga.

—Pero por asesinato, sí —dice el Amarillo—. La cámara de seguridad pilló tu careto cuando le disparabas al coreano.

—Mierda —digo.

—Mierda. Sí, señor —dice el Tito.

—¿Quién anda ahí atrás? —les pregunta a gritos al Tito y al Amarillo el Gordo.

—Solo estamos nosotros, Pops —dice el Tito. Me agacho en el pasillo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta el Amarillo.

—Pues bajar a México —digo yo.

—Pero si no hablas español, negro —dice el Amarillo.

—¿Y qué? —digo yo—. Esos hijoputas que vienen aquí no hablan americano.

—La poli ha estado por aquí buscándote —dice el Tito—. Le enseñaron tu foto al Gordo y él se quedó con su tarjeta. Dan una recompensa. Éste canta, fijo.

—Éste y muchos más —digo yo—. Necesito un carro.

—No tenemos carro —dice el Tito.

—Vosotros, salir a pillarme uno —le digo.

—¿Y por qué íbamos a pillarte uno, imbécil? —pregunta el Amarillo.

—Porque soy un hermano —le digo.

—No me vengas con esa mierda —me dice Tito—. Tienes suerte de

que no nos dé por cantar.

—¿Así tratáis a un hermano? —digo yo.

—¿Quién anda ahí? —vuelve a preguntar el gordo hijoputa.

—Nadie, Pops —dice el Tito.

—¿Es el negro del pograma de Snookie Cane? —dice el Gordo—. ¿Dónde tengo el teléfono?

Pego un salto y corro a la barra. Le apunto con la pipa, pero él sigue marcando el número.

—¡Cuelga, gordi! —le grito. Pero sigue marcando. Arranco el aparato de la pared. Le pego la pipa a la cara—. ¿Todavía tienes esa mierda de Ford? —le pregunto.

—No es ninguna mierda —me dice.

—Dame las llaves —le digo yo.

—Será mejor que le des las llaves, Pops —le dice el Tito.

El Gordo se mete la mano en el bolsillo y me da las llaves.

—Vale —digo—. Vale. Y ahora no vayas corriendo a la poli. ¿Me oyes?

—Te oigo —dice el Gordo.

Y apunto con la pipa al Amarillo y al Tito.

—Y vosotros, lo mismo.

—Vale —dice el Tito.

Dies

Estoy en el puto Ford Torino del Gordo. Es de los setenta y está hecho una mierda, con el suelo todo lleno de latas de cerveza y papeles de hamburguesa. El cacharro echa humo por atrás y el motor suena igual que un bote lleno de alfileres. En el lado del copiloto, un trozo del techo de vinilo está levantado y se mueve con el viento. Me acuerdo de lo suave que iba el carro de los Dalton. Era como una nube, y yo flotaba por encima de esta mierda. Si todo el mundo flota, pues yo también.

Luego oigo el ruido de las palas de un helicótero y veo a gente en la calle que mira hacia arriba y sé que un helicótero me tiene controlado, fijo. Miro por el retrovisor y veo un coche patrulla bien lejos. Pero se acerca. Siempre se acercan. Giro por la 101 y va cargada, pero acelero entre los carros, dándole al claxon y metiéndome por el alcén. La gente se aparta. Ahora tengo un par de coches patrullas atrás. Llevan las luces, pero se quedan atrás. Veo la señal para la estación Union y pienso: «PUTA MIERDA, que voy en contradirección». Pego un volantazo y me meto en un callejón. Puede que con los árboles el helicótero no me vea, pienso. Los coches patrullas siguen atrás y ahora paso por algunos cruces. Vuelvo a meterme en la 101. Sé que va hacia el sur. Los tengo atrás y arriba y yo voy abriendo un hueco por la autopista.

No sé cómo pero vuelvo a ir en contradirección. Estoy en la 60, voy hacia Riverside. Lo sé porque tengo un primo que vive por ahí. Vivía por ahí, vamos. Al negro le dispararon por meter las narices en un laboratorio de speed. Los negros, que siempre quieren sacarse algo de gratis.

Pongo la radio y oigo que hablan de mí. A un lado veo un helicótero de las noticias. De la tele. Veo al cámara que se asoma y me enfoca. ¡Eh! En dos días ya he salido en la tele tres veces. Tengo el corazón así de grande. Le doy al acelerador. La mierda esta se está quedando sin gasolina y ahora tengo unos seis coches de la poli atrás. Los carros del sheriff han vuelto.

Sigo tirando, dejo atrás Ontario y Chino y me paso la salida a la 15, la que va al sur, a México. Atravieso Riverside. Me estoy quedando sin gasolina, fijo. Tiro por la 215 al sur, pero sé que tengo que salir de la autopista. Salgo y sigo por un sitio que resulta que se llama Moreno Valley y el carro empieza a dar sacudidas y a hacer el tonto y los coches patrullas siguen atrás y los helicóteros siguen arriba dale que te pego con el ruido. Saludo a la cámara.

Paro delante de correos, me bajo del carro y entro. Pego unos tiros

al techo y la gente se pone a gritar. Yo les grito a ellos que se callen.

—¡Que os calléis! —les digo—. ¡Al suelo, todos! —grito. Todos se tiran al SUELO, pero una vieja va muy despacio—. ¡Al suelo he dicho! —le suelto a gritos, y ella se pone a llorar.

Los polis están fuera. Habrá unos veinte coches. Los veo por la ventana grande.

Un poli negro me llama por el mergáfono.

—¡Van Go Jenkins! —dice—. ¡Esto se ha acabado, hijo! ¡Es hora de entregarse!

—¡Yo no me entrego! —le grito a la ventana, pero no me oye. Señalo a una rubia flacucha—. ¡Ven para acá! —Se acerca a gatas—. ¡Levántante!

Se levanta y la agarro del cuello y le pongo la pipa en la cabeza. Camino hacia la puerta y me asomo. A ella la pongo delante.

—¡Le dispararé! —grito. La chica llora—. Juro por Dios que le pego un tiro.

—Hablemos, Van Go —dice el negro del mergáfono.

—¡A la mierda lo de hablar! —digo.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Veo que un equipo de las noticias, de la tele, está montando su tema. La cámara me enfoca.

—Quiero pasta y otro coche.

—Eso no podemos dártelo —dice.

—Más os vale que me lo deis —le digo.

Vuelvo a entrar y empujo a la chica al suelo. La vieja me mira fijamente.

—¿Y tú qué miras, zorra vieja?

—Entrégate, chico —me dice la vieja.

—Tú no eres mi mama —le digo.

—Gracias al cielo —me dice ella.

—Te crees muy graciosa —le digo. Ella no dice nada.

Cuento la gente de la sala. Y entonces veo que detrás del mostrador están los de la oficina. Corro para allá y ya no están. Tengo siete rejenes. Solo quiero un carro.

—¡Solo quiero un puto carro! —grito a la ventana.

Las cámaras me enfocan. Ya son tres. Veo a alguien que me suena de las noticias. La saludo. Suena el teléfono. Voy y contesto. Es no-sé-quién que pregunta no-sé-qué de un envío.

—¡Que no tengo tu puto paquete! —le digo, y cuelgo.

El teléfono suena otra vez. Ahora es el poli.

—Vas a tener que entregarte, Van Go —me dice. Es el negro del mergáfono.

—Yo no voy a entregar una mierda, tío. Y ahora, ¡tráeme el carro! —le digo.

—El coche está de camino. ¿Por qué no dejas salir a un par de personas? —me dice.

—Vieja —le digo, y la señalo—, sal ahí afuera. Si dices una sola palabra, te pego un tiro. Se levanta y camina hacia la puerta todo despacio. Sale a la calle y echa a correr por el aparcamiento como una condenada.

—Vale —le digo al del teléfono—. Ya tenéis a uno.

—El coche está llegando, Van Go.

Cuelgo. Estoy sudando como un cerdo. Tendría que haber matado a la zorrita rica. Ella tiene la culpa de todo. Por llamar a la poli y obligarme a que me abriera. Y la Reynisha tiene la culpa por perseguirme con esa pipa y dejar que se la quitara. Y mi mama tiene la culpa, eso fijo, por quedarse embarazada de mí y por tenerme. Y el entrenador de basket tiene la culpa. Y el profe blanquito tiene la culpa. Todo el mundo tiene la culpa.

Pasan unos quince minutos y el teléfono vuelve a sonar. El poli ese.

—Tu coche está aquí —me dice.

—Ya era hora —le digo.

Miro mientras el coche se para en el aparcamiento. Es un deportivo rojo todo guapo. Vale, me digo yo a mí mismo.

—¿Vale? —dice el poli del teléfono.

—Vale. Voy a salir con una chica. Me la llevo conmigo.

—Vale —me dice—. Tú tranquilo, no le hagas daño a nadie.

—Yo ya estoy tranquilo, imbécil —le digo—. El que tiene que estar tranquilo eres tú.

Cuelgo.

—¡Tú! —Señalo a la blanquita—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —me dice.

—No te pongas nerviosa —le digo.

Afuera la luz es más fuerte de lo que me recordaba. La cámara me enfoca. Todos los polis me apuntan con la pistola. Le digo a la chica que no se mueva. Caminamos hacia el coche.

—¡Ir con trucos! ¡Ir con trucos, y le pego un tiro a la chica en toda la cabeza!

El puto carro es todo pequeño y a la chica le cuesta saltar por encima del freno de mano para pasar al lado del copiloto. Le digo que se calme. Sonrío a las cámaras. Meto la llave y ¡BUM! No sé qué ha pasado. Me han disparado, creo. No veo nada y luego enseguida estoy todo lleno de un puto polvo. Entonces me tiran del pelo para sacarme del carro y empujarme al suelo. No sé qué coño pasa. Alguien me da una patada en las costillas. Alguien me coge del brazo y creo que lo tengo roto.

—¿Qué ha pasado? —digo. Los polis se tronchan.

—El airbag, tonto del culo —me dice uno.

Miro hacia arriba y veo las cámaras. Otra patada y otro tirón para que me levante. Pero a mí me da igual. Las cámaras me enfocan. Salgo por la tele. Las cámaras que me enfocan. Salgo por la tele.

—Eh, mama —digo—. Eh, Niña. Mirar. Estoy en la tele.

7

Estábamos a mediados de julio y Washington era un inmenso tazón de caldo. Trataba de matar el rato en el despacho, dedicándome a seguir el ritmo que marcaba el aparato de aire acondicionado de la ventana. Cogí el pesado auricular negro del teléfono y llamé a mi agente, que reconoció mi voz y, casi sin mediar una pausa, dijo:

—¿Estás loco?

—No, no mucho. ¿Por qué lo preguntas?

—La cosa esa que me has enviado. ¿Va en serio?

—Sí, ¿por qué no? Habrás advertido que no la he firmado con mi nombre.

—Sí que lo he advertido, pero el que tiene que venderla con su nombre soy yo. Y tengo que trabajar en esta ciudad.

—Tú mira la mierda que se publica. Ya estoy harto.

Y mi novela es la expresión de mi hartazgo.

—Lo entiendo, Monk. Y aprecio tu postura, y hasta admiro tu parodia, pero ¿quién va a publicar esto? Los que publican las cosas que tú odias se lo tomarán como una ofensa y no querrán comprarlo. Todo el mundo terminará ofendido, qué demonios.

—A los idiotas hay que ofenderlos.

Miré hacia el escritorio de la otra punta del despacho. Estaba abarrotado. Sobre el tablero, bajo los libros de medicina encerrados en la vitrina, había una caja gris.

—¿Qué quieres que haga, entonces?

—Que circule.

—¿Envío el manuscrito sin más, o adjunto algún tipo de comentario? ¿Quieres que avise de que es una parodia?

—Envíalo sin más —respondí—. Si no son capaces de ver que es una parodia, que les den.

—Vale, lo enviaré. Haré un par de envíos. —Yul suspiró—. Pero no más. Esta historia me da miedo.

—Lo entiendo —le dije.



Mis herramientas estaban en un almacén de Los Ángeles, y descubrí que echaba de menos los olores de la madera, la cola y el barniz. Echaba de menos las astillas y las ampollas en las manos, el aserrín y los ojos rojos. En más de una ocasión terminé plantado en el garaje, deseando que el Mercedes de mi madre estuviera aparcado en cualquier otro sitio y el espacio lo ocuparan sierras de mesa y cepillos

eléctricos y sierras caladoras y montones de madera. Compré algunas herramientas básicas y construí una casita para pájaros que pinté y le regalé a Lorraine, para el jardín. Luego empecé a pasar por los anticuarios de Falls Church y Maclean, en Virginia del Norte, y llegué hasta Manassas. Fui comprando una garlopa aquí y un garlopín allá, y martillos y escoplos y mazos, y me convertí en coleccionista. Decidí que tenía que construir algo, y ese algo se convirtió en una mesilla de noche para mi madre. Mientras con el guillame cepillaba el canto del sobre pensé en Foucault y sus hipótesis acerca de cuán erradas eran nuestras ideas sobre el lenguaje. En vez de defender su argumento, sin embargo, Foucault presupone, con razón o sin ella, que sus afirmaciones son las correctas. Mientras recordaba su análisis de las formaciones discursivas, di unos pasos atrás para alejarme y tratar de verme a mí mismo. Que al contemplar cómo iban cayendo las virutas de un pedazo de madera de fresno me asaltaran estos pensamientos… Sentía que mi hermana me observaba.



Ya era lo suficientemente alto para hacer mates, pero no estaba lo bastante fornido para poder llegar hasta la canasta en los partidos de media cancha y encestar. Me gustaba el baloncesto y me gustaba hacer ejercicio, aunque jugar en serio ya no me atraía tanto. No se me daba demasiado bien. Era capaz de coger la pelota, buscar un pase razonablemente seguro mientras driblaba, dar ese pase razonablemente seguro y luego desplazarme a otro punto del perímetro. Un día, un soleado sábado de mayo, yo estaba jugando en una cancha que quedaba cerca de casa. Tenía diecisiete años y nunca me había sentido tan torpe hasta entonces, y no volvería a sentirme así jamás. Cuando llevaba una media hora jugando, un pase seguro detrás de otro, me puse a pensar en los comentarios racistas de Hegel sobre los pueblos orientales y en su actitud respecto de la libertad individual. Y entonces me metieron en la zona de un empujón. Parecía que estuviera cortando a canasta. Me devolvieron el balón y lancé un tiro desesperado, a ciegas, que no tenía la menor pinta de entrar. Un tiro espantoso. Un miembro de mi equipo me preguntó dónde tenía la cabeza y contesté:

—En Hegel.

—¿Qué?

—Era un filósofo alemán. —Observé su expresión, y es posible que mi cara reflejara el mismo grado de asombro que la suya—. Pensaba en sus teorías sobre la historia.

En estos momentos se me escapa el orden en el que iban llegando, pero los comentarios que oí fueron, en esencia:

—Píllalo.

—El niñato filósofo.

—¿Por eso ha tirado ese pepino?

—¿Y de dónde nos visita?

—¿Y ahora en qué estás pensando?

—Vete a casita con tu Hegel.



Idea para una novela: el Satiricón.

Dejemos atrás esta afrenta. Así habló Fabricus Veiento, y se echó a reír a mitad de su discurso sobre los desvaríos de lo que solemos tomar por creencias religiosas, desvaríos que, sin embargo, él presentaba más bien como una obsesión por las revelaciones y las profecías. Es más, todos los temas elevados, ya fueran religiosos, políticos o de cualquier otro tipo, no suscitaban en él más que burlas y recelo. Es más (me repito), él fue mi maestro, y debo admitir que el carácter seductor del combate verbal que Veiento tanto despreciaba fue el motivo de que tantos de sus discípulos, jóvenes como yo, se convirtieran, al crecer, en idiotas. Que para entretenerse los jóvenes prefieren los relatos de lo extraordinario a los de lo prosaico es algo que no admite discusión. Los piratas se imponen a los contables. Las decapitaciones, a las astillas de madera en el trasero.

Una formación académica que satisfaga gustos tan vulgares no puede auspiciar sino vulgaridad. Los retóricos están en la raíz del declive de la oratoria: un discurso vacío para cabezas vacías que, afectando elocuencia, aporta una nueva definición de lo que el discurso mismo ha matado.



A mediados de agosto, mientras pagaba los recibos de mi madre y los míos, me vi casi dispuesto a aceptar ese puesto tan mal pagado de profesor en la Universidad Americana. Llamé a mi hermano, por si él podía contribuir con algo.

—No tengo dinero —me dijo.

—También es tu madre.

—Ni siquiera puedo ver a mis hijos —respondió Bill—. Tengo mis propios problemas.

—¿Tienes coche?

—Sí.

—¿Qué coche? —le pregunté.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Es caro?

Tras un largo silencio, finalmente respondió.

—En realidad, el coche no es mío. Lo tengo en leasing. El sueldo que me pagan solo me da para vivir.

—¿No puedes buscarte un apartamento más barato? —le pregunté —. Mira, Bill, he dejado el trabajo para mudarme aquí, a vivir con mamá. Tú también podrías hacer algo.

—Vende la casa, instala a mamá en una más barata.

—La casa ya está pagada. No hay casa más barata.

—Pero venderla te daría dinero. Podrías sacar unos trescientos o cuatrocientos mil. En realidad, Monk —aunque no fue larguísima, la pausa fue muy densa; podía verlo mirando al techo antes de hablar, como de costumbre—, lo que pasa es que me he echado un amante.

Se había echado un amante, así fue como lo dijo. ¿Se lo había echado por encima de los hombros después de sacarlo del armario? ¿O se lo había aplicado como si fuera perfume? Se había echado un amante.

—¿Y?

—Se llama Claude.

—Me da igual cómo se llame. ¿Qué es? ¿Francés?

—Quiero que lo conozcas.

Y de repente, la voz de Bill me pareció distinta, percibí algo más que el timbre de un hombre enamorado. Su pronunciación había cambiado. En sus eses no llegaba a apreciarse esa nota sibilante tan típica de los homosexuales, pero poco faltaba.

—¿Por qué hablas así?

Volvió a su voz de siempre.

—¿Así cómo?

Me contuve y traté de retomar los asuntos importantes.

—¿Y qué pasará con Lorraine?

—¿Que qué pasará con ella? A Lorraine no le debemos nada —respondió.

—¿Me estás diciendo que venda la casa de mamá, la ingrese en una residencia y ponga a Lorraine en la calle?

—En esencia, sí.

Colgué.



A la mañana siguiente, cuando estaba sentado a lo que había sido

la mesa de mi padre con los ojos clavados en la caja gris de la otra punta del despacho, sonó el teléfono.

credo quia absurdum est

—Siéntate —dijo Yul.

—Ya estoy sentado —respondí, aunque estaba de pie, mirando a la calle por la ventana.

—La envié a Random House.

—¿Y?

—Sin notas ni explicaciones.

—¿Y?

—Seiscientos mil dólares.

—Estás de broma —le dije.

Ahora sí que me había sentado.

—Paula Baderman, editora senior, quiere conocer al señor Leigh.

—Dile que es tímido. —Estaba eufórico y a punto de enfurecerme —. Cuéntame lo que te dijo.

—Dijo que era auténtico. Lo definió como un libro importante.

—¿Y qué dijo de la prosa?

—Dijo que era maravillosamente cruda y sincera. Dijo que es el tipo de libro que dentro de treinta años será lectura obligatoria en los institutos.

No dije nada.

—Monk, es lo que querías, ¿no?

—Random House.

—Ajá.

—Esto es una gran cagada y tú lo sabes.

—No quieres que la venda.

—Claro que quiero que la vendas —respondí—. Pero diles que Stagg Leigh es terrible, de una timidez enfermiza, y que si se comunica con ellos lo hará a través de ti.

—No sé si colará.

—Colará.



Nunca me había sentido tan desamparado. Solo en casa con mamá y Lorraine. Pero con la calderilla que me sacaría gracias a ese librito horrible podría contratar a alguien que se ocupara de las dos. Teniendo en cuenta la excentricidad de mi hermano —rasgo que acababa de descubrirle— y las deudas de mi hermana (tanto las suyas propiamente dichas como la que yo había contraído con ella), quizá mi golpe de suerte tendría que haberse hecho esperar un poco más: así

el efecto habría resultado más teatral. Pero así habían ido las cosas. Cuando recibí la noticia de la oferta solté un suspiro de alivio irónico y amargo. Es probable que, en el fondo, viviera aquello como una venganza. Sentía, sin duda, inmensa hostilidad hacia una industria absolutamente desesperada por descubrir y luego vender esas majaderías degradantes y desmoralizadoras.



—¿Monk?

—¿Bill? ¿Qué hora es? Por Dios, Bill, son las tres de la madrugada.

—Lo siento. Aquí solo es la una.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—¿Cuánto hace que sabes que soy gay?

—Vamos, Bill. Es demasiado temprano para hablar de estas cosas. Demasiado tarde, quiero decir. Demasiado tarde en dos sentidos distintos. Eres gay. Acéptalo.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Me incorporé y encendí la luz de la mesilla de noche.

—No lo sé. Un tiempo, supongo.

—Cuando iba al instituto, ¿lo sabías?

—No lo sé. Es posible.

—Yo entonces no lo sabía, pero ya debía de serlo, ¿no?

—No sé cómo van estas cosas. ¿Estás bien?

—¿Has experimentado alguna vez tendencias homosexuales?

—Creo que no.

—Tú sabes que quiero a mis hijos.

—Sé que los quieres, Bill. ¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Y si papá hubiera sabido que soy gay? ¿Te lo imaginas?

—No se lo habría tomado bien, seguro.

—¿Cómo crees que se lo tomará mamá?

—No lo sé. ¿Por qué tendrías que contárselo?

—¿Por qué no iba a contárselo? ¿Crees que debería avergonzarme de lo que soy?

—No es eso lo que estoy diciendo.

—¿Y qué estás diciendo, entonces?

—Cuéntaselo si quieres. Pero, uno, no entenderá lo que le dices y, dos, lo olvidará a los dos segundos de que se lo hayas contado. Así que díselo, si quieres. Tú eres el único para quien hacerlo tiene alguna importancia.

—Así que crees que solo pienso en mí mismo.

—Tampoco he dicho eso, pero sí, a grandes rasgos, eso es lo que

hacemos todos.

—Ahora no necesito tus tópicos.

—¿Has llamado buscando pelea?

—No. Pensaba que mi hermanito pequeño me daría un poco más de apoyo.

—Apoyo. Para ser gay no me necesitas a mí. ¿Cómo está tu nuevo…?

—Pareja. Se dice pareja. O novio. Puedes decir novio, si quieres. Se llama Tad y está muy bien. No sé dónde está, ahora mismo, pero está bien. ¿Tú sales con alguien?

—No.

—¿Has vendido algún libro, últimamente?

—No. Mira, tendría que dormir un poco.

Clic.



Es frecuente que, con intención de mejorar el hábitat de la trucha en un arroyo, los humanos dispongan alguna estructura bajo el agua. Siempre hay quien arroja algo a la corriente, convencido de que los peces querrán hacer de ese algo su refugio. Parachoques, carritos de la compra, casetas de perro. Por lo general, los peces prefieren las suaves curvas de la naturaleza a los duros cantos de los humanos. Y, sobre todo, si ni la estructura ni su disposición en el arroyo son las adecuadas, la corriente podría desviarse hacia una orilla, erosionarla y, en definitiva, hacer más mal que bien.



Por la mañana caminé, llegué hasta McPherson Square y allí cogí el metro hacia el centro comercial. Estuve un par de horas paseando por la National Gallery, comí solo en la cafetería e imaginé que tenía una vida plena. También reflexioné acerca del hecho de que, como repentinamente era un hombre con ciertos posibles, no tendría que dar clases durante una temporada. Eso estaba muy bien, porque no me veía capaz de aceptar el sueldo de miseria que me pagarían en la Universidad Americana por dar un curso introductorio a chicos a los que Melville, Twain y Hurston no les importaban un pimiento.

Poseedor de lo que me parecía muchísimo dinero, decidí ir a ver algo cuyo valor excedía el del dinero. No es que todo lo excediera, es cierto; en realidad, buena parte de aquellas pinturas no valían ni el

lienzo en el que estaban embadurnadas. Algunas, sin embargo, sí que lo valían, y eso me bastó para, tristemente, pero también con justicia, poner mis nuevas ganancias en contexto. Mientras contemplaba un Motherwell que me seducía tanto como me ofendía, me acordé de Cocteau y de lo que decía, que todo tiene solución excepto el ser. Me detuve ante un Rothko de la última época: el trazo ligero del pincel, los colores oscuros, los bordes blancos, y pensé en la muerte, en mi propia muerte, en cómo prepararía mi propia muerte. No compartía la idea de Saint-Exupéry de que la muerte tenía una dimensión grandiosa. La muerte era tan pavorosamente simple como la vida: en lugar de levantarte cada mañana y dedicarte a lo tuyo, no te levantabas y no te dedicabas a lo tuyo. En esos cuadros, con independencia de que los colores estuvieran ahí o no, vi el color crema de la piel de mi madre y el marrón de la mía. En lugar de ser un acto nacido de la rabia y la desesperación, mi suicidio no sería más que un acto desesperado, y eso no podía tolerarlo mi sensibilidad artística. En el transcurso de la adolescencia y ya de veinteañero me había suicidado varias veces, e incluso había llegado a hacer algunos preparativos, pero nunca había conseguido escribir la nota de suicidio. Sabía que no iba a pasar de algunos garabatos hechos de cualquier manera y no quería tener que verlos, no quería ver mis ideas románticas arruinadas por falta de imaginación.

Traté de distanciarme del lugar en el que, con relación a mi producción artística, me había puesto la novela de mierda que acababa de colocar. No era que me hubiera vendido, exactamente, pero tampoco iba a rechazar el cheque. Pensé en la carpintería y en por qué me dedicaba a ella. En mis escritos, el instinto me empujaba a desafiar la forma, pero lo irónico del asunto era que, con mi desafío, lo que yo pretendía era precisamente reafirmar esa forma, un hecho difícil de expresar y todavía más difícil de defender. La madera, sin embargo, con su tacto, su olor, su peso, era mucho más real que las palabras. La madera era muy sencilla. Una mesa era una mesa era una mesa, maldita sea.



El río de humanidad que, por el túnel, desembocaba en la Línea Roja me superaba. Caminé un rato mirando cómo el cielo se iba oscureciendo. Luego empezó a caer una llovizna que, al principio, supuso un agradable alivio para el calor y que luego se transformó en lluvia intensa. Seguí andando hasta New York Avenue y decidí parar un taxi. Pasaron tres o cuatro vacíos y me acordé de ese chiste tan

viejo: ¿Qué son dos hombres negros tratando de parar un taxi en Washington? Peatones. Volví a levantar el brazo y esta vez un coche paró; el conductor etíope viajaba con un acompañante y debía de sentirse seguro. Cuando les hube dado la dirección se volvieron a mirarme.

—¿Eres de Etiopía? —preguntó uno.

—Pareces de Etiopía —dijo el otro.

—No, soy de Washington.

Cerré los ojos y me dejé llevar.



La reunión del club de bridge de mi madre se celebraba en casa. La señora Johnson, viuda de Lionel Johnson, el dueño de la funeraria, me saludó al entrar como si yo tuviera diez años.

—¡Oh, Monksie, chiquitín, qué buen aspecto tienes!

Llegó con su hija, que tendría mi edad y llevaba el bolso de su madre con una expresión fatigada que sería, imaginé, la que reflejaba mi cara.

—Mi hija Eloise —dijo la señora Johnson.

Luego vio a mi madre y nos dijo que corriéramos a jugar.

Llegaron los demás. Y no tardó en haber ocho ancianas sentadas en torno a dos mesas de cartas, todas demasiado artríticas para barajar y demasiado seniles para acordarse de a quién le habían repartido la última carta. En el salón, mientras tanto, ocho hijos en torno a los cuarenta estaban sentados sujetando bolsos, estolas y paraguas. Nos miramos y convinimos en que ese gesto para compadecernos de nosotros mismos era adecuado y suficientemente elocuente, y cerramos los ojos para echar una cabezadita.



—Eh, el de Washington —dijo el taxista—, ¿ésta es tu casa?

Pagué y, medio grogui, llegué hasta el porche, donde vi a Lorraine sentada.

—¿Disfrutando de la lluvia? —le pregunté.

Meneó la cabeza y miró hacia la puerta.

—¿Qué pasa?

—Es la señora.

—¿Mamá está bien?

En ese preciso instante oí un ruido en la ventanita alargada de al lado de la puerta y me volví: mamá apartaba la cortina, nos miraba

fijamente con expresión furiosa, y luego desaparecía.

—¿Qué está pasando?

—Ha cerrado las puertas con llave y ha echado el pestillo —respondió Lorraine.

Si era cierto, que los pestillos estaban echados, mis llaves no servirían para abrir las puertas.

—¿Por qué no te deja entrar? —le pregunté.

—No me reconoce.

Me acerqué a la ventana y golpeé con los nudillos. La cara de mamá —parecía su cara, al menos— volvió a asomar, furiosa, tras el cristal. Le hablé.

—Mamá, soy yo, Monk.

—¡Váyase! —masculló—. No voy a comprarle nada.

Me volví a mirar a Lorraine, que ahora se encogía de hombros.

—Mamá. Abre la puerta, por favor.

Soltó la cortina y volvió a desaparecer.

Me alejé de la casa y salí al jardín, bajo la lluvia. Me puse a mirar el tejado del porche y las ventanas del primer piso. Me acordé de que la ventana que quedaba detrás de la mesa del despacho de papá tenía el pestillo roto.

Trepé al árbol mientras Lorraine me vigilaba desde el porche. Todavía no se había levantado de su silla. La corteza del árbol de Júpiter era muy resbaladiza. Al tratar de coger impulso para subir al tejado advertí que los años me pesaban. Conseguí abrir la ventana y entré a gatas derribando una pila de libros que descansaba sobre el alféizar. Luego miré hacia arriba y vi a mamá.

—Hay un hombre en la puerta, Monksie, y no hay manera de que se vaya —dijo mi madre. En la mano llevaba un revólver del calibre treinta y dos que papá guardaba en su mesilla de noche. Me apuntó con la pistola y me dijo—: Puede que la necesites.

Me acerqué a ella lentamente, observando sus manos temblorosas contra el seco metal del revólver. Cuando se lo cogí de las manos, aparté la boca.

—Yo me encargaré de ese hombre, mamá. Tú ve a tu habitación y échate tu siestecita.

La vi doblar la esquina para ir a su habitación y luego examiné el revólver: estaba cargado.



Llevé a mamá al médico. Le hizo una radiografía de los pulmones y me dijo que no tenía ningún tipo de infección. Le hizo una TAC y me

aseguró que no había tenido ningún derrame y que no detectaba atrofia cerebral. No presentaba déficit de vitamina B12. Dijo que había presencia de fibras nerviosas enredadas. Habló con ella, esperó y luego repitió la misma conversación. La reacción de mamá fue la siguiente: «¿Por qué volvemos a lo mismo?».

Cuando nos quedamos solos, el médico se quedó mirándome fijamente.

—¿Sí?

—Es probable que lo que está usted viendo sean las primeras fases del Alzheimer. La enfermedad la podría haber causado un endurecimiento de las arterias, problemas de circulación, muchas cosas. El qué, no lo sabemos, pero ahora esto no viene al caso, porque si se trata de Alzheimer no podemos hacer nada para detenerlo.

—¿Podríamos tratar de retrasar su avance?

Movió la cabeza.

—Entonces, ¿qué recomienda?

—Ahora la situación no es tan grave, pero todo podría cambiar de la noche a la mañana. Que no lo reconociera podría indicar que la enfermedad está avanzando bastante deprisa. Al final, tendrá que ingresarla en un centro.

—¿No puedo cuidar de ella en casa?

—Será terriblemente difícil. No conviene que se quede sola. Podría salir a la calle y perderse. Podría hacerse daño; podría caerse o sufrir cualquier tipo de accidente. Podría hacerle daño a otra persona. Incendios, puertas abiertas…

Por mi mente cruzó el recuerdo fugaz de mi madre sujetando el revólver.

—En las últimas fases tendrá dificultades para moverse. Su personalidad se debilitará. Perderá la capacidad de pensar, comprender y hablar. Va a tener que contratar a una enfermera a tiempo completo, eso como mínimo. —Volvió a quedarse mirándome fijamente y luego dijo—: Le estoy contando lo que está por llegar. Dentro de unos años, quizá. No sabría decírselo.

—O la semana que viene.

—No es probable, pero sí es posible.

Le di las gracias al médico, recogí a mamá y nos marchamos.



Lorraine estaba acostando a mamá. Yo estaba en el garaje, contemplando la mesilla de noche ya casi terminada. Miré los cantos e imaginé que mamá se topaba con uno y se hacía un cardenal en el

muslo. Me puse a cortar el canto puntiagudo de una esquina y vi que, aserrando la madera, lo que hacía era formar dos puntas. Cepillé, corté y vacié hasta que el sobre de la mesa quedó prácticamente circular, tan pequeño que ya no resultaba práctico. Las patas rectangulares y ahusadas no solo no pegaban con el sobre, sino que, además, sobresalían del plano. Ajusté al sobre tres de las patas de cualquier manera, y luego me senté encima. La mesita bailaba ligeramente, pero a mí me daba igual. En ese estupor absoluto en el que estaba sumido, por lo menos sentía algo.



Yo tendría unos doce años. Papá había venido a la playa a pasar el fin de semana, como de costumbre. Habíamos ido toda la familia en bote hasta el muelle de Annapolis y habíamos comprado unos sándwiches en el mercadillo. Yo escogí mi preferido, el de cangrejo azul en panecillo redondo. Ese día no hacía mucho calor. Soplaba la brisa. Todo era perfecto.

Bill saludó con la mano a un par de amigos que estaban cerca de las tiendas; parecía tener ganas de ir con ellos, pero se quedó con nosotros. Cuando vio el saludo, papá se puso tenso.

Lisa leía sentada en el banco de la parte de atrás del bote, y yo estaba sentado en el muelle con los pies en el bote, comiéndome mi sándwich y diciéndole que un día sería escritor.

—Pero no escribiré cosas como ésa —le dije—. Voy a escribir cosas serias.

Lisa se echó a reír.

—Ah, ¿sí? ¿Cosas como qué?

—No lo sé todavía, pero no serán mierdas como ésa.

—Vigila lo que dices, Monksie —dijo mamá.

—Solo he dicho mierda.

—Ya basta, Monksie —me recriminó papá.

—Esto no es mierda —dijo mi hermana. Mamá soltó un suspiro.

—Sí que lo es. Yo quiero escribir libros como Crimen y castigo.

Lisa reía.

—Se lee un libro y ya se cree un hombre de letras.

—Si Monk dice que lo hará, lo hará —aseguró papá. Y luego hizo una de sus declaraciones, la única que se cumplió—: Bill y tú seréis médicos, Lisa, pero Monk será artista. Él no es como nosotros.

Me sentí admirado y a la vez excluido. En las miradas de mis hermanos detecté burla y rencor. Pero como a Lisa le encantaba que le dijeran que sería médico, quiso convertirse en el foco de atención.

—¿De qué especialidad, papá?

—De la especialidad de los buenos médicos —respondió papá como siempre que ella le preguntaba, y la dejó contenta.

—¿Y Bill? —pregunté yo. A lo que papá respondió:

—No lo sé.

Comimos en silencio.

8

Estaba sentado en el despacho, reflexionando sobre el concepto de espectador y sobre su relación con la salud del arte, y entonces miré hacia la caja gris. La caja cuyo contenido mi padre había considerado tan privado que le pidió a mi madre que lo quemara. Aunque también era la caja cuyo contenido debió de ser tan importante para él que en todos los años que había tenido para quemarlo no había sido capaz de hacerlo. Los papeles personales de mi padre. Por alguna razón, nunca llegué a imaginarme que pudiera contener otra cosa que escrituras, contratos y documentos legales, pero yo sabía que los papeles de la caja no eran de ese tipo.



—¿Papá?

Yo tenía diez años. Era una fría noche de vísperas de Navidad. Había entrado en el despacho de mi padre.

—¿Sí, Monk? —Sentado en su silla giratoria, la silla en la que me había pedido que no girara «como una peonza», se dio la vuelta para mirarme—. Es tarde.

—Perdón.

—No digas perdón, di discúlpame.

—Discúlpame.

—¿Que te disculpe por qué?

—Por haber llegado tan tarde.

—Pero la hora tú no puedes cambiarla.

Entonces me di cuenta de que estaba bromeando y me eché a reír.

—¿De qué se trata, Monk?

—Tengo una pregunta. Si alguien te cuenta algo y te dice que es un secreto, ¿tú puedes contarlo?

—Sí que puedes, aunque supongo que lo que tú quieres saber es si debes. —Volvió la cabeza y miró fugazmente por la ventana—. No, no deberías traicionar una confidencia.

—Pero y si…

Me interrumpió.

—Nunca traiciones una confidencia. —Cuando traté de hablar otra vez me dijo—: Ya veo que estás preocupado, pero también veo que no tardarás en contarme el secreto que guardas. Si no quieres guardar secretos, no los aceptes.

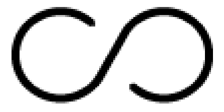
—Vale.

Salí del despacho.

—¿Monk? —Cuando me volví, me preguntó sin mirarme—: ¿Esto tiene algo que ver con Bill?

—No, papá —respondí.

Yo decía la verdad, pero también me daba cuenta de que la única respuesta a esa pregunta era «no». Al cabo de muchos años me preguntaría si no habría influido sin proponérmelo en la percepción que tenía mi padre de mi hermano mayor.



La caja no era grande ni muy profunda, y tampoco estaba muy llena, pero dentro había esto:

2 de febrero de 1955

Dr. Benjamin Ellison
1329 T Street NW Washington, D.C., EE. UU.

Querido Benjamin:

No sabría cómo expresar mi sorpresa y, por supuesto, mi emoción al descubrir esta mañana en el buzón tu carta, por breve que fuera. Cuando me dijiste que me escribirías tuve mis dudas. No dudaba de la sinceridad de tus sentimientos, sino de que, inmerso en tus vidas, la profesional y la familiar, pudieras encontrar tiempo.

Acabo de volver de Southampton. Mi madre está muy enferma. Según parece, ha sufrido un ataque de apoplejía. Los médicos dicen que el ataque ha sido leve y que, si llegan a apreciarse secuelas físicas, serán muy menores. Lo que yo advierto es que parece muy alterada, aun en detalles sutiles. Quizá no se trate más que de la edad. Está menos despierta, naturalmente, aunque eso es algo que, por fuerza, nos sucederá a todos.

¿Cuánto hace, querido? ¿Seis meses desde que nos dijimos adiós? Espero que a tu regreso encontraras a tu familia bien y en plena forma. Vuelvo a repetir, para tranquilizarte, que no le guardo rencor a tu mujer. Si te tiene a ti es que debe de ser una mujer maravillosa. ¿Y tu niño y tu niña? ¿Están grandes y bravucones?

Tengo buenas noticias. En septiembre viajaré a Estados Unidos. Pasaré una semana de vacaciones con mi hermana y su marido en Nueva York. ¿No sería maravilloso que pudiéramos, no sé cómo, arreglárnoslas para vernos? Soy una soñadora, ya lo sé.

Bueno, querido, ahora debo despedirme. Es tarde, y, con franqueza, pensar en ti me resulta un ejercicio agridulce. Recuerda

que te amo.

Tuya siempre,

Fiona

25 de febrero

Querido Benjamin:

Lluvia. Lluvia. Lluvia. Como esto es todo lo que nuestros cielos pueden ofrecer, la visión de tu carta fue un pedacito de sol. La abrí, por supuesto, y descubrí que estás esperando tu tercer hijo. Me alegro por ti, claro, pero el golpe ha sido considerable.

Mi madre vuelve a estar en el hospital. No he podido desplazarme para ir a verla por culpa de mi nuevo trabajo. Al final, vuelvo a hacer de enfermera. Debí de idealizar el tiempo que pasamos en Corea, porque ahora el trabajo parece un trabajo de verdad. He estado reflexionando acerca de mi propuesta de que nos veamos en Nueva York. De todos modos, estoy segura de que, con tus obligaciones familiares, estarás demasiado ocupado. No soy capaz de pensar en el asunto, me resulta demasiado doloroso.

Quiero que sepas que te quiero mucho y que te echo de menos, pero me temo que no seré capaz de continuar nuestra correspondencia.

Te querré siempre,

Fiona

20 de abril

Queridísimo Ben:

Ya han pasado un par de semanas sin que haya recibido carta tuya. Espero que todo vaya bien. Con cada carta que echo al buzón me asalta el temor de que padezcas la gripe o un resfriado y otro miembro de tu familia recoja el correo en tu consulta. La idea de ponerte en una situación comprometida o de causarte problemas me aterra.

Siento decir que mi madre está peor. Ha sufrido una serie de apoplejías leves y ahora ya no parece la misma. Estoy convencida de que no me reconoce. Ahora, al escribirte, tengo la impresión de poder distanciarme del dolor, y te lo agradezco. Mi hermano, que es el que se ha ocupado de casi todo lo relacionado con mamá, está exhausto. Está sudando tinta, y yo tengo la sensación de no haber hecho gran cosa por ayudarle. Cuánto me gustaría que conocieras a Bobby, a quien afectuosamente llamamos Booby. Tiene un corazón admirable. Me ha animado a viajar a Estados Unidos en otoño. Me parece que cree que para entonces mamá ya estará muerta. Cuando pienso en su muerte lloro mucho, y luego vuelvo a llorar porque me siento culpable

por pensar que, para ella, tal vez la muerte sería lo mejor.

Ya llevo demasiado tiempo hablando de mí misma. Espero que tu familia y tú estéis bien. Anoche, no sé si en pensamientos o en un sueño, vi cómo nos veíamos a escondidas en Seúl. Era entonces y solo entonces, mientras nos escabullíamos o mientras alguien nos miraba mal, cuando pensaba en lo que nos distinguía.

De todos modos, te amo.

Tuya, siempre,

Fiona

Un libro minúsculo encuadernado en piel, Silas Marner, de George Eliot. Un libro que no esperaba encontrar. Sin embargo, prensada entre sus páginas, había una florecita blanca y rosa. Las páginas entre las que la florecita estaba prensada no parecían encerrar ningún significado ni guardar relación con nada.

Tres cartas más cuyo contenido no difería del de las anteriores; la única variación: la madre había muerto.

Un billete de tren de ida y vuelta de Washington a la estación Pensilvania fechado el 15 de septiembre de 1955.

Una factura del hotel Algonquin que detallaba una estancia de dos noches y tres visitas del servicio de habitaciones.

Una carterita de cerillas del club Vanguard.

18 de septiembre

Queridísimo Benjamin:

Nunca creí que pudiera volver a verte. ¿Quién habría adivinado cuán maravillosamente emocionante iba a resultar tal imposibilidad? ¿Parezco demasiado exaltada? Bueno, quizá lo esté. Verte fue tan maravilloso, querido. Si pudiera estar de nuevo entre tus brazos, la vida me parecería demasiado.

Siento mucho la reacción de mi cuñado. No tenía idea —cómo iba a tenerla— de lo intolerante que es, pero se diría que en tu país los intolerantes no escasean. Me había engañado pensando que las miradas y los comentarios, disimulados o no, eran el dominio de los terribles soldados de tiempos de guerra, el territorio de los ignorantes, pero estaba equivocada. Me cuesta imaginar lo horrible que puede resultar para ti el día a día.

Por las mañanas todavía puedo ver con claridad tu sonrisa. Y tus manos oscuras sobre mis pechos casi traslúcidos. No reírte de ellos fue muy amable por tu parte. El contraste es llamativo y magnífico. Me

gustó tanto estar contigo, mi bellísimo amante. De noche, piensa en mí, por favor.

Con mi amor imperecedero,

Fiona

1 de octubre

Queridísimo Benjamin:

Cuando llegué a casa encontré tu postal. Desgraciadamente, también me enteré por mi hermano de que mi madre había muerto. ¿Por qué será que saber lo que nos espera nunca mitiga la angustia? Pero, en el fondo, siento que mi pena es artificial, que estoy convencida de que su muerte es lo más conveniente, sobre todo para ella. Pensar tales cosas es normal, me imagino, pero expresarlas abiertamente resulta difícil. Supongo que ésta es una prueba más de la intimidad que comparto contigo.

El tiempo apremia. Te extraño y te amo.

Eternamente tuya,

Fiona

12 de noviembre

Querido Ben:

Nunca sabrás cuánto significas para mí. Siento no haberte escrito durante una temporada. Y aunque resulte extraño, te agradezco que tú tampoco me hayas escrito a mí. Lo que tengo que decirte es maravilloso y, a la vez, muy preocupante. Ben, querido, estoy embarazada. No quiero nada de ti, y quiero que sepas que no tengo intención de complicarte la vida. Voy a cambiar de casa y no me reenviarán el correo. Que éste sea nuestro último mensaje, por favor. Te amo demasiado para herir a la familia que tanto quieres. Y tampoco quiero herirte a ti, aunque sé que esto te hiere. No me escribas, por tanto, pues tu carta podría llegarle a otra persona.

Te querré siempre,

Fiona

Una postal enviada desde Chicago y fechada el 2 de julio de 1956.

Es una niña. Se llama Gretchen.

[sin firma]



Querida Gretchen:

Tu madre es una mujer buena y dulce a la que quiero, pero al salir de mi vida llevándote a ti con ella cometió un error. Debes saber que si lo hizo fue porque creía que se trataba de una actuación moralmente correcta. Tiene una fuerza que yo apenas llego a vislumbrar.

Quiero que recibas esta carta, pero no sé dónde estás. La hermana de tu madre, que vive en Nueva York, no me coge el teléfono, así que con su ayuda no puedo contar. El matasellos de la postal que me informaba de tu nacimiento era de Chicago, si bien eso no me dice nada.

Estés donde estés, te quiero y me gustaría poder ser un padre para ti. Tienes dos hermanos y una hermana. Aunque no saben nada de ti, me atrevería a decir que los querrías. Son buena gente. Tu madre es tan buena que a ti no te queda más remedio que serlo también. Me gustaría oír tu voz, ver tu cara, una fotografía, un boceto. Espero que tengas los ojos de tu madre. Cuánto me gustan esos ojos.

Supongo que podría avergonzarme de la relación entre tu madre y yo, pero no me avergüenzo. No haber podido estar con ella me duele, me duele que todo fuera tan secreto y que, por tanto, esa posibilidad quedara descartada. Estaba casado y tenía dos hijos cuando la conocí. A decir verdad, tendría que haberme quedado con ella, pero no lo hice. Y como no lo hice, tengo a un hermano tuyo que casi tiene tu edad, mi hijo Thelonious. Me arriesgaría a decir que, de los tres, es al que más quiero.

Me gustaría tener un lugar al que enviar esta carta. Para que supieras cuánto te quiere tu padre, cuánto te echa de menos y cuánto siente no saber si eres diestra o zurda, de qué color tienes el pelo o si podrás perdonarlo.

La carta no estaba firmada. Eso era todo lo que había en la caja. Había leído una voz de mi padre que nunca le había oído en vida, una voz tierna, una voz sincera. No podía imaginar al hombre que había escapado a Nueva York para tener una aventura. Yo sabía que mi madre había leído las cartas, pero no sabía cuándo; lo que sabía era que había querido que yo las leyera. Es curioso, pero con el descubrimiento de esa aventura, el interés y la compasión que mi padre me despertaba crecieron. Aunque pensaba en mi madre y en lo que debió de sentir, y aunque su dolor me preocupaba, no lograba enfadarme con mi padre.

Tenía otra hermana.

9

Me criaron como a un Ellison. Me parecía a los Ellison. Hablaba como los Ellison, era un muchacho tan prometedor como los otros Ellison y alcanzaría el éxito de los Ellison. La gente con la que me cruzaba por la calle de niño me decía que mi abuelo los había traído al mundo, que me parecía a mi padre y a su hermano. El hermano mayor de mi padre, que murió a los cincuenta años, también era médico. De pequeño me gustaba ser un Ellison, me gustaba formar parte de algo que me trascendía. De adolescente, mi apellido y mi identificación me molestaban. Luego ya me dio igual. Washington se hizo más grande y toda la gente a la que mi abuelo había traído al mundo murió. Al padre de mi padre solo lo conocí por las historias que me contaron, que fueron muchas. Su apodo, uno de ellos, era Superdoc: al parecer, había logrado arrancar un coche sin batería para volver a casa después de una visita a domicilio.

El nombre de soltera de mi madre era Parker. Los Parker vivían en la bahía de Chesapeake, al sur de donde veraneábamos. Un par de ellos eran granjeros, y los otros trabajaban en fábricas. Los hermanos y las hermanas de mi madre eran considerablemente mayores que ella, y todos murieron antes de que me hiciera mayor. Me dejaron una recua de primos a los que nunca veía y de los que nunca llegaban noticias, pero de cuya existencia estaba enterado: vivían en algún sitio y tenían nombres como Janelle y Tyrell. Mamá se había convertido en una Ellison. De niño, solo vi a unos Parker en una ocasión, cuando fuimos de visita a una granja que quedaba cerca de la bahía. Me asustaron. Gente grandota de risa fuerte y olor fuerte. Si hubiera sabido más de la vida, me habrían gustado, me habrían parecido exuberantes e interesantes, pero entonces solo me parecieron asombrosamente diferentes. Lisa, Bill y yo, parados sin movernos en esa casa que olía a carbón y a edredones mohosos, parecíamos zanahorias congeladas.

Se diría que mamá se avergonzaba de su familia. Casi nunca hablaba de sus parientes, aunque estoy convencido de que ellos nunca la dieron por perdida. Era la única Parker que había ido a la universidad y, como suele suceder, la educación se interpuso como una cuña entre ellos. Es posible que mi madre comprendiera mejor de lo que yo la creía capaz mis sentimientos de extrañeza y aislamiento. Creo que durante buena parte de su vida se sintió cohibida; que, en cierta medida, pensaba que no daba la talla. No recuerdo ningún acontecimiento que corrobore esta creencia, ninguna costumbre, ninguna afirmación que pueda servir de prueba. Pero tal vez se le escapara una mirada, quizás en alguna ocasión se encogiera al andar; debió de ser algún gesto, algo que yo pude advertir sin saber qué estaba advirtiendo.

Nunca me pareció que papá y mamá fueran dos personas demasiado cercanas. Formaban un frente unido contra el que los niños chocábamos y rebotábamos. No se mostraban abiertamente cariñosos, aunque nosotros tres éramos la prueba de que algo de acción había habido. Es más, diría que se comportaban de un modo decididamente distante y frío el uno con el otro, actitud que a la larga terminaría afectando gravemente las relaciones que he intentado mantener. Convertir esa actitud en una justificación para mis fracasos interpersonales, sin embargo, sería demasiado cómodo. Ella veía su vida de madre y esposa como un acto de servicio; un servicio que realizaba con mucho cariño, sí, pero que no dejaba de ser un servicio, a fin de cuentas. Mi padre consideraba que su condición estaba definida por el deber, y él cumplía su deber con eficacia militar.



En el garaje le eché una mirada a mi mesa, que ahora era un taburete, y no precisamente bien hecho, y pensé en el descubrimiento de mi madre: unos pocos minutos le habían bastado para confirmar que, como había intuido durante tantos años, no había sabido estar a la altura. La madera del mueble que yo había mutilado en aras de la seguridad seguía siendo magnífica, y su tacto también, incluso su olor, pero tampoco daba la talla. Supuse que mi madre habría descubierto las cartas justo después de la muerte de mi padre, quien debió de pedirle que, en vez de leerlas, las quemara. Pero él sabía que ella las leería, por supuesto. Y me enfadé con él, reacción que dirigida a una persona viva ya habría resultado estúpida. Luego me pregunté qué minaría más la confianza en uno mismo: creer que dabas la talla cuando, en realidad, no la dabas, o descubrir que, desde el principio, fuiste lo bastante perspicaz para ver clarísimamente que tus miedos no eran infundados. Y esto explicó, de repente, la serenidad y la compostura que mamá pareció adquirir tras la muerte de papá. Quizás él sabía que eso era lo que le hacía falta a ella. Y lo que ahora le hacía falta era que le desenmarañaran las fibras nerviosas y detuvieran esa atrofia cerebral que acababan de detectarle.



Yul trataba de contener la alegría lo mejor que podía, pero se le daba de pena. Aunque me seguía la corriente y compartía la indignación y el desconcierto que me causaba el hecho de que alguien

considerara, sin ningún tipo de ironía, que esa presunta novela era literatura, lo que de verdad estaba haciendo, casi podía oírlo, era contar el dinero. Y también podía oír un consejo: que creciera. Aunque lo que en realidad dijo fue:

—Aquí estamos hablando de un montón de dinero.

—Te lo agradezco, Yul.

—La editora quiere discutir el manuscrito con el señor Leigh. ¿Qué le digo?

—Dile que ya la llamaré. —Como no dijo nada, añadí—: Dile que Stagg R. Leigh vive solo en la capital de la nación. Dile que hace dos años que salió de la cárcel, del «trullo», como él dice, y que todavía no se ha adaptado al exterior. Dile que tiene miedo de que se le vaya la olla. Dile que solo hablará del libro, que si le pregunta algo personal le colgará el teléfono.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Vale. Debo decirte que esto es muy raro.

—¿Sabes qué, señor Bossman? Que si esto te parece muy raro, pues que lo siento mucho, ¿vale?

—Estás enfermo, Monk.

—Dime algo nuevo.



Yo tenía siete años.

Hicimos el viaje a la playa por la carretera 50, la recta más lenta del planeta. Cogíamos dos coches, mi hermano siempre iba en el de mi padre. Como mi madre conducía muy despacio, con Lorraine sentada a su lado y los ojos clavados en el mapa, siempre llegábamos con veinte minutos de retraso. Aun así, papá esperaba a que hubiéramos llegado todos para abrir la casa para el verano. Bill y él ya tenían las bolsas fuera, las habían bajado del Willys familiar que tanto le gustaba a mi padre y las habían dispuesto en orden, a punto para que las entráramos.

Era el 16 de junio, un sábado por la mañana. Lo recuerdo perfectamente. Hacía sol, pero el calor no era excesivo. Yo llevaba pantalones caqui largos y una camisa de rayas que siempre había odiado. Daba la impresión de que todavía no había nadie en la playa. El único coche que se veía aparcado era el del profesor Tilman, a la entrada de su casa. En cuanto terminaban las clases en Howard, él se plantaba en la playa. No tenía hijos y su mujer había fallecido años atrás, pero la compañía no parecía interesarle demasiado. Yo no

entendía por qué se molestaba en venir, si solo salía de su casa para ir a comprar comida. A veces lo veía sentado en la esquina del porche, disfrutando del pedacito de bahía que alcanzaba a ver desde ahí.

—Coge esa caja —me dijo papá, señalándola.

La levanté y la llevé a la cocina. Lorraine ya estaba barriendo. Mamá estaba guardando los platos y Bill quitaba el polvo y las hojas de los alféizares de las ventanas que daban al porche.

—¿Cómo entrarán estas hojas? —preguntaba Bill, como de costumbre.

Papá podía ser muy brusco. En general, lo recuerdo como un hombre amable, aunque quizás eso se deba a que sus pacientes lo adoraban, pero vivir con él era igual que vivir en el cráter del Vesubio. Tal vez la comparación debería hacerla con un volcán inactivo. No es que entrara en erupción, lo que hacía era murmurar y sisear, como el volcán que retumba, aunque a veces ni siquiera eso se advertía, y lo único que notabas era olor a quemado, a azufre, o un poco de vapor en el aire. A la pregunta que Bill le había hecho, respondió:

—Las casas no son herméticas.

Todos esperamos a que papá saliera por la puerta principal en busca de las últimas cajas para intercambiar miradas asustadas.

Ese rasgo de mi padre, sin embargo, era una de las razones por las que me sentía tan unido a él. Yo admiraba su inteligencia, su sagacidad y el intrincado sistema que empleaba para comunicar sus mensajes. Bill guardaba un secreto que no era secreto; mamá no guardaba secreto alguno; Lisa guardaba secretos que no traicionaba jamás, y papá guardaba secretos de los que no dejaba de hablar. Es algo de lo que estoy convencido. Estoy seguro de que nos dijo varias veces, a todos, que se había casado con la mujer equivocada, y es probable que también nos dijera que tenía otro hijo en otra parte.

Más tarde, tras comer unos sándwiches, papá y yo fuimos hasta la playa andando. A cada tanto yo daba un saltito para poder seguirle el ritmo. Saludó con la mano al profesor Tilman.

—¿Por qué el profesor Tilman no va nunca a ningún lado?

—Puede que porque no quiere.

Me puse a pensar en lo que me había dicho. Supongo que mi silencio debió de ser muy elocuente.

—¿Te cuesta entenderlo? —preguntó papá—. ¿Que alguien no quiera salir?

Contesté que suponía que sí.

Paseamos por el muelle y miramos el agua. Vimos una medusa que nadaba. Un botecito a motor pasó a lo lejos, era un pescador de cangrejos que repasaba las redes. Maté un mosquito y le di un golpecito con los dedos para sacudírmelo del brazo.

Papá se echó a reír.

—Se llevan la sangre y dejan el escozor. Es un trueque. Así la hembra puede alimentar sus huevos y tú, recordar lo agradable que es rascarse cuando pica y lo bien que se estaba sin ese picor.

—Lo único que sé es que los odio.

—Dentro de un par de semanas llegarán los pejerreyes —dijo—. Será divertido. ¿Crees que tu hermano y tú podréis meter el bote en el agua solos?

—No.

Se rio.

—Os ayudaré la mañana antes de marcharme.



Rothko: Soy un hombre viejo.

Motherwell: No eres tan viejo.

Rothko: Y soy un viejo amargado. Me he aficionado a esta brocha de pintor que encontré. Con ella, los contornos parecen casi etéreos. Curioso, ¿verdad? Una brocha de pintor. Apuesto a que ese diablo de Hitler usó una parecida cuando era un jovenzuelo repugnante. Y aquí me tienes a mí con la brocha. Tengo todas esas pinturas en polvo y mezclo y vuelvo a mezclar, pero ¿mis colores son de verdad tan distintos? ¿Está la gente harta de mis cuadros? A mí me gustan mis primeras obras. Esto que estoy haciendo ahora me deprime.

Motherwell: El trabajo nos deprime a todos.

Rothko: Bonita homilía en boca de un joven apuesto.

Motherwell: No soy tan joven.

Rothko: Y formal. Lo he advertido. Estoy pensando en suicidarme, pero eso ya lo habrás adivinado, sin duda. Y crees que, de algún modo, entiendes lo que siento. Sí, eres un tipo formal. Tus cuadros dan pena, por supuesto.



Cuando reflexiono acerca de mis novelas —y aquí excluyo un ejercicio pavoroso que me dio algo de dinero—, me descubro, lamentablemente, como un estereotipo del radical que clama contra algo a lo que quizás él se refiera como tradición, que llama a explorar nuevos territorios de la narrativa, a transgredir las fronteras de una forma que es, precisamente, la que me llama y me da la existencia artística. Lo cierto, sin embargo, es que no todos los radicalismos son

innovadores; tal vez siempre haya malinterpretado mis experimentos, apuntalando, como si eso hiciera falta, las tradiciones artísticas que fingía desafiar. Releyendo la ponencia que tan precipitadamente había afirmado desestimar, me di cuenta de que las epifanías son como los platos muy condimentados: repiten.



Paula Baderman tenía voz de fumadora, pero parecía bastante joven y llena de vida. Cuando la llamé contestó enseguida.

—Señor Leigh —dijo.

—Sí.

—Me alegro de que hayamos podido reunirnos, aunque sea por teléfono. Solo quería contactar con usted. Naturalmente, ya sabrá que me encanta el libro.

—Eso me han dicho.

Hizo una pausa que creó entre nosotros un espacio en blanco, y luego dijo:

—¿Cuánto ha tardado en escribirlo?

—Me llevó poco más de una semana.

Entendí a la perfección la naturaleza del silencio que siguió. Se había llevado una sorpresa con mi vocabulario, quizás hasta un chasco, quién sabe: no era lo que esperaba. Yo no tenía intención de actuar para ella.

—Una semana. Vaya.

—¿Quiere que haga algún tipo de cambio?

—No. En realidad creo que éste es el libro más perfecto que he visto en mucho tiempo. Pero me gustaría saber algunas cosas de usted. Si no es indiscreción, ¿por qué ha estado en la cárcel?

—Es indiscreción.

Mi brusquedad debió de resultarle agradable, si no directamente excitante. Advertí un cambio en su respiración.

—No tengo la intención de sonsacarlo, por descontado. ¿Leyó mucho en la cárcel?

No dije nada.

—Bueno —continuó—, nos gustaría poder lanzarlo en primavera. Creo que es una lectura perfecta para el verano.

—Sí, los blanquitos que lo lean en la playa se lo pasarán bomba.

Aquello fue como una descarga eléctrica en la espina dorsal. De haber estado yo en su despacho (con la caracterización adecuada), ella se habría abierto la blusa de un tirón y ya estaría encima de la mesa, avanzando hacia mí a gatas. No en sentido literal, quizá, pero sí en

sentido literario.

—¿Le parece que anote su número por si tengo más preguntas? —preguntó.

—No, no me parece. Usted dígale a Yul que quiere hablar conmigo y yo la llamaré. Todo irá mejor así.

—Bueno, vale. Y, Stagg… ¿Puedo llamarte Stagg?

—Puede.

—Gracias, Stagg.

—De nada, señora Baderman.

Colgué antes de que insistiera en que la llamara por su nombre de pila.



La primera mitad del anticipo llegó. Encontré a mamá sentada en el salón escuchando a Mahler. A mi padre le gustaba Mahler, pero a mí siempre me había parecido pesado y recargado, ya desde niño. Mamá estaba escuchando las Kindertotenlieder y parecía al borde de las lágrimas. Yo sonreía.

—¿Por qué estás tan contento, Monksie?

—Acaban de pagarme por un nuevo libro.

—¿Un nuevo libro? Me muero de ganas de leerlo.

—No, no te mueres de ganas —dije—. Da igual. Nos vamos de viaje. Donde tú quieras. —Quería llevarla de vacaciones mientras todavía pudiera disfrutarlas, mientras se acordara de quién era yo y de quién era ella y de para qué servía el tenedor—. ¿Adónde quieres que te lleve?

—Oh, Monksie. Ya sabes que siempre me ha gustado viajar. Decide tú. El lugar que tú escojas, cualquiera, me gustará.

—Detroit —respondí.

Su rostro fue adquiriendo, muy lentamente, una expresión que para mí tenía un valor inestimable: con esa expresión comprendí que todavía no se había convertido en un mueble.

—Era broma —dije.

—Ya me lo parecía.

—Bueno, estamos en verano, ¿qué te parece si subimos al norte? ¿Martha's Vineyard? ¿Qué me dices?

—¿Por qué no abrimos la casa de la playa? —respondió.

Eso no era lo que tenía en mente, pero la idea era perfecta. La casa llevaba tres años vacía. Lisa solía ir con su ex marido, pero tras el divorcio no había vuelto.

—Me parece estupendo —dije—. Nos llevaremos a Lorraine y

saldremos mañana. ¿Mañana te va bien?

—Muy bien, Monksie.



Yul: ¿Qué le dijiste?

Yo: ¿Qué quieres decir?

Yul: Está más alterada que nunca.

Yo: No sé a qué podría deberse.

Yul: Van a contratar anuncios a toda página en el New York Times y el Washington Post.

Yo: No hablas en serio.

Yul: Quería que preguntara si Stagg iría a un par de magacines. Programas de la mañana.

Yo: Risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa risa.



Llamé al número que Bill me había dado y respondió un hombre. Me pareció frío, pero en cuanto me identifiqué como el hermano, él, Adam, se mostró muy agradable y me habló de los problemas de Bill contándome muchísimo más de lo que el mismo Bill, de eso estoy seguro, habría querido que yo supiera.

—William trató de ver a sus hijos el otro día, pero terminaron montando una escena. Su ex está saliendo con un ayudante del sheriff homófobo o algo así, casi llegan a las manos. Los chicos no están digiriendo la verdad demasiado bien, me parece. Tu hermano me dijo que tiene algunos pacientes nuevos, creo. Eso es bueno. —Entonces Bill llegó a casa—. Es tu hermano —dijo Adam apartando el teléfono.

—¿Qué has estado contándole?

La voz de Bill sonaba muy severa.

—Solo estábamos charlando.

Bill cogió el teléfono.

—¿Monk?

—Hola, Bill.

—¿Qué tal te va?

—Bien. ¿Y a ti?

—Podría irme mejor —respondió. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Bill, te llamo porque he decidido llevarme a mamá a la playa

mañana. Nos quedaremos ahí unas cuantas semanas. Me preguntaba si tú podrías viajar. Si coges un avión, te iría a recoger al aeropuerto.

Se hizo un largo silencio.

—¿Bill?

—Me encantaría ir, pero últimamente ando bastante agobiado. Tengo que ir al tribunal por lo de las visitas y todo el rollo.

—Lo siento.

—Gracias.

—Bueno, quería preguntártelo. Oye, ¿y si te vienes con Adam? —Antes de que pudiera responder, añadí—: Los billetes los pagaría yo. Mamá no está bien, Bill.

—Vale, Monk. Hablaré con Adam. ¿Vas a colgar ahora?

—Sí, eso creo.

—Vale, muy bien. Te llamaré dentro de un par de días.

—Vale.

Colgué y me quedé mirando fijamente el teléfono encima de la mesa. Era negro y pesado; era el que usaba mi padre, y a veces yo imaginaba que aún podía oír su voz profunda zumbando por los cables. Bill parecía tan increíblemente triste, tan perdido. Cuando éramos niños, a menudo yo percibía, aunque de forma vaga, esa tristeza. Pero esa desesperación, si de desesperación se trataba, ese extravío, ese desarraigo, eran cosas nuevas y difíciles de aceptar. Por primera vez me paré a contemplar la destrucción de mi familia. No era algo raro o contranatural; en realidad, se trataba de algo más natural que la mayoría de las cosas, pero costaba mucho digerirlo. Mi padre llevaba muchos años muerto. A mi hermana acababan de asesinarla. A mi madre, la cometa de la senilidad se la estaba llevando muy lejos. Mi hermano estaba encontrándose a sí mismo, sí, pero se diría que a costa de perder todo lo demás. No querría recurrir al tópico y presentarme como el capitán de un barco que se hunde, porque así daría a entender que tenía cierta autoridad. Yo era, más bien, un fogonero en un clíper, un obstetra en un monasterio.



—¿Qué preferirías perder, la vista o el oído? —preguntó Lisa una noche cuando estábamos sentados a la mesa de pícnic que había en la parte de atrás.

Los mosquitos ya empezaban a salir y casi todos los cangrejos se habían escondido.

—El oído —respondió Bill al instante—. En este mundo hay demasiadas cosas que ver. Cuadros, paisajes, caras. Sin oír puedes

espabilarte, y también puedes aprender a leer los labios.

—¿Y tú, Monksie? —preguntó mamá.

Los temas de ese tipo le parecían adecuados para la conversación, creía que nos harían bien.

—No sé. Echaría en falta oír la música y los grillos. Echaría de menos poder ver los cuadros, como ha dicho Bill. El oído, supongo. Preferiría ser sordo.

—Yo también.

—¿Y tú, papá? —preguntó Bill.

Papá masticaba y nos escuchaba con ese aire ausente tan suyo. Miró a Lisa y luego me miró a mí como si estuviera estudiándonos. Miró a mamá, en un extremo de la mesa, y movió la cabeza en señal de asentimiento. A Bill le dedicó la mirada más prolongada. Luego miró el grupo que formábamos y dijo: «La vista», con una sonrisa que no llegaba a serlo del todo, pero que bastó para que nos echáramos a reír, como si en vez de insultarnos nos hubiera tomado el pelo.



Mientras conducía por la carretera 50 con mamá a mi lado y con Lorraine, eternamente reprobadora, justo detrás de mí, iba reflexionando acerca de todo lo que tenía de malo esa novela que estaba a punto de publicar y que había enviado a mi agente precisamente por lo mala que era. Y pensarlo me estaba matando. La novela era una parodia, sin duda, pero su construcción había resultado tan sencilla que ni como parodia podía tomármela en serio. Era una obra que aburría y cuya única virtud era la brevedad. No jugaba con el espacio compositivo ni con la tipografía. En realidad, desde el punto de vista artístico no me parecía que la obra ocupara ningún lugar inteligible. A pesar de un interés muy somero por las dislocaciones de Van Go, dislocaciones espaciales y de otras clases, no había nada en ese texto que remitiera a mi obra. Y de repente descubrí mis vericuetos mentales y me di cuenta de lo más triste de todo. Si me deprimía por chorradas idiotas y pretenciosas, lo hacía para esquivar la acusación auténtica que tenía ante las narices: era un vendido.

Mamá me tocó el brazo como si advirtiera mi tortura.

—¿Estás bien, cariño?

—Muy bien, mamá. —Miré por el retrovisor—. ¿Todo bien ahí atrás, Lorraine?

—Sí. —En realidad, Lorraine no quería venir con nosotros, pero yo necesitaba que me ayudara a cuidar de mamá; además, no me imaginaba dejándola sola, francamente—. No me iría mal ir al

servicio.

Llevábamos treinta minutos en la carretera y nos quedaban unos veinte para llegar a Annapolis.

—¿Crees que podrás esperar a que lleguemos a Annapolis?

—Si tengo que esperar, supongo que podré.

—Lorraine necesita parar —dijo mamá.

Moví la cabeza en señal de asentimiento y me hice a un lado en la primera salida, que al final no resultó adecuada para ninguna de las necesidades de los ocupantes del coche. Seguí por la carretera de dos carriles hasta que, al cabo de treinta minutos, llegamos a una gasolinera. Aparqué delante de las puertas del servicio y paré el motor.

—Muy bien, Lorraine.

Me bajé del coche y le abrí la portezuela. Un adolescente blanco, desgarbado y de pelo grasiento nos miraba por la ventana.

Lorraine fue hacia la puerta, la abrió y luego dio media vuelta y volvió a meterse en el coche.

—Puedo esperar —dijo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No puedo meterme ahí.

—No hay otro sitio.

—Lorraine ha dicho que no puede usar el servicio, Monksie —dijo mamá.

—Esperaré a que lleguemos —dijo Lorraine.

Una hora más tarde estábamos en Annapolis y Lorraine dormía en el asiento trasero. Mamá dormía a mi lado. Crucé el pueblo y llegamos a la playa. El guarda de la entrada me reconoció. Era tan viejo como mi madre, pero yo no lo recordaba.

—Monk Ellison —me dijo—. Vaya, vaya. Usted ni se acuerda de mí, ¿verdad? Maynard Boatwright.

El nombre me sonaba, pero en lugar del agradable viejecito que tenía delante de mí diciendo «Vaya, vaya», lo que recordaba era un ex marine alto y musculoso de mandíbula de acero.

—Sí que te recuerdo —dije—. ¿Cómo te trata la vida?

—Muy requetebién. —Miró a mamá y luego miró a Lorraine, y me acordé de que Lisa sospechaba que Lorraine le gustaba—. ¿Ésa es…?

—Lorraine —dije.

—¡Sopla!

Me volví para despertar a Lorraine, pero Maynard me detuvo.

—Debe de ser un buen conductor —me dijo Maynard—, se han quedado fritas.

—Supongo.

—Bueno, nos vemos más tarde.

Y entonces le dijo adiós con la mano a Lorraine, que dormía.



La cabezadita debió de ejercer un efecto reparador en las ancianas. En cuanto llegamos a la casa y se despertaron, se aplicaron a la tarea de poner orden con gran determinación. Yo no estaba muy cansado del viaje, pero ellas ni dejaron que me acercara para ayudarlas con la limpieza. Salí fuera, hacia uno de los lados de la casa, y di el agua y la luz. Como cuando volví a asomar la cabeza solo logré confirmar mi inutilidad, me dirigí a la parte trasera, al pequeño muelle que daba a la laguna que se nutría de la marea. Miré al este, hacia la bahía. La vieja canoa de aluminio seguía boca arriba, apoyada sobre unos ladrillos y cubierta con una lona, como siempre. Más tarde la sacaría y me quedaría flotando en el agua con un puro. La orilla de la laguna estaba llenísima de casas, no se parecía en nada a la de mi niñez. Se oían ruidos: familias, música, perros y, a lo lejos, la alarma de un coche. Caminé entre nuestra casa y la de los vecinos y seguí por la carretera rumbo a la playa de la bahía.



Me preguntaba hasta dónde debía llegar con mi papel de Stagg Leigh. Podría terminar convirtiéndome en un Rinehart, viéndome a mí mismo en los escaparates mientras paseaba por la calle.*** Yo soy lo que soy. Podía ponerme una barba de mentira y una peluca y plantarme en los magacines de la tele. Seguirles el juego, ponerme manos a la obra, enrollarme, hermano. No, no podía.

Dejaría que el señor Leigh siguiera como hasta ahora, recluido, con esos modales tan de recién-salido-del-trullo. Dejaría que hablara con la editora un par de veces más y luego desaparecería como si se lo hubiera tragado la tierra.



Paseé por la playa y después me volví para mirar la casa de Frederick Douglass. Había pertenecido a su nieto, pero desde entonces había pasado por varias manos. Como la casa quedó desocupada cuando yo era pequeño, solíamos entrar, subir por las escaleras y quedarnos mirando el agua desde la torre. Mi padre me contó que

James Weldon Johnson había escrito ahí mismo. La idea me asustó un poco, pero también hizo que se me disparara la imaginación y empezara a buscar versos míos que, sin embargo, no querían aparecer. Ahora que la casa parecía recién arreglada, me costaba un poco reconocerla. La torre ya no se cerraba con contraventanas, la habían acristalado. La casa parecía herméticamente sellada y equipada con aire acondicionado. Había un Mercedes familiar aparcado en la entrada.

Regresé a casa por la calle y me detuve a mirar la vieja casa de los Tilman. Sentada en el porche había una mujer a la que no había visto y que me preguntó si podía ayudarme, aunque por cómo lo dijo lo que de verdad quería saber era qué demonios estaba mirando yo.

—Lo siento —dije—. Me estaba acordando del antiguo propietario.

—¿De verdad? —Traducción: «Sí, claro».

—Sí, de verdad. Se llamaba profesor Tilman. Nunca averigüé su nombre de pila. Tal vez fuera Profesor, quién sabe.

La mujer se echó a reír. Era alta, tan alta como yo. Bajó del porche hasta donde yo estaba para mirar la casa. Tenía un rostro cuadrado enmarcado por unas rastas casi rubias.

—El profesor Tilman era mi tío —me dijo—. Lo llamábamos Tío Profesor.

Era divertida. Le sonreí.

—No quería ser grosero, es que no la había visto.

—No pasa nada.

—¿Cómo está el profesor? —pregunté.

—Falleció hace tres años.

—Lo siento mucho.

—Yo heredé la casa. Una parte de la casa. Es mía y de mi hermano, pero él vive en Las Vegas y nunca viene al Este.

Por cómo dijo ese «Las Vegas», el dato debía de parecerle increíble.

—Yo he venido en coche —dije—. Me llamo Thelonious Ellison. Todos me llaman Monk.

—¿Familia del doctor Ellison? —Asentí con la cabeza y continuó —. Mi tío solía mencionar a tu padre muy a menudo.

—Vaya.

—Marilyn Tilman. —Me estrechó la mano—. ¿Has venido a pasar el verano? ¿Lo que queda de verano?

—Solo un par de semanas. Estoy con mi madre y su ama de llaves. Y ahora que lo pienso, ya tendría que volver a casa. Sé que están esperándome con la lista de la compra. Hablamos luego, ¿vale? —Me alejé un par de pasos—. ¿Quieres que te traiga algo de la tienda?

—¿Y por qué no voy contigo? —preguntó.

—Mi casa es la de dos pisos con los postigos verdes.

—Tardaré un par de minutos —me dijo.

—Muy bien.

La observé mientras subía los peldaños del porche y se metía adentro.

Cuando llegué a casa descubrí que mamá y Lorraine habían terminado poniéndose de los nervios la una a la otra, hecho que se manifestaba en un silencio incómodo. Mamá me dijo que tenía la impresión de que una cabezadita no le iría nada mal, y Lorraine me dijo en un aparte que a mamá no le iría nada mal echarse una siesta. Lorraine se había encargado de la lista de la compra, que cerraban dos artículos añadidos por mamá con mano temblorosa. Aquélla debió de ser, sin duda, la fuente de su disputa, sobre todo porque uno de esos artículos ya lo había anotado Lorraine.

—Está cansada —repitió Lorraine, y esta vez lo dijo en voz suficientemente alta para que mamá pudiera oírla.

—No me extraña —dijo mamá buscando con la mirada un lugar en el que echarse.

—Lorraine —dije—, acompaña a mamá arriba y acuéstala, por favor. Volveré dentro de una hora, más o menos. Compraré algo hecho, así esta noche nadie tendrá que cocinar.

—Sí, señor Monk.

Lorraine siguió a mamá escaleras arriba.

—No necesito tu ayuda —dijo mamá, muy seca.

—Tengo que hacerle la cama —respondió Lorraine.

—Pues espabila, Lorraine, que veces eres muy lenta, chica.

Salí fuera y vi llegar a Marilyn. Llevaba un sombrero de paja que le daba sombra a la cara, pero sus mejillas y sus ojos irradiaban juventud; aquél era un brillo que recordaba pero que yo ya había perdido. Al mirar su andar confiado y el bolso de tela que se balanceaba a un costado, sentí los ojos cansados.

—¿Listo? —preguntó.

—Claro que sí.

Nos sentamos en el coche y enredé torpemente las llaves. La escena, y eso era tan sorprendente como preocupante, me resultaba muy extraña: sentada a mi lado tenía a una mujer de menos de setenta años; una mujer a la que encontraba atractiva y cuya memoria a corto plazo era tan buena como la mía. Me sentí como una solterona y traté por todos los medios de no parecer demasiado incómodo.

*** Rinehart es el protagonista de El hombre invisible, de Ralph Ellison, que continuamente cambia de disfraz y al que nunca se llega a ver. (N. de la T.).

10

Pasaron diez días. Salí a pasear solo, salí a pasear con Marilyn, y en una ocasión salí a caminar con mamá. Marilyn conoció a mamá y a Lorraine. Maynard, el guarda de la entrada, le hizo una visita a Lorraine. Mamá me dijo que Marilyn le gustaba. Yo le dije a Marilyn que me gustaba. Marilyn me dijo que yo le gustaba. Los cuatro comimos juntos. Yo comí con Marilyn. Remé en la laguna y fumé puros. Mamá y Lorraine se pusieron de los nervios mutuamente. Lorraine habló entre dientes. Mamá echó cabezaditas. Mamá charló a solas con Marilyn mientras yo estaba en el mercado.

—Tu madre me ha dicho que pronto saldrá un libro tuyo —me dijo Marilyn.

Lo primero que se me ocurrió fue contestar que mamá se confundía, y estuve a punto de hacerlo, pero atribuirle delirios a una persona que los padecía tan a menudo me pareció injusto.

—Bueno, el libro todavía no está terminado, aunque espero que salga en primavera —dije.

—¿Qué título tiene?

—Todavía no tiene ninguno. Es una adaptación del Satiricón. —Me reí—. Otra incursión de las mías en el mundo de los superventas.

—Me encantaría leer un fragmento.

—A mí también —respondí. Me miró con aire perplejo.

—Me encantaría verlo cuando esté listo —añadí.

—De hecho, leí Segundo fracaso cuando salió. Me gustó.

Asentí con la cabeza.

—Gracias. Me temo que no tengo muchos lectores.

Estábamos sentados en el muelle, mirando la laguna. Teníamos una botella de merlot, pero las velas de citronela que habíamos encendido para ahuyentar a los mosquitos habían echado a perder el sabor del vino. Marilyn me había contado muchas cosas de ella, y supongo que yo le habría contado muchas cosas de mí, pero la información sobre los demás siempre nos parece más importante, o más interesante, o, sencillamente, más información propiamente dicha. Se había criado en las afueras de Boston con su hermano y sus padres, médicos los dos; había estudiado en Vassar y luego en Columbia; era abogada de oficio y trabajaba para el organismo encargado de establecer directrices en materia de enjuiciamiento. Viajaba de estado en estado explicando la legislación a los abogados de oficio. Se tomaba su trabajo muy en serio, le parecía importante, y a mí también me lo parecía. En cierto modo, Marilyn se parecía mucho a mi hermana: algunos de sus colegas le caían bien, pero no le gustaba el lugar donde trabajaban; era una ardiente defensora de los derechos de sus representados, pero no sentía ningún aprecio por ellos como personas.

Los mosquitos andaban muy ocupados en nuestros tobillos.

—¿Te importa que me encienda uno? —pregunté sacándome un puro del bolsillo de la camisa.

—No, adelante.

Lo encendí y le eché el humo en las piernas.

—Esto ahuyentará a los mosquitos.

—Es sexy.

Me eché hacia atrás y la miré a los ojos. No era la típica guapa de película de belleza estúpida, pero su cara resultaba interesante, llena de experiencia, llena de reflexión, y por tanto sí que era guapa. Yo esperaba que mi cara transmitiera todo eso lo bastante para hacerme atractivo. Nuestras cabezas se movieron hacia un punto común en el espacio de ese modo en que suelen hacerlo las cabezas cuando se anuncia el primer beso. Y nos besamos, suavemente, y también resueltamente, contundentemente. Nos separamos sin tener nada que decir. Estaba aterrado, preguntándome si terminaría alejándola de mí y jodiéndolo todo.

Luego oímos un ruido de remos en la laguna y una risa ahogada. Bajo la luna, Lorraine y Maynard flotaban en un pequeño esquife. Era muy tierno. Quería alegrarme por Lorraine, pero lo único que sentía era pena por mi madre, que se había quedado en casa con una soledad que, seguro, estaría matándola.



Nunca he sido capaz de enrollarme bien, ni siquiera lo he intentado, y siendo yo mismo no me ha ido nada mal. No obstante, de adolescente me moría por encajar en el grupo. Veía cómo mis amigos, que no parecían tan distintos de mí, se metían en el papel y se transformaban por completo.

—Eh, tío, ¿qué pasa? —decían.

—Aquí, suave —respondía alguien.

Yo no entendía nada, pero aquello parecía relajado, informal. Y, lo que era más importante, molaba. Recuerdo las palabras, las expresiones.

Suave.

¿Qué pasa?

Hermano.

Mueve el esqueleto.

Tranqui.

Mola.

Loro.

Choca esos cinco.
Eh (ésa no era muy difícil).
No me vaciles.
Enróllate.
Carro.
No me comas el coco.

Yo lo intentaba, pero nunca sonaba relajado; nunca me salía un tono auténtico. En realidad, esas palabras nunca me parecieron auténticas vinieran de quien viniesen, aunque me daba cuenta de que la otra gente se enrollaba mucho mejor de lo que yo podría llegar a hacerlo jamás.

Como es natural, yo era el único al que le preocupaba mi torpeza, eso lo descubriría más tarde, pero entonces estaba convencido de que esa torpeza era el rasgo definitorio de mi personalidad. «Ya sabes, Thelonious Ellison, el torpe». ¿Ése tan estirado? ¿El que parece blanco? Si ni siquiera sabe jugar al baloncesto.



Era una mañana fría, y me alegraba de haber echado mano de la manta que tenía a los pies de la cama. Apenas si empezaba a amanecer. Desde lo profundo de esos dulces instantes entre el sueño y la vigilia, oí que Lorraine me llamaba.

—¡Señor Monk! ¡Señor Monk!

Bajé las piernas y me puse los pantalones de chándal y las zapatillas.

—¿Qué pasa? —grité hacia el piso de abajo en cuanto crucé la puerta de la habitación.

—Es su madre.

Corrí escaleras abajo y vi a Lorraine en la cocina. Estaba mirando por la ventana. Busqué a mamá.

—¿Qué pasa, Lorraine, dónde está mamá?

Lorraine no contestó, se limitó a señalar la laguna. En la superficie del agua lisa como un espejo, de pie en el ligero esquife azul, estaba mamá. Tenía los brazos pegados al cuerpo y se la veía absolutamente tranquila.

—¿Qué está haciendo ahí? —pregunté; en cuanto las palabras abandonaron mis labios me di cuenta de lo estúpido de la pregunta. A favor de Lorraine, debo decir que no contestó—. Supongo que debería ir a buscarla.

Pero ¿cómo?, me preguntaba. Mamá se había llevado el bote. Miré

los jardines de los vecinos en busca de algo de lo que echar mano. Nada.

—Creo que tendré que darme un baño.



El agua estaba helada. Nunca he sido un nadador avezado, pero confiaba en poder alcanzar el bote. A mitad de camino, hice un alto para situarme un poco. Miré hacia atrás y no solo vi a Lorraine de pie en el muelle, también estaban los vecinos, a los que no conocía, reunidos en grupitos en la orilla. Seguí nadando. Era curioso: el ejercicio me estaba sentando bien. Sabía que le había dado otro ataque: mamá odiaba el agua. Las ocasiones en las que papá logró convencerla de que se subiera a un bote fueron auténticas proezas, y ahí la tenía, flotando a la deriva, sola. Hasta que llegara a donde estaba no sabría cuánto se había alejado.

Me paré a mirar y vi que estaba a poco más de un metro del bote. Me acerqué nadando de costado y levanté el brazo fuera del agua. Luego retiré la mano al ver que mamá trataba de pegarme con un remo.

—Mamá, soy yo —dije manteniéndome a flote y tratando de distinguir sus ojos.

Como estaba de espaldas al sol que empezaba a salir, nadé alrededor del bote. Y cuando logré verle los ojos, no había nada que ver: no era mamá, aunque sí era mi madre, por supuesto. Podría haberme pasado horas diciéndole quién era yo, y no habría entendido nada. Vi la amarra del bote flotando en el agua y la agarré. Entonces empecé a nadar de costado de vuelta al muelle. La veía todo el rato: estaba de pie, con el remo levantado, lista para pegarme si me acercaba.

—No pasa nada, mamá —le repetía todo el rato—, no pasa nada.

Al final, le dije con voz severa:

—Señora Ellison, estar de pie en el bote está terminantemente prohibido.

Se sentó y de inmediato sentí que mis movimientos en el agua se volvían más relajados.

Lorraine, ahora con Maynard y Marilyn, nos esperaba en el embarcadero para recibirnos. Lorraine y Maynard ayudaron a mamá a salir del bote y a subir por la rampa. Marilyn se ocupó de mí. Me desplomé de espaldas, jadeando y con los ojos clavados en un cielo en el que ya había luz.

—Dios mío —dije.

—¿Estás bien? —preguntó Marilyn.

La miré y después me incorporé. Había gente por toda la orilla de la laguna, incluso en el otro extremo, todos observándonos. Que se hubieran quedado mirando con la boca abierta no me molestaba demasiado. De haber sido yo uno de ellos, también me habría quedado plantado como un tonto. Pero su atención subrayaba lo que ya era evidente: que mamá estaba muy mal y que nada ni nadie podría remediarlo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarme Marilyn.

—Creo que sí. Tendría que ir a ver a mamá.

Me ayudó a ponerme en pie, y creo que llegué a escupir un poco de agua. Tenía los pantalones del chándal pegados a las piernas, y pesaban, como tenía que ser.



Àppropos des bottes

—Bienvenido a Virtute et Armis.

—Me gustaría salir en el programa —dijo Tom.

—Pues claro que le gustaría —le dijo la rubia. Le dio a Tom un impreso de una sola página—. Para empezar, rellénelo y entréguemelo. Puede sentarse a esa mesa.

Señaló hacia el otro extremo de la sala, en dirección a una mesa de madera a la que estaban sentados tres hombres negros.

Tom cogió el impreso y fue hacia allá. Se sentó y cogió un boli atado al sobre de la mesa con una cadenita.Trató de ver las caras de los otros hombres, pero no había manera de que levantaran la vista. A lo primero que le preguntaban, que era cómo se llamaba, ya no sabía qué contestar. Quería echarse a reír. Bajo la línea, entre paréntesis, el impreso especificaba: nombre de pila y apellidos. Escribió «Tom» en el lugar indicado y luego trató de que se le ocurriera un apellido. Pensó en usar «Himes», pero le entró miedo, temía meterse en problemas, en más problemas. Al final escribió «Wahzetepe». No sabía por qué lo había escrito, pero el nombre le había salido sin esfuerzo, y fue repitiéndolo en voz baja. «Wah-ze-te-pe». Si le preguntaban, diría que era un apellido africano, pero él sabía que era una palabra sioux, aunque desconocía su significado. No sabía dónde había aprendido la palabra, pero sería su apellido, estaba decidido. En el impreso le pedían el número de la Seguridad Social, y de la nada se materializó

uno, aunque él sabía que era falso. 451-69-1369. Se quedó mirándolo, preguntándose qué querría decir. En el par de números centrales reconoció el signo zodiacal de cáncer. Pero los otros dos grupitos, 451 y 1369, no le decían nada. Llegó al final del impreso sin parar de mentir: sobre su dirección, sobre su lugar de nacimiento, sobre sus estudios

—había estudiado en el College of William and Mary, escribió— y sobre sus aficiones, entre las que incluyó fabricar dulcémeles y cometas en forma de caja hechas de bolsas de la basura. Le llevó el impreso a la recepcionista, que lo recibió muy contenta y, a continuación, le entregó un montón de páginas.

—Si fuera tan amable de contestar a estas preguntas como buenamente pueda, podremos tomar una decisión acerca de su candidatura para el programa —dijo—. Tiene quince minutos.

—Miró el reloj—. A partir de este momento.

Tom volvió a la mesa. La primera pregunta era: ¿Sabría describir a los miembros de la familia de insectos Haliplidae? Tom se limitó a escribir «sí». Luego pensó que estaba siendo demasiado literal y continuó con la descripción. Escribió: «Los halíplidos son unos escarabajos acuáticos. Son pequeños, de forma oval y convexa, de color usualmente amarillo o marrón con manchas oscuras. Se distinguen de otros escarabajos acuáticos porque sus metacoxas se prolongan en una placa». Sabía que podría seguir, pero tenía la impresión de que debía pasar a la siguiente pregunta.

(2) ¿Quién era Ferdinand Albert Decombe? Sin vacilar, Tom respondió: «Conocido como Albert, fue nombrado maître de ballet de la Ópera de París en 1829. Produjo varios ballets, entre los que se cuentan Le Séducteur au village, Cendrillon y La Jolie fille de Gand».

(3) Defina el teorema del valor medio. «Este teorema es una generalización del teorema de Rolle. Si la función $y = f(x)$ es continua para $a \leq x \leq b$ y derivable para cada valor de x para $a < x < b$, entonces existirá un punto c comprendido entre a y b en el que la tangente a la curva será paralela a la cuerda entre los puntos $A[a, f(a)]$ y $B[b, f(b)]$».

A Tom le ardía el cerebro. Las respuestas le salían con mucha facilidad, aunque él no sabía por qué. Pero lo entendía todo y la cabeza le echaba humo. Al final se le pidió que describiera el sistema de inyección monopunto que la Chrysler Motor Company había ideado en 1977, y él obedeció. Ofreció, con una respuesta detallada pero aburrida, la descripción del funcionamiento del concepto en el automóvil Imperial que le habían solicitado. Lo tedioso de la respuesta, sin embargo, sirvió para sofocar el fuego de su cerebro.

—Tiempo —le dijo la mujer a Tom desde su mesa.

Tom le llevó el test.

—Muy bien —le dijo ella—. Ahora márchese a su casa, si lo necesitamos lo llamaremos.

—No tengo teléfono —contestó Tom.

—Vaya, por Dios.

—Esperaré aquí —dijo Tom.

Fue hacia el sofá y se sentó. La decisión de quedarse en el despacho turbó visiblemente a la recepcionista, que se llevó a otro despacho lo que Tom supuso que sería su test. Tom cogió una revista de divulgación científica y leyó un artículo sobre el nuevo tanque del ejército que viajaba a una velocidad media de 145 kilómetros por hora en terreno accidentado.

Tom estaba en el edificio de la NBC, en las oficinas exteriores de Virtute et Armis, esperando en el sofá a que la recepcionista reapareciera en su mesa, y lo hizo acompañada de un hombre con traje gris y pelo gris y una sonrisa que le había invadido la cara como si fuera una infección. La recepcionista señaló a Tom y el hombre de pelo gris asintió y se dirigió hacia él. Mientras se le acercaba, Tom observó su andar confiado.

—El examen le ha ido muy bien —dijo el hombre. Tom movió la cabeza en señal de asentimiento.

—En el impreso leo que estudió en William y Mary. ¿Cuándo se graduó?

—En realidad, no es cierto. Yo solo quería escribir algo.

—Me llamo Damien Blanc —dijo el hombre—. Soy el productor de Virtute et Armis.

—Querría disculparme por haber mentido en el cuestionario.

—Usted no se preocupe. Esto es la televisión. ¿A quién coño le importa dónde ha estudiado o si ha estudiado? —Se sentó en el sofá, al lado de Tom—. La cuestión, señor Wahzetepe… —Se detuvo—. ¿Puedo llamarte Tom?

Tom asintió en silencio.

—La cuestión, Tom, es que tenemos un problema. Verás: uno de los concursantes del programa de esta noche se ha puesto enfermo y necesitamos reemplazarlo enseguida. Y aquí estás tú.

—¿Voy a salir en el programa?

—Eso mismo. En directo, para todo el país.Ya sabrás que somos uno de los pocos programas que todavía se emiten en directo.

—Se miró el reloj—. Salimos en poco más de seis horas, así que te sugiero que descanses un poco, comas algo y te relajes. El programa puede ser agotador.

—Sí, ya lo sé.

Tom no podía creer que la suerte le hubiera llegado tan rápidamente. Iba a salir en Virtute et Armis. Mientras lo pensaba, sin embargo, se acordó del triste final de sus predecesores, personas

brillantísimas que habían pinchado en esas preguntas con truco. ¿Y si no se habían ido con cuidado? ¿Y si a fin de cuentas no eran tan listas? Tom decidió que él sí que sería listo. Él contestaría todas las preguntas a la perfección. Triunfaría donde los demás habían fallado.

—¿Estás bien? —le preguntó Blanc.

—Sí.

—Bueno, entonces preséntate a las siete. Nos encontraremos aquí y te llevaré a la cuarta planta.

—Gracias —dijo Tom—. Muchas gracias.

—No, Tom. Gracias a ti.

Blanc exhibía una sonrisa enorme en su cara lechosa, y no paraba de pasarse los dedos, largos y huesudos, por el cabello gris.

—Ya estás aquí, muy bien. Si no hubieras venido no sé qué habríamos hecho. Vamos, te llevaré arriba, así te maquillarán, y hasta te darán una camisa nuevecita y una corbata y todo. Apuesto a que este extra no te lo esperabas. Esto es la televisión, ya sabes, aquí hay que dar buena imagen. Virtute no es una producción de saldo. Nosotros estamos en lo más alto. No puedo creer lo bien que te salió el examen. Vamos. —Blanc lo agarró de los hombros, le hizo darse la vuelta y lo puso a caminar hacia los ascensores—. Allá vamos. ¿Estás nervioso?

—No.

—Pues deberías. Esto es una oportunidad de oro para ti. Nadie sabe adónde puede llevarte esto: no hay nada imposible. Podrías firmar un contrato con una discográfica, podrían ofrecerte un papel en una telecomedia. Quién sabe.

Subieron en el ascensor hasta la cuarta planta y salieron. Caminaron por el pasillo hasta una puerta doble y pasaron al lado de un negro que estaba fregando el suelo. Mientras el hombre escurría la fregona en el cubo, Tom se fijó en su cara y pensó que le sonaba. Cuando las puertas se cerraron, lo reconoció: era un antiguo concursante del programa.

Ahora estaban delante de una puerta con el rótulo «maquillaje».

—Aquí te pondrán a punto —dijo Blanc enderezándose la corbata —. Ahora tengo que ir a ver a nuestro otro concursante, pero estarás bien. Tú relájate y déjate llevar. Tómatelo con calma.

Tom asintió. Se volvió hacia las puertas dobles; quería volver al pasillo para hablar con Bob Jones, pero Blanc lo condujo a la sala de maquillaje. Tom pasó de los brazos de Blanc a los de dos mujeres, que lo hicieron girar en redondo y lo sentaron en una silla, delante de un espejo muy grande.

Una de las mujeres era pelirroja y de mejillas muy rollizas, aunque eso fue todo lo que de su persona pudo ver Tom.

—Tú relájate, cariño —le dijo—. Todavía no hemos perdido a ningún paciente.

La otra mujer parecía enferma de lo flaca que estaba.Tenía las mejillas hundidísimas, como si dentro de la boca los carrillos llegaran a tocarse.

—¿Qué talla de camisa gastas? —le preguntó.

—Una L.

—¿Medida del cuello?

Tom negó con la cabeza.

La mujer flaca hizo pasar el aire entre los dientes y dijo:

—Eres un hombretón. Gastarás una dieciséis y medio, calculo.

—A ver esa cara —dijo la pelirroja cogiendo a Tom de la barbilla y tirando para moverle la cabeza—. No estás nada mal —añadió mientras le alisaba la frente con el pulgar.

La mujer alargó la mano hasta el carrito que había al lado de la silla y cuando la retiró tenía las puntas de los dedos cubiertos de una crema marrón.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom.

—No eres lo bastante moreno, cariño —respondió la mujer. Se puso a restregarle la cara con la crema—. Son cosas de la tele.

Tom miró en el espejo cómo el color roble de su piel se convertía en color chocolate.

—Ahora sí —dijo la pelirroja—, esto está mucho mejor.

La mujer flaca volvió con una camisa blanca. La prenda estaba muy almidonada, pero Tom consiguió ponérsela con ayuda de la mujer. El cuello resultaba un pelín estrecho. Tom trató infructuosamente de abrocharse el primer botón.

—A ver, deja que te eche una mano —dijo la flaca.

Sus nudillos huesudos le presionaban la nuez y no lo dejaban respirar. Forcejeó con el botón durante algunos minutos hasta que por fin pudo pasarlo por el rígido agujero.

—Ahora.

Se alejó.

Tom se miró al espejo y vio a otra persona. El contraste de la camisa blanca contra el tono modificado de su cara lo inquietó y lo confundió. Se sentía como un payaso.

—¿Tengo que llevar la cosa esta en la cara? —preguntó.

—Eso me temo, guapo —dijo la pelirroja—. Eso me temo. Las normas son las normas. No querrás que en casa la gente se confunda, ¿verdad?

La flaca anudó la corbata al cuello de Tom, apretándola hasta que ese cuello de camisa tan tieso le estrujó la garganta.

—¿Estás preparado? —Era Blanc, que se asomó de repente a la sala —. Eh, estás absolutamente genial. —Dio una vuelta alrededor de Tom

—. Buen trabajo, chicas. Muy bien. Está perfecto. Me ha costado reconocerte,Tom.

—A mí también.

Blanc soltó una carcajada.

—¿Habéis oído, chicas? «A mí también». Este Tom es un chistoso. —Calló y le puso la mano en el hombro—. Es la hora,Tom. Es la hora de concursar en Virtute et Armis.

Tom se puso en pie, salió detrás de Blanc y lo siguió por el pasillo hasta que llegaron a otra puerta sobre la que brillaba una luz roja encendida. Entraron y ante ellos vieron el plató de Virtute et Armis.Tom se quedó sin aliento. Por primera vez, estaba nervioso. Tenía que ganar el concurso, no le quedaba otra, pero también sabía cómo funcionaba el juego: no dependía de él. Debería andarse con cuidado para no meter la pata. Ya estaba allí, en el estudio, en el umbral de su futuro.

Las luces del estudio eran duras. Las cámaras parecían gorilas descomunales delante del plató. Tom tenía la sensación de que el maquillaje se le estaba derritiendo; se preguntó si tendría churretones en la cara. Y de repente, ahí estaba Jack Spades, con ese pelo negro engominado hacia atrás, brillando como si fuera a pilas. Llevaba un babero de plástico y repasaba sus fichas mientras la flaca de la sala de maquillaje le empolvaba la frente. Y ahí estaba el panel circular del suelo, con los cuadros de distintos colores que a Tom le parecían los obstáculos que se le avecinaban. Su contrincante estaba sentado en un sillón abatible en el otro extremo del estudio. Una mujer de melena castaña le hacía la manicura. Era un hombre guapo, rubio, de rasgos esculpidos. Tom observaba a Blanc y a Spades, que charlaban. Los dos parecían preocupados por algo; uno meneaba la cabeza y luego la meneaba el otro. En un momento de la conversación, Blanc señaló al concursante blanco de la silla reclinable.Tom sintió una soledad muy profunda. Miró al público, que entraba y ocupaba sus asientos. Eran todos blancos y rubios, y todos tenían la vista, un océano de ojos azules, clavada en Tom.

Jack Spades se separó de Blanc y se dirigió hacia Tom.

—Jack Spades —se presentó—. Bienvenido al programa.

—Había algo en su sonrisa demasiado deslumbrante, demasiado limpio, demasiado irreal. Le estrechó la mano a Tom—. Quiero desearle suerte. Relájese. Estoy seguro de que le irá muy bien y de que será motivo de orgullo para su raza.

Spades se alejó y fue reemplazado por Blanc.

—Ya es hora de que vayas a tu sitio —dijo—.Tienes que quedarte de pie en la marca roja. En caso de duda, tú busca la marca roja en el suelo.Ya has visto el programa, así que ya sabrás qué hacer. Tú

escucha a Jack y mira al director, es el que lleva la gorra de béisbol. Cuando respondas, mira a la cámara con la luz roja. Y ahora, a por ellos,Tom.

Tom se dirigió al plató y ocupó su lugar, pisando con cuidado la marca roja con la punta de los pies. Los focos cayeron sobre él; ya no veía bien las caras del público, pero sentía sus ojos, que lo miraban, podía oír su respiración. El tema musical inundó el plató y se oyó la presentación de su contrincante.

—De Elkhart, Indiana, llega un asistente social que algunas noches toca en los clubes de la región con su orquesta de blues. Es el presidente de la asociación de vecinos y de la asociación de padres y profesores de la zona. Hal Dullard.

Hal Dullard saludó con la mano a los telespectadores.

—Y de Misisipi,Tom Wahzetepe.

La cámara miró fijamente a Tom y Tom le devolvió la mirada.

—Y ahora, vuestra estrella favorita, el presentador de Virtute et Armis, Jack Spades.

Jack Spades entró al trote y saludó al público.

—¡De cabeza al concurso! —dijo—. Señor Dullard, nombre un color primario, por favor.

—Verde.

El estudio entero ahogó un grito.

Spades, aturdido, carraspeó y dijo:

—Lo siento, no podemos aceptar la respuesta.Tom —continuó Spades—, ¿qué es la anafase?

—La anafase es la fase de la división celular que se caracteriza por el desplazamiento de los cromosomas, que desde el ecuador del huso se dirigen a los polos. Empieza cuando los centrómeros se separan y termina cuando los cromosomas llegan a los polos.

—Correcto —dijo Spades—. Avanza un cuadrado.

—Señor Dullard, en la Biblia, ¿quién mató a Goliat?

—Ése debió de ser Salomón.

El público del estudio volvió a emitir un gemido. Tom miró hacia Blanc y vio que tenía la cara entre las manos.

—No es correcto —dijo Spades—. La respuesta es David.

Pasó a la siguiente ficha.

—Tom, diga el título del poema del que vienen estos versos, luego nombre al poeta y cuéntenos algo sobre él.

Llorad por los que son tiernos y delicados,
los que, descalzos, caminan sobre espinas
sacando agua para los bárbaros,
talando árboles a una orden suya.

Tom se quedó en silencio durante unos instantes y vio una sonrisa fugaz en la cara de Blanc. Luego dijo:

—Los versos son del poema «Lamento por la devastación de la tierra de Israel». El nombre del poeta es Yosef Ibn Abitur. Nació a mediados del siglo x. Es el autor de una explicación en árabe del Talmud para el califa Al-Hakim II. Debe su fama, sobre todo, a sus obras litúrgicas, libros de oraciones para los judíos catalanes y del norte de África.

La cara de Blanc era totalmente inexpresiva.

Spades movió la cabeza y dijo:

—Correcto, un cuadrado.

Y luego anunció la pausa publicitaria, durante la cual varias personas se le acercaron corriendo y se ocuparon de su frente sudorosa.

Rápidamente, a grandes zancadas, Blanc se acercó a Dullard; parecía que, entre susurros, estuviera gritándole. Aunque solo los tenía a dos cuadrados de distancia,Tom no podía oír lo que decían. El público del estudio le parecía hostil.

Con los dedos, el director fue marcando la cuenta atrás desde cinco y señaló a Jack Spades.

—Bienvenidos de nuevo —dijo Spades—. A ver si conseguimos que avance, señor Dullard. Diga el nombre del primer presidente de los Estados Unidos de América.

—Thomas Jefferson.

—Mal —dijo Spades, incapaz de ocultar su irritación—. No es correcto.

—Tom, ¿qué es un sistema de distribución en serie?

—Es el sistema que debe construirse cuando se instala un tanque séptico en un terreno inclinado. Consta de tres zanjas planas excavadas siguiendo el contorno del terreno, cada una en un punto más bajo que la siguiente. Gracias al sistema de conexiones entre zanjas, las aguas negras solo se transfieren a la zanja inferior cuando la capa de grava de la zanja superior se satura. —Tom pensó en dejarlo ahí, pero continuó—. Por tanto, la primera zanja del sistema deberá alcanzar el límite de su capacidad antes de que el caudal se desvíe a la segunda. Además, este sistema no requiere caja de distribución.

—Correcto, un cuadrado.

Dullard no sabía que los gorilas son primates. No sabía cuál era la abreviatura de avenida. No sabía cómo se llamaba la hembra del gallo. Tom casi había completado el círculo y casi le llevaba una vuelta de ventaja al señor Dullard. El público del estudio había dejado de respirar. Blanc masticaba aspirinas como si fueran caramelos. Spades sudaba tanto que ni todas sus asistentes, borla en mano,

lograban disimularlo.

—Tom, para declararse campeón y llevarse trescientos mil dólares en efectivo, conteste: ¿con qué versos abre Ralph Waldo Emerson su ensayo Confianza en uno mismo?

Tom permaneció en silencio durante unos segundos. En el estudio todos se quedaron callados. La luz roja de la cámara que tenía enfrente le molestaba en los ojos. Dijo:

—Empieza con

Ne te quaesiveris extra.

»Y siguen los versos del epílogo a La fortuna del hombre honrado, de Beaumont y Fletcher.

El hombre es su propia estrella; y el alma, que puede
hacer del hombre honrado y perfecto,
rige la luz, la influencia y el destino;
nada le llega tarde o temprano.
Son los ángeles nuestros actos, para bien o para mal,
fatales sombras nuestras que nos acompañan.

Spades inspiró; estaba a punto de hablar cuando Tom añadió:

—Y luego vienen cuatro versos, que son:

Lanza a la criatura a las rocas,
que mame de la ubre de la loba,
que, tras hibernar con el halcón y la zorra,
sean sus manos y pies fuertes y veloces.

Spades formó la palabra «correcto» casi sin pronunciarla en voz alta. Su decepción era evidente.

—Y por lo tanto, usted,Tom Wahzetepe, de no sé dónde en Misisipi, es nuestro nuevo campeón.

Del público no llegó sonido alguno. Estaban todos muertos.

11

Seguir con la farsa de que aquéllas iban a ser las últimas vacaciones de mamá, unas vacaciones que para ella significarían mucho, ya no tenía sentido. A la mañana siguiente volvió a escabullirse por la verja y se las ingenió para perderse en la calle de arriba. Lorraine estaba preocupada, pero también experimentaba otra sensación, la consumía algo que nunca había vivido, que yo supiera: una relación amorosa con un hombre. Parecía sentirse un poco culpable por su felicidad recién estrenada, porque con mamá estaba simpatiquísima y a mí me sonreía más de lo normal. Marilyn se mostraba muy comprensiva, como era de prever, y me dejaba estar a mi aire, lo que también era de prever. Una noche acosté a mamá temprano después de atiborrarla de sedantes (la mitad habría bastado para dejarme fuera de combate) y fui andando hasta la casa de Marilyn. Un hombre abrió la puerta, y detrás de él vi la cara de Marilyn.

—Siento interrumpir —dije.

—Monk. —Por cómo lo dijo, mi interrupción quedaba confirmada —. Entra. Quiero presentarte a Clevon.

Clevon agarró por el pulgar la mano que le tendí y me dio un apretón que ya me habían dado antes pero que, de todos modos, siempre me pillaba por sorpresa.

—¿Qué pasa, hermano? —dijo.

Me puse a pensar a la desesperada. ¿Cuál era la respuesta adecuada a «qué pasa»? ¿Debía contestar «no pasa nada», dando a entender que no tenía razón alguna para estar ahí? No podía contestar «pasan varias cosas», porque entonces me vería obligado a decir qué cosas pasaban. Así que me decidí por «no gran cosa», lo que, en cierto modo, me pareció adecuado, aunque quizás, implícitamente, un poco insultante para Marilyn.

—Vivo más arriba —dije.

—Muy bien —contestó Clevon, y con un andar elegante y relajado se acercó al sofá, donde se puso a mirar los discos compactos que formaban una pila.

—No sabía que estabas acompañada —le dije a Marilyn.

—No pasa nada. ¿Quieres beber algo?

—En realidad, creo que Lorraine va a salir. Tendría que volver a casa con mamá.

Fue decir ese «volver a casa con mamá», con Clevon delante, y querer morir. Me pareció regresar a la adolescencia. Cuando me hubiera ido, ¿se echaría a reír y le preguntaría a Marilyn qué clase de nombre era Monk? Marilyn salió al porche conmigo. Se disculpó y luego me dijo en voz baja:

—Salía con Clevon.
—¿Ya no sales con él?
—Estamos dejándolo, más o menos.
—Eso puede ser duro —le dije—. Nos vemos mañana, ¿vale?
—Vale.
No se inclinó hacia delante para proponer un beso y yo, respetuoso, seguí su ejemplo. Bajé las escaleras del porche y me alejé. Cuando me llamó, me volví.
—Mañana —dijo. Asentí con la cabeza.



Columbia, Maryland, fue un famoso modelo de planificación urbana hasta que su población sobrepasó lo planificado. Entonces la ciudad se convirtió en una más, y el plan urbano jugó en su contra. El hospital, que recibía el compasivo nombre de casa de convalecencia, quedaba a las afueras de Columbia. El personal no iba con el típico uniforme azul, blanco o verde de hospital, sino que llevaba uniformes y vestidos estampados. Y todos se veían irritantemente jóvenes y en forma. No dejaban de sonreír mientras se inclinaban sobre pacientes babeantes y conversaban con caras que les devolvían miradas vacías. Al pensar en que mi madre sería uno de esos pacientes, en que cuando viniéramos para internarla estaría lúcida, me sentí profundamente triste.
—En el centro siempre hay un médico, por lo menos —me dijo la rubia guapa del traje chaqueta color caqui—. Tenemos siete zonas de ocio, y en todas pasamos películas antiguas y modernas. La comida es extraordinaria, lo animo a que la pruebe. Le costará trabajo creer que es comida de hospital.
—¿Tienen una biblioteca decente?
—En las zonas de ocio hay estanterías con libros.
—¿Libros buenos?
—De misterio. De todo tipo.
La señora Tollison, así se llamaba esa mujer, había advertido mi preocupación, pero no sabía a qué atribuirla.
—La mayoría de nuestros huéspedes están tan mal de la vista que tienen dificultades para leer, y eso en el mejor de los casos.
Conduje de vuelta a casa sabedor de que había visto el que sería el próximo hogar de mi madre y también el último, pero también sabía que todavía no podía internarla.
Necesitaba que sufriera otro ataque, eso me daría el empujón que necesitaba.



Hay tantos tipos de martillos como de sierras. Un pulgar donde no toca no notará la diferencia.



—Bill, esta mañana fui a ver un lugar para mamá.

Por la ventana veía la cabeza de Lorraine y la de mamá, que estaban de espaldas, sentadas en el porche.

—Creo que es lo mejor —dijo Bill.

Me enfurecí de inmediato. A pesar de que era un tipo correcto, a pesar de que era médico, a pesar de que era el hijo de esa mujer, no tenía derecho a dar su opinión.

—Me alegro de que estés de acuerdo —le dije. Tras una pausa breve pero elocuente, anunció:

—Enviaré lo que pueda.

En su honor, debo decir que no me interrogó acerca de si ése era el hospital más indicado ni me soltó un sermón sobre lo que el centro debería ofrecer.

—Ya puedo ver a los niños un fin de semana al mes.

En sus palabras resonaba lo injusto de su situación; todos mis esfuerzos por enfadarme con Bill por su ausencia se convirtieron en lástima.

—¿Están bien? —le pregunté.

—Creo que sí. La única condición es que Rob no esté en casa durante las visitas.

—Qué horror.

—Bueno, esto es Arizona.

—Puede que éste no sea el momento de sacar el tema. En realidad, el momento para sacar el tema no existe, pero lo sacaré de todos modos.

Mamá y Lorraine parecían firmemente ancladas en el porche.

—Tenemos otra hermana.

Ese silencio de Bill era predecible; si nos ateníamos a las reglas, todavía no le tocaba hablar a él.

—Papá tuvo una aventura cuando estaba en el ejército y tenemos una hermana, según parece.

—¿Te lo contó mamá?

—No exactamente. Me dejó que lo descubriera en los papeles de

papá.

—Esto es algo a lo que ahora mismo no puedo enfrentarme.

—¿A qué tienes que enfrentarte? Se llama Gretchen, el apellido no lo sé. Su madre era enfermera británica en Corea y su apellido tampoco lo sé.

—Típico de papá, soltárnoslo así.

Me eché a reír.

—¿De qué estás hablando? Trató de ocultarlo hasta el final. —Al decirlo, caí en la cuenta de que tal vez no fuera cierto—. Le pidió a mamá que quemara los papeles.

—Ésta sí que es buena —dijo Bill—. Le pidió a mamá que quemara los papeles. Si a mamá le da miedo que el agua hierva demasiado rato, no vaya a quemarse.

Bill tenía razón. Tan agudo como siempre, interpretaba a papá, como siempre, mejor de lo que yo jamás podría. El enemigo siempre te entenderá mejor que el amigo.

—De todos modos, no podemos hacer nada. No hay nada en las cartas, no hay nada más en la caja.

—En la caja habrá algo, hazme caso. Vuelve a mirar. Pero yo no quiero saber nada del asunto.

Una voz de hombre le dijo algo a Bill y él contestó llamándole «cariño». Al oírlo pasé cierta vergüenza, no puedo negarlo, y la reacción me hizo sentir mal.

—Bueno, tendría que ir a ver qué hace mamá —le dije usando a mamá de excusa para colgar, aunque al instante también me di cuenta de que quizá de aquello pudiese deducirse que era yo quien iba a cuidar a nuestra madre.

Advertí que Bill estaba enfadado.

—Lo hablamos más adelante. Puede que este otoño haga un viaje para ver el hospital y todo lo demás.

En eso sí estuve de acuerdo.

—Vale.



Me quedé en casa todo el día y Marilyn no llamó. Me mentí, traté de negar el hecho de que estaba esperando que llamara o pasara por casa. Mamá estaba echándose una siesta, una más en la sucesión de cabezaditas diarias que había terminado necesitando para disfrutar de cierta apariencia de estabilidad. Parecía tener sus momentos más lúcidos en cuanto se levantaba; a partir de entonces la superficie de su universo se llenaba de grietas por las que podía caer. No había manera

de guiarla hacia terreno firme: pisaba sin mirar antes.

Así que mamá estaba dormida. Salí por la puerta trasera y me quedé un rato en el embarcadero, pensando en encender un puro. Volví a entrar en casa y lo que me encontré fue a Lorraine y Maynard, que, a falta de una descripción mejor, estaban dándose el lote. Carraspeé para que advirtieran mi llegada.

Maynard estaba sentado a la mesa.

—¿Cómo está su madre? —preguntó.

—No demasiado bien, Maynard.

—¿Sigue durmiendo? —preguntó Lorraine. Asentí en silencio y puse agua a hervir para el té.

—¿Qué os traéis entre manos, jovenzuelos? —pregunté.

Soltaron unas risitas de jovenzuelos.

—Podríamos contárselo, ya que estamos —dijo Maynard.

—¡Maynard! —protestó Lorraine.

—Se enterará de todos modos.

Miré a Lorraine y luego volví a mirar a Maynard.

—¿Enterarme de qué?

—Nos casamos —dijo Maynard.

La noticia tenía sentido, pero no por eso dejó de conmocionarme.

—Me estáis tomando el pelo.

—No, señor —respondió Maynard.

Miré a Lorraine y de repente me invadió el pánico.

—¿Y dónde viviréis?

—Aquí, en mi casa —respondió Maynard.

—Menos mal —dije.

—¿Perdón? —dijo Lorraine.

—No está mal, quería decir. Me alegro mucho por ti, Lorraine. De verdad. Enhorabuena, Maynard, te llevas una compañera fantástica.

—Eso ya lo sé yo muy bien —respondió el anciano.

Alargó la mano y cogió la de Lorraine.

—¿Será una celebración a lo grande? —pregunté—. ¿O queréis una cosa modesta, íntima y especial?

«Que no pienso pagar y a la que quizá ni asista».

—Modesta —contestó Lorraine.

Maynard me miró con sus ojos viejos y lechosos y me dijo:

—Querría que usted fuera mi padrino.

—¿De verdad?

«¿Estás loco? Pero si no te conozco».

—Su familia ha sido muy buena con mi Rainey, y usted significa mucho para ella. Quiero que usted participe.

—¿No te parece que tendrías que pedírselo a algún amigo?

—Mis amigos están todos muertos —respondió.

¿Qué decir? Y dije:

—Será un honor.
—Y quiero que su madre sea mi dama de honor —añadió Lorraine.
—Muy bien.
—Nos daremos el sí quiero el sábado —dijo Maynard.
—Solo faltan dos días.
—Somos viejos. No tenemos tiempo que perder.
Maynard se echó a reír y luego Lorraine rio con él.
Su risa era auténtica, dulce y hermosa, y me alegré de oír a Lorraine riendo así. Escuchándola, caí en la cuenta de que en la risa de mis padres nunca aprecié esa cualidad, aunque ellos se quisieron mucho, sin duda.
—El sábado —dije.



Eran las vacaciones de Navidad de mi primer curso en la universidad. Papá estaba muy emocionado ante la idea de tenerme en casa hablándole de mis clases y de mis profesores. Desde que empecé a leer literatura de la buena, él obligaba al resto de la familia a soportar las conversaciones que manteníamos cuando nos sentábamos a comer. Cuando yo tenía once años, me azuzaba con preguntas fáciles para luego pillarme y reírse de mí un poco. Cuando tenía catorce años, me acosaba, daba la vuelta a mis argumentos y me confundía, y luego se reía de mí un poco. A mis dieciocho, parecía sinceramente convencido de que yo podía aportar algo a su comprensión de novelas y relatos. Le dije que en una clase nos habían hecho leer a Joyce. Bill protestó. Lo lógico sería pensar que el segundo curso en la Facultad de Medicina constituiría un punto de encuentro más lógico entre un médico y su hijo. Lisa estaba a punto de graduarse en Vassar, y a pesar de que al año siguiente iba a entrar en la Facultad de Medicina, estaba en su fase siniestra.
—Estamos leyendo el Retrato y Finnegans —dije.
—Veo que, últimamente, en la universidad se abstienen de emplear títulos completos.
Yo me reí y papá también se rio, pero al resto de la familia, de eso estoy seguro, el comentario debió de parecerles agresivo y condescendiente.
—¿Qué te ha parecido Finnegans Wake? —preguntó papá. Se volvió hacia Bill—. ¿Lo has leído?
Bill movió la cabeza: no.
Papá dio un rápido bocado a las patatas y volvió a dirigir su atención hacia mí.

—¿Entonces?

—Me parece que está sobrevalorado. —Papá dejó de masticar—. O no correctamente valorado, por lo menos.

—La juventud opina —dijo papá—. Los juegos de palabras bastan para hacer del libro una obra excepcional.

—Sí —respondí—. Y es multilingüe y todo eso, pero de todos modos…

—Creo que después de leer este libro el concepto de la narrativa ya no puede ser el mismo.

—Bueno, es que en realidad el libro no lo lees. Te quedas mirándolo un buen rato, pero leerlo, no lo lees.

—Exactamente.

Se echó a reír y bebió un poco de vino. Le dio un codazo a Lisa como si así quisiera incluirla en la conversación.

—Vale. Esto es lo que he escrito para la universidad.

—Miré a mamá y a mis hermanos y me sentí fatal, como si me hubiera dejado convencer de que debía degollarlos. Miré a los ojos impacientes de mi padre—. «A pesar de la explotación evidente del espacio alfabético y léxico del Finnegans, y a pesar de los efectos tipográficos o estructurales en los que decidamos centrarnos, el rasgo más destacado del libro es el modo en que se ajusta a las convenciones narrativas; el modo en que se ramifica a partir de recursos como la metáfora y el símbolo. La diferencia estriba en que cada frase, cada palabra, dirige nuestra atención hacia dichos recursos. La obra, por tanto, reafirma lo que parece denunciar. Es lo que es, y su validez experimental depende de la aceptación general de las convenciones narrativas».

Papá me miró durante un rato. Luego miró a sus otros dos hijos y dejó el tenedor en el plato.

—Espero que esta noche le deis un beso a vuestro hermano antes de acostaros.

Luego se levantó de la mesa.



Mi hermano y mi hermana me daban lástima, pero todavía sentía más lástima de mí mismo. No me gustaba que me marginaran, y era consciente, dolorosamente consciente, de cuán inapropiada e incorrectamente me había juzgado mi padre.

A los dieciocho años me daba cuenta de que apenas era un chico de dieciocho años, ni tan tan listo ni tan especial; en realidad, si era especial debía de ser por eso. Mis ideas me parecían repugnantes y

pobremente formadas; mi persona, torpe. Me veía, a falta de una palabra mejor, como un cerebrito. De hecho, mi hermano, que estaba en el segundo curso de medicina, regresó a su infancia y, de camino al pasillo, susurró «cerebrito».

—No es culpa mía —dije.

Cuando lo dije, Lisa, que ya estaba en lo alto de las escaleras, me dirigió una mirada casi comprensiva, se encogió de hombros y se metió en su habitación. La puerta se cerró con un ruido ligeramente más fuerte que el que haría una puerta que se cerrara con normalidad: a su manera, ella también me había dado un bofetón.

Pero cómo debió de dolerles a Lisa y a Bill. Sus logros ya eran entonces (y lo seguirían siendo después) mucho más importantes que los míos. Yo todavía no había hecho nada. El favoritismo de mi padre me parecía irracional; tenía la sensación de estar marcado por una enfermedad que, en realidad, era la de papá.



Números 23, 24.



Wilde: Temo por la voz.

Joyce: ¿Qué quieres decir?

Wilde: Adónde va la literatura. Pronto se perderá la voz, y ¿qué nos quedará?

Joyce: Páginas.

Wilde: ¿Y la trama?

Joyce: ¿Qué es la trama, al fin y al cabo? No es más que una forma de anunciar la última página.

Wilde: ¿Has salido a caminar alguna vez durante una tormenta eléctrica cargado con un tubo metálico largo?

Joyce: No.

Wilde: Deberías probarlo.

Joyce: ¿Estás enfadado?

Wilde: No, solo estoy anunciando la última página.



Marilyn nunca me había parecido tan guapa. Nos habíamos quedado sentados en la cocina de su casa, y todo parecía indicar que Clevon no estaba. Marilyn sirvió el café.

—Ayer fui a ver un centro para mamá.

—¿Cómo era?

—Bonito. Limpio. Cuidado. Alegre. ¿Qué se dice de un sitio al que la gente va a expirar?

—Siento no haberte llamado ayer.

—Supuse que estarías ocupada.

—Clevon y yo lo hemos dejado oficialmente.

La noticia me alegró, pero no estaba seguro de cómo debía tomármela.

Al cabo de un breve silencio, Marilyn dijo:

—Aunque debo decirte que ayer nos acostamos.

¿Por qué debía decírmelo? Yo no tenía ninguna necesidad de saberlo, sin saberlo me las habría apañado muy bien. Si no lo hubiera sabido, no me habría importado, pero ahora me importaba, no podía evitarlo. Me importaba lo que él significaba para ella; me importaba lo que yo significaba para ella; me importaba si quien se puso arriba fue él o ella, y si ella había tenido un orgasmo (¿o más de uno?); me importaba el tamaño de su pene y el del mío; me importaba el motivo por el que me lo había contado. Estudié la mesa de madera envejecida, listones de pino blanco pandeados con un canto de lo que me pareció madera de arce, extraña combinación. Pasé los dedos por el canto redondeado que tenía delante.

—Bueno, estas cosas pasan, supongo —dije.

—Me di cuenta de que él no significa nada para mí.

Asentí en silencio.

—Eso es bueno.

«Aunque hayas tardado en descubrirlo», pensé.

Se levantó de la silla, se acercó a mí y se inclinó para darme un beso en la boca. Tiró de mí para que me pusiera en pie y me llevó de la mano a su dormitorio, donde me besó otra vez. Nos revolcamos durante un rato, girando y restregándonos varias partes del cuerpo con un nivel de excitación que resultaba refrescante y, a la vez —y por desgracia—, algo trasnochado: yo sabía que esa excitación era, en buena medida, efecto de la novedad. Mientras le besaba el cuello, de sabor ligeramente salado, eché una mirada a su mesilla de noche y vi un ejemplar de Aquí los del gueto, de Juanita Mae Jenkins. Dejé de moverme.

—¿Qué pasa, cariño? —me preguntó.

Me gustaba el sonido de su voz, sobre todo cuando me llamó «cariño», pero la visión de aquel libro me había dejado fuera de combate.

—¿Has leído ese libro? —pregunté. Se volvió a mirar.

—¿Éste? Sí, acabo de terminarlo. Es bastante bueno.

—¿Qué tiene de bueno? —le dije mientras me separaba de ella para quedarme tumbado a su lado.

Era evidente que el hecho de mantener aquella conversación la confundía.

—¿Pasa algo? No puedes salir con una cosa así de repente. No tendría que haberte contado lo de Clevon.

—¿Qué te ha gustado del libro?

—No sé. La historia era buena, supongo. Superficial pero divertida.

—¿No había nada que te resultara ofensivo?

Se quedó mirándome durante un par de segundos y luego, con actitud desafiante, respondió:

—No.

—¿Has conocido a alguien que hable como hablan en ese libro?

Advertí en mi voz una nota agresiva, y aunque no la quería ahí, sabía que una vez oída no habría manera de borrarla.

—¿Qué te pasa?

—Responde a la pregunta.

—No. ¿Y qué? El rollo este del dialecto lo descifro y ya está. No me gusta cómo me hablas.

—Lo siento —contesté, sinceramente arrepentido de haber sonado como si estuviera atacándola—. Lo que pasa es que este libro me parece una auténtica idiotez, una mierda sensacionalista y plagada de estereotipos, y no entiendo cómo una persona inteligente puede tomárselo en serio.

Excelente cambio de estrategia…

Marilyn se llevó al pecho una almohada, la que tenía más a mano, y apoyó la barbilla en ella.

—Me parece que deberías marcharte.

—Lo siento —dije.

—Vete.

Mientras salía de la habitación y me acercaba a la puerta de entrada oí que lloraba. Pero no había nada que decir.

Como Lorraine pasó la noche y la mañana en casa de Maynard preparándose para la boda, me quedé solo cuidando de mamá. Nunca imaginé hasta qué punto dependía de la sirvienta; descubrí que la realidad no conoce de sutilezas ni de amabilidades cuando le da por «ponerse chula», como quien dice. Esa mañana, mamá estaba especialmente difícil. Sabía quién era yo y quién era ella y que teníamos que ir a una boda, pero ya no se acordaba de vestirse. Así que la vestí yo. Mi virilidad no le importó en absoluto cuando me pidió que la ayudara con el sujetador, las bragas y las medias. Me sentía atrapado en una película surrealista italiana mal doblada, pero al final resultó que todo era demasiado real.

—El sujetador se me clava —me dijo—. Búscame otro.

Imaginé que así habría terminado hablándole a Lorraine. Le llevé otro sujetador y la ayudé a ponérselo; tuve que encajarle los pechos caídos en las copas.

—Eso está mejor. —Miró a su alrededor—. Los zapatos. Los negros de las tiras. Y las perlas. El collar de doble vuelta.

—No encuentro los zapatos negros —le dije desde su vestidor.

—Están ahí, Lorraine, solo tienes que mirar bien.

—Me parece que no los trajiste.

—Los tienes delante —replicó, cortante. Descalza, dio unos pasos y, apoyando una rodilla en el suelo, cogió unos zapatos de salón color burdeos—. Aquí.

—Estás muy bien, mamá —le dije.

Yo estaba de pie, detrás de mamá, que, sentada, se miraba en el espejo de la cómoda.



Papá acababa de llegar de una cena, cena objeto de una conversación, antes de salir, que había despertado mi curiosidad. Le dio un beso a mamá en la puerta y luego subió a su despacho. Lo seguí y me desplomé sobre el sofá de piel que quedaba al otro lado de su mesa.

—¿Cómo ha ido tu cena? —me preguntó.

—Así asá —contesté usando una expresión suya—. Lorraine le echó demasiada sal a la verdura. Como de costumbre.

Papá se echó a reír.

—¿Cómo ha ido tu cena? —le pregunté.

—Estaba muy buena, pero me temo que terminaré pagándolo caro.

—Se sentó a su mesa y empezó a repasar la pila de correspondencia—. Cenamos ostras, y de postre, tarta de limón.

—Las ostras me gustan.

—Ya lo sé. Quizá podríamos ir todos a Crissfield’s esta semana.

—A Lisa le gustará —dije—. ¿Qué clase de cena era? ¿De qué habéis hablado?

Me miró durante un instante.

—Bueno, éramos un grupo de viejos amigos. Un par de ellos llevaban mucho tiempo fuera. Ahora todos tienen canas. Hemos hablado de cuando no teníamos canas, de las cosas que hacíamos entonces y de cuánto nos reíamos. —Hizo una pausa—. De lo que hablan los muertos, Monk.

Lo miré sin decir nada.

Él examinó mi cara de niño de diez años y luego sonrió.

—No soy tan viejo como parece, creo. —Abrió otra carta, la leyó y la tiró—. Hacerse demasiado viejo sería una lástima, por supuesto. Vivir demasiado no es ninguna virtud. Vivir no debería convertirse en costumbre. —Más que conmigo, hablaba consigo mismo—. Mañana por la noche. Mañana por la noche saldremos y te llevaré a comer ostras.



Nos dicen que el sujeto del enunciado no debe considerarse idéntico al autor de la formulación ni sustancial ni funcionalmente. Ésta es, me han dicho mis amigos teóricos, una característica de la función enunciativa. El enunciado que me ocupaba era la caja que contenía las cartas de mi padre. ¿Era algo que mi madre trataba de contarme acerca de mi padre? ¿O era algo más ingenioso, como mi hermano Bill quería que creyese? ¿Sería un mensaje de mi padre, sabedor de que mamá no quemaría la caja y de que ésta, de algún modo, llegaría hasta mí? Mientras arreglaba a mamá para ir a la boda de Lorraine, repasé una y otra vez el contenido de la caja preguntándome qué debería hacer yo, en caso de que debiera hacer algo, y a instancias de quién. Conociendo a papá, quizá yo solo tuviera que aprender una lección sobre la vida sin necesidad de tomarme al pie de la letra lo de seguirle la pista a una hermanastra perdida. En realidad, yo sabía la poca paciencia que gastaba mi padre con la, en sus palabras, «devoción vulgar, ordinaria y simple por las relaciones rudimentariamente biológicas».



—¿Qué te parece que Lorraine se case, mamá? —le pregunté mientras caminábamos hacia el coche.

—Un poco precipitado.

—Ella parece contenta.

—Creo que no sabe lo que hace. ¿Qué sabe ella de relaciones? Nunca ha salido con nadie. Y este chico…

—Tiene casi setenta años, mamá.

—Bueno, pero parece joven. No sé, Monksie. Será para bien, supongo. Y llegará el día en que yo no esté ahí para cuidar de Lorraine.

—No digas eso —respondí mientras cerraba la puerta. Estaba metiendo la llave en el contacto. Aunque la casa de Maynard quedaba a medio kilómetro de la nuestra solamente, pegada al complejo residencial, íbamos en coche.

—Creo que mantienen relaciones sexuales —declaró mamá.

No dije nada.

—¿Tú qué crees?

—Creo que es asunto suyo.

—Mmm…



Wittgenstein: ¿Qué hacía Bach cuando lo acuciaban las deudas?

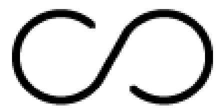
Derrida: No lo sé. ¿Qué hacía?

Wittgenstein: Darse a la fuga.

Derrida: ¿Te refieres a que huía apresuradamente para escapar de las autoridades?

Wittgenstein: Bueno, no me refería exactamente a eso. Era un juego de palabras.

Derrida: Ah, ya lo pillo.



Cuando llegamos a casa de Maynard, vimos a Lorraine en el jardín hablando a gritos con su futuro esposo, que estaba en el porche.

—¡Cómo te atreves a llamarme vieja, pedazo de fósil!

Nada es sencillo. Y mucho menos enfrentarnos a nuestros planes

cuando éstos, aunque no los hayamos puesto en práctica ni los hayamos formulado, son bastante cuestionables. De repente me invadió un sentimiento de culpa: pensé que, en cierto modo, mi plan había sido ése, que yo había querido casar a Lorraine, ingresar a mamá y seguir con mi vida. Sí que quería casar a Lorraine, sí, para no tener que cuidar de ella en los años venideros, pero lo que no quería hacer de ninguna manera era internar a mamá. Y me estaba mintiendo. En el fondo, y dada su enfermedad, tenía muchas ganas de internarla, tanto por su bien como por el mío. Aunque la palabra «internar» también resultaba inquietante: tenía sinónimos como «recluir», «aprisionar» o «encerrar», vocablos siniestros que me torturaban.

Mamá se quedó sentada en el coche mientras yo me acercaba a Lorraine y le hacía una pregunta tan ridícula como apropiada a la situación:

—¿Pasa algo?

—Sí —respondió a gritos—, este viejo tonto me ha llamado vieja.

—Eso no es lo que dije —intervino Maynard, muy tranquilo. Se apoyó en un poste—. Lo que le dije fue que dejara que mis sobrinas se ocuparan de la comida porque ella necesitaba descansar.

—Ya lo ha dicho otra vez —dijo Lorraine.

—¿Ha dicho qué? —pregunté.

—Que soy vieja.

—No, ha dicho que sus sobrinas son más jóvenes que tú.

—Ha dicho que soy vieja.

—Eres vieja, Lorraine, maldita sea —dije.

No existe descripción adecuada para la cara que puso Lorraine, y eso, como descripción, basta por sí solo.

—Alto ahí —dijo Maynard acercándose a Lorraine—. Lo que le ha dicho a mi novia es muy duro. ¿Quién es usted para llamarla vieja?

Pasó los brazos alrededor de Lorraine y ella le devolvió el abrazo.

Mamá ya había bajado del coche.

—Si Lorraine es vieja, entonces, ¿yo qué soy? —preguntó.

Miré las tres caras y me decidí por la de Maynard.

—¿Dónde está el reverendo?

—Todos están dentro —respondió Maynard.

—Vamos —dije alegremente—. Celebremos esa boda.



D. W. Griffith: Tu libro me gusta mucho.

Richard Wright: Gracias.



En algún lugar de Hollywood, Wiley Morgenstein fumaba un puro y reflexionaba acerca del valor comercial de Mi poblemática. Estaba sentado al lado de la piscina con un tipo muy alto de Nueva Jersey con el que treinta años atrás había estudiado dos cursos en el Passaic Junior College.

Wiley sonrió y volvió a encender el puro.

—Ahora esta gente va al cine. Hay una demanda, y yo voy a cubrirla.

—¿Jugamos al tejo?

—Y el libro es buenísimo, además. Con esta película haré que me tomen en serio.

—¿Quién es la rubia del jacuzzi?

—Pero tengo que conocer al escritor. Quiero ver la mano que escribió este libro. Me entiendes, ¿no?

—Voy a preguntarle cómo se llama.



En cuanto entramos en la casa, la dinámica del feliz momento se hizo evidente. Las caras que guardaban un parecido con la de Maynard no sonreían, y su expresión era muy fácil de interpretar. Eran caras que se preguntaban: «¿Por qué se casa esta vieja criada con el pobre Maynard? ¿Por lo poco que tiene ahorrado?». Con todo, se apreciaba un más que admirable intento de cordialidad que no llegaba a resultar rematadamente hipócrita. Eran seis: una hija, su marido, tres sobrinas y una cuñada. Había una mesa con comida y un televisor en el que se veía un partido de béisbol. El yerno estaba sentado con los ojos clavados en el partido. Le pregunté quién jugaba y me dijo que no lo sabía, y quedó muy claro que no estaba mirando el partido sino tratando de meterse dentro de la pantalla, lejos de la escena que tenía lugar ahí mismo. Me senté a su lado y observé cómo mi madre, muy cómoda, se entregaba a una conversación trivial.

—Esto no se hará —dijo el yerno.

Lo miré.

—La boda, que no se hará.

—¿Por qué lo dice?

Señaló al otro extremo de la habitación.

—¿La ve? Es mi mujer. Es la hija de Maynard. Odia a Lorraine. Me

ha tenido toda la noche despierto escuchando lo mucho que la odia.

Me fijé en la hija y en las miradas que le echaba a Lorraine.

—Me llamo Leon.

—Monk.

Le di la mano.

—¿Eres pariente de Lorraine?

—Trabaja para nosotros.

Me miró.

—Es nuestra asistenta.

—¿Vuestra criada?

—Es como de la familia —dije, tratando de reponerme—. Lleva muchísimos años en casa, toda mi vida.

—Lleva muchísimos años en casa —dijo, con un deje ligeramente (o no tan ligeramente) burlón—. ¿Qué sois, ricos o qué?

—No, no somos ricos.

—Yo soy ayudante de electricista. ¿Tú de qué trabajas?

—Soy novelista. —Supe interpretar su cara inexpresiva—. Y profesor de universidad. Este año estoy de excedencia.

—De excedencia. ¿Y te pagan?

—No.

—O sea que me estás diciendo que no trabajas y que no te importa. Eso, según mis cálculos, te convierte en rico. ¿Cuántos sirvientes más tiene tu familia?

—Solo tenemos a Lorraine.

Leon soltó una risita y volvió a mirar la televisión.

—¿Y qué clase de regalo le vas a hacer a tu sirvienta?

Su pregunta era tan rara como impertinente, pero desató en mí un torrente de ideas. ¿Qué iba a regalarle a Lorraine? ¿Qué le debía yo a Lorraine? ¿Qué le debía mi familia? ¿Habría ahorrado algo para cuando se jubilara? ¿Habría hecho alguna vez la declaración de la renta?

—De hecho —le dije a Leon—, voy a regalarle diez mil dólares.

Leon me miró, miró el partido y luego volvió a mirarme a mí. Se levantó y cruzó la habitación para reunirse con su mujer, a quien, estoy seguro, le contó lo que yo acababa de decirle. La hija se lo contó a las sobrinas y a la cuñada, quien a todas luces ya estaba borracha, y entonces la alegría y la calma se apoderaron del lugar. Yo me quedé con un regusto amargo que no se debía a que los miembros de la familia en la que Lorraine iba a entrar me parecieran unos mercenarios ni a que hubiera tenido que decidir en ese preciso instante qué regalo iba a hacerle, sino a que no terminaba de entender cómo podía alguien emocionarse tanto por tan solo diez mil dólares. Me sentí exactamente como nunca había querido sentirme pero siempre me había sentido: torpe y marginado, aunque fuera de una

manera injusta e incorrecta. Dirigí mi atención a la pantalla y vi una bola que pasaba volando por encima de la valla del jardín izquierdo. Y pensé que si yo fuera jugador de béisbol, mi dinero, el que Leon imaginaba que yo debía de tener, no le molestaría en absoluto. El problema era el que siempre había tenido: yo no era un tipo corriente, pero me moría por serlo. Burgués, ¿os suena la palabra?

Mi madre estaba de pie, al lado de una ventana alta. Levantó una copa de vino sobre la cabeza y todos respondieron alzando las copas, pero yo veía que los ojos se le iban llenando de esa vacuidad que tanto me asustaba. Dirigió esas órbitas vacías hacia mí y bufó.



Mi abuelo era muy brillante, pero no era un hombre precisamente divertido. Él lo sabía, y se hizo célebre por una frase, la más divertida de la historia de nuestra familia. Mi abuelo dijo: «Que yo pretenda tener sentido del humor es una demostración singular de que lo tengo». Yo tenía diez años, y ya entonces esos niveles de juego lógico me entusiasmaban. Recuerdo que mi padre casi lloraba de la risa. Mi abuelo era más juguetón que mi padre, y más blando con Bill, que lo pasó muy mal cuando, al cabo de un mes de haber dicho su frase, el abuelo murió. Era muy viejo, tendría ochenta y muchos.

Ese día papá estuvo muy tierno, y buena parte de su ternura se la dedicó a mi hermano. Nos hizo sentar en el sofá de su despacho. Él se sentó al lado de Bill y le puso la mano en la rodilla. Creo que Bill y Lisa ya sabían lo que iba a decir, pero yo no, seguro. Observé la cara de mi padre.

—Niños, vuestro abuelo ya no está entre nosotros —dijo.

Recuerdo que quedé fascinado con esa expresión, «ya no está entre nosotros». Quizá solo estuviera tratando de esquivar la noticia. Lisa se echó a llorar. Bill tenía una expresión ausente, vacía, y desplomó la cabeza sobre el hombro de papá. Nunca volvería a verlos tan cerca, sin barreras ni tensiones. Yo no lloré, no entendía la situación del todo; lo que entendí era que el abuelo estaba muerto.

Esa noche, en la cena, Lorraine se detuvo un momento en el comedor y le preguntó a papá si quería que rezara una oración.

—Diablos, no —dijo. Cuando Lorraine se hubo marchado, papá nos miró a todos—. A mi padre le gustaban mucho estos versos: «Y el pescador, con su farol / y su arpón, por las rocas bajas / andaba, y apresaba los peces que llegaban / a adorar la traicionera llama: / Felices aquellos cuyo placer extingue los sentidos y la culpa / que el placer interrumpe / destruyendo solo la vida, que no la paz».

Papá echó un vistazo a la puerta por la que Lorraine había salido.

—Os pido que el dolor no nos empuje a la creencia irracional en algún dios. No necesitamos creer que papá ha ido a la luz del bien. Él solía decirme que no temía la oscuridad. Yo tampoco la temo. Y vosotros tampoco la teméis.

Yo tenía la impresión de que sus ojos me buscaban.

No entendía por qué papá había escogido ese momento para afirmar su ateísmo. Quizá sintiera flaquear sus convicciones. Tal vez estuviera enfadado. Tal vez solo quisiera transmitirnos lo poco que sabía sobre la vida y la muerte.

Mamá, que durante los primeros minutos de la comida había guardado un silencio imposible de pasar por alto, carraspeó:

—Aquí no estamos hablando de ti.

A lo que papá respondió:

—Cierto.

Y empezamos a comer.



—¿Quién es esta gente? —soltó mi madre—. Lorraine, pelandusca, ¿cómo te atreves a dejar entrar a estos… estos… estos vándalos? —preguntó a gritos.

—Vamos, mamá —dije mientras trataba de guiarla hacia fuera—. Está enferma —expliqué en un susurro a Maynard y a los demás.

—Nunca me fié de Lorraine, esta chica solo anda detrás del dinero.

—¿Veis? Os lo dije —les dijo la hija de Maynard a los demás.

—¿Cómo te atreves? —le dijo Lorraine a la hija de Maynard—. Tontaina.

—Esa tontaina es mi mujer —dijo Leon.

—Son una panda de bandidos —dijo mamá. Se libró de mi mano y se subió a un taburete—. ¡Fuera todos, fuera de mi casa!

—¿Su casa? —dijo una sobrina.

—Lo siento —dije yo.

Lorraine se había echado a llorar. Ver a Maynard consolándola me animó. Me disculpé otra vez, y cuando me volví para tratar de llevarme a mi madre, ella echó a correr por la alfombra, disparada hacia el cuarto de baño. No recuerdo un sonido más estruendoso que el que hizo el pestillo de esa puerta al cerrarse.

Llamé.

—¿Mamá?

—¿Quién es usted?

—Soy yo, Monksie.

No hubo respuesta. Volví a llamar.

—¿Mamá?

—Ya sabía yo que era una cazafortunas.

—¡Cállese, bruja!

—Esa bruja es mi mujer.

—A calmarse todos, por favor. —Ése era Maynard.

Oí que mamá iba sacando cosas de los armarios del baño y me entró miedo. Apoyé el hombro contra la puerta y forcé el pestillo. Mamá tenía las medias medio bajadas. Cuando me vio, empezó a gritar. Le subí la ropa y, sin que dejara de gritar, la saqué del baño y de la casa. En el coche ya iba volviendo en sí.

—¿Llegamos tarde? —preguntó.

—En realidad, la ceremonia ya ha terminado. Ha sido muy bonita.



Lorraine y Maynard, no sé muy bien cómo, terminaron casados. Esa misma noche, de camino a Atlantic City, donde iban a pasar la luna de miel, Lorraine se acercó a casa para recoger sus cosas. A mamá no le dirigió la palabra y a mí apenas si me habló. Lo único que dijo fue:

—Así es como me lo agradecen.

Le entregué un sobre.

—Lo siento, Lorraine, espero que esto te vaya bien.

Maynard me dedicó una sonrisa débil, una sonrisa comprensiva.

Llamé a Bill y le dije que al día siguiente internaría a mamá. Él me dijo que cogería un avión. Yo le dije que no se preocupara, que no lo necesitaba para nada. Él me dijo que vendría de todos modos.

—Preferiría que no vinieras, ya será bastante difícil sin ti. —Oí música al fondo. Nina Simone, creo—. Ya lo tengo todo preparado. La acompañaré y pasaré el día con ella.

—Podemos ir a verla los dos.

Algunas aguas son tan claras que las truchas nadarán hasta la mosca y, cuando miren hacia arriba, a través del agua y el aire, tu silueta les resultará perfectamente visible. Inspeccionarán la ejecución del nudo y la cantidad de pegamento que has aplicado, observarán si has dispuesto un buen pelillo rígido o si el material que has utilizado es natural o sintético, rozarán el cebo con el morro y luego se alejarán nadando. De vez en cuando, una tomará la mosca aunque en la cola, ahí donde se ata al anzuelo, quede un trozo de hilo visible, o aunque el sedal esté retorcido. Una trucha oculta tras una roca en aguas rápidas y cenagosas tanto puede tomar una ninfa hundida en el rabión como no tomarla. Por mucho que las truchas puedan desquiciarnos, ni son capaces de pensar ni nos tienen en cuenta. Una trucha se parece mucho a la verdad: hace lo que quiere, lo que debe.



Estaba agotado, me ardían los ojos de haberlos tenido abiertos la noche entera mirando fijamente a mamá o el libro que sostenía en el regazo. De estar sentado en la silla de madera de bordes redondeados se me había dormido la parte posterior de los muslos. Ya no me fiaba de ninguna de las muestras de estabilidad que la anciana había dado esa misma tarde en la boda de Lorraine. Me aterraba pensar que podría levantarme y encontrar su cama vacía y luego, tras una breve búsqueda, descubrir su cuerpo sin vida flotando en el riachuelo o yaciendo al pie de la escalera. Internarla me parecía un asunto muchísimo más urgente que antes. Me moría por saber que ella estaba a salvo y por poner fin a mi desesperación.

Cuando mamá se despertó, me miró durante unos instantes y luego dijo:

—Buenos días, Monksie.

—Buenos días, mamá. ¿Has descansado bien?

—Sí, supongo que sí. He tenido unos sueños que no me han gustado. —Se incorporó y alisó la superficie de la sábana y de la fina colcha a su lado—. No recuerdo ninguno.

—Yo tampoco me acuerdo nunca de mis sueños.

—No has pasado toda la noche en esa silla, ¿verdad?

—No, mamá. —Mientras mentía, me pregunté cómo iba a bañarme y vestirme. Ahora no tenía a Lorraine para que la vigilara—. Si te quedas aquí, mamá, te traeré un té.

—Muy bien, cariño.

Cuando salí de la habitación se puso a tararear. Era Chopin, creo, una polonesa, pero no fui capaz de identificar la pieza, lo único que distinguía era la calidad de la melodía. Fui corriendo a mi habitación, me lavé ahí mismo, en el lavabo, y a toda prisa me puse una camisa y unos calcetines limpios. Regresé a su puerta y escuché: seguía tarareando. La oí pasar las páginas de una revista. Corrí a la cocina, puse el agua al fuego y me senté a la mesa para recobrar el aliento. Los ojos se me debieron de cerrar y el sueño debió de vencerme, porque me desperté con un sobresalto: mamá estaba retirando la tetera del fogón.

—Estás cansado —me dijo.

La observé mientras vertía el agua en la tetera, en la que dejó caer la bola que yo ya había llenado de té. Puso las tazas y los platitos en la mesa y dejó la tetera entre los dos.

—Qué bien, ¿no? —dijo.

—Sí, mamá.

—Mis ratos preferidos son los que paso esperando a que el té acabe de reposar. —Dirigió la mirada a lo lejos, al porche, con su mosquitera —. ¿Dónde está Lorraine?

—Lorraine se casó anoche.

—Ah, sí.

Primero se contuvo y luego se mostró muy triste.

—¿La echarás de menos? —le pregunté.

Me miró como si no hubiera oído la pregunta.

—Estabas pensando en Lorraine, ¿verdad?

—Por supuesto. Espero que sea muy feliz.

Mamá sirvió el té.

—Querría que esta mañana hicieras una maleta —dije.

—¿Por qué?

Sostenía la taza entre las manos para calentárselas.

—Tengo que llevarte a un sitio. Es una especie de hospital.

—Yo me encuentro bien.

—Ya lo sé, mamá, pero quiero asegurarme. Quiero estar seguro de que estás bien.

—Estoy perfectamente. Tu padre puede darme una pastilla o algo.

Sorbió el té y luego se quedó mirando la taza.

—Papá está muerto, mamá.

—Sí, ya lo sé. Esta mañana había un cardenal en mi ventana. Una hembra. Era preciosa. El color de las hembras de cardenal es de una sobriedad tan agradable.

—Estoy de acuerdo contigo.

Mamá me miró a los ojos.

—Esta noche debe de habérseme derramado algo en la cama.

—Yo me encargo.

—¿Cojo una maleta pequeña?
Asentí en silencio.
—Una pequeña irá bien.



Notaba que las hojas querían cambiar de color. Pero los días todavía eran cálidos. Convencí a mamá de que me acompañara a dar un paseo hasta la playa. La mañana estaba despejada, no se veían más que unas pocas nubes persiguiéndose sobre la bahía. Mamá había conseguido vestirse sola, pero el jersey lo llevaba al revés. Aunque ese despiste podría haberlo tenido yo, me pareció que era el empujoncito que tanto necesitaba para no perder la perspectiva. Esa mañana, mientras ordenaba su cuarto, había encontrado unas prendas de ropa interior manchadas que mamá había tratado de esconder.

Llevaba pantalones caqui y deportivas, y se notaba que intentaba andar con brío.

—Cuando tú eras pequeño la bahía no estaba tan sucia —dijo—. Solías tirarte desde la parte trasera del bote y nadar como un pez. Te sumergías y desaparecías bajo el bote, y a mí se me paraba el corazón.

—Lo siento. No quería asustarte.

—Ya lo sé, pero eras tan pequeño… En realidad, me gustaba miraros a Bill, a Lisa y a ti mientras os divertíais.

—Habíamos llegado al muelle y mamá se detuvo a observar una fila de tablas estropeadas por la intemperie—. No puedo creer que Lisa nos haya dejado.

La rodeé con el brazo.

—Yo tampoco. Lisa era especial. Te quería mucho, mamá.

—Ya lo sé. Y yo también la quería.

—Lisa lo sabía.

Me frotó el brazo.

—¿Por qué no te has casado, Monksie?

—Porque no he encontrado a la persona adecuada, supongo.

—Imagino que eso es lo fundamental, encontrar a la persona adecuada. Con todo, la vida es corta. —Se detuvo—. Me gustaría estar más unida a los hijos de Bill. La distancia lo ha puesto muy difícil.

—Ya lo sé.

—¿Tú hablas con Bill?

—De vez en cuando.

—Creo que no hemos hablado desde hace meses. Pobre Bill. Bill y tu padre nunca se llevaron bien. Es muy triste.

—Sí, sí que lo es.

—No creo que Ben fuera justo con Bill.

—Creo que tienes razón.

—Pero tú… Tu padre estaba loco por ti. Cuando tú no estabas delante, hablaba de ti. ¿Lo sabías? Pues lo hacía. Eras su hijo más especial.

—Supongo que ya lo sabía. A Lisa se lo parecía, sin duda, y a Bill también. En realidad, yo agradecía más tu imparcialidad que sus atenciones.

—Vaya. —Me sonrió—. Papá no se equivocaba cuando decía que eras especial.

—Gracias, mamá.

Con la conversación, mi determinación iba flaqueando. Se mostraba tan lúcida, tan sensata, tan como siempre había sido.



Pollock: Tú primero.
Moore: No, tú.
Pollock: No, insisto.
Moore: Tú.
Pollock: Tú.
Moore: Como quieras.



Al lado de mamá, con la brisa de la bahía que me hinchaba la camisa y me refrescaba, traté de pensar en la soledad que le esperaba al despertarse en una cama que no conocía con unas caras que no conocía y una comida que no conocía; en lo que pensé, en cambio, fue en mi soledad. Llevaba tanto tiempo sin contestar las cartas de mis amigos que supuse que me habrían dado por imposible. Me sentí muy poca cosa: ante la perspectiva de la vida que le aguardaba a mamá, yo, egocéntrico, solo pensaba en mí.

—¿Volvemos a casa? —me preguntó.

—Mamá, tengo que contarte lo que está pasando.

—¿Sí, cariño?

La abracé y, con la mirada fija en el agua, empecé a hablar.

—Últimamente, tu estado ha empeorado. Justo lo que dijo el doctor que pasaría. —Cogí aire—. ¿Recuerdas haber estado de pie en el bote, en medio de la laguna?

Mamá se echó a reír.

—¿Qué?

Me daba cuenta de que ella no sabía de qué estaba hablando.

—Te pusiste a remar en la laguna y yo tuve que ir a buscarte nadando. —Dejé que su silencio fuera cuajando—. Cerraste todas las puertas de casa y dejaste a Lorraine fuera, me recibiste en el despacho con la pistola de papá, y en la boda de Lorraine te encerraste en el baño. Me da miedo que te pierdas y te hagas daño. Hoy te llevaré a un sitio nuevo para que vivas allí.

Tiró de los extremos del jersey.

—¿Ya es hora de que nos marchemos?

—Supongo que sí.

—Confío en que harás lo más conveniente, Monk.



Mi primera sierra de mesa tenía un protector de plástico. Cada vez que pasaba un trozo de madera por la máquina, lo bajaba muy confiado para que me protegiera, contento cuando cortaba sin problemas y soltando tacos cuando esa pantalla tan incómoda me obligaba a desenchufar la sierra o a volver a repasar la madera a medio cortar. A decir verdad, sin embargo, el gemido agudo de la hoja me asustaba. Con los ojos y los oídos, calibraba el poder destructivo del disco, lo olía, incluso, cuando una pieza de madera quedaba tocando la hoja y se quemaba. Más tarde aprendí a retirar el protector para trabajar las tablas grandes, luego lo montaba de nuevo, atornillándolo a la máquina. Empecé a recolocar el protector cada vez menos a menudo, y luego ni me acordaba de dónde había dejado el chisme. Empujaba las tablas sin pararme a pensar que podía perder un dedo o que la hoja podía salir

disparada y rebanarme el cráneo. El olor a quemado, el gemido de la máquina y esa primera muesca que hacía la hoja en la esquina inferior de la tabla empezaron a gustarme.



Y nos fuimos de viaje a la nueva casa de mamá, a Columbia. Los trámites de admisión los hizo con la cabeza tan clara que estuve a punto de llevármela de vuelta a la playa, pero la administradora no vaciló en ningún momento, se limitó a hacer preguntas y a rellenar los impresos. Fuimos andando hasta la suite de mamá, que más que una habitación parecía un apartamento, aunque sin cocina. Mamá tocó

aquellos muebles de hospital y frunció ligeramente el ceño.

—¿Quieres que te traiga algunos muebles de casa? —pregunté.

—Muy amable. Elige tú.

Salimos afuera, al jardín, y allí me sobrecogió la verdadera tristeza del lugar. Cuando pasé al lado de su silla de ruedas, una anciana me miró, y con los ojos me preguntaba si no me importaría decirle algo, decirle que la conocía, decirle lo que fuera. Todos eran viejos y todos esperaban. Algunos parecían bastante animados. La mayoría eran mujeres. Afuera el sol calentaba más, y el césped verde que se extendía hasta la verja de hierro forjado contradecía los presagios otoñales que antes flotaban en el aire. Me volví hacia mamá y la vi deambular hacia la verja.

—¿Mamá? —La perseguí—. ¿Mamá?

La cogí para que se volviera.

Ningún indicio en su rostro de que me hubiera reconocido. En su universo, yo era un espacio en blanco. Me dejó que la guiara hacia sus dependencias. La enfermera joven que nos había acompañado y luego había estado siguiéndonos a una distancia prudencial parecía entender perfectamente lo que pasaba. Me ayudó a acostar a mi madre, salió de la habitación conmigo y me dijo que se quedaría haciendo compañía a mamá un rato. Al marcharme, advertí que todos los muebles tenían los cantos redondeados y, en la medida de lo posible, eran de superficie blanda. No traería ningún mueble de casa.



Bill y yo estábamos en el Eastern Market, íbamos deambulando entre los pasillos de comestibles y pescado. Bill era un adolescente y yo trataba de fingir que también lo era. Papá nos había encargado que compráramos un pejerrey de final de temporada bien hermoso. El colegio estaba a punto de empezar, disfrutábamos de los últimos días de las vacaciones de verano. Mientras yo le echaba un vistazo al pescado, Bill hablaba con un amigo que trabajaba en un puesto de cangrejos. Por el pasillo se acercaron dos chicos del colegio de Bill. Llevaban la cazadora del equipo del colegio y caminaban con aire fanfarrón, haciendo ruiditos de animales para anunciar su presencia.

—Eh, Ellison —dijo el más bajo.

—Hola, Roger —respondió Bill.

—¿Preparado para el colegio? —preguntó Roger.

El más alto se miró el reloj y luego miró hacia la salida.

—Vamos, Rog.

Roger sonrió.

—Espera un minuto. —Miró al chico flacucho que estaba detrás del mostrador—. ¿Y tú, Lucy?

—No me llames Lucy —dijo el chico.

—Y vosotros dos, ¿de qué hablabais? ¿Hay alguna fiesta de la que yo no deba enterarme? —Roger se echó a reír y le dio un codazo a su amigo, que soltó una risa débil y desganada—. ¿Es tu hermano? —le preguntó a Bill.

—Sí.

—¿Tú también lo eres?

Lo miré a la cara y luego miré la letra G cosida en su cazadora azul y blanca, y advertí que llevaba prendida una medalla, dos figuras dispuestas una detrás de la otra, muy pegadas: era un premio de lucha libre.

—¿Qué hacen esos tíos?

Había cogido a Roger por sorpresa.

—Los de tu cazadora. ¿Por eso te ganaste un premio? ¿Qué deporte es ése?

Bill y el chico de detrás del mostrador se pusieron a reír.

—¿Qué? —respondió Roger—. Me lo gané con la lucha libre.

—Por revolcarte por el suelo con otro chico, querrás decir.

La piel marrón de Roger se volvió púrpura. Dio un paso hacia mí. Su amigo lo agarró.

—Salgamos de aquí, Roger —le dijo.

Bill y yo nos quedamos mirando cómo se marchaban. Bill me dedicó una sonrisa incómoda y luego se encerró en sí mismo. Pero yo estaba eufórico, tenía ganas de hablar y de saltar.

—¿Le has visto la cara? —pregunté.

—Sí, se la he visto.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, no estoy enfadado contigo, Monk.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada. No lo entenderías.

—Yo entiendo muchísimas cosas.

—¿Cosas como qué?

—Como que… —Me callé y miré los pescados—. Que éste está bien. A papá le gustará.



Conduje de vuelta a Washington, de vuelta a lo que había sido la casa de mi madre, a lo que había sido la casa de mis padres. Dentro hacía calor y olía a cerrado. Puse en marcha el aire acondicionado del

comedor y me senté a la mesa. Me senté donde siempre me había sentado para comer y miré las otras sillas. Mamá y papá se sentaban en las cabeceras y yo, a un lado, solo, de cara a mi hermano y a mi hermana, junto a una silla vacía que, si no la ocupaba el invitado ocasional, siempre quedaba ahí, libre, sin que nadie la retirara hacia la pared con el resto de sillas auxiliares. Me puse a escuchar los sonidos de la casa, a recordar las voces de mis padres y las pisadas, pero no podía oírlas. Oía el zumbido y la vibración periódica del aire acondicionado, el ruido del motor de la nevera en la cocina, pegada al comedor, y el teléfono que empezó a sonar.

Era Bill.

—Llego dentro de un rato.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto, el National. Estoy a punto de meterme en el metro.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, no hace falta.

—Paso a recogerte por la estación de Metro Center.

—Voy a coger la línea azul para cambiar a la roja, nos encontramos en la de Dupont Circle a las… —podía oírlo consultar el reloj— cuatro.

—Nos vemos ahí.

Mi hermano tenía el pelo rubio. Reconocí su cara cuando se sentó en un banco cerca de unos tipos que tocaban las congas, pero solo se me ocurrió pensar: «Ese tipo es clavado a mi hermano». Mi hermano era rubio. Era mi hermano y tenía el pelo amarillo. Su piel conservaba su color marrón claro. Me llamó.

—¿Bill?

—Soy yo.

Me abrazó, lo que en sí mismo ya constituía todo un acontecimiento. Agradecí el gesto, pero el abrazo fue tan rígido que apenas si lo noté.

—Eh, tienes el pelo rubio.

—¿Te gusta?

—Supongo que sí. Es diferente. —Me sentí como una antigualla, como solía decir mi madre—. He encontrado un sitio para aparcar en Connecticut Avenue. —Me agaché a cogerle la bolsa de cuero—. Me alegro de verte —le dije cuando nos pusimos en marcha.

—Tienes buen aspecto —contestó.

—No estoy demasiado en forma. Tú, en cambio…

—Yo voy al gimnasio cada noche.

Emití un sonido con el que quise dar a entender que lo felicitaba y que esperaba que no hubiera parecido demasiado paternalista.

—Debería probarlo.

—¿Qué tal mamá?

—A veces se entera, a veces no…

Mientras lo decía, me pregunté qué sería lo malo, si conectar o desconectar. ¿Cuándo se sentía perdida? ¿Cuando estaba en contacto con el mundo o cuando lo perdía de vista? Y me pregunté si los síntomas que había observado serían los de su enfermedad o los de su determinación por sobrellevar el deterioro, si no se refugiaría en ellos buscando un lugar seguro.

—¿Sabe quién eres?

—Hoy lo sabía. ¿Cómo están los niños?

—Bien, creo. —Me miró para ver mi reacción, y cuando se la ofrecí, continuó—: Saldremos adelante. Tener que oír «tu padre es marica» es muy duro.

—¿Quieres ir primero a casa o a ver a mamá?

—A casa. Necesito una ducha. He madrugado para coger el avión.

Fuimos a casa en coche. Bill jugueteaba con el dial de la radio.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien.

—¿Y cómo está…?

Traté de recordar el nombre de su amigo.

—Desaparecido.



A menudo me miro al espejo y me detengo a pensar sobre las diferencias entre las afirmaciones siguientes:

(1) Tiene un aire culpable.

(2) Da la impresión de ser culpable.

(3) Parece culpable.

(4) Es culpable.



—¿Estás bien? —preguntó Bill. Acababa de salir de la ducha y había bajado para reunirse conmigo en el despacho. Yo estaba encendiendo un puro—. No te conviene.

—Sí, ya lo sé. —Observé el resplandor anaranjado de la punta y agité la cerilla—. ¿Estás listo para salir?

—Es un poco tarde, ¿no te parece?

Ya eran casi las seis.

—Es un poco tarde —dije—, pero es el primer día que pasa ahí. Me

gustaría ir a ver a la vieja dama.

Bill asintió en silencio.



Mamá no había comido, nos dijeron. No reconoció a Bill; cuando él le cogió la mano y trató de mirarla a los ojos, ella se apartó. A mí tampoco me reconoció. Quizá lo habría hecho de habernos quedado otros sesenta minutos, otros quince, otros cinco. Pero no nos quedamos.



—Por lo que respecta al dinero… —dijo Bill.

—Lo tengo todo cubierto —contesté.

Había adquirido la costumbre de dejar que las conversaciones de este tipo decayeran y se apagaran solas, de no hacer comentarios, ni apropiados ni inapropiados, de limitarme a callar y dejar que las palabras se convirtieran en vapor. Mi intención era ésa, al menos.



En las artes visuales solo importan las apariencias. Eso es lo que me han dicho, al menos: que la obra del pintor es una invención en el espacio infinito que empieza en los márgenes de su cuadro. La superficie, el papel o el lienzo, no es la obra de arte, sino el lugar que la obra de arte habita, un lugar que contiene el cuadro, la pintura, la idea. Pero una silla… Una silla es su espacio, es su propio lienzo, ocupa el espacio como es debido. El lienzo ocupa espacios y el cuadro ocupa el lienzo, mientras que la silla, como obra, llena el espacio mismo. Eso es lo que se me ocurrió a propósito de Mi poblemática. La (presunta) novela era más silla que cuadro, pues no la había concebido como una obra de arte, sino como un artefacto funcional; más que algo que hubiera que contemplar, su apariencia era algo para tener en cuenta. Un aviso, tal vez; una tumba, sin duda. Y ése era el motivo por el que pude mirarme al espejo y aceptar el contrato del que esa tarde mi agente me había hablado por teléfono.

—Se llama Wiley Morgenstein y quiere pagarte tres millones de dólares por los derechos para el cine —dijo Yul—. ¿Monk? ¿Monk?

—Estoy aquí.

—¿Qué te parece eso?

—Me parece de maravilla. ¿Estás loco? Es de miedo. Me da ganas de vomitar.

—Insiste en conocerte.

—Dile que ya lo llamaré.

—Quiere conocerte. Este tipo quiere pagarte tres millones de dólares, lo mínimo que podrías hacer es comer con él. Todavía no le he dicho que no existe un Stagg Leigh.

—No lo hagas. Stagg Leigh comerá con él.

Yul se echó a reír.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué harás? ¿Disfrazarte de chulo?

—No. Me pondré gafas de sol y estaré muy callado. ¿Cómo lo ves?

—Tus tres millones son trescientos mil para mí. No la cagues.

—Vale. Tengo que colgar.

—Espera un minuto. Los de Random House me dijeron que como el libro está despertando muchísimo interés, tratarán de sacarlo antes de Navidad.



Cuando entré en la cocina después de mi charla telefónica, Bill me preguntó si pasaba algo. Le aseguré que todo iba bien y me dijo que iba a salir con un viejo amigo. Me dijo que su amigo pasaría a recogerlo en breve. Me dijo que no lo esperara despierto.



No había advertido que la caja que contenía las cartas de Fiona a mi padre olía a lavanda y a pétalos de rosa. Esta vez, sin pararme a leer bien las cartas, me fijé en la caligrafía, en la mano que las había escrito, y descubrí una pureza que tal vez reflejara la profundidad de su sentimiento. Imaginé que esa enfermera habría tenido unas manos pequeñas pero fuertes con las uñas cortas y cuidadas, manos de tejedora, quién sabe. Abrí todas las cartas y luego hojeé esa novela cuya elección tan extraña me parecía. Dentro del Silas Marner encontré un pedazo de papel en el que estaba escrita la dirección de la hermana de Fiona en el Lower East Side. La hermana se llamaba Tilly McFadden.



Editora: Qué sorpresa.

Stagg: Solo llamaba para preguntar si tengo que hacer algún cambio en el manuscrito, como quieren sacarlo antes…

Editora: No, es perfecto tal y como está.

Stagg: ¿Veré las galeradas pronto?

Editora: Tú no te preocupes por eso.

Stagg: Hay un cambio que sí querría hacer.

Editora: Por supuesto.

Stagg: Voy a cambiar el título. El nuevo título es Porculo.

Editora: ¿Perdón?

Stagg: Porculo. *Una sola palabra.*

Editora: El título de Mi poblemática *me encanta.*

Stagg: Será el título del próximo libro. Éste se llama Porculo.

Editora: No creo que podamos hacer ese cambio.

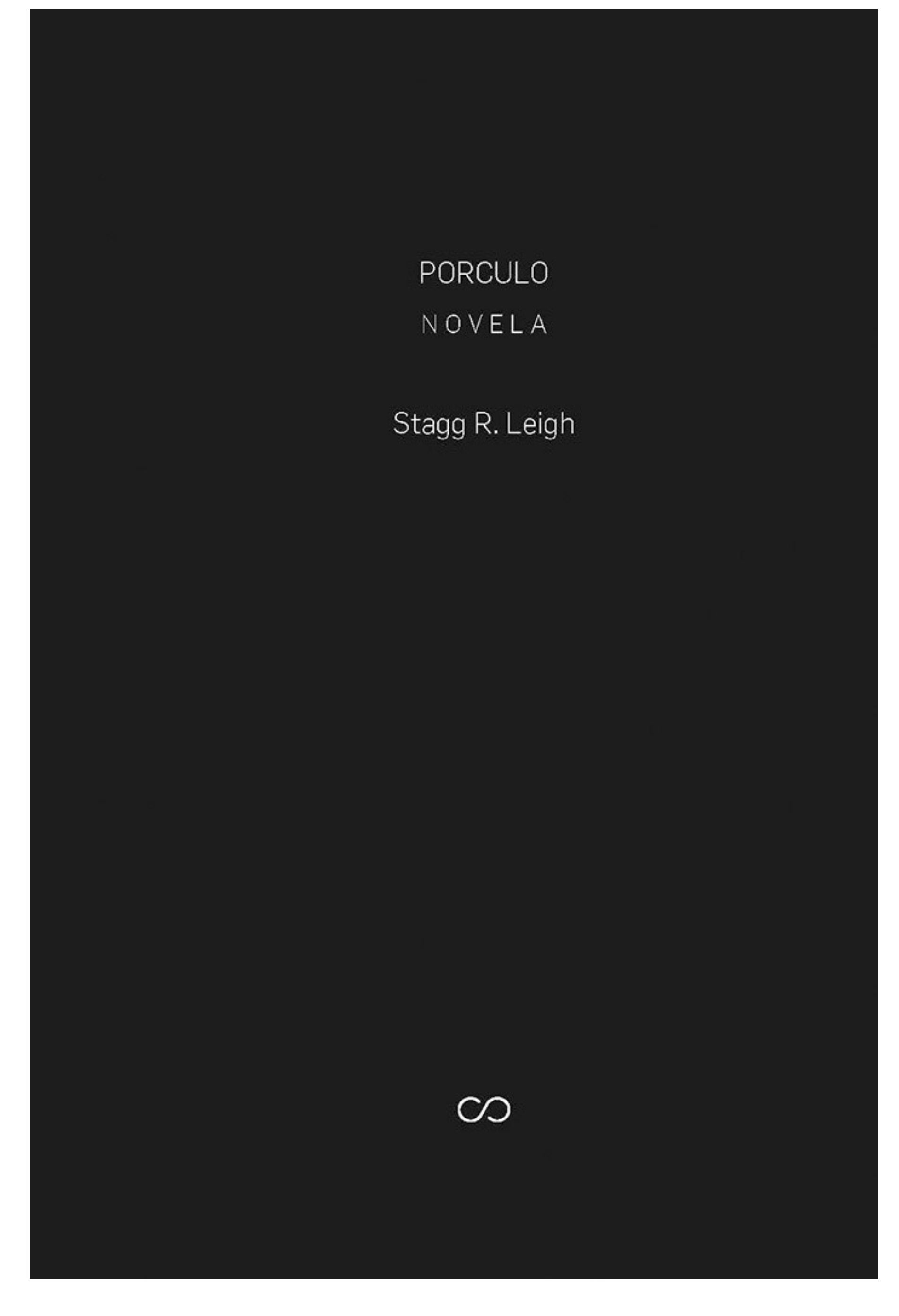
Stagg: ¿Por qué no?

Editora: A mucha gente la expresión le parece obscena.

Stagg: La novela está plagada de porculos. Me da igual que le parezca obscena a mucha gente.

Editora: Podría perjudicar las ventas.

Stagg: No lo creo. Si quiere, les devuelvo el dinero y me llevo la novela a otra parte.



14

Lo que yo temía, por supuesto, era que al negar o rechazar mi complicidad en la marginalización de los escritores «negros» terminara en el extremo más alejado, en el más cercano a la «alteridad» de una

línea imaginaria en el mejor de los casos. Mi escritura no era un acto de denuncia o de indignación social (aunque, en cierto modo, la escritura no es sino eso), y tampoco consecuencia de que en mi familia existiera una tradición de narrativa oral. Nunca he tenido la intención de liberar a nadie; nunca he intentado escribir el retrato casi real, el retrato auténtico de mi gente; nunca he tratado a nadie cuyo retrato conozca tan bien que pueda pintarlo. Si hubiera escrito en los años inmediatamente posteriores a la Reconstrucción, tal vez lo habría hecho para mejorar la condición social de mis compañeros oprimidos. Pero lo irónico del asunto es maravilloso: en virtud de mi incapacidad para reconocer las diferencias raciales y para permitir que mi producción pudiera definirse como un ejercicio de autoexpresión racial, yo era una víctima del racismo. Así las cosas, no me vería económicamente oprimido por haber escrito un libro que podría alinearse, precisamente, con esos libros que yo tachaba de racistas. Y tendría que llevar la máscara de la persona que se suponía que debía ser. Ya había hablado por teléfono con mi editora bajo la identidad del infame Stagg Leigh, y ahora me reuniría con Wiley Morgenstein. Podía hacerlo. El juego empezaba a ponerse divertido. Y que te entregaran un cheque era muy agradable.

Jelly, Jelly
Jelly
All night long

¡Contemplad al invisible!



Bill no volvió a casa esa noche, llegó a la mañana siguiente, sonriendo y hablando muy deprisa. Yo había reunido algunas de las grabaciones preferidas de mamá e iba a llevárselas con un reproductor de CD. Bill daba la impresión de ir colocado, aunque yo no era capaz de imaginar de qué, y ese tipo de pregunta siempre se me había dado muy mal. Le pregunté si estaba bien.

—Sí, ¿por qué? —respondió.

—No sé. Es que pareces distinto.

—¿Distinto? ¿En qué?

—Da igual.

—No, quiero saber en qué parezco distinto.

La brusquedad de su tono amplificó la nota agresiva.

—No iba con segundas —respondí—. Por si te interesa saberlo,

pensaba que quizás ibas un poco colocado.

—¿Colocado de qué?

—No lo sé. No me importa.

—Dices eso porque no te he ayudado con lo de mamá, ¿verdad?

—No.

—Estás enfadado porque he pasado la noche fuera. ¿Tendría que haber llamado?

—Voy a ver a mamá.

—Para eso he venido a Washington. —Bill trató de parecer sobrio—. Pero me doy cuenta de que mi presencia no es indispensable.

—Estaba justo a punto de salir cuando llegaste. Como he pasado la mañana esperándote, había decidido marcharme. Ahora estás aquí y te pregunto: ¿quieres venir conmigo a ver a mamá?

—Necesito ducharme. Y donde haya estado es asunto mío.

—Te espero.

—No, da igual. Tú ve. Mamá estará preguntándose qué te ha entretenido.

Yo observaba los labios de Bill y me daba cuenta de que no entendía una palabra de lo que estaba diciendo. Su idioma no era el mío. Su idioma poseía una geometría adverbial e interrogativa que yo no era capaz de comprender. Podía distinguir los contornos de su significado, y cuando oía sus palabras me daba cuenta de que significaban algo, pero la sustancia del significado se me escapaba por completo. Asentí en silencio.

—Y esto, ¿cómo tengo que tomármelo? —me dijo Bill.

Se estaba burlando de mí. Era eso. Había percibido mi confusión y la usaba en mi contra. Volví a asentir en silencio.

—Vete. —Cuando me dirigía a la puerta, dijo—: Me equivoqué al pensar que me entenderías. En realidad, no esperaba que lo hicieras, en absoluto. Eres igual que papá. Siempre lo fuiste, y te estás convirtiendo en él.

Moví la cabeza con un gesto afirmativo.

—Vete. Ve a ver a mamá sin mí. El tiempo tiene la manía de deshinchar nuestras resoluciones y adecuarse a todo aquello que el centro de nuestro ser preferiría rechazar. Con todo, mi centro está mucho más centrado que esa corrompida mitad tuya. Yo, a pesar de los desvíos y las interrupciones que he ido encontrando más allá de ese arrecife que es mi playa, soy fiel a mí mismo.

En vez de asentir en silencio, esta vez me marché.



Sentado en el despacho del médico de guardia mientras esperaba un informe de la primera noche de mamá, tuve la ocasión de examinar la estantería que había detrás de la mesa del doctor. Había libros de John Grisham y Tom Clancy, un libro de bolsillo de John MacDonald y cosas así. Esos libros no me molestaban. Aunque nunca había leído uno entero, sí había hojeado alguno; yo no les veía profundidad artística alguna, y tampoco me parecían sobrados de ironía, ideas o recursos lingüísticos, pero estaban bastante bien redactados, tan bien redactados como pueda estarlo un manual de instrucciones bien redactado. «Vaya, así que ésa es la lengüeta A». Y entonces ¿por qué me entraban ganas de vomitar cuando pensaba en Juanita Mae Jenkins? Porque Tom Clancy no trataba de venderme su libro dando a entender que la tripulación de su submarino ultramoderno era una representación de su raza (por muy adecuada que me pareciera la metáfora). Y su editor tampoco lo hacía para promocionar el libro. Si los blancos de Clancy no te gustaban, siempre podías leer otros libros sobre otros blancos.

¿Adónde vas?

A Misisipi.

¿Y por qué te vas ahí tan lejos?

Tengo que abrirme del sur de Chicago.

Mierda. Mira que Misisipi es el sur del sur de Chicago.

(Y los dos se echaron a reír.)



El médico era un hombre gordo de aspecto enfermizo, pero iba muy peripuesto. Sus zapatos estaban tan limpios que brillaban, y el chaleco de punto que llevaba (a pesar del calor que hacía) combinaba con su traje a la perfección. Se sentó al otro lado de la mesa y fantaseé con que se parecía a Tom Clancy, de quien ni siquiera había visto una foto en el periódico. Luego lo imaginé tratando de entrar por la reducida escotilla de un submarino.

—Su madre no está teniendo un buen día. Nos hemos visto obligados a sedarla. Ahora está en cama y hay una enfermera con ella. No sé qué decirle, señor Ellison. A veces los pacientes reaccionan de modo inesperado. Puede que mañana esté mejor.

Luego el médico se convirtió en mi hermana Lisa, que se recostó en la silla, se encendió un cigarrillo imaginario y pronunció mi nombre. Yo sabía perfectamente que estaba sufriendo alucinaciones, y saberlo probaba que no estaba loco, pero si a ese episodio le sumaba el del numerito lingüístico de mi hermano, la cosa ya me parecía un poco

preocupante.

—No hay nada que hacer, Monk —dijo Lisa—. Vete a casa. Forma un hogar. Mamá no sufre, relájate. En realidad, para ella cada instante es nuevo. Míralo así. Ya conoces el chiste: «¿Qué es lo mejor del Alzheimer? Que cada día conoces gente nueva». —Lisa se echó a reír—. Así que vete ya. Y no dejes que Bill te deprima. Está tratando de encontrar su camino. No es culpa suya si no es simpático. A mí nunca me pareció simpático, al menos.

—¿Cómo sabes que mamá no sufre? —pregunté.

—¿Perdón? —dijo el gordo, cuya placa, sobre la mesa, rezaba: «Dr. H. Bledsoe».

—Lo siento, estaba hablando con otra persona.

—¿Se encuentra bien, señor Ellison?

—Sí, muy bien. He traído algunos discos que le gustan a mi madre. —Dejé la bolsa en la mesa y me puse en pie para marcharme—. ¿Cree que cosas conocidas como la música podrían hacerle algún bien?

—Lo dudo. Es posible.



Cuando llegué a casa, Bill no estaba. En la mesa del comedor encontré una nota:

En el despacho de arriba encontrarás una nota que lo explica todo.

Subí al despacho y vi un sobre en la mesa. Dentro, una nota en la que se leía:

¡vete a la mierda!

Bill



¿No es usted Rine, el vendedor?

Wiley Morgenstein cogió un avión a Washington para conocer a Stagg Leigh. Stagg, que se había puesto un poco nervioso por ese almuerzo, se alargó un poco con los preparativos. Se plantó frente al espejo del baño para ensayar: fruncía el ceño y se le formaba un surco en la frente, sobre el puente de la nariz. Se afeitó el bigote y se disculpó ante su antiguo propietario. Se probó un sombrero varias veces, pero a cada intento se veía incapaz de llevarlo durante más de

unos pocos segundos.

—¿A quién quieres engañar? —le preguntó al espejo.

¿Debía llevar zapatos puntiagudos? ¿Deportivas? ¿Las chanclas de la cárcel del condado? Se decidió por unos mocasines marrones, unos pantalones caqui y una camisa blanca con rayas azules y cuello de botones. Era la ropa que tenía a mano.

Iba a reunirse con Morgenstein en el restaurante de la azotea del hotel Washington. Stagg se puso las gafas de sol y salió de casa con retraso.

La galería del restaurante daba al jardín este de la Casa Blanca, pero Morgenstein había reservado dentro, en una mesa oscura escondida en un rincón del comedor principal. A Stagg lo condujeron a la mesa del productor, que estaba en compañía de una joven. Cuando Stagg llegó, los dos se pusieron en pie. Se dieron la mano.

—Encantado de conocerte, Stagg —dijo Morgenstein—. Cynthia, mi asistente.

—No sabes lo privilegiada que me siento de poder conocer a un autor de tu altura.

La chica soltó una risita aguda.

—Bueno, sentémonos, siéntate, siéntate.

Stagg se sentó, y en la penumbra trató de distinguir al hombre que tenía ante sus gafas de sol. Morgenstein era más gordo de lo que había imaginado y llevaba ropa informal, una camiseta bajo el blazer. Y si esa Cynthia era su asistente, entonces Stagg existía de verdad. La joven apenas si cubría con un trozo de tela bien tirante lo que eran, sin lugar a dudas, unos pechos operados.

—Siento lo de la mesa dentro, pero soy gordo, demonios, y necesito aire acondicionado.

Morgenstein se echó a reír.

Stagg no lo hizo.

—No eres gordo, Wiley, en absoluto —dijo Cynthia. Morgenstein pasó el comentario por alto.

—Cuando se enteró de que iba a reunirme contigo, tu editora se quedó de piedra. Gracias por venir. ¿Quieres beber algo? —Ya estaba llamando al camarero—. La maldita novela me encantó. Me partía. También es triste, eh, no me malinterpretes. Y muy auténtica. Los diálogos pueden pasar directamente del libro al guión. —El camarero llegó—. ¿Qué tomas? —le preguntó Morgenstein a Stagg.

—Un Gibson —dijo Stagg.

Morgenstein trató de contenerse para no torcer el gesto.

—Habría pagado por la dichosa novela aunque te hubieras negado a reunirte conmigo, sabes. Solo quería ver qué pasaba. Tres millones son muy convincentes, ¿no?

—Desde luego —dijo Stagg.

Morgenstein le dedicó a su amiguita una mirada perpleja.

—No eres como te imaginaba.

—¿No? ¿Y cómo me imaginabas?

—No sé, más duro, o así. Ya sabes, más de la calle. Más…

—¿Negro?

—Sí, eso es. Me alegro de que tú lo hayas dicho. He visto a la gente sobre la que escribes, tipos que van de frente, con agallas. A escribir cosas así no te enseñan en la universidad. —Se volvió hacia Cynthia—. ¿Verdad, cariño?

Stagg asintió fríamente.

—Mira la carta para ver lo que quieres —dijo Morgenstein—. El sitio este está bien, ¿no? Escoger el restaurante me ha costado lo suyo. Releyendo la novela en el avión, se me ocurrió que podríamos ir al Popeyes. —Morgenstein se echó a reír. Cynthia le rodeó el brazo con los dedos y también se rio—. ¿Has visto algo que te guste?

—Creo que sí.

El camarero volvió con el Gibson y esperó a que ellos pidieran.

—La señora y yo querríamos unas chuletas grandes, al punto, con la guarnición que traigan pero sin mantequilla en las patatas. Para la ensalada, salsa ranchera. ¿Stagg?

—De primero, la sopa de zanahoria y jengibre. La sirven fría, ¿verdad?

—Sí, señor.

—En la carta no lo veo, pero me gustaría un plato de fettuccini con un poco de aceite de oliva y parmesano.

—No hay ningún problema, señor. —El camarero miró a Morgenstein—. ¿Querrán vino?

Morgenstein miró a Stagg.

—Lo que quieras —dijo Stagg.

—Vino tinto —pidió Morgenstein. Mientras el camarero recogía las cartas y se marchaba, el gordo se volvió hacia su ligue con cara de preocupación—. No eres exactamente lo que esperábamos, ¿sabes? —le dijo a Stagg.

—Esto ya lo hemos hablado. ¿Por qué querías conocerme?

Lo de hacerse el duro funcionaba. Stagg advirtió que Morgenstein se apartaba un poquito, asustado.

—Por ningún motivo en especial.

Pasaron un rato sin decir nada. Cynthia le susurró algo a Morgenstein y luego volvió a soltar una risita. Jugueteó con un mechón de su pelo rubio y lo miró con la cabeza ladeada.

—Así que has estado en la trena —dijo Morgenstein—. Yo casi termino en el trullo, pero mi tío Mort me libró. Lo que pasó es que unos quisieron hacerme pagar el pato por una historia de comercio

interestatal. ¿Tú qué hiciste?

Aquí Stagg se enfrentaba a un dilema. Hasta el momento, su única mentira había sido su nombre. Bastante honesto era admitiendo que había escrito la maldita novela.

—Dicen que maté a un hombre con el punzón de una navaja suiza.

El «dicen» fue un golpe maestro, y Stagg se sonrió, gesto que sirvió para subrayar la naturaleza de su crimen. Morgenstein se quedó en tensión durante unos instantes y luego pareció aliviado.

—Estaba a punto de pensar que no eras auténtico.

Se echó a reír con Cynthia, que ya no miraba a Stagg como antes. Parecía haberse parapetado tras el gordo, pero al mismo tiempo le dedicaba a Stagg una sonrisa coqueta mientras observaba su propio reflejo (eso era lo que miraba, seguro) en las gafas de sol.

—Yo soy auténtico —repitió Stagg—. Cynthia sabe que soy auténtico, ¿verdad, Cindy?

Cynthia se revolvió en su asiento.

—Sí.

Morgenstein se rio, nervioso.

Llegaron las ensaladas y la sopa. Stagg tomó dos cucharadas de sopa y la apartó.

—¿No te gusta? —preguntó Morgenstein.

—Sí, está bastante buena. Es exactamente lo que quería. —Stagg sonrió de nuevo a Cynthia y luego a Morgenstein—. Y ahora debo salir corriendo, lo siento. Tengo que ir de visita a una casa de convalecencia.

—¿Servicio a la comunidad? Una vez me tocó hacerlo. Una auténtica putada. Críos.

—Ha sido un placer.

Stagg alargó el brazo para estrechar la pezuña regordeta del hombre y se despidió de Cynthia con un movimiento de cabeza.

—Oye, ¿me das un número para que pueda localizarte en Washington? —preguntó Morgenstein.

Stagg miró al tipo durante un par de segundos y soltó una risa indiferente antes de marcharse.



¡Contemplad al invisible!



Stagg descubrió que durante el trayecto de bajada en el ascensor el mundo había cambiado. En el vestíbulo se topó con un póster inmenso, una colorida confusión de formas que hacía esta pregunta:

¿existió de veras julian schnabel?

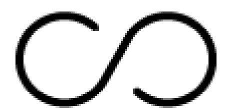
Deambuló hasta el siguiente cartel:

¿qué hace la vanguardia?

Y el otro:

lo que para uno es un graffiti
para otro es una pintada en la pared.

Stagg estaba perplejo, enfadado. En la calle se arrancó las gafas de sol de la cara y desapareció.



Por la tarde refrescó y lloviznó. Sentado al lado de la cama de mamá, me quedé mirando a la gente que entraba en el edificio. Mamá estaba dormida. Escuchamos una sinfonía de Brahms, la segunda o la tercera. A ella siempre le gustó más que a mí.



En más de una ocasión les di las gracias a mis padres por no haberme educado en el catolicismo. La última vez que lo hice tenía trece años y, por fin, me respondieron:

—Nosotros no somos católicos, cariño.

El «cariño» era cosa de mi madre.

—Eso ya lo sé —respondí. Cuando llegué a la puerta me detuve y di media vuelta—. Éstas son unas gracias distintas de las que os doy por no haberme educado en el cristianismo.

—Eso ya lo sabemos —dijo papá.

—¿Y por qué nos das las gracias? —preguntó mamá.

—Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point —dijo papá.

—Yo tengo mis razones —añadí.

—Buen chico —dijo papá.

—Vive le roi —contesté.

Papá se echó a reír. Mamá ya había reanudado su lectura.

15

Recordé la pelea tonta que había puesto fin a mi breve (y sin duda inevitablemente efímera) relación con Marilyn. Si al descubrir esa novela horrible en su mesilla de noche monté una escena, no fue porque Marilyn careciera de gusto o porque el gusto que tenía fuera cuestionable: reaccioné porque el libro me hacía pensar en aquello en lo que yo, aun de manera encubierta, me había convertido. Y aquello en lo que yo me había convertido era una copia descaradamente irónica, cínica, afectada y, sin embargo, fidelísima de Juanita Mae Jenkins, autora del superventasconpelículaalavista Aquí los del gueto.

Se diría que, tanto por mi situación como por mi constitución, yo no era el candidato idóneo para tener amistades, por superficiales, nuevas o viejas que fueran, y la posibilidad de mantener relaciones sentimentales ya me parecía casi absurda. Es probable que mi arrebato con Marilyn hubiera sido algo más que la reacción escandalizada de un esnob literario: fue una retirada a tiempo.



La reacción de mi agente a mi exigencia de cambiar el título de la novela y llamarla Porculo no fue tanto de enfado como de sorpresa. Me preguntó si estaba loco y yo le recordé que cuando le propuse que enviara Mi poblemática a algunas editoriales él ya pensó que yo estaba loco.

—Tienes razón —dijo—. Pero ¿no crees que estás yendo demasiado lejos?

—No tanto. En realidad, esto me lo tomo como una obra de arte. Tiene que cumplir la función que yo le asigne.

—Chorradas.

—Puede ser.

—No creo que vayan a dejarte. ¿Y por qué no Que te den o Mierda? ¿Por qué Porculo?

Podía oírlo menear la cabeza.

—Es el título que yo quiero.

—¿Y si sus abogados dicen que no?

—No dirán que no.

Al cabo de una pausa:

—¿Qué le dijiste a Morgenstein?

—En realidad, nada.

—Pues el tío está enamorado de ti. Lo dejaste asustadísimo, pero dijo que eras «lo más auténtico que he visto en mi puta vida».

—Tiene razón.



Rothko: Estoy harto de estos malditos rectángulos.

Resnais: ¿No ves que estás trazando los límites físicos del cuadro? Tu aparente empobrecimiento se convierte en una especie de incursión en el arte de la eliminación. El primer plano y el fondo son tus detalles y se neutralizan el uno al otro. Se niegan mutuamente y, cosa extraña, no nos dejan más que con los detalles, que en realidad no están ahí.

Rothko: Muy bien, pero ¿resumiendo?

Resnais: Que los idiotas los compran.

Rothko: Y ya está, ¿no?

Resnais: Me temo que sí. Mis películas no las ve nadie, y, créeme, eso no las hace mejores.

Rothko: Ni peores, Alain.



Yul: Dicen que puedes cambiar el título si lo escribes con ka.

Yo: Porkulo. ¿Por qué iba a escribirlo con ka?

Yul: Dicen que así la cubierta no quedará tan ofensiva.

Yo: Y una mierda que no. Porculo con ce, o ya pueden ir dándoles porculo.

(más tarde)

Yul: Han dicho que vale.

Yo: ¿Ves como no iban a dar porculo?



Durante las tres primeras semanas, fui a ver a mamá cada día. El viaje en coche a Columbia no era tan largo, y en mi aburrimiento me servía de sana distracción. Me levantaba por la mañana, me enredaba un rato en el garaje, que había transformado en taller, salía a dar un paseo largo, me sentaba en el despacho durante varias horas para tratar de construir una nueva novela que redimiera mi condenada alma literaria, y luego cogía el coche para ir a ver a mamá. Ya de vuelta en casa, leía y después me torturaba por mi trabajo. Me sentía solo y estaba más enfadado de lo que había estado en mucho tiempo,

más enfadado que cuando era un joven enfadado, pero ahora era rico y estaba enfadado. Me di cuenta de lo fácil que es estar enfadado cuando eres rico. Al enfado lo acompañaba el sentimiento de culpabilidad, por supuesto, y la sensación de ser un estúpido por sentirme culpable, sensación que, según me habían dicho, era una de las dos enfermedades intelectuales más comunes (la otra era la diarrea).

Últimamente, mamá ya no se enteraba de casi nada, pero el personal del centro no la perdía de vista, y yo confiaba en que estaría segura. Por aquellas ironías de la vida, cuanto peor tenía la cabeza, mejor tenía el cuerpo: llegó incluso a ganar unos kilos, y hacía años que no la veía tan vigorosa. El médico me dijo que esas ironías serían pasajeras. No se expresó así, por supuesto. Lo que dijo fue: «El cuerpo no aguantará así mucho tiempo». Lo dijo como si quisiera reconfortarme, como si la contradicción entre el estado físico y el mental resultara más ofensiva que una decadencia total y absoluta.

Cuando estaba lúcida, escuchábamos música y fantaseábamos sobre ir a Washington, a algún concierto en el Kennedy Center. Luego, tranquilamente, mamá se apagaba hasta caer dormida. Era todo muy triste y en más de una ocasión, sentado en el coche tras el volante, me eché a llorar.



Recibí la llamada por la mañana. Era justo lo que necesitaba: algo que hacer. Carl Brunt era el director de la Cámara Nacional del Libro, la CNL, que convocaba el más importante premio anual de narrativa, un premio de nombre sencillo y pretencioso: el Premio de las Letras.

—Se baraja tu nombre para la mesa del jurado —me dijo Brunt.

—Me siento halagado.

—Personalmente, me gustaría muchísimo que aceptaras. Seréis cinco, con unas trescientas novelas y libros de relatos.

Yo escuchaba.

—No pagamos demasiado. Unos dos mil y el viaje a Nueva York para la entrega, pero tu biblioteca engordará mucho.

—Me parece bien.

—¿Te interesa?

Yo detestaba los premios, pero ya que nunca paraba de quejarme del rumbo que estaban tomando las letras de la nación, ahora que se me presentaba la oportunidad de alterarlo, ¿cómo iba a decir que no? Así que dije:

—Sí.

—Qué fácil.
—¿Y el resto del jurado?
—Todavía no lo tengo cerrado, pero Wilson Harnet ha aceptado la presidencia de la mesa. ¿Lo conoces?
—Sí. Lo hará bien.
—Bueno, fantástico —dijo Brunt—. Estoy impaciente por trabajar contigo. Y, por supuesto, que esto no salga de aquí hasta que anunciemos el jurado.
—Naturalmente.
—Fantástico.



El jurado

Wilson Harnet (presidente). Autor de seis novelas. Su libro más reciente era una obra de no ficción creativa titulada El tiempo se acaba. Trataba sobre su mujer, a quien le habían diagnosticado un cáncer. Ella no murió y todos los secretos del matrimonio que Harnet había revelado la empujaron a pedir el divorcio. En círculos literarios se esperaba con impaciencia el siguiente libro de Harnet, titulado Mi culpa. Era profesor de la Universidad de Alabama.

Ailene Hoover. Autora de dos novelas y un libro de cuentos titulado Un juego trivial. Galardonada con el Premio PEN / Faulkner. Su novela Minucias había alcanzado el cuarto puesto de la lista de libros más vendidos del New York Times. Vivía en el norte del estado de Nueva York (en todo el norte, sin especificar).

Thomas Tomad. Autor de cinco libros de relatos entre los que se contaban La noche que llegaron, Una noche en la cárcel, La noche tiene ojos. Su obra había sido elogiada por la Asociación Americana de Personas Encarceladas que Escriben. También era director editorial de La Hora del Patio, un sello de St. Martin’s Press especializado en obras de condenados a cadena perpetua. De San Francisco, California.

Jon Paul Sigmarsen. Escritor residente en Minnesota. Autor de tres novelas y tres libros sobre la naturaleza. Había recibido varios premios por Una vida entre los lucios. Presentador de Con toda esta nieve, ¿por qué no leemos?, un programa literario emitido desde Saint Paul por una cadena de la red de televisiones públicas.

Thelonious Ellison. Autor de cinco libros, relatos y novelas experimentales muy poco leídos. Considerado denso e inaccesible. Se lo conoce por su novela Segundo fracaso. Hombre solitario, parece haberse deshecho de todos sus amigos. Visita a su madre a diario aunque ella no lo reconoce. No puede hablar con su hermano porque su hermano está chiflado. No puede hablar con su hermana porque su hermana está muerta. Demasiado confundido para poder llegar a deprimirse. Le gusta pescar y trabajar la madera. Busca una mujer soltera con sus mismos intereses. Vive en la capital de la nación.



Los cinco miembros del jurado nos presentamos por teleconferencia. Los otros cuatro resultaron bastante agradables y sensatos, como suele resultar la gente en un primer encuentro, sobre todo si es telefónico.

Harnet, el presidente, daba la impresión de estar fumando en pipa; no hablaba como si tuviera algo en la boca, pero parecía estar saboreándose el aliento.

—Tenemos ante nosotros una tarea ardua y extenuante, colegas —dijo—. Me han dicho que están por llegar unos cuatrocientos libros.

—Santo cielo —exclamó Ailene Hoover. Tenía voz de señora mayor—. Yo estoy terminando de escribir uno.

—No tenemos que leer todos los libros sin saltarnos una coma, por supuesto —dijo Thomas Tomad—. Cada uno tiene su vida. Yo no puedo pasarme todo el invierno encerrado en casa.

—Creo que tras las dos primeras frases podréis descartar muchos libros —contestó Harnet—. Aunque si un título termina en la lista de otro miembro del jurado, tendréis que repescarlo, claro está.

—Yo no pienso leerme ninguna de esas mierdas experimentales —advirtió Hoover.

—Estoy convencido de que averiguaremos los gustos de los demás y mostraremos el debido respeto —dijo Harnet.

Jon Paul Sigmarsen se rio y dijo:

—Yo había pensado en llevarme los libros cuando salga de pesca.

—¿Para usarlos de cebo? —preguntó Tomad.

Tomad y Sigmarsen se echaron a reír.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Hoover.

—Yo tengo una pregunta —dijo Sigmarsen—. ¿Cómo se evalúan las novelas frente a los libros de cuentos? Me explico: cuando una novela tiene un mal capítulo es una novela fallida, pero cuando todos los cuentos de un libro, todos menos uno, son fantásticos, el libro

sigue siendo fantástico. ¿Me entendéis? ¿Veis por dónde quiero ir?

—Buena pregunta —dijo Tomad.

—¿Cuál es la pregunta? —preguntó Hoover.

—Sobre las novelas y los cuentos —respondió Harnet.

—Ah, sí. Supongo que tenemos que leerlos todos —dijo Hoover—. Ellison, tú no has dicho nada —continuó—. ¿Ellison?

—Estoy aquí.

—¿A ti qué te parece?

—Todavía no me parece nada. No he visto ninguno de los libros. ¿Con cuánta frecuencia tendremos que reunirnos, por teléfono o como sea?

—Eso nos lo dejan a nosotros —respondió Harnet—, pero tengo un plan: propongo que hablemos dentro de tres semanas para un primer cambio de impresiones.

—Deberíamos reunirnos dentro de dos semanas para ver si ya ha salido algo importante —propuso Hoover—. Me he enterado de que Riley Tucker está a punto de sacar un libro. Y Pinky Touchon también.

—El otro día alguien le hizo una foto —dijo Tomad.

—¿A quién? —preguntó Hoover.

—A Touchon —dijo Tomad—. Salió en el Chronicle. Resulta que Pinky vive aquí, en San Francisco, y nadie lo sabía.

—Me han dicho que es un libro muy gordo —comentó Hoover.

—A mí también —dijo Sigmarsen.

—¿Dentro de dos semanas, entonces? —pregunté yo.



Lo que algunos querrían hacerte creer es que Duchamp demostró que cualquier cosa puede convertirse en arte, que en el objet d’art no hay nada especial, nada que lo convierta en lo que es, que lo único que importa es que estemos dispuestos a aceptarlo como arte. Decir «esto es una obra de arte» es una oración performativa extraña, como cuando el rey ordena al caballero o el juez declara a una pareja marido y mujer. Pero si resulta que el certificado de matrimonio no estaba correctamente cumplimentado, la declaración se revoca y diremos: «Supongo que, después de todo, ya no sois marido y mujer». Aunque lo expulsemos del museo, sin embargo, lo que ha sido aceptado como arte seguirá siendo arte, un arte desechado, un arte rechazado, un arte malo, un arte incomprendido, un arte oprimido, un arte provocador, un arte perdido, un arte muerto, un arte adelantado a su tiempo, un arte sin arte, pero arte, a fin de cuentas.

Esto me recuerda al loro que está dentro de una casa y que, al oír

que llaman a la puerta, pregunta: «¿Quién es?». El hombre que llama responde: «El fontanero». Como la puerta sigue cerrada, vuelve a llamar. «¿Quién es?», pregunta el loro. «El fontanero». Pum, pum. «¿Quién es?». «¡El fontanero!». Y así hasta que el hombre, enloquecido, derriba la puerta, cae sobre la moqueta, bajo la percha del loro, sufre un ataque al corazón y expira. Cuando los habitantes de la casa vuelven, encuentran al hombre tumbado en el suelo. «¿Quién es?», pregunta la mujer. Y el loro dice: «El fontanero».

La cuestión, desde luego, es la siguiente: ¿responde el loro a la pregunta de la mujer? La responde y no la responde, claro está. Es un loro.



Rauschenberg: Aquí tienes un papel, Willem. Ahora píntame un cuadro. Me da igual lo que pintes o si es bueno o malo.

De Kooning: ¿Por qué?

Rauschenberg: Tengo intención de borrarlo.

De Kooning: ¿Por qué?

Rauschenberg: Eso da igual. A cambio del cuadro te repararé el tejado.

De Kooning: Vale. Creo que utilizaré lápiz, tinta y lápiz graso.

Rauschenberg: Como quieras.

(Cuatro semanas más tarde)

Rauschenberg: Bueno, tuve que gastar cuarenta gomas, pero lo hice.

De Kooning: ¿Hiciste qué?

Rauschenberg: Borrarlo. El cuadro que me pintaste.

De Kooning: ¿Has borrado mi cuadro?

Rauschenberg: Sí.

De Kooning: ¿Dónde está?

Rauschenberg: Tu cuadro ya no existe. Lo que queda es mi borradura y el papel, que era mío, para empezar.

(Le enseña el dibujo a De Kooning)

De Kooning: Lo has firmado.

Rauschenberg: ¿Y por qué no? Es mi obra.

De Kooning: ¿Tu obra? Mira lo que le has hecho a mi cuadro.

Rauschenberg: Buen trabajo, ¿eh? Borrarlo fue muy pesado. La muñeca todavía me duele. Lo he titulado Dibujo borrado.

De Kooning: Muy hábil.

Rauschenberg: Ya lo he vendido por diez de los grandes.

De Kooning: ¿Has vendido mi cuadro?

Rauschenberg: No, yo he borrado tu cuadro. Lo que he vendido es mi borradura.



Los libros empezaron a llegar, cajas llenas. Al principio no fui capaz de abrir ninguno, los veía como objetos, me dejaron prendado. Las cubiertas eran tan atractivas… El texto de contracubierta conseguía que todos tuvieran una pinta estupenda. Los entrecomillados de grandes figuras de la literatura me decían por qué tenía que gustarme el libro. El mérito de los libros gordos era que eran gordos; el de los libros delgados, que eran delgados. Los escritores viejos eran magníficos por ser viejos, y si los jóvenes tenían talento era por su juventud: absolutamente todos los libros eran extraordinarios, rompedores, apasionados, escalofriantes, originales, honestos y humanos. Algo así habría resultado estimulante:

La nueva novela de Tal y Tal parte de lo trivial y ahí se queda. La prosa es transparente y pedestre. La trama, de eficacia comprobada. Con todo, el libro no resulta alarmantemente tramposo. Los personajes son tan acartonados como los que pueblan la vida real. La novela es un viaje tortuoso por la banalidad. Es ordinaria, que no sosa; es absurda, que no carente de significado; es insípida, que no rancia.

Tal y Tal es un escritor de mediana edad con familia y sin rasgos destacables. Vive en una casa y es casi tan inteligente como su última novela.

Así que abrí el primer libro y me encantó. En realidad, disfruté leyéndolo. El libro era una mierda, pero disfruté de su lectura, y leí otro, y otro. En una noche y buena parte del día siguiente leí tres. Los tres estaban bien construidos y resultaban estériles y predecibles. Concluí que quizás estaba hastiado. Las novelas eran algo que conocía muy bien, como un cirujano la sangre. Tendría que ponerme en contacto con mi yo inocente, mi yo más íntimo, la parte de mí capaz de asombrarse con lo aburrido y lo banal.



Cuando salía de casa para ir a ver a mamá, el teléfono sonó.

Me dijo:

—¿Quieres follar?

—¿Linda?

—¿Cómo lo has adivinado?

Linda Mallory. Me paré a pensar en su nombre. Mientras ella hablaba diciendo cosas que no iba a poder recordar porque no la escuchaba, me di cuenta de que a mi vida le hacía falta una escena gratuita de sexo. Como el internamiento de mamá había quedado justificado por su estado, mi mente andaba necesitada de una nueva culpa. Y aunque yo estaba decidido a perseguir esa culpa, también quería aliviarla recordándome que en el fondo Linda me estaba utilizando. Entre las palabras que soltaba a raudales entendí que estaba en Washington.

—¿Dónde te alojas? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Dónde estás?

—En el Mayflower otra vez.

—Estaré ahí a las siete. ¿Cómo te va?

—Bien —respondió, escéptica—. ¿Monk? Hablo con Monk Ellison, ¿verdad?

—Sí. A las siete.

—A las siete me parece perfecto.



La incontinencia de mamá era ahora más acusada, y aunque parecía lo bastante fuerte para moverse, había decidido no hacerlo. Cuando llegué, la enfermera y un ordenanza le cambiaban las sábanas mientras ella seguía tumbada en la cama. Estaba destapada de cintura para abajo; el celador retiraba las sábanas sucias y la enfermera le limpiaba la porquería de la piel. Di media vuelta para volver al pasillo sin dejar de ver la cabeza de mamá girando hacia mí y sus ojos vacíos fijos en mi dirección. Mamá estaba tan lejos de la mujer que una vez me dijo que escuchando a Mahler veía colores y que luego se puso a llorar.

—En la Cuarta Sinfonía veo el otoño —me había dicho—. Verdes cenicientos que dan paso a rojos y ocres mientras el cielo se oscurece y cae el frío de la noche.

Eso lo había dicho la misma mujer cuyo culo cagado lo limpiaba otra mujer que no sabía quién era Mahler.



Linda Mallory era el polvo posmoderno. Estaba tan absolutamente pendiente de sí misma que llegaba al extremo de la distracción. Contaba los orgasmos sin sentir ninguno. Se preocupaba por qué aspecto tenía mientras hacía el amor, por cómo cambiaba su expresión cuando empezaba a correrse, por si estaba demasiado tensa o demasiado suelta, demasiado húmeda o demasiado seca, por si hacía demasiado ruido o se quedaba corta, y sentía la necesidad de expresar sus inquietudes durante el acto mismo.

—¿Me queda bien el pelo desparramado sobre la almohada? —me preguntó.

—Te queda bien, Linda.

—¿Estoy moviéndome bien? ¿Demasiado deprisa? ¿Demasiado despacio?

—Muévete como tú quieras.

Y eso, sospecho, es lo que hizo mientras me gritaba a la cara. Me asusté un poco y debió de notarse, porque me dijo:

—¿He gritado demasiado? ¿Estaba fea? Oh, Dios mío, no puedo creer que haya hecho una cosa así. Oh, Dios mío.

—No pasa nada, Linda. ¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Tengo aspecto de no estar bien? ¿Te has corrido?

Cuando me aparté, ella se inclinó sobre mí.

—No.

—No puedo creer que me haya puesto a gritar así.

Se volvió hacia la mesilla de noche, cogió un cigarrillo y lo encendió.

—No te preocupes. Has gritado cuando te has corrido. Eso es bueno, ¿no?

—Creo que me he corrido. Sí. Eso sería bueno, ¿verdad?

Me puso la mano que le quedaba libre sobre el pene. Seguía teniéndolo duro, pero yo no estaba excitado en absoluto.

—El señor Siempre A Punto —dijo.

Ir a ver a Linda había sido una mala idea y seguía siéndolo. No podía vestirme y marcharme sin más, aunque eso era lo que yo quería, por muy culpable que me sintiera. No le guardaba ningún rencor a Linda; en realidad, la respetaba lo bastante para no tenerle lástima. Es curioso, pero su preocupación tenía algo de enternecedor y cómico. En cuanto me paré a analizar la idea, sin embargo, entendí que lo único que estaba haciendo era racionalizar para ser yo, y no ella, quien quedara bien.

—¿Vemos una película? —pregunté.

—¿No quieres hacer el amor otra vez?

—Me has dejado agotado, me temo. Eres bastante atlética.

—¿De verdad?

—Sí.

Encendí el televisor con el mando a distancia. Linda recostó la cabeza en mi pecho y me entristeció descubrir lo poco que me gustaba el olor a coco de su champú. La primera imagen de la pantalla fue la de un lince desgarrando un conejo.

—Cambia —dijo ella, y yo cambié—. Cambia. —Cambié—. Cambia.

Cambié y le ofrecí el mando. Lo rechazó diciendo:

—No, quédatelo tú. Cambia.

Al final, hizo que me detuviera en una película de cine negro a cuyos actores no reconocí. Se revolvió con un ademán juguetón para ponerse más cómoda, y al cabo de unos instantes empezó a roncar.

Era la temporada del editor ausente o vago. Demasiadas de aquellas novelas eran innecesariamente gordas. Seis tenían más de novecientas páginas y doce pasaban de las setecientas, aunque con un mínimo de atención editorial cualquiera de ellas podría haberse quedado en una buena novela de cuatrocientas páginas. Había una novela increíblemente densa de un escritor de novelas densas muy huraño. Había una novela hábilmente construida y bastante delgadita de un escritor cuya reputación era sorprendentemente buena. Había un volumen de cuentos de un escritor muerto. Había una estantería entera de primeras novelas sobre abusos paternos y alcoholismos maternos (y viceversa); un libro de un escritor con ventas bastante aceptables que ofrecía una nueva visión (en realidad, terriblemente pasada) de la novela académica; veintiocho novelas que abordaban el tema de la vida doméstica y la infancia en la América profunda; cuarenta novelas de iniciación; treinta y cinco novelas sobre vidas rehechas tras un fracaso matrimonial; treinta novelas negras; cuarenta novelas de lo que podría considerarse aventuras, y seis novelas de cristianos que lo eran y qué tenía eso de malo, a ver. En la mayoría de los casos, el título me pareció mucho mejor que la trama o el estilo. Aun así, di con treinta novelas que me habría gustado escribir a mí. De esas treinta, había diez con las que yo habría hecho un trabajo mucho mejor, diez que no habría sido capaz de mejorar y otras diez que simplemente me habían parecido bien construidas, serias y reflexivas.

En la primera teleconferencia, uno de los miembros del jurado cuya identidad no me está permitido revelar dijo:

—Me gustaría ver Sobre mi cadáver, de Rita Totten, en la lista de finalistas.

Cuando le preguntamos por qué, contestó:

—Por dos motivos: porque Rita y yo somos muy amigas y porque el New York Times le dedicó una crítica muy mordaz.

Yo señalé que cualquiera de los dos motivos bastaría para excluirla de esa lista.

Thomas Tomad soltó un suspiro.

—Soy Tomad —fue todo un detalle que se presentara, teniendo en cuenta que estábamos en una teleconferencia—, y la novela de Totten me parece paja. Paja asquerosa, pero paja, al fin y al cabo.

Otro miembro del jurado:

—Me gustaría que el libro de Richard Wordiman estuviera en alguna lista.

—¿Tú no trabajas con él? —le preguntó alguien.

—Sí, y aunque no creo que éste sea su mejor libro, me gustaría que

supiera que me tomo su obra en serio.

—¿Por qué no esperamos a que hayan llegado todos los libros? —pregunté.

—Me parece sensato —respondió Wilson Harnet—. Sugiero que procedamos de la siguiente manera: cada uno hace una lista de veinticinco títulos, vemos cuáles se solapan, comentamos la lista, y todos los libros con al menos dos menciones pasan a la siguiente ronda. Y a partir de aquí, ya veremos.

Tomad:

—Suena bien. Yo ya tengo un par por los que estoy dispuesto a pegarme. Corren cosas bastante fuertes por ahí.

Sigmarsen:

—Sí, sin duda. En mi opinión, la naturaleza es un tema muy poco presente en las obras, pero aun así hay dos que están muy bien. El libro de Toby Lancfugen es extraordinario.

Hoover:

—Creo que me he perdido, pero sí, claro, por supuesto. Me ha sorprendido ver tantos libros escritos por autores importantes. ¿Y si nos dejamos de tanto pensar y los ponemos en la lista?

Ellison:

—Vale.



La Navidad vino y se fue. Mamá estaba cada vez más en forma, pero ya no regía. Mi editora había llamado a mi agente para comunicarle la emocionante noticia de que, debido a la expectación que Porculo había despertado, iban a sacarla antes de tiempo. Cuando mi agente me dijo que podría ver el libro en marzo, nunca llegué a sospechar que en enero abriría un sobre acolchado dirigido a Thelonious Ellison y me encontraría con unas galeradas encuadernadas de Porculo con la petición de que tomara la obra en consideración para el Premio de las Letras.

Dilema: me negaba a admitir que yo, Thelonious Ellison, era también Stagg R. Leigh, autor de Porculo. Pero ahí tenía el libro. No podía proponer que lo descalificáramos directamente, porque entonces revelaría mi secreto.

La solución: ignorarlo. ¿A quién con dos dedos de frente se le ocurriría darle un premio a esa novela?



Ajá.



Me había vuelto un ermitaño. Tenía un montón de cartas de amigos sin abrir. Tenía otro montón, peticiones de personas de varias universidades que necesitaban una carta de recomendación para poder presentarse a un puesto de trabajo o a una beca. Eso lo suponía, claro está, porque todas esas cartas seguían cerradas. Me sentía más culpable por el segundo montón que por el de las cartas personales. Había recibido correo de un par de instituciones, serían invitaciones a hacer una lectura de mi obra, pero como la idea me parecía bastante idiota no solía aceptarlas. Siempre me entraban ganas de gritar: «¡Leed el maldito libro!», y luego sentarme. En una ocasión pensé en llevar un par de cajas de libros y hacer que el público fuera leyendo en silencio mientras yo leía en silencio para luego señalar que, a fin de cuentas, a mí no me necesitaban para nada. No me invitaban a muchas lecturas, y ése era un hecho que nunca había herido mis sentimientos, pero no responder siquiera a las cartas debía de haberme convertido en un invitado mucho más deseado.

Me recosté en el sofá del despacho, cerré los ojos e imaginé una lectura de Stagg Leigh:

Lugar: la biblioteca pública de East St. Louis o la biblioteca pública de Lansing o la biblioteca pública de Worcester o en una librería de la cadena Borders en Filadelfia o en Dallas o en Jacksonville, o en una de Waterstone's en Boston o en Nueva York o en Chicago.

Disfraz de Stagg: pantalones amarillos abombados de lana. Camisa negra de seda de manga ancha y puño de varios botones. Blazer gris de zapa con doble botonadura y doble abertura trasera. Pañuelo amarillo asomando del bolsillo de la pechera. Calcetines grises.

Mocasines negros con borla.

o

Pantalones negros, camisa negra, gorra de punto negra,
gafas de sol, botas militares negras.

o

Túnica africana de colores vivos, pantalones blancos, sandalias, fez rojo.

A Stagg lo presenta una joven blanca, Becky Unger, representante de la Sociedad de Amigos de los Libros.

—Estoy encantada de que haya podido venir a leernos su obra —le dice en un aparte—. Nos habían dicho que era muy tímido. Oh, con tímido no insinuaba nada. Me refería a que es reservado. Reservado, eso quería decir.

—Me gusta más huraño —dice Stagg con un hilo de voz.

—Huraño. Muy bien. —La amiga de los libros se levanta y se dirige al atril. Se aclara la garganta y la sala guarda silencio—. Gracias a todos por venir. —Vuelve a carraspear—. Es un placer presentar a nuestro invitado, el señor Stagg Leigh. Como sé que muchos de ustedes han estado esperando la lectura del señor Leigh con la misma impaciencia que yo, seré breve. El señor Leigh es autor de un debut excepcional. —Mira al público, aguanta la respiración, se mira las manos y—: Porculo. —Risitas y murmullos entre el público—. Su primera novela, todo un superventas, ya lleva tres semanas en el número uno. Tengo entendido que el señor Leigh vive en Washington. La lectura de este libro ha significado mucho para mí. Me ha abierto los ojos a la experiencia negra y me ha ayudado a comprender el dolor de este pueblo. Así que los invito a que me acompañen para dar la bienvenida al señor Stagg R. Leigh.

Stagg se levanta, se acerca al atril, le da las gracias a la señora Unger con un movimiento de cabeza y se coloca de cara al público. En la primera fila hay un par de señoras mayores blancas de pelo azulado; parecen nerviosas y no dejan de mover los ojos. Stagg dice:

—Gracias por invitarme.

Apenas se oye su voz. El público se inclina hacia delante, colectivamente, pendiente de su voz, sin quitarle los ojos de encima. Stagg coge aliento y dice:

—¡Porculo! —el público se desploma contra el respaldo de los asientos— es una historia verdadera. —Vuelve a resultar casi imposible oír su voz, pero, sin embargo, el público la oye y emite gemidos de aprobación—. Esta novela no relata hechos reales, pero es la verdadera historia de la experiencia negra en América. Y no es agradable.

—Ahí, ahí —grita un blanco con pajarita sentado al fondo.

—Durante mi estancia en la cárcel —mira a las señoras del pelo azulado— aprendí que las palabras pertenecen a todo el mundo, que podía ocupar un lugar en esta sociedad en bancarrota utilizando el don del lenguaje que Dios me había dado.

Aplausos.

—¡Porculo! es mi aportación a esta maravillosa nación nuestra en

la que un expresidiario negro puede hacerse rico contando la verdad acerca de su desventurado pueblo.

Aplausos. Aplausos. Aplausos.

Stagg abre su libro.

—¡Porculo! —el público se aparta y luego vuelve a inclinarse hacia delante para escuchar—. «La mama nos mira a mí y a la Tardreece y nos llama desechos humanos» …



A pesar de su título, Porculo fue seleccionado por Kenya Dunston o por quien fuera que tomara esas decisiones en su nombre para entrar en su club del libro. En la editorial estaban entusiasmados, íbamos a repartirnos una buena pasta, al parecer. La condición: que Stagg Leigh fuera al programa de Kenya Dunston. Eso era malo, y me llenó de odio y miedo. Tenía miedo de que me descubrieran y me odiaba a mí mismo, pero la suma era más que respetable, casi doblaba el anticipo. Il faut de l’argent.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Yul.

—Qué va a hacer Stagg Leigh, querrás decir —contesté.

—Supongo que eso es lo que quiero decir.

—Supongo que el autor se presentará en el estudio a la hora acordada.

—Ay, Señor.



Después de ir a ver a mamá, regresé a casa convencido de que su buen estado físico no había sido más que una fantasía mía. Lo que me había inducido a error había sido el contraste con sus facultades mentales, totalmente arruinadas. Mi madre se estaba muriendo. Y cuando pensé que estaría mejor muerta experimenté lo que tomé por un sentimiento de culpa normal. Oír la idea en mi cabeza fue tan horrible como verla escrita en un papel.

¿Cómo iba a saber yo de qué placeres disfrutaba en su mundo? Pero yo lo sabía, por supuesto: los fugaces y solitarios momentos de cordura debían de ser agotadores y brutales. Esa noche me puse las deportivas y salí a correr, decidido a mantenerme en forma.



Corpora lente augescunt, cito extinguuntur.



Saltarse una visita a mamá era fácil, difícil, angustiante, deseado y aterrador. Yo había sido el hijo responsable, el buen hombre y el pilar de la familia, pero tenía que ganar un poco de espacio. Era una prueba, en cierto modo, porque al cabo de poco tendría que ir a Nueva York para reunirme con el jurado y para la aparición de Stagg Leigh en televisión. Caminaba por casa, arriba y abajo, convencido de que, tras una racha de doce días malos, ése sería el primer día lúcido de mamá, de que volvería su cara triste hacia la enfermera que le cambiaba los pañales y diría: «¿Dónde está mi Monksie?». Conscientemente, traté de quitarme de encima el sentimiento de culpa. En la medida de lo posible, claro está. La culpa es un perfume barato. Había tres cosas de la gente que yo odiaba. Odiaba el humor grueso de los hombres públicos. Odiaba la autocrítica descarada e indulgente. Y odiaba la culpa exagerada. Últimamente, podía preciarme de haber caído solo en esas dos últimas cosas.

Al día siguiente fui en coche a Columbia. Mamá estaba peor, quizá; mejor no estaba, sin duda, y si el día anterior había sido de lucidez, no había dejado rastro, ni siquiera un eco en la habitación. Sentada en su silla, apoyaba en el regazo las manos cogidas y miraba fijamente la nada.



De camino a casa paré en el mercado a comprar lo que se había convertido en mi dieta: yogur, fruta y tazas de sopa deshidratada de ésas. Caminaba hacia el aparcamiento cargado con tres bolsas; en una solo llevaba un melón. En el bordillo de la acera había un hombre, un hombre que tendría mi edad pero que parecía más viejo, más castigado por la vida. Me señaló y se puso a cantar:

Pan y vino,
pan y vino.
El dolor de tu cruz

es más leve que el mío.

Me quedé a un metro de él. Podía oler lo viejo que estaba su abrigo manchado y contar las arrugas que rodeaban sus ojos. Creo que lo asusté un poco. Dio un paso atrás y se encorvó casi imperceptiblemente, como si estuviera preparándose para pelear. Moví la cabeza en su dirección y dije: «Tienes razón». Y le di la bolsa con el melón. Le entregué la carga y él se alejó volviéndose a mirar con desconfianza un par de veces. Busqué mis llaves, luego miré al hombre y ya no estaba, como si se lo hubiera tragado la tierra.



Thelonious y Monk y Stagg Leigh viajaron a Nueva York juntos en el mismo vuelo y, por desgracia, en el mismo asiento. Me planteé la posibilidad de que esta farsa se me fuera de las manos, de terminar sufriendo un trastorno de doble personalidad. Pero con el zumo firmemente agarrado entre cielos turbulentos, logré reducir el asunto a teatro. Yo estaba actuando, simple y llanamente, y mi retribución era sustancial aunque merecida. Así que ahí estábamos nosotros disfrazados de yo, Monksie a ojos de mi madre, un artista a los míos. Me registré en el Algonquin según lo dispuesto por la organización de la Cámara Nacional del Libro, subí las maletas y eché una cabezadita.

Por la tarde, en la reunión del jurado, me senté entre Ailene Hoover, que olía a ajo, y Jon Paul Sigmarsen, que, a saber por qué, olía a pescado. Estábamos en una sala de reuniones muy amplia con una ventana que daba al patio. Comentamos libro tras libro. Sigmarsen y Tomad eran los más temperamentales con sus filias y fobias; la diplomacia de Wilson Harnet resultaba casi irritante, y Ailene Hoover conectaba y desconectaba a placer. Mi aportación fue tal vez la más problemática, ya que prestaba atención y hablaba muy poco. Cuando ya llevábamos cosa de una hora discutiendo, sucedió algo terrible. Y sucedió como si de una emboscada se tratara, como si estuviera preparado, ensayado, pensado solo para mí: Ailene Hoover sacó a relucir Porculo.

—¿Habéis leído Porculo? —preguntó.

Excepto Sigmarsen, todos lo habían leído.

—¿Y tú? —me preguntó Harnet.

—Le eché un vistazo —dije—. No me ha enganchado.

—Oh, a mí me pareció maravilloso —dijo Hoover.

—Muy fuerte —añadió Tomad.

—Comparto tu opinión —le dijo Harnet—. Creo que es la novela

afroamericana más potente que he leído en mucho tiempo.

—Yo tengo ganas de leerla. —Sigmarsen.

—Sospecho que, al menos, terminará en nuestra lista de veinte —dijo Harnet.

—Yo diría que sí —declaró Hoover.

—Voy a tener que leerla, supongo —dije.

No podría haber estado más bajo de moral. Me pesaban los pies, sentía un hueco en el estómago y tenía las manos frías. No se me ocurría nada más aterrador ni más censurable. Antes que incluir esa novela en la lista de finalistas, habría sido capaz de proponer El nacimiento de una nación.

Cuando volví a mi habitación, estaba que me subía por las paredes. Empecé a caminar arriba y abajo y me puse a ver Imitación a la vida. Luego volví a caminar. Pedí que me subieran la cena, pero no comí nada.



A la mañana siguiente, sin haber dormido, me duché, me vestí y cogí un taxi hasta la dirección que había encontrado entre los papeles de papá, hacia lo que era, o por lo menos había sido, el apartamento de la hermana de Fiona, Tilly McFadden. El nombre del recuadro del interfono seguía siendo McFadden, así que llamé. Cuando la puerta se abrió con un zumbido, pasé a la escalera. El edificio de brownstone había vivido días mejores, pero no estaba en mal estado. Subí los cuatro tramos de escalera y vi la puerta entornada. Llamé.

—Entra —gritó un hombre. Cuando me vio, dijo—: ¿Y tú quién eres?

Era un hombre blanco y calvo. Iba con el torso descubierto, llevaba un aro en el labio y tenía el hombro izquierdo y parte del pecho tatuados. También era gordo, solo debía de faltarle un panecillo para llegar a los ciento cuarenta kilos. Llevaba una bota puesta y estaba peleándose con la otra. Me asustó, la verdad.

—Me llamo Thelonious Ellison.

—¿Y a mí qué coño me importa?

—Confiaba en que usted pudiera ayudarme.

Me quedé mirando su tatuaje: un tigre y una serpiente luchando sobre una tarima.

—Si me pides dinero, te doy una paliza que te reviento.

—¿Es usted un skinhead ?

La pregunta me salió, sin más. Me tenía intrigado.

—Fuera de mi casa de una puta vez —dijo, y se puso en pie con

una única bota y un único calcetín.

—Estoy buscando a Tilly McFadden —dije.

—Pues llegas con diez años de retraso. Está muerta.

—Lo siento mucho.

—Vete a la mierda.

Volvió a sentarse no sé por qué. Estaría cansado.

—¿Es usted su hijo?

—¿Y por qué preguntas?

Me miró con dureza.

—En realidad, estoy buscando a su hermana Fiona.

—Ella también está muerta. Joder, tío, llegas tarde a todas. —Ahora parecía divertido—. ¿Y para qué las quieres?

Actuaba como si se oliera que había dinero en el asunto.

—Estoy buscando a su prima Gretchen. ¿También está muerta?

Dejó la bota a medio anudar y se incorporó.

—No, qué va. ¿Qué quieres de ella?

Decidí ir directo al grano.

—Resulta que es mi hermanastra.

—Lo sabía —dijo, y meneó ligeramente la cabeza—. Sabía que ahí olía a negro. Mi madre no quería admitirlo, pero yo lo sabía.

—¿Sabe dónde está?

—Puede. ¿Por qué la buscas?

Miré el crucifijo de la pared, lo tenía justo al lado de la esvástica.

—En realidad, es personal.

—Es que resulta que yo sé dónde está y tú no.

—Quizá podría facilitarme su apellido.

Me miró sin decir nada.

—¿Cuánto? —pregunté—. ¿Cien? —Me saqué el dinero del bolsillo—. ¿Doscientos? —Su expresión no cambió—. Tengo doscientos cincuenta. Si la dirección es la buena, se los doy.

—¿Y si te pego una paliza y me quedo con el dinero?

—Eso le costaría más que llevarme a casa de Gretchen.

Una sonrisa maliciosa y desagradable invadió su cara. Lo odié. No sabía si estaba terminando de atarse la bota para poder pegarme esa paliza o para ponerse en camino.

—Vamos —dijo.

Y desde ahí recorrimos varias manzanas hasta otro edificio de brownstone. Tratándose de un hombre gordo, iba a muy buen ritmo, aunque jadeaba de forma preocupante. Pensé en qué pasaría si se desmayaba y yo tenía que reanimarlo, cosa que me puso los pelos de punta. Mientras tanto, me angustiaba por si se daba media vuelta y me pegaba un puñetazo o por si nos cruzábamos con alguno de sus amiguitos neonazis y de la paliza me daban por muerto. Aquí haré un inciso para señalar que si hasta ese momento no las había tenido todas

conmigo, ahora lo veía todo negro, hecho que me resultaba tan angustiante como la situación misma. Este hombre era pariente mío. Era el primo de mi hermanastra, lo que, según mis cálculos, nos convertía en primastros políticos. Aunque el parentesco no era muy estrecho, bastaba para asquearme considerablemente.

—Está en el segundo piso. Se apellida Hanley.

El skinhead tendió su mano de nudillos enrojecidos y la abrió, quería los billetes. Le di el dinero y vi cómo se alejaba. En la esquina se volvió y me miró con aquella sonrisita.

Subí las escaleras de la entrada, vi el nombre «Gretchen Hanley» en el interfono, y pulsé.

—¿Quién es? —preguntó una mujer por el altavoz.

—¿Señora Hanley?

—¿Sí?

—Me llamo Thelonious Ellison. Querría hablar con usted.

Se hizo un largo silencio y luego oí que abría. Me apresuré a tirar de la puerta y entré en el edificio. Comparado con el de la casa del primo, su estado dejaba bastante que desear. Advertí que el día se había vuelto más caluroso, y con tanto pasear y subir y bajar escaleras estaba algo sudado y despeinado. Me remetí la camisa, respiré profundamente y llamé.



Si teníamos un aire de familia, yo no supe verlo. Gretchen era una mujer bastante atractiva: de espaldas y caderas anchas, bastante alta, melena castaña clara hasta debajo de los hombros y ojos color avellana. Después de abrir la puerta, se volvió hacia un bebé que lloraba en un rincón.

—¿Gretchen? —dije.

—Sí, así me llamo. —Lo dijo con voz cortante—. ¿En qué puedo ayudarle?

Advertí que tenía bastante acento.

—Mi padre era Benjamin Ellison.

Ahora tenía en brazos al bebé, que apoyaba la cara en su hombro. Me miró. Como estaba de espaldas a la ventana no pude distinguir bien su expresión.

—¿Su madre se llamaba Fiona?

—Sí. —Se acercó y observó mi cara—. Así que usted es mi hermano. —Sonrió, y entonces advertí un ligerísimo parecido con su primo el skinhead—. ¿El viejo murió?

—Sí, murió.

La noticia pareció aflojar un poco su tensión. Se sentó a la mesa y se puso a mecer al bebé.

—No sé si servirá de algo que se lo cuente —le dije—, pero mi padre nunca supo dónde vivían. Murió hace unos siete años. Yo no supe nada de usted ni de su madre hasta que encontré unas cartas.

Se me quedó mirando fijamente. Y entonces advertí que me miraba la ropa. Paseé la vista por el apartamento y me di cuenta de que vivía en muy malas condiciones. Todo estaba bastante limpio, pero las malas rachas habían dejado cicatrices. En la cocina luminosa de un barrio residencial, la mesa de formica habría resultado chic, pero ahí no era más que un diario en el que los desconchones y las manchas anotaban sus recuerdos. Me bastó con ver el sofá para saber que los cojines todavía tendrían más manchas por el otro lado.

—Ésta es mi nieta —dijo—. La cuido mientras mi hija trabaja. Luego salgo a trabajar yo. Y mañana, más, y pasado, todavía más. ¿Y usted a qué se dedica, señor Ellison?

—Soy escritor.

—Qué maravilla. —Miró la cara del bebé, la tocó con el dedo—. Escritor. ¿Ha ido a la universidad?

—Sí.

—Qué bien. Supongo que en la universidad aprendió muchas cosas. —El bebé volvió a lloriquear y ella lo acalló un poco bruscamente—. Todos debemos contribuir con nuestros donativos a la Fundación para la Educación de los Afroamericanos, es lo que yo digo siempre.

Esa mujer no me gustaba, pero su resentimiento no tendría que haberme sorprendido.

—Bueno —dije—, mi padre le escribió esta carta antes de morir. Cuando la encontré, hace poco, traté de localizarla.

Dejé la carta en la mesa, delante de ella.

La miró, pero no alargó la mano.

Me senté en la silla que me quedaba más cerca y estudié la cara de Gretchen. Me invadió una sensación de soledad terrible, no habría sabido decir si se trataba de una reacción de empatía o si era un sentimiento propio. Y aunque no debía, también me sentía responsable de la pobreza de la habitación.

—Así que usted es mi hermano.

Asentí en silencio.

—¿Tengo más hermanos o hermanas?

—Tiene otro hermano. Su hermana está muerta. —Miré hacia la ventana sucia—. No tenía intención de presentarme aquí a remover sentimientos dolorosos. Mi padre quiso que alguien encontrara sus cartas y quien ha terminado leyéndolas he sido yo. Por lo que he podido ver, quería mucho a su madre. Creo que habría querido

localizarla, pero no sabía cómo.

—Usted me ha localizado.

Tenía razón, y yo no tenía una respuesta satisfactoria que darle.

—Papá quería que usted tuviese este dinero. Saqué el talonario de cheques y el bolígrafo.

—¿Dinero?

No habría sabido decir si estaba ofendida o sorprendida, pero giré la punta del boli y continué.

—Sí, señora Hanley, mi padre le dejó un dinero.

Le hice un talón por cien mil dólares y, para mi asombro, se lo entregué sin vacilar. Nunca había extendido un talón por tanto dinero. Me sentía raro, mareado.

—Dios santo —dijo sin mirar el talón—. Dinero, ¿qué le parece? Y esto lo arregla todo, ¿verdad?

Echó una mirada a su hogar como si quisiera que yo la acompañara, como si quisiera llamar mi atención acerca de las condiciones en que vivía.

—No lo creo. —Me levanté—. Yo ya he hecho todo lo que había venido a hacer. Bueno. Buena suerte —dije.

Di media vuelta y salí de su apartamento.

Ella fue hasta la puerta, y cuando yo ya estaba fuera me preguntó:

—¿Es auténtico?

—Sí.

Now, if you pitch your little tent along the broad highway The board of Sanitation says, «Sorry, you can't stay».

«Come on, come on, get movin'», it's the everlasting cry Can't stay, can't go back and can't migrate so where the hell am I? ****

Como no me quedaba dinero para un taxi y no quería caer todavía más bajo metiéndome en los túneles del metro, decidí volver al hotel andando. El ejercicio, sin embargo, no hizo gran cosa por despejarme. Pensar en esa rama de la familia recién descubierta añadió un nuevo grado de ironía y trascendencia a las penas que, en mi papel de Stagg Leigh, estaba pasando. Sentado en el apartamento de Gretchen, me había acordado de la clínica de mi hermana, de las mujeres sentadas en la sala de espera, de los niños que tenían en el regazo y de los bebés que arrancaban el pelo de la moqueta. Me paré delante del escaparate de una pequeña galería y miré las fotografías: fotos sombrías, grandes angulares fríos de muelles anónimos y sin embargo típicos. No había gente, solo barcos y grúas y hormigón y agua. El nombre del fotógrafo era Brockton, y me pregunté qué habría hecho con la gente, cómo habría logrado dejar el lienzo tan limpio.

Seguí caminando y encima de un almacén vi una valla que solo llamó mi atención por lo nueva que estaba:

mantén américa pura



Stagg Leigh sale de su habitación, la número 1369, con ropa informal: zapatos negros, pantalones negros, jersey de cuello alto negro, blazer negro, barba negra, fedora negro. Stagg Leigh es negro de la cabeza a los pies, de hombro a hombro, del principio al fin de los tiempos. Pisa con soltura el pasillo enmoquetado para llegar al ascensor, y sigue, y sigue, sigue.

precibus infimis

Las puertas del ascensor se cierran, puertas metálicas cuyos cantos coinciden. Dentro va un señor mayor negro con un traje marrón bastante modesto. Pulsa el botón del vestíbulo y luego se queda mirando el panel iluminado que tiene enfrente, observando cómo las placas de los pisos se iluminan en secuencia descendente. Sin mirar a

Stagg, pregunta:

—¿Es usted ingeniero?

—¿Ingeniero?

—Sí, eso le he preguntado —responde, desafiante.

—No, señor. No soy ingeniero.

—Lástima —dice el anciano.

Las puertas se abren.

—En realidad, sí que lo soy —dice Stagg mientras el hombre sale de la cabina. Pero el hombre ya no está.

ridentem dicere verum quid vetat?

Ailene Hoover entra en el ascensor y pulsa el botón, aunque ya está pulsado, evidentemente. Ella no le mira a los ojos, pero él advierte que está tomando nota de su color, de su único color, de su tamaño, de sus dedos largos, de sus pies grandes. Va demasiado perfumada, huele a gardenia. Se toca el colgante en forma de corazón que lleva al cuello y luego le dedica a Stagg una sonrisa suspicaz.

—¿Le conozco? —le pregunta.

—No lo creo.

—Usted me suena.

—¿De verdad? Tendré una cara común.

—Sí, debe de ser eso.

Las puertas se abren.

medio tutissimus ibis

Stagg coge el metro para ir al estudio y el ruido del tren le hace caer en la cuenta de que le rugen las tripas. Se muere de hambre. Suenan otras tripas. Está encerrado con otros negros. Aunque afuera hace un día luminoso, se desplazan por el subsuelo rumbo a su destino.



En el estudio a Stagg lo recibe un hombre llamado Tod Weiß, un joven bien vestido y, esto lo descubre al estrechárselas, de manos fofas. Sin embargo, Weiß está seguro de sí mismo. Es el productor, y cada vez que chasca los dedos, alguien salta. Exhibe una gran sonrisa y se pasa la mano por el pelo.

—Estamos muy contentos de tenerlo aquí —dice Weiß—. Si no hubiera venido, no sé qué habríamos hecho. Nos dijeron que quizá no se presentaría, y aquí lo tenemos. Fantástico. Vamos, lo acompañaré a

maquillaje.

—Nada de maquillaje —dice Stagg con su voz plana y negra.

—Pero estamos en televisión.

—De todos modos, yo me quedaré detrás de un biombo.

—Es verdad. Eso no lo había pensado. —Weiß pesca a una asistente que pasa por ahí—. Ve a buscar un biombo, rápido. —Se dirige a Stagg—: Tengo mil y una cosas de las que ocuparme. Dana se encargará de usted.

Hasta este momento, Dana ha sido invisible. Es más joven que Weiß, y negra y delgada. Aparece lista para acompañar a Stagg a la sala de espera. Weiß sigue hablando. Dana lleva a Stagg por un pasillo y sus tacones hacen ruiditos al chocar contra el parqué. No menciona el libro, pero abre la puerta y luego la cierra cuando Stagg ya está dentro. Stagg se sienta.

La puerta se abre.



—¿Monk? —Era Yul—. ¿Eres tú?

—Cállate —respondí.

Yul se sentó en el sofá, a mi lado, se quedó mirándome la barba.

—El disfraz no es muy bueno.

—Es lo bastante bueno. La cámara no me enfocará.

Yul meneó la cabeza.

—Estás haciendo malabarismos, amiguito.

Apoyé mi barbudo rostro entre las manos. Quería llorar. Me sentía tan perdido, tan solo. Miré a Yul.

—¿Sigues siendo el único que lo sabe?

—En la oficina nadie lo sabe. Bueno, Isabela, la contable, sí, pero da igual, porque casi no habla inglés. No ha atado cabos.

—Y todo por dinero —dije.

Yul asintió en silencio, riendo.

—O tal vez no —añadí.

Se detuvo y me miró a los ojos.

—¿O sea?

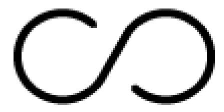
Moví la cabeza.

—No lo sé.



—Diez minutos, señor Leigh —dice Dana desde el otro lado de la

puerta.



Me volví hacia Yul.

—¿Es demasiado tarde para meterme en un agujero y esconderme?

—Eso parece. Más adelante, cuando se sepa todo, te acordarás de esto y te reirás. Lo irónico del asunto, y sé que cuando te lo diga querrás morirte, es que es probable que las ventas de tus otros libros salgan beneficiadas.

—¿Cuando se sepa todo? —Negué con la cabeza—. Nadie sabrá nunca que yo escribí esa mierda. ¿Entendido?

—Vale, vale, tranquilo. Ahora tendrías que meterte en tu papel.

Y tenía razón. Con la preocupación por que me desenmascararan, Stagg Leigh había abandonado mi cuerpo. Cerré los ojos y volví a convocarlo. Me metí la mano en el bolsillo, saqué mis gafas de sol y me las puse.

—¡Porculo!



—¡Quiero orden! —grita alguien.

Dana conduce a Stagg hasta una silla detrás de un biombo. Kenya Dunston se acerca. Tiene el mismo aspecto que cuando sale en televisión, parece igual de real. Tal vez esté un poco más fornida.

—Stagg Leigh, criatura, te reconocería en cualquier parte —dice Kenya. Abraza a Stagg como si lo conociera y lo quisiera como a un amigo—. Vaya libro, vaya libro.

—Es la hora, señora Dunston —avisa una joven.

—Es la hora —dice Kenya—. Es la hora.

Y pasa al otro lado del biombo.



Al anular mi propia presencia, ¿habría reforzado la individualidad de Stagg Leigh? ¿O era el libro mismo el que le había dado la vida? Ahí estaba, expuesto al escrutinio público, y el público lo adoraba. ¿Qué pasaría si me cansaba de aguantar la respiración, si tenía que salir a la superficie a coger aire? ¿Iba a tener que matar a Stagg para

silenciarlo? ¿Y qué significaba el hecho de estar pensando en Stagg como en un ser con capacidad de maniobra? ¿Qué significaba que me estuviera haciendo esas preguntas? Naturalmente, no significaba nada, y por lo tanto lo significaba todo.



Tema musical atronador. El público se pone a cantar. Una voz en off presenta a Kenya Dunston. El público ruge. Kenya está emocionada. Sonríe de oreja a oreja, resplandeciente.

—Tengo el placer de recibir en el programa de hoy a Stagg Leigh, el autor de una novela que está a punto de publicarse. Será un superventas, y tengo entendido que los derechos para el cine ya están vendidos. ¿No es increíble? Es la primera novela de Stagg. Sin embargo, debo advertirles que nuestro invitado es un poco tímido y ha accedido a acompañarnos con la condición de permanecer tras un biombo. Así que, por favor, démosle todos la bienvenida a la silueta de Stagg Leigh, autor de… —Hizo un silencio—. ¿Y ahora qué hago? Voy a decir el título, y que pase lo que tenga que pasar. Stagg Leigh, autor de Porculo.

Aplausos.

—¿Cómo estás, Stagg?

—Bien.

—Vaya libro…

—Sí.

—¿Querrías contarnos qué te inspiró la historia?

—No.

—Vamos… ¿Es una historia real? ¿Quieres compartir con nosotros los momentos de tu vida que te empujaron a escribir un relato tan fascinante y tan auténtico?

—Me parece que no.

—Es un lenguaje muy gráfico, sin duda. Tenía la sensación de estar dentro del libro. Y tan emocionante… Leyéndolo, en varias ocasiones tuve la sensación de estar a punto de estallar.

—Gracias.

—¿Go Jenkins está basado en alguna persona concreta?

—No.

—No es fácil sacarte las palabras, ¿verdad?

—No.

—Bueno, cuando volvamos de la pausa para la publicidad quizá podrías contestar algunas preguntas del público.



—¿Qué coño pasa? —dice Kenya—. Este hijo de puta no abre la boca. ¿Qué clase de entrevista es ésta?

Weiß está de rodillas al lado de Stagg.

—Tiene que tratar de abrirse un poco, por favor. Cuéntenos algo. Dígale a la gente que compre el libro, por lo que más quiera. Lo que sea.

5
4
3
2
1

—Ya estamos aquí otra vez. Hoy nuestro invitado es el escritor Stagg Leigh, que ha venido a «hablarnos» de su primera novela, Porculo. ¿Tienes más ganas de hablar, Stagg?

—No muchas.

Pánico general. Silencio incómodo. Ruidos de inquietud del público. Dana ahoga unas risitas contra la muñeca. La cámara hace un barrido del público y recupera a Kenya.

—Bueno, ya os había dicho lo tímido que es nuestro invitado, y vaya si lo es. Éste podría ser un buen momento para que os lea un fragmento de esta fantástica novela.

Kenya abre Porculo y lee:

Quiero a la Cleona y odio a la Cleona. En mi cabeza viven dos negritos. El Negrito A y el Negrito B. El Negrito A dice: «Con calma, hermano, que tú no tienes pasta, ya lo sabes, deja que la chica vuelva al istituto, a su clase de árgebra y su clase de sociología y su clase de ordenadores para que pueda salir del abujero y ser alguien en la vida. Dale una oportunidad, una oportunidad para que pueda ser esa enfermera que tanto dice». Pero el Negrito B se ríe: «Mierda —dice—, llévate a la biiip a su casa y tíratela una vez, y otra vez. Hablando con el negrito del Jeep delante tuya, qué morro. A tomar biiip. Si te insulta, que le den biiip. Luego sales a buscar al biiip del Jeep y le das porculo. Pero ahora te llevas el biiip a casa y lo pruebas. Acuérdate de lo bueno que estaba, de cómo gemía, como si llorara, como si le doliera. El negrito castigando ese biiip. A tomar porculo el istituto. No será enfermera. No será nada».

Cuando vamos a su casa veo a unos tíos que juegan al basket. Hace mucho que no juego al basket, pienso. Yo era muy bueno. Encestaba

desde medio campo y todo. Y vaya saltos que pegaba. Pero cómo vas a llegar a la universidad y a sacarte pasta de la buena cuando, para empezar, no eres una biiip mierda y encima esos cabrones te echan del istituto. Y no iba a chuparle la biiip al entrenador para que me dejara jugar. Tendría que haberlo intentado cuando era bueno, una prueba para los Lakers. Me pillaban fijo. En la tele. Magic y yo. Es que no habría tenido ni que entrenar, de lo bueno que era.

La Cleona abre la puerta y entramos y da media vuelta y me mira.

—Dame la pasta, ahora.

—Con calma, nena —le digo poniendo voz así, guay—. ¿Por qué no me enseñas dónde duerme el crío?

—Ya sabes dónde duerme el crío. El crío duerme en mi habitación, y ahí no vamos a entrar. La pasta, ahora.

—¿Me das un poco de agua con hielo?

Suelta un suspiro profundo y tira para la cocina con unas pisadas que todo retumba.

Me siento en el sofá y veo que es nuevo. Paso la mano por el cojín que tengo al lado y pienso: «Mierda, de dónde habrá sacado la mierda esta. Nuevecito».

La Cleona entra en la habitación con el vaso de agua en la mano y me lo da y se queda ahí plantada.

—Tienes sofá nuevo —digo.

—¿Y?

—¿De dónde habéis sacado la pasta, tú y tu vieja?

—No es asunto tuyo.

—Pues yo creo que sí. Si la madre de mi hijo sale a vender el biiip para comparse muebles, es asunto mío. Porque puede que no necesites dinero.

—Se supone que tienes que pasarme dinero para el Rexall cada mes.

—«Se supone que» no es lo mismo que «tienes que» —le digo. Repaso la habitación—. Tenéis cantidad de cosas guapas. —Pego un sorbo, el agua está caliente—. Que te he dicho que con hielo, biiip.

Se me queda mirando.

—Lo siento, nena —le digo—. Se me ha escapado. Ven y siéntate a mi lado.

Sigue mirándome.

—Siéntate.

Plantifica su biiip gordo a mi lado y yo le paso el brazo y se pone toda tensa.

—Venga, Cleona, relájate un poquito. No hay nadie en casa. —Le toco una de esas biiip con el dedo y digo—: Ahí ha cenado mi hijo.

La Cleona no quiere reírse, pero se le escapa la risa. Le toco las biiip un poco más.

—Vaya biiip —le digo—. Quiero probar lo que bebe mi niño. ¿Quieres que pruebe lo que mi niño también prueba?

Parpadea y creo que ha dicho que sí y le levanto la camisa y miro el pedazo de sujetador que lleva. Quiero desabrochárselo, trasteo por la espalda pero el biiip no se suelta.

—Ayúdame, maldita sea —le digo.

La Cleona se pasa una mano por encima de la cabeza y la mete por el cuello de la camisa, y pasa la otra por la espalda y se desabrocha el sujetador. Y entonces se le desparraman esas biiip que son como almohadas enormes, como bolsas de arena. Se las agarro y se las chupo, ahí, bien fuerte, hasta que se pone a gemir y susurra algo, no sé qué biiip estará diciendo, pero se las aprieto y chupo y aprieto más y chupo más. Es la una en el reloj de la otra punta de la habitación y me acuerdo de que tengo que verme con el Amarillo y el Tito en los billares. Tendré que echarlo muy deprisa. La empujo para atrás y le desabrocho los pantalones mientras le chupo las biiip y ella gime. Me cuesta bajarle los pantalones con ese pedazo de biiip, pero se los bajo y luego se la meto, toda. ¡Zaca! Así, y ella pega un grito y yo me siento el biiip amo, tío. Se la biiip, tío, se la biiip y ella se pone a llorar, abre los ojos y llora y me dice que me quite. Pero yo estoy ahí, dándole, y le sonrío.

—Dios mío, me encanta —dice Kenya meneando la cabeza—. Vamos a ver. Sé que en casa algunos estaréis pensando en lo duras que son ciertas expresiones. Pero dejad que os diga una cosa: no vais a encontrar nada más auténtico. Con este talento, ¿no os parece que deberíamos perdonarle a nuestro invitado su enorme timidez, criaturas?

Aplausos del público, asentimientos, beneplácitos, bendiciones.



Desde la morada que era mi disfraz, miré afuera y vi a Yul de pie entre bastidores. Aplaudía discretamente. Me saludó con la cabeza, se encogió de hombros y luego levantó el pulgar, gesto que me hundió. Me miré los pies e imaginé mi reflejo en la piel de mis zapatos. Kenya Dunston parloteaba al otro lado del biombo. Lo que decía no tenía ninguna importancia. Me levanté y me marché.



Hard luck Poppa standing in the rain

If the world was corn, he couldn't buy grain, Lord,
Lord, got them Brown's Ferrys blues. *****

**** «Y si montas tu tienda al lado de la autopista / los de Sanidad dicen: "No puede quedarse, lo sentimos". / "Vamos, vamos, circulando", no paran de gritar / Si no puedo ni quedarme, ni volver ni emigrar, ¿dónde diablos estoy?».

***** «El papa sin suerte está bajo la lluvia / Si el mundo estuviera hecho de maíz, no podría comprar ni un grano, / Señor, Señor, tiene el blues del Ferry Brown».

18

Volví a Washington derrotado y más abocado al suicidio de lo que me había sentido jamás. Pensé en meter la cabeza en el horno, pero como mamá siempre había preferido la electricidad al gas, a lo único que podía aspirar era a una muerte por asado. Se me ocurrió que podría echar mano de la pistola de papá. Tras años de lecturas, sin embargo, sabía perfectamente que existen demasiados lugares no-mortales-de-necesidad en los que un trozo de metal puede alojarse. Y eso, ¿dónde me dejaría? Donde estaba. Sin olvidar mi pánico a que al despertar del coma al cabo de tres años fuera a encontrarme con una pulsera en la muñeca que rezara «Stagg R. Leigh». Me entraron escalofríos solo de pensarlo, y la mujer que tenía al lado creyó que ésa era mi reacción a su ofrecimiento de un caramelo de menta. Era australiana, creo.

—Con decir «no» bastaba.

Me disculpé.

—Tenía la cabeza en otro sitio —dije.

—A mí tampoco me gusta volar. Pareces desanimado.

Asentí en silencio. No tenía ganas de charla, pero ya había sido grosero con ella una vez.

—Pareces desanimado, sí, señor. Como si quisieras meter la cabeza en la boca de un cocodrilo.

—¿Es un método eficaz?

Se echó a reír.

—Es limpio —contestó, y luego se apoyó en el respaldo para mirarme—. Tú no estás nada mal.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me caes bien. Claro que si vas y te suicidas tendré que decir que me caías bien. Pretérito, ya sabes.

—Ya sé.

—Tendrías que venir a Australia —dijo. No era una mujer corpulenta, pero hablaba como si lo fuera—. En algunos lugares del desierto te sentirías en el mismísimo infierno. Luego, cuando volvieras, todo te parecería de fábula.

—¿Tú crees?

—Mi padre solía decir: «No hay nada tan malo que comparado con algo peor no parezca mejor».

—Tu padre estaba hecho un poeta.

—Era un poco cabronazo, pero me enseñó a amar la vida. Con su presencia, no sé si me entiendes.

—Te entiendo.

Volvió a ofrecerme un caramelo de menta, y esta vez lo acepté y le di las gracias.

—Están de muerte —dijo ella mientras yo me metía el caramelo en la boca.

—No están mal —respondí.



Las discusiones telefónicas con los miembros del jurado resultaron exasperantes, descorazonadoras y frustrantes. Todos, como un solo hombre, se habían enamorado de la obra de Stagg Leigh Porculo.

—La mejor novela de un afroamericano en años.

—Una obra auténtica, descarnada y absorbente.

—Tan real, tan como la vida misma.

—La energía y el salvajismo del negro arquetípico aportan tanta frescura al relato.

—Creo que, a pesar de la crudeza de su lenguaje, se convertirá en lectura obligatoria en los institutos. Es muy potente.

—Un libro importante.

Y entre esa negra gente,
de todos el más valiente,
el aguador del regimiento, Gunga Din.



La casa estaba fría. Mamá seguía igual. La vida seguía igual. Yo había sacado un nuevo libro, pero gracias a Dios nadie sabía que era mío. Y el condenado estaba funcionando bien, muy bien, extraordinariamente bien. Había leído muchos libros que me habían parecido buenos, pero mis compañeros de jurado no querían saber nada del asunto. Como no nos quedaba otro remedio, escogimos a los cinco finalistas.

Eran:

(1) Tradiciones, de Zeena Lisner.

(2) Monte Cristo, de J. Thinman.

(3) Salida La Luna, de Jorge Jarretto.

(4) La felicidad del guerrero, de Chic Dong.

(5) Porculo, de Stagg R. Leigh.

Examinaríamos todas las obras detenidamente, y en febrero, durante la última reunión que se celebraría en Nueva York antes de la ceremonia de entrega del premio, seleccionaríamos al ganador.



Das Seitengewehr pflanzt auf! *Oí el grito en sueños y, aunque me asustó, no me desperté. Seguí durmiendo; en realidad, sabía que estaba soñando. La idea de que unos soldados nazis me persiguieran ya daba bastante miedo, pero saber que todo era un sueño y no iba a poder despertar resultaba todavía más aterrador. Estaba escondido entre unos matorrales; anochecía. A lo lejos, al otro lado de unos prados, había una granja francesa, y más lejos todavía se veía una huerta por la que avanzaban los alemanes con las bayonetas dispuestas según lo ordenado. Habían quemado la casa y atravesaban el prado hurgando en las pilas de heno con sus armas. Una mujer salió corriendo de la casa en llamas. Se caía, lloraba. No podía verle la cara, pero sí que llevaba un lienzo. Era La noche estrellada. Los soldados le quitaron el cuadro a la mujer y lo rajaron. Sentí un dolor agudo en la cintura, me sujeté el estómago y cuando me miré la mano la vi cubierta de sangre. No dejaba de repetirme: «Esto es un sueño. Esto es un sueño». Detrás de los soldados, un coro masculino cantaba la «Canción de Horst Wessel». Luego el cuadro y el calor me hacían gritar y los soldados me oían y calculaban mi posición y avanzaban hacia mí. Entonces yo me daba cuenta de que estaba en una trinchera con una metralleta del calibre cincuenta. Me olvidaba de mi sangre y de mis heridas y empezaba a disparar derribando a los*

soldados como si fueran latas. Un soldado al que le había dado se arrastraba hasta mi trinchera, sangrando y cantando que las estrellas caían en Alabama. El herido me miraba, miraba la sangre de mi camisa y me preguntaba: «Wie heißen Sie?». Y yo no lo sabía.



Llamé a Bill, pero no estaba en casa. Bill nunca estaba en casa, nunca estaba en su despacho, nunca estaba en ningún sitio. Nunca devolvía las llamadas, nunca dejaba mensajes y nunca escribía. Me pregunté si estaría muerto. Me pregunté si eso importaba.



Un martes, hacia el final de mi visita, mamá pareció volver en sí durante un par de minutos. Levantó la vista desde su oscuridad y dijo:

—Qué criaturas tan vanas somos todos, Monksie. Lo que más me

cuesta es verme a mí, ver en qué me he convertido. Lo veo durante unos instantes y luego no sé dónde estoy. Querría poder decirte que estoy aquí, mirando hacia fuera. El jueves voy a tener un buen día. No te olvides de venir el jueves.

Cuando me marchaba, la enfermera me dijo que un par de viejos amigos de mamá habían venido a verla.

—Se quedaron al pie de la cama, pero ella miraba hacia la ventana sin reparar en ellos —me informó la mujer—. Luego se fueron. Uno había estado aquí antes y pasó lo mismo.

—¿Sabe mi madre quién es usted?

La enfermera asintió en silencio.

—Casi siempre, y no es un fenómeno extraño. No significo nada para ella. Soy un mueble más.

El jueves, justo como había predicho, me sonrió con una sonrisa que sí era suya y me pidió que le pusiera música.

—Algo agradable, algo de Ravel. —Movió las manos en el aire—. Ravel es tan animado.

Puse la música y ella cerró los ojos.

—Creo que a veces tu padre se aburría conmigo. Creo que yo lo irritaba, pero nunca dijo nada, nunca dio a entenderlo con un gesto o con el tono de voz. Y creo que yo lo advertía. Por cómo se movía o cómo pasaba las páginas de un libro. Sé que me quería, porque no habría sido capaz de ocultar sus sentimientos hasta ese extremo. Qué bien nos lo pasábamos, Monksie. Tu padre y yo nos llevábamos de maravilla, aunque hubo algunos momentos…, momentos en los que me sentí tan poca cosa. —Suspiró, pero no abrió los ojos—. Una vez le comenté que tenía la impresión de que se aburría, entonces él meneó la cabeza, sonrió y me preguntó de dónde había sacado esa idea. —Inspiró profundamente y sonrió con tristeza—. Siempre me prometí que nunca sería una de esas viejas que huele a alcohol de farmacia, pero lo soy, ¿verdad, Monksie?

—Yo no huelo nada, mamá.

—Qué amable. Igual que tu padre.

—En la vida nos prometemos todo tipo de cosas —dije.

—¿Qué te has prometido a ti mismo?

Observé su cara tranquila.

—Una vez me prometí que nunca traicionaría mi arte.

Los ojos de mamá se abrieron y dijo:

—Qué buena promesa. ¿Seguro que no huelo a alcohol de farmacia?

—Sí, mamá.

Los ojos de mamá volvieron a cerrarse.



Traté de localizar a Bill de nuevo. Dejé un mensaje. Sin respuesta.



Me las había apañado para coger lo que era, el escritor, reconfigurarme y luego desintegrarme dejando una obra dividida en dos corpus sin fronteras y sin embargo separados por infinidad de muros. Me vi de pie, desnudo delante del espejo, y descubrí que no tenía nada que ocultar. Y fue precisamente esa carencia lo que me obligó a dar media vuelta. Sin saber cómo, de un tajo me había quedado sin

pito
rabo
verga
polla
nabo
minga
miembro
picha
cosita
pilila
pepino
cipote
tranca
manubrio
manguera

y debía pagar por ello. Debía salvarme, debía encontrarme a mí mismo. Y para eso, durante un instante fugaz lo vi clarísimo, tendría que perderme.



Otra lista de palabras clave (frases):

ecos

muerto
reloj
trueno
obstupefactus
huesos escalfados
arabesco
trastornoche
et tu Bruno?
especie
nocturna
bellaco
C5H14N2
cemento moral
el puente de Londres se está derrumbando
será el calor
muñeca bailarina
linchar
Hahal shalal hashbaz



Tenía unas ideas de lo más raras. Pensé, y uso esta palabra a falta de una mejor, aunque quizás ésta sea la idónea, que si salía a las calles de Washington, entre la Catorce y la T, pongamos, tal vez encontraría a un individuo que, a todos los efectos, fuera Stagg Leigh, y entonces podría matarlo; primero podría invitarlo a comer a casa, sí, pero luego lo mataría de todos modos. Esa persona, sin embargo, no existía, aunque sí que existía, y era yo. No solo la había creado yo, sino que la había creado tan bien que esa persona había creado una obra de presunto arte.

Me sentí como debía de sentirse Dios al pensar en Hitler o en algunos terroristas o en algunos congresistas. Decidí que no podía permitir que el jurado declarara Porculo ganadora del premio literario más importante del país. Debía derrotarme para salvarme, para salvar mi identidad. Debía atravesar con la espada la boca de mi propia criatura, silenciarla para siempre, matarla, meterla en un agujero oscuro, bien adentro, y hacer que el mundo admitiera que nunca había existido.



Las navidades y el Año Nuevo pasaron como siempre había querido, sin que me diera cuenta.

A mediados de enero, Porculo estaba en el número uno de los más vendidos del New York Times, y otros dos clubes de lectura lo habían seleccionado.

Pasé varias noches despierto fingiendo que repasaba mis notas para una novela real.

Cuando ya estaba al borde del delirio, me acordé del mito de Ícaro y me dije que aunque Ícaro había caído en picado, Dédalo sí había volado.

Decidí que Zenón tardaba demasiado en llegar a donde quería y que la teoría de Tales hacía agua.

Y también resolví que la locura no tiene alternativa, que si al morado le quitas el azul, lo que te queda no es rojo, solo lo parece.

New York Times 17 de enero

Porculo
Stagg R. Leigh
Random House. 110 págs. $23,95

Wayne Waxen

La nueva novela del desconocido Leigh ha dado tanto que hablar, que escribir una crítica que logre aproximarse a la objetividad resulta difícil. Pero ahí está la gracia. Con esta novela tan honesta, tan cruda, tan sucia y descarnada, tan auténtica, recurrir al concepto de objetividad está fuera de lugar. Enfocar el libro desde esa perspectiva equivaldría a comparar la medicina ritual de los indios amazónicos con nuestras punteras ciencias biomédicas. Para acercarnos a esta novela tendremos que aceptar sus condiciones: los blancos quedamos fuera de juego.

La vida de Van Go Jenkins se reduce a una existencia animal; es una vida que todos reconocemos. Nuestro joven protagonista no tiene padre. Ha criado callo en el gueto. Huye de la educación y de la razón como de la peste. Hacerlo le parece bien, le parece natural. Es duro y cruel y está perdido, y nos da miedo; hasta ahí, todo claro. Pero es tan auténtico que no podemos sino tenerle lástima. Es el matón al que Harry el Sucio le pega un tiro y nosotros decimos: «Bien, lo pillaste», y luego sentimos la pérdida, si no la suya, al menos la de nuestra inocencia.

Van Go ha hecho cuatro hijos, cada uno con una madre distinta. No les pasa la pensión, no tiene trabajo y su única ambición es la de convertirse en delincuente. Su madre, a quien apuñala en el sueño con

que se abre la novela, le busca un trabajo. Van Go empieza a trabajar en casa de una acaudalada familia negra cuya atractiva hija no tardará en convertirse en el objetivo de la incipiente carrera criminal de Van Go.

Los personajes están tan bien dibujados que a veces cuesta recordar que Porculo es una novela. Se parece más a las noticias de la noche. El gueto vive entre estas páginas; en ellas, el autor nos permite vislumbrar la experiencia de la calle, y por ello debemos estarle inmensamente agradecidos. La escritura es deslumbrante; los diálogos, de un realismo insuperable, simplemente auténticos. Porculo es una lectura obligada para todas las personas sensibles que al cruzarse con alguno de estos tipos por la calle se hayan preguntado: «¿Y a éste qué mosca le ha picado?».



Llamadlo ironía oportunamente dirigida o racionalización práctica, pero el dinero me lo quedaba yo.



Nueva York. Almorcé con mis colegas de jurado en un restaurante italiano pequeño pero caro que quedaba cerca del hotel en el que esa tarde se celebraría la entrega del premio. No comí apenas, llevaba varios meses sin apetito; los demás, en cambio, parecían muy agradecidos por la comida y la bebida gratis. Hablamos un poco de esto y de lo otro, y vi que mujeres, novia y marido los acompañarían a la entrega, lo que me hizo sentir todavía más manifiestamente solo.

Escuché, pacientemente al principio, cómo descartaban a los cuatro finalistas que no eran Porculo. Cuando resultó evidente que en su patética discusión situaban esa novela asquerosa por encima de sus rivales, me desanimé todavía más. Empecé señalando las virtudes de los otros libros, pero no tardé en pasar a un ataque incisivo contra Porculo.

—No es que sea una mala novela. —Bebí un poco de vino y dejé la copa en la mesa—. Lo que pasa es que no es una novela, eso es todo. Es una idea fallida, un feto sin formar, una semilla que ha caído en la arena, una mano sin dedos, una palabra sin vocales. Resulta ofensiva, está mal escrita, es racista y no tiene ni pies ni cabeza.

Wilson Harnet, Ailene Hoover, Thomas Tomad y Jon Paul Sigmarsen me miraron. Ninguno habló.

—No es arte —añadí.

—Suponía que, como afroamericano, te alegrarías de ver a uno de los tuyos recibiendo un premio como éste —dijo Ailene Hoover.

Como no sabía qué contestar, exclamé:

—¿Estás loca?

—Considero que no deberíamos recurrir al insulto —dijo Wilson Harnet.

—Pensaba que te alegrarías de ver la historia de tu gente tan vívidamente representada —dijo Hoover.

—Decir que ésta es mi gente es como decir que el Gordo y el Flaco son vuestra gente —respondí, y se me ocurrió que tal vez la analogía no hubiera sido afortunada.

—He aprendido mucho leyendo este libro —dijo Jon Paul Sigmarsen—. Mi experiencia con la gente de color, con los negros, es bastante limitada, y Porculo me ha venido muy bien.

—A eso me refiero exactamente —contesté—. La gente lee esta mierda y cree que dice verdades.

Thomas Tomad se echó a reír.

—Ésta es la novela más honesta que he leído en mi vida. Esto solo puede haberlo escrito alguien que haya estado en la cárcel. Es auténtica.

—Estoy de acuerdo —dijo Harnet.

—Dios mío.

Me recosté en el respaldo y miré a la calle.

—Propongo que votemos —dijo Sigmarsen.

—Secundo la propuesta. —Hoover.

—Yo no quiero votar —dije.

—Me parece que ya tenemos una propuesta —anunció Harnet—. Que levante la mano quien esté a favor de que Porculo sea el ganador del Premio de las Letras de este año.

Los cuatro la levantaron, naturalmente.

—Creo que tenemos un ganador.

—Esto es democracia —dije, y les dediqué lo que podría haberse interpretado como una sonrisa.

Me la devolvieron y pidieron el postre.



Me tumbé en la cama de mi habitación y me planteé mi línea de actuación para el futuro. Stagg Leigh iba a recibir el Premio de las Letras. Pensé en lo que me había empujado a crear a Stagg Leigh y volví a sentir esa rabia y esa insatisfacción, y entonces mi línea de

actuación se me apareció con total nitidez. Me vestí, y mientras me vestía me puse a tararear. Hacía mucho tiempo que no tarareaba; la música me había abandonado. Me pareció advertir el espíritu de mamá en ese tarareo. Veía el espíritu de mi hermana en mi concisión, y el de mi padre en mi arrogancia traviesa. Incluso llegué a ver algo de mi hermano, y supe que esa noche se descubriría todo.



Tarski: ¿No nos conocemos?
Carnap: Puede.



La entrega

A los miembros del jurado nos habían sentado a las mesas de los invitados importantes. Eso era bueno, porque ya no podía ni ver a mis colegas. Yo estaba con el director del consejo de administración del Hospital General de Boston, el director ejecutivo de General Mills, un vicepresidente de la General Motors y una directora de marketing de la General Electric, todos con sus cónyuges.

—Casi siempre me siento fuera de lugar —dije después de las presentaciones.

Eso los hizo reír.

Me sentaba entre la mujer de General Motors y el marido de General Electric, y, para mi consternación, querían hablar conmigo. Por fin, desde el otro lado de la mesa llegó un susurro teatral de General Mills, que me miraba.

—¿Va a decirnos quién se lleva el premio?

—Sí. Yo.

Se echaron a reír otra vez.

—El mecanismo no ha sido tan terrible, ¿verdad?

—Casi cuatrocientos libros para leer —dije.

—Vaya. Creo que en toda mi vida no he leído ni la mitad.

—Claro que sí, cariño.

—No sé.

—¿La decisión ha sido difícil?

—Bastante fácil, en realidad —dije—. Hará más de un mes que está tomada.

—Yo sé quién ganará. —La mujer de Boston General. La miro—.

¿Si acierto me lo dirá?

—No —respondí—. Estas cosas hay que hacerlas bien.

—Ustedes, los artistas, con su integridad.

Con eso solté una especie de carcajada que hizo que todos me miraran.

—Es la palabra «integridad» —expliqué—. Me hace cosquillas.

Asintieron en silencio, como queriendo decir: «Cosas de escritores». Luego intercambiaron una mirada y me parecieron más aliviados, quizá todos habían llegado a la misma conclusión: «Cosas de escritores negros». Aunque esa última observación debió de ser fruto de mi ansiedad, sin duda.

Se entregaron los premios de las otras categorías y los presentes aplaudieron, pero, como siempre, lo que estaban esperando era el premio de narrativa. Wilson Harnet se levantó de la mesa, se dirigió al estrado y sonrió.

—Yo sé algo que ustedes no saben —dijo.

El público estalló en carcajadas.

Recorrí la sala con la vista y encontré a Yul, mi agente. Él me vio. «¿Qué pasa?», me preguntaba con los ojos.

«Quédate por aquí», le contesté yo con los míos.

—La tarea ha sido ardua —siguió Harnet—. Según me han dicho, este año se han presentado más novelas que nunca. Lo creo. Hemos leído más de quinientas novelas y libros de relatos.

Grito ahogado del público, tutti.

—Pero la hemos cumplido con amor. Ha sido una decisión difícil, aunque estoy convencido de que suscitará un amplio consenso. Las obras finalistas son, a nuestro entender, las mejores. La flor y nata. Cada uno de los cuatro títulos es, a su manera, extraordinario, pero todos han debido enfrentarse a una obra monumental, a una auténtica preciosidad, como decimos los escritores.

—¿Usted lo dice? —me preguntó la señora de General Mills.

—Todo el rato.

Harnet se rio sin motivo aparente.

—Estoy seguro de que podría seguir aburriéndoles, pero me limitaré a anunciarles el nombre del vencedor. En esta edición, el jurado de la categoría de narrativa concede el Premio de las Letras a Porculo, de Stagg R. Leigh.

Silbidos, vítores, aplausos. «¡Sí, Sí!».

—Espero que el señor Leigh haya podido acompañarnos —dijo Harnet.

Me levanté y me dirigí al estrado.

El suelo había sufrido una extraña transformación, y, ahora, era de arena.

Me costaba caminar y la cabeza me daba vueltas como si me hubieran drogado. Flashes de las cámaras, murmullos de la gente, no podía creer que estuviera andando en la arena, en la arena de un sueño. A mi derecha, los miembros de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman con Linda Mallory y, tal vez, la bibliotecaria de mi instituto. A mi izquierda, mi padre flanqueado por mi madre y por una mujer que, eso yo lo sabía, era Fiona, y detrás de ellos mi hermano, mi hermana y mi hermanastra. Había otras personas, pero no las reconocía, y todos se apiñaban a mi alrededor y me empujaban hacia delante, y los flashes de las cámaras me cegaban y, al apagarse, dejaban la sala a oscuras.

—Ah, aquí llega uno de mis compañeros de la mesa del jurado —dijo Harnet—. Tal vez el señor Ellison sepa dónde se encuentra nuestro ganador.

Ya solo me faltaba la mitad.

—Los blancos quedamos fuera de juego —dijo Harnet.

Risas.

Las caras de mi vida, de mi pasado, de mi mundo se volvieron tan reales como irreales eran Harnet y las multinacionales y sus mujeres, y todos me hablaban citando frases de novelas que me gustaban, pero cuando yo trataba de repetírmelas, titubeaba, incapaz de recordarlas. Luego había un niño, yo de niño, tal vez, que sostenía un espejo para que pudiera verme la cara, y esa cara era la de Stagg Leigh.

—Te acabas de liberar de tus falsas creencias —me decía Stagg—. ¿Te gusta vivir sin falsas creencias?

—Esas líneas las conozco —respondí en voz alta, consciente de que no había nadie a quien contestar.

Cuando llegué a su lado, Harnet cubrió el micrófono y me preguntó qué estaba haciendo.

—La respuesta es: «Todo es vacío y dolor» —declaré.

—Este hombre necesita ayuda —dijo Harnet.

Miré las caras, todas, las que estaban ahí y las que llegaban de otro tiempo, aunque a quien yo me dirigía era a mi madre.

—El olor de las rosas siempre será maravilloso —dije.

Entonces las luces se hicieron más intensas; no eran flashes, no parpadeaban. Eran focos. Miré las cámaras que me miraban a mí.

Miré al espejo que el niño todavía sostenía a la altura del muslo. No podía más que imaginar qué imagen reflejaría.

Me decidí por una de las cámaras y le clavé los ojos.

—Recórcholis, estoy saliendo en la televisión —dije.



hypotheses non fingo

